HITLER Y LAS TEORÍAS DE LA CONSPIRACIÓN

El Tercer Reich y la imaginación paranoide

RICHARD J. EVANS

Una perspectiva histórica de *fake news* más duraderas sobre el período nazi.

La idea de que nada sucede por casualidad, que todo está sujeto a las maquinaciones entre bambalinas de un grupo selecto de personas es tan antigua como la historia misma. No obstante, en la actualidad estamos viviendo un auge de las teorías de la conspiración y, entre ellas, los relatos revisionistas de la historia del Tercer Reich se han vuelto más populares que ningún otro tema a causa de supuestas evidencias recién descubiertas y nuevos ángulos de investigación.

Richard Evans, reconocido historiador del Tercer Reich, elige cinco de las teorías conspirativas más duraderas sobre el período nazi y las analiza con rigor: la supuesta conspiración de los judíos para socavar la civilización según Los protocolos de los sabios de Sion, el mito del «puñal por la espalda» de socialistas y judíos al ejército alemán en la derrota de la primera guerra mundial, el incendio del Reichstag provocado por los nazis para tomar el poder, el misterioso vuelo de Rudolf Hess a Reino Unido en 1941 con el objetivo de negociar la paz y, por último, el eterno rumor de que Hitler escapó del búnker en 1945 y vivió el resto de sus días en Sudamérica. Estas teorías se han negado a morir frente a los repetidos intentos de desacreditarlas, por lo que Evans investiga sus orígenes y las causas de su persistencia para demostrar que la explotación consciente de los mitos y las mentiras con fines políticos no resultan ser una creación del siglo XXI.

Hitler y las teorías de la conspiración es un libro de historia que propone una mirada crítica hacia una época de «posverdad» en la que los «hechos alternativos» han ido ganando terreno; es un libro para nuestros tiempos difíciles.

Richard J. Evans

Hitler y las teorías de la conspiración

El Tercer Reich y la imaginación paranoide

ePub r1.0
Titivillus 30.01.2023

Título original: *The Hitler Conspiracies. The Third Reich and the Paranoid Imagination*
Richard J. Evans, 2020
Traducción: Gonzalo García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Índice de contenido

Para el equipo de *Conspiracy and Democracy*

Introducción

La idea de que en la historia nada sucede por azar, de que nada es en realidad lo que parece ser a primera vista, de que todo lo que ocurre es el resultado de las maquinaciones secretas de grupos malignos que lo manipulan todo entre bambalinas es tan vieja como la historia misma. Pero en el siglo XXI las teorías de la conspiración parecen resultar cada día más populares y habituales. Las potencia el ascenso de internet y las redes sociales; las posibilita la influencia menguante de quienes solían actuar como porteros de la opinión: los editores de prensa y de libros; y las fomenta la incertidumbre que rodea en nuestros días a la verdad y la falsedad, según se encarna en el concepto perverso de los «hechos alternativos».[1]

Hace ya muchos años un intelectual liberal de Estados Unidos, Richard Hofstadter, llamó la atención sobre las teorías conspirativas en su famoso artículo «El estilo paranoide en la política estadounidense», publicado originalmente en el *Harper's Magazine* de noviembre de 1964. Hofstadter no pretendía afirmar que los defensores de tales teorías sufrieran un trastorno clínico. «Lo he denominado "estilo paranoide" por la sencilla razón de que ninguna otra palabra evoca adecuadamente la imagen de exageración desmedida, suspicacia y fantasía conspiratoria que tengo en mente», adujo. No se trataba de ninguna novedad, según precisó el propio autor: ya se encontraba, por ejemplo, en escritos del siglo XVIII sobre los masones o los *illuminati*. Pero en el siglo XX había emergido de nuevo, en particular en la forma del macartismo. El sesgo del senador McCarthy, quien creía ver a comunistas ocultos en todos los sectores de la sociedad de Estados Unidos, era un ejemplo clásico del estilo paranoide. El senador concebía un enemigo maligno que manipulaba las cosas clandestinamente para socavar el orden político y social. Reflexionaba Hofstadter:

> A diferencia de todos nosotros, el enemigo no está atrapado en las redes del vasto mecanismo de la historia; ha dejado de ser una víctima de su pasado, sus deseos, sus limitaciones. Ansia dominar el mecanismo de la historia —de hecho, lo fabrica— o intenta desviar el curso normal de la historia de un modo maligno. Crea crisis, inicia pánicos bancarios, causa depresiones económicas, produce desastres y luego disfruta y se beneficia de la pesadumbre originada. La interpretación paranoide de la historia es netamente personal: los hechos decisivos no se consideran

integrados en el torrente de la historia, sino que se los trata como las consecuencias de la voluntad de una persona.

En la escritura paranoide —observaba Hofstadter— abundan sobremanera la meticulosidad y la pseudoerudición: «Uno de los rasgos más asombrosos de la bibliografía paranoide es el contraste entre sus conclusiones imaginarias y una casi conmovedora obsesión por la factualidad. Se pone un esmero heroico en acumular pruebas que demuestren que tan solo debemos dar crédito a lo increíble».

Desde los tiempos de Hofstadter, y en particular desde el cambio de siglo, muchos comentaristas han lamentado que el supuesto en el que se basaba el ensayo de aquel —que el discurso público en general y la retórica política en particular se fundamenta en un conjunto compartido de valores liberales que se nutren de la racionalidad y rechazan la idea de que detrás de todo gran suceso político haya fuerzas ocultas— se ha visto superado por los acontecimientos. Según ha escrito Joseph Uscinski, un autor contemporáneo especializado en este campo, las teorías conspirativas

> se han convertido en un rasgo característico de estos primeros años del siglo XXL Las teorías de la conspiración han dominado el discurso de las élites en muchas partes del mundo y han funcionado como el grito de guerra que ha unificado grandes movimientos políticos […]. Internet, que durante un tiempo se había ensalzado como un instrumento de la democracia, se ha utilizado para manipular a las masas —para obtener beneficios o poder— con noticias falsas que en lo esencial se reducen a teorías conspirativas que son pura tabulación […]. Nuestra cultura sufre una inundación de teorías conspirativas.[2]

La difusión de teorías conspirativas y «hechos alternativos» resulta especialmente evidente en el revisionismo de la historia del Tercer Reich. Teorías de la conspiración que hacía mucho tiempo que estaban desacreditadas han revivido gracias al supuesto descubrimiento de pruebas novedosas o nuevos ángulos de investigación. En el centro de este mundo conspiranoico se alza la figura de Adolf Hitler. Una periodista juvenil comentó hace poco: «Todo aquel a quien le guste una buena teoría de la conspiración se habrá topado con Hitler en cada esquina».[3] De hecho, Hitler es una referencia casi omnipresente en los debates en línea, sea cual sea el tema del que se trate. En 1990 el escritor estadounidense Mike Godwin ya había propuesto lo que se ha dado en llamar «Ley de Godwin», que sostiene

que cuanto más se alarga una discusión en internet, más probable es que se acabe mencionando a Hitler, punto en el cual la conversación tiende a darse por terminada; veintidós años más tarde este concepto había cruzado incluso el sagrado umbral lingüístico del *Oxford English Dictionary*. Hay comparaciones con Hitler en todas partes, en particular, claro está, en el mundo de la política, donde es casi de rigor comparar a quienquiera que nos desagrade —de Donald Trump hacia abajo— con el dictador nazi. Pero ¿por qué Hitler? Según ha escrito Alee Ryrie en su historia del ateísmo y el agnosticismo:

> En la cultura occidental, Adolf Hitler es la más potente de todas las figuras morales. Elogiar a Hitler resulta tan monstruoso como lo habría sido en otros tiempos menospreciar a Jesús. Se ha convertido en el punto de referencia fijo para nuestra definición del mal […]. El nazismo —un suceso casi único en nuestra cultura relativista— es un estándar absoluto: es el punto donde toda polémica concluye porque no está en discusión que fuera bueno o malo […]. El nazismo ha cruzado la barrera que separa los hechos históricos de las verdades intemporales.**[4]**

A menudo se afirma que un aspecto clave de las teorías conspirativas es la clara tendencia a dividir el mundo en buenos y malos…, ¿y quién podría ser más malvado que Hitler?

Pero estas consideraciones requieren de algunos matices. En la práctica, las creencias que Ryrie describe no son tan universales. Hay personas que, a pesar de todo lo que conocemos sobre el líder nazi, siguen sintiendo una profunda admiración por él; y es más que probable que precisamente tales personas apoyen teorías conspirativas, entre ellas la negación del Holocausto (que pasa por creer que los principales periodistas e historiadores del mundo han estado ocultando de forma sistemática la verdad sobre el Holocausto —esto es, ocultan el hecho de que en realidad no se produjo— desde la propia década de 1940, por efecto de una conspiración global de las élites judías). Otros conspiranoicos, como veremos —desde los que creen que el mundo ha recibido y sigue recibiendo visitas de extraterrestres hasta quienes creen que la historia humana ha sido gobernada por fuerzas ocultas y sobrenaturales—, incluyen a Hitler en sus teorías para incrementar el interés de quienes no les dan crédito, o para reforzar sus pretensiones asociándolas con esta figura histórica sumamente infame. A menudo, la clara oposición entre bien y mal

con la que algunos han caracterizado las teorías conspirativas resultan ser más complejas y ambiguas de lo que aparentan en un principio.

No todas las teorías conspirativas son iguales, como se empieza a deducir de estos ejemplos. Los expertos en la materia las han dividido en tipos distintos. Ante todo, existen dos variantes. En la primera clase, la de las denominadas *teorías sistémicas*, una sola organización conspirativa desarrolla una gran diversidad de actividades con el objetivo de hacerse con el control de un país, de una región plurinacional o incluso del mundo entero. A menudo, según la propia teoría, la conspiración se incuba durante un largo período de tiempo —incluso de varios siglos— y se extiende por una zona geográfica muy extensa —en algunos casos, el planeta en su totalidad—, propagada y perpetuada por alguna clase de organización universal —como los *illuminati*, los masones o los comunistas— o bien un grupo racial o religioso como, por ejemplo, los judíos. En segundo lugar, hay *teorías basadas en acontecimientos*, en las que un grupo organizado secreto está detrás de sucesos individuales como el asesinato del presidente estadounidense John F. Kennedy o el primer alunizaje de la historia. En este caso se suelen imaginar conspiraciones de un plazo más corto, cuya trama ocupa unas pocas semanas, meses, a lo sumo un par de años. Los dos tipos de conspiración pueden estar asociados entre sí, a juicio de algunos conspiranoicos; aunque no necesariamente tiene que ser así, sin embargo, a veces se entiende que una conspiración de acontecimiento es asimismo expresión de una conspiración sistémica.[5] Lo importante es el hecho de que ambos tipos de teoría conspirativa imaginan la existencia de una mano oculta por detrás de los sucesos históricos (y, en muchos casos, los sucesos del presente). Ambos comparten también la idea de que lo que los teóricos de las conspiraciones califican como versión «oficial» de un proceso, suceso o serie de acontecimientos —la versión aceptada generalmente— es en realidad una falsedad. La simple elección del vocablo «oficial» da a entender que los gobiernos estatales o las élites más poderosas han coaccionado o engañado a historiadores, estudiosos, periodistas y demás, haciendo que cuenten historias concebidas para esconder la verdad con el fin de que el *statu quo* y la distribución del poder se mantengan sin modificaciones. Esto, a su vez, supone que los teóricos de las conspiraciones tienen la certeza de que ellos son los únicos que están al corriente de la auténtica verdad.

Hay conspiraciones reales, por descontado; no todas las teorías conspirativas son una invención. El ejemplo más obvio quizá sea el del Watergate: el presidente estadounidense Richard M. Nixon, que era el

candidato republicano a las elecciones presidenciales de 1972, organizó un robo en el cuartel general de la campaña de su gran rival, el Partido Demócrata, instalado en el hotel Watergate de Washington D. C., con la voluntad de descubrir documentos delicados o embarazosos. A lo largo de los siglos han existido otras muchas conspiraciones genuinas. Todas tienen en común, en primer lugar, el hecho de que implican a un número de personas muy reducido. Como toda conspiración tiene que ser necesariamente secreta —o la descubrirán y detendrán aquellos contra quienes se dirige—, de ello se sigue que cuantas más personas estén implicadas, mayor es el peligro de que alguien traicione a los conjurados y dé al traste con el proyecto. En segundo lugar, en mayor o menor medida, la duración temporal es limitada. Toda conspiración real, además, aspira a un objetivo concreto y concluye cuando este se ha conseguido o (en la mayoría de los casos) antes de llegar tan lejos, al ser descubierta. Por otro lado, no todo lo que se califica de teoría de la conspiración implicaba de hecho la denuncia de una trama secreta. No debemos confundir una teoría conspirativa con un ejemplo de noticia falsa —la distorsión o manipulación de la verdad— o de manifestación de «hechos alternativos» para justificar o quitar hierro a un suceso en concreto. Para que una teoría de la conspiración sea tal debe plantear la existencia de un grupo de personas que se conjura en secreto para emprender una acción ilícita. Este grupo tendrá como objetivo una meta ambiciosa, como se corresponde con la creencia típica de los teóricos de las conspiraciones, según la cual ningún gran acontecimiento de la historia sucede por azar, es fruto de la coincidencia o lo ha emprendido una persona por su cuenta, en solitario.

En la Alemania nazi, el gran aparato de la propaganda estatal, controlado por Joseph Goebbels, emitía enormes cantidades de noticias falsas; el calificativo de «mentiras» no es menos apropiado. Por su parte, Hitler se esforzó consistentemente por no desvelar sus verdaderas intenciones, ni a los propios alemanes ni fuera de Alemania, y por convencer a Gran Bretaña, Francia y otros países europeos de que sus intenciones eran pacíficas, aun cuando al mismo tiempo se estaba rearmando y ejecutaba actos de agresión internacional. Pero esta producción propagandística incluía pocas teorías de la conspiración; y la ocultación de la verdad, por parte tanto de Hitler como de Goebbels, tampoco alcanzaba el grado de conspiración. A diferencia de Stalin, que en efecto se creía rodeado de conspiradores e inició una larga serie de purgas y juicios amañados contra muchos de sus subordinados, con acusaciones de conjuras fantásticas contra el régimen soviético, el propio Hitler no fue un teórico de la conspiración. Mientras que Stalin había tenido

que batallar por ascender a la cumbre de la jerarquía soviética contra rivales que, al menos en principio, eran más conocidos y apreciados que él mismo —y en consecuencia creyó que debía eliminar toda posibilidad de que se le volvieran en contra—, en cambio, Hitler llegó a lo más alto a lomos de sus subalternos inmediatos y, por lo tanto, fue leal a ellos hasta el final. Es cierto que, en 1934, durante la Noche de los Cuchillos Largos, ordenó asesinar a los líderes de la Sturmabteilung (SA) y a varios políticos conservadores con los que estaba enemistado; pero la oposición de estos había sido pública, no entre bambalinas. Las acciones del propio Hitler, que se prepararon en secreto y ejecutaron sin previo aviso, no distan mucho de ser una conspiración; pero la acusación de que Ernst Röhm pretendía dar un golpe de Estado junto con los defensores de una «segunda revolución», una vez que los nazis llevaban un año en el poder, sí dista de representar una teoría conspirativa, porque todo lo que Röhm hacía y decía lo hacía y lo decía abiertamente.

También hubo, como es sabido, una conspiración real para derrocar a Hitler, organizada en secreto por un grupo de oficiales del ejército y algunos socios. Ocurrió durante la guerra y culminó en la tentativa fallida de asesinarlo con una bomba depositada por Claus von Stauffenberg el 20 de julio de 1944. Por una serie de casualidades, Hitler sobrevivió; los conjurados se suicidaron, fueron fusilados o, después de ser arrestados, se los condenó a muerte y ejecutó. En el discurso radiofónico posterior al atentado fallido, Hitler atribuyó el ataque a «una camarilla realmente poco numerosa de oficiales ambiciosos, inconscientes y, al mismo tiempo, criminalmente estúpidos». La investigación policial correspondiente partió de la suposición de que solo estaban implicadas unas pocas personas. Se trataba, en pocas palabras, de una conspiración clásica, estrictamente contenida. Entre los participantes solo había militares y sus objetivos eran netamente reaccionarios. Ahora bien, aunque los nazis siguieron adhiriéndose a esta línea de argumentación, la repitieron sin tregua en todos los pronunciamientos públicos sobre la conjura, e insistieron en someter a juicio a su selección de participantes; las pesquisas que a puerta cerrada emprendió la Gestapo revelaron la participación de un número de personas muy superior. Entre ellas había civiles, y no solo militares; y había políticos de izquierdas y de centro, y no solo de la derecha más conservadora. Así pues, más que concebir la trama como una conspiración clásica, parece razonable describirla como una serie de redes que se solapaban, algunas más esenciales que otras.

Aunque no cabe duda de que Stauffenberg y los otros oficiales que prepararon e intentaron llevar a cabo tanto el atentado como el golpe de

Estado militar se hallaban en el núcleo central de estas redes, hubo otras muchas personas situadas en una diversidad de posiciones más distantes; por ejemplo, los hombres a quienes los conjurados pretendían confiar el gobierno civil tras la muerte de Hitler. De una forma u otra estuvieron implicados (entre muchos otros) diplomáticos, juristas, industriales, terratenientes, sindicalistas, socialdemócratas, teólogos o destacados funcionarios. A la postre, por descontado, solo los militares del núcleo del complot estaban en condiciones de llevarlo a cabo; pero reducirlo a una operación militar supondría subestimar su extensión y profundidad. Lo que unía a los conjurados, en todo caso, era el hecho de que casi todos vivían libres de sospecha; la posibilidad de éxito requería que la Gestapo no estuviera vigilándolos como opositores al régimen, reales o potenciales. Y, aun así, cuando se colocó la bomba en el cuartel general de Hitler, la conspiración había adquirido tal dimensión que ya se había detenido a varios miembros y la Gestapo estaba cenando la red sobre muchos otros.**[6]** Hubo asimismo otros movimientos de oposición clandestina, como la red de espionaje soviética Orquesta Roja; pero no cabe calificarlas de conspiraciones en el sentido clásico porque no trabajaban por ningún objetivo único y definible. El complot de la bomba de 1944 siguió siendo un caso más o menos único, y uno de los escasos ejemplos en los que Hitler acusó de hecho a diversas personas de participar en una conspiración en su contra.

Pese a todo, las teorías conspirativas no eran del todo ajenas al mundo de los nazis. Los historiadores han identificado algunas que entienden que influyeron en Hitler, otras que él habría dirigido y, por último, algunas en las que él habría tomado parte activa. El presente libro, sin embargo, no versa sobre conspiraciones reales.**[7]** Trata sobre cómo la imaginación paranoide se ha centrado en Hitler y los nazis. Examina cinco supuestas conspiraciones, cada una de las cuales ha sido estudiada de forma aislada tanto por historiadores rigurosos como por teóricos conspirativos de una u otra clase. Al contemplarlas todas a través de la misma lente del estudio reciente y general sobre la teoría de la conspiración, podremos verlas a una luz distinta y revelar rasgos en común que quizá nos sorprendan. La primera es una falsificación antisemita tristemente famosa, *Los protocolos de los sabios de Sion*. ¿Dónde se originó este tratado?, ¿por qué tuvo tanta distribución?, ¿fue realmente una «justificación del genocidio» capaz de impulsar a Hitler a poner en marcha el Holocausto? ¿Estamos ante un ejemplo clásico de los peligros que suponen las teorías conspirativas, si se las deja proliferar y extenderse por el mundo? ¿Qué tipo de teoría conspirativa encaja mejor con

este caso? A primera vista, se diría que *Los protocolos* pertenece claramente a la categoría de las teorías de la conspiración sistémicas; sin lugar a dudas, el contenido del documento era vago y generalizado en extremo. A menudo se considera que *Los protocolos* es el texto más importante entre todas las teorías conspirativas del antisemitismo, lo que a su vez plantea la pregunta de hasta qué punto el antisemitismo en sí es una teoría de la conspiración. Además, *Los protocolos* apunta hacia otro tema que con frecuencia se ha pasado por alto: ¿hasta qué punto el antisemitismo ha sido, y es, distinto a otras clases de racismo? Examinar todas estas preguntas a la luz de los debates actuales sobre las teorías conspirativas puede conducirnos a algunas respuestas inesperadas.

El segundo capítulo examina la leyenda de la «puñalada por la espalda». Según esta, la derrota de Alemania en la primera guerra mundial fue el resultado de un complot que pretendía socavar la resistencia de las fuerzas armadas alemanas por la vía de organizar y llevar a cabo una revolución en el frente patrio. A diferencia de *Los protocolos*, aquí hablaríamos de una teoría conspirativa de acontecimiento, aunque en algunos aspectos cruciales sigue siendo relativamente vaga y generalizadora. Existen tres versiones. Primero estaba la afirmación muy general de que Alemania había perdido la guerra por las deficiencias de abastecimiento, cada vez más graves, que acarrearon escasez de municiones en el frente de batalla y carestía de alimentos y otros artículos básicos en el país. Esto a su vez debilitó la voluntad de seguir combatiendo, lo cual se expresó en el respaldo creciente a la idea de una paz acordada. En consecuencia, el hundimiento de la moral en el país apuñaló a las fuerzas armadas por la espalda al imposibilitarles que continuaran luchando contra un enemigo que gozaba de mejores recursos. En su lugar hubo una acusación más específica: se decía que los socialistas habían minado la moral de las tropas al fomentar el descontento primero en el país y luego entre los propios soldados, para poder llevar a efecto la revolución democrática que derrocó al káiser el 9 de noviembre de 1918 y con ello puso fin a la posibilidad real de que Alemania hubiera sostenido el combate. En tercer y último lugar, desde las posiciones ultraderechistas del espectro político se consideraba que tanto el socialismo como la revolución fueron la expresión de la subversión de los judíos. Esto plantea la cuestión de hasta qué punto Hitler y el Partido Nazi, en su ascenso al poder tras la conclusión de la primera guerra mundial, utilizaron la leyenda de la puñalada por la espalda como un arma propagandística; más en general, hasta qué punto la leyenda contribuyó a que millones de alemanes votaran por los nazis en los últimos

años de la República de Weimar. Es inquietante constatar que la leyenda de la puñalada por la espalda, al menos en sus formas más moderadas, ha experimentado cierto renacer en los últimos tiempos; por lo tanto, este capítulo se pregunta también si lo que últimamente se ha afirmado sobre la derrota de Alemania en noviembre de 1918 resiste un análisis riguroso.

El tercer capítulo aborda el incendio que destruyó el Parlamento nacional alemán en la noche del 27 de febrero de 1933, pocas semanas después de que Hitler hubiera sido nombrado canciller imperial. El incendio del Reichstag proporcionó al gobierno de Hitler un pretexto para suspender las libertades civiles, en lo que supuso un primer paso crucial hacia la creación de la dictadura nazi. El líder nazi denunció que había sido un atentado comunista, como paso previo a un golpe de Estado, pero pronto se comprobó que era una acusación infundada; he aquí una teoría de la conspiración que ni siquiera los jueces del propio Tercer Reich fueron capaces de confirmar. En cambio, era evidente a quién beneficiaba el incendio. Los comunistas se apresuraron a denunciar por su parte que el ataque había sido planeado y ejecutado por los propios nazis, de forma deliberada, como una «operación de bandera falsa», porque ello les daría el pretexto para introducir las bases pseudolegales de la dictadura, legitimar la detención de miles de comunistas y encerrarlos en los campos de concentración que se acababan de crear. Estamos, pues, ante un acontecimiento que constituyó el núcleo de dos teorías conspirativas diametralmente opuestas. A diferencia de la teoría de los nazis, la versión comunista ha revivido de forma repetida, a pesar de que desde la década de 1960 contamos con pruebas claras de que el incendio fue obra de un único pirómano, el joven izquierdista neerlandés Marinus van der Lubbe. En los últimos años esta teoría conspirativa, de la categoría de las teorías de acontecimiento, ha renacido una vez más. ¿Los nuevos argumentos son plausibles? ¿Se han encontrado de verdad pruebas nuevas y convincentes que respalden esta teoría? ¿Hasta qué punto resisten el análisis crítico cuando se las examina en el contexto más general de nuestra comprensión actual de las teorías de la conspiración y su modo de funcionamiento?

También han abundado los debates sobre la repentina huida a Escocia, sin previo aviso, del segundo del Partido Nazi, Rudolf Hess, el 10 de mayo de 1941. La amplia bibliografía sobre el tema —en buena parte, reciente— ha puesto sobre la mesa una diversidad de teorías y ha llevado a muchos historiadores a considerar el vuelo de Hess como un misterio no resuelto. ¿Se marchó Hess como portador de una oferta de Hitler, para una paz específica?, ¿le animó a ello un grupo relevante de políticos británicos?, ¿hubo otra

conspiración inspirada por Churchill y los belicistas de Whitehall, con el fin de rechazar la propuesta y suprimir la verdad sobre la huida? ¿O hubo acaso una conspiración organizada por los servicios de inteligencia y seguridad de Gran Bretaña, con el deseo de atraer a Hess a las islas?, ¿y con qué fin, si fue en efecto así? Muchos años después, en 1987, cuando se halló muerto a Hess en la celda de la cárcel de Spandau, ¿fue este el resultado final de una conspiración británica para que el antiguo líder nazi no desvelara toda una serie de verdades inconvenientes? No cabe duda de que se trata de otra teoría de la conspiración basada en un acontecimiento único, pero más allá de su clasificación, ¿cuán convincentes son las pruebas aducidas en su defensa?

Por último, este libro se pregunta por qué los persistentes rumores de que Hitler había logrado escapar del búnker berlinés en 1945 para refugiarse en Argentina han tenido tanto eco en las redes sociales en estos últimos años. ¿Dónde se originaron?, ¿son convincentes en alguna medida?, ¿por qué no se extinguen a pesar de los intentos repetidos de desacreditarlos? Como las otras teorías de la conspiración examinadas en este libro, la afirmación de que Hitler seguía con vida en la década de 1950, e incluso después, ha revivido en las redes. De entre los acontecimientos únicos analizados en este libro, esta teoría conspirativa es, sin lugar a dudas, la más fantasiosa e increíble de todas. Las transformaciones que ha experimentado en la era de internet y las redes sociales tienen mucho que decirnos sobre cómo funcionan las teorías conspirativas y, en particular, qué clase de personas las propagan y les dan crédito.

Este libro versa sobre fábulas y ficciones, fantasías y falsificaciones. La utilización deliberada de mitos y mentiras para un fin político no es un producto exclusivo del siglo XX. Entre quienes han abrazado teorías conspirativas sobre Hitler, o los judíos, o el Partido Nazi, sin duda muchos creían sinceramente en lo que decían. Otros, no es menos evidente, han manipulado historias que sabían que eran falsas. A veces se han distorsionado los hechos con cinismo o se han inventado mentiras puras y duras con fines políticos. En otras ocasiones simplemente se han apoyado afirmaciones espurias con el objetivo de hacer dinero. En algunos casos se ha sostenido que a la postre no importa si cuanto se ha afirmado era verdad o mentira; lo esencial sería que, incluso en casos como el de *Los protocolos*, casos basados en pruebas inventadas o falsificadas, se están revelando verdades subyacentes de modo que lo afirmado sigue siendo cierto en un sentido que va más allá de lo meramente empírico. Esta clase de ideas ponen sobre la mesa preguntas de calado sobre la propia naturaleza de la verdad y representan un desafío que a

menudo no ha tenido una respuesta rápida por parte de quienes creen en elucidar cuidadosa e imparcialmente las pruebas hasta llegar a conclusiones razonables y argumentadas. Este es un libro de historia, pero es un libro de historia dirigido a la era de la «posverdad» y los «hechos alternativos»: un libro para los agitados tiempos de nuestro presente.


Protokolle der Weisen von Zion
die grösste Fälschung des Jahrhunderts!

Protokolle der Weisen von Zion: Die größte Fälschung des Jahrhunderts! («Los protocolos de los sabios de Sion. ¡La mayor falsificación del siglo!»), editado por Johann Baptist Rusch a partir de un manuscrito escrito probablemente por un destacado sionista suizo, Saly Brauschweig, y publicado en Suiza en 1933. (Colección privada.)

1

¿*Los protocolos* sirvió como «justificación del genocidio»?

I

Los protocolos de los sabios de Sion, un breve tratado que vio la luz inicialmente en los primeros años del siglo XX, es quizá una de las publicaciones más infames de todos los tiempos. «Hasta nuestros días», sostiene Michael Butter, reputado estudioso de las teorías de la conspiración, sigue siendo «el texto esencial sobre la conspiración mundial de los judíos» porque «ayudó a crear una atmósfera que acabó desembocando en el genocidio de los judíos europeos».[1] En su estudio clásico sobre los orígenes y la influencia del tratado, Norman Cohn defendía que este había supuesto una justificación explícita del exterminio nazi de los judíos, y así lo recoge en el propio título de su ensayo. Desde el punto de vista de Cohn, *Los protocolos* fue «la expresión y el vehículo supremo del mito de la conspiración mundial de los judíos». «Hitler se obsesionó con el documento, y este se convirtió en la ideología de sus partidarios más fanáticos, tanto en la propia Alemania como en el extranjero, lo que ayudó a preparar el camino para el exterminio casi total de los judíos europeos.»[2] De un modo similar, un estudio más reciente de *Los protocolos*, firmado por Alex Grobman, se titula *Licencia para asesinar*.[3] El destacado historiador del antisemitismo Robert Wistrich también ha encontrado una conexión causal directa entre *Los protocolos* y el Holocausto. La filósofa Hannah Arendt abundó asimismo en la importancia del tratado. En su influyente libro *Los orígenes del totalitarismo*, publicado en 1951, Arendt describió *Los protocolos* como el texto central del nazismo e incluso calificó a Hitler de «estudiante» o «pupilo» del tratado.[4] Esta perspectiva se remonta a los propios días de Hitler, cuando el menchevique alemán Alexander Stein, de origen báltico, describió *Los protocolos* como «la Biblia del nacionalsocialismo» en un libro titulado *Adolf Hitler, pupilo de los «sabios de Sion»*.[5] Según el historiador judío alemán Walter Laqueur, Hitler comprendió el enorme potencial propagandístico de las ideas básicas de *Los*

protocolos-, hizo referencia al documento en *Mein Kampf* y «buena parte de lo que afirma en su *magnum opus* se basa en este libro».[6] Otro historiador ha afirmado que «*Los protocolos* se convirtió en una clave del pensamiento conspirativo de Hitler».[7] Klaus Fischer ha defendido y detallado la idea en su manual *Nazi Germany: A New History*. A su entender, Hitler

> creía en la existencia de una conspiración mundial de los judíos, según se preveía en *Los protocolos de los sabios de Sion*. En su extenso repaso a las maquinaciones secretas de los judíos a lo largo de los siglos, Hitler puso de manifiesto que estaba firmemente convencido de la perspectiva histórica conspirativa según la cual los judíos son la auténtica fuerza causal de los acontecimientos […]. Así pues, la mente paranoide de Hitler desenmascara todo suceso destructivo como el fruto de la conjura de un judío intrigante.[8]

En consecuencia, añade Fischer, Hitler creía que, al poner en marcha el exterminio de los judíos de Europa durante la guerra estaba emprendiendo una proeza de una relevancia histórica mundial. En esas fechas, según el psicólogo social Jovan Byford, *Los protocolos* ya se había convertido en «la piedra angular de la propaganda nazi».[9] Es tan habitual considerar *Los protocolos* como un documento de especial importancia que el conocido escritor Umberto Eco dedicó su novela final, *El cementerio de Praga*, a Accionar su origen y composición. El penúltimo capítulo se titula «La solución final», eco del eufemismo «la solución final al problema de los judíos en Europa» con el que los nazis hacían referencia al Holocausto.[10] El historiador Wolfgang Wippermann, en un estudio sobre las teorías conspirativas publicado en 2007, describió *Los protocolos* como «la teoría de la conspiración mejor conocida, y hasta nuestros días, la más efectiva», al haber tenido una «influencia inmensa» en «lectores entusiastas» entre los que figuraba, entre muchos otros, el líder nazi Adolf Hitler.[11] Una experta en estudios literarios, Svetlana Boym, ha aseverado que *Los protocolos* «sirvió de inspiración y justificación a los pogromos de Rusia y Ucrania y la política nazi del exterminio».[12] A juicio de Stephen Bronner, Hitler «intentó hacer realidad las consecuencias prácticas del documento».[13] Se ha afirmado incluso que «en su guerra de exterminio contra los judíos, Hitler usó *Los protocolos* como un manual».[14]

Ante esta idea generalizada de que *Los protocolos* representó la expresión más influyente de la teoría según la cual los judíos habían emprendido una conspiración mundial con el fin de derribar la sociedad y sus instituciones

—una teoría que desembocaría directamente en el Holocausto, en buena medida por la influencia que ejerció sobre Adolf Hitler—, no es de extrañar que historiadores y filólogos expertos en el análisis textual hayan dedicado una multitud de estudios al tratado. Además, en comparación con los tiempos de Cohn, ahora poseemos una documentación mucho más completa sobre los puntos de vista de Hitler, tanto de forma directa, por medio de ediciones de las obras hitlerianas, como indirecta, gracias a publicaciones nuevas como los diarios de Goebbels. Todo esto nos lleva a plantear la pregunta de si Hitler seguía de hecho *Los protocolos*. ¿Son en efecto la más peligrosa e influyente de todas las teorías de la conspiración? Para buscar una contestación tendremos que remontarnos al origen de *Los protocolos* y examinar su contenido real. ¿Quién redactó la obra, cómo lo hizo, y con qué fin? En muchos sentidos, las respuestas a estas preguntas resultan bastante sorprendentes.

II

El documento que suele conocerse con el nombre de *Los protocolos de los sabios de Sion* se titula, con mayor precisión, *Informes de los «sabios de Sion» sobre los encuentros mantenidos en el Primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea, en 1897*, por «protocolos», esencialmente, debemos entender «actas». Tal congreso se celebró en realidad, pero el documento sugiere que además dio lugar a encuentros sumamente secretos, mantenidos entre bambalinas. En este período de su historia, el sionismo era un movimiento minúsculo, un recién nacido —apenas conocido siquiera entre los propios círculos judíos— que aspiraba a animar a los judíos a mudarse a Palestina, que por entonces era un feudo del imperio otomano. En la década de 1920 todavía no había adquirido relevancia entre la opinión pública en general. Era, pues, fácil que una mayoría de los lectores interpretara que el Primer Congreso Sionista era ni más ni menos que una asamblea colectiva de la comunidad judía mundial, aunque de hecho tal cosa no existía.[15]

Los «protocolos» documentan un total de veinticuatro sesiones, resumidas mediante una serie extensa de párrafos muy breves. Empiezan afirmando que en todas partes los adeptos del mal son más numerosos que los del bien y que el mundo está regido por la fuerza y el dinero. Como «nosotros» —léase: «los judíos»— controlamos el dinero mundial, por lo tanto, controlamos el mundo. La ley que vale es la ley del más fuerte y para gobernar a las masas ciegas debemos actuar sin restricciones morales. Optaremos, pues, por los métodos

del terror y el engaño y, para hacernos con el poder, destruiremos los privilegios de la aristocracia e impondremos en su lugar el gobierno de nuestros banqueros e intelectuales. Como también dominamos la prensa, podremos socavar las creencias que garantizan la estabilidad social; no en vano ya hemos triunfado en la propagación de las perniciosas doctrinas de Marx, Darwin y Nietzsche. Nuestros periódicos y libros actúan de un modo similar: dividen a la sociedad sembrando la discordia y minando la confianza en el gobierno, al enrolar a las masas en movimientos subversivos como el anarquismo, el comunismo y el socialismo. Al mismo tiempo, al fomentar una despiadada guerra económica de todos contra todos en el mercado libre, logramos que los gentiles no centren su atención en los auténticos señores de la economía (esto es: nosotros). Ejerceremos nuestra influencia para destruir la industria creando nuestros propios monopolios, animando a gastar sin mesura y especular sin prudencia, y aumentando la inflación. Crearemos una carrera armamentística y provocaremos guerras destructivas. A la postre, los gentiles se habrán empobrecido tanto que no podrán oponerse a nuestro asalto.**[16]**

El sufragio universal otorgará el poder a las masas —siguen diciendo las supuestas actas— y los judíos controlamos a la masa. «Los gentiles son un rebaño de ovejas y nosotros, los judíos, somos los lobos.» Hemos socavado el orden moral con nuestra difusión de publicaciones inmorales. A la hora elegida nos alzaremos en una revolución universal y ejecutaremos a todo el que se interponga en nuestro camino. Cuando hayamos obtenido el poder, censuraremos la prensa y las editoriales con tal rigor que no se podrá criticar nada. El pueblo no será consciente de la realidad porque lo atontaremos con burdeles, deportes y ocio de masas. No permitiremos más religión que el judaísmo. Ejecutaremos a todos los masones que no sean judíos y difundiremos las logias judías por el mundo entero. Los jueces viejos dejarán su sitio a jueces jóvenes dispuestos a ceder ante el poder de los más fuertes. Las universidades dejarán de enseñar derecho, ciencias políticas y todas las disciplinas humanísticas. «Borraremos del recuerdo de la humanidad todos los hechos históricos que nos resulten incómodos y solo dejaremos aquellos que arrojen una luz especialmente poco favorable sobre los errores de los gobiernos no judíos.» La educación se centrará en los conocimientos prácticos. Obligaremos a los maestros a hacer proselitismo. Los profesionales del derecho dejarán de ser independientes y tendrán que servir a los intereses del Estado. El papa será sustituido por un nuevo rey judío. Los impuestos a la propiedad irán ascendiendo de forma progresiva. Especular resultará

imposible. El desempleo y el alcoholismo desaparecerán a medida que disminuye la moderna producción masiva y se recupera la producción artesanal a pequeña escala.[17]

Los protocolos es un documento farragoso, caótico y mal estructurado, que difícilmente se puede considerar como un ejemplo destacable de retórica antisemita multitudinaria. Se expresa en un lenguaje abstracto, es sumamente repetitivo y está lleno de contradicciones; la más llamativa, quizá, la referencia constante a la masonería en los encabezamientos de las subsecciones, sin que luego el texto se ocupe en efecto de los masones. En algunos puntos se habla de una revolución mundial general; en otros, el documento da por sentado que la revolución se producirá tan solo dentro de un Estado. Entre las excentricidades del texto figura la afirmación de que los judíos colmarán de explosivos los túneles de construcción de los metros —el ferrocarril subterráneo fue una iniciativa típica de la época, en muchas de las principales ciudades del mundo— y los detonarán todos si creen estar en peligro.[18] La distopía que se supone que los judíos crearán una vez se hayan hecho con el poder supremo resulta en muchos casos extrañamente positiva: ¿quién podría tener algo en contra en un mundo con pleno empleo o del que se haya desterrado el alcoholismo?[19]

También llama la atención que el documento carece de muchas de las ideas centrales de la ideología antisemita. El antisemitismo religioso solía insistir en acusaciones tales como que los judíos habían matado a Cristo, profanaban la Hostia eucarística, envenenaban pozos y asesinaban ritualmente a niños cristianos; pero en *Los protocolos* todo ello brilla por su ausencia.[20] En la obra tampoco cabe hallar imágenes del antisemitismo racista; en ningún pasaje los «sabios de Sion» hablan de sus características raciales (según las hubiera imaginado el autor), desprecian las marcas que supuestamente identificarían a otras razas o exhiben el deseo de subvertir el orden social por medio de la hibridación racial (una gran obsesión de Hitler). Según ha escrito Stephen Bronner, «el documento carecía de los fundamentos pseudocientíficos y de biología primitiva que tanto admiraban fanáticos más modernos como Adolf Hitler».[21] Que *Los protocolos* se redactó a caballo entre los siglos XIX y XX se comprueba ante todo por la obsesión con otros factores: la enseñanza universitaria, la irresponsabilidad de la prensa y las manipulaciones del mundo financiero.[22] Además, las referencias a la carrera armamentística, a la recuperación de la producción nacional, la llegada de una emancipación masiva y de la democracia política, o la amenaza del anarquismo, también apuntan a unas fechas de origen unos quince años

anteriores al estallido de la primera guerra mundial. En consecuencia, no hallaremos alusiones al comunismo ni el bolchevismo, movimientos que, tras las revoluciones europeas de 1917-1918, la fantasía antisemita identificó como elementos centrales de la supuesta conspiración mundial de los judíos. Así pues, el documento, con su extraña amalgama de ideas a menudo extravagantes y sus múltiples omisiones, no representaba ni el antisemitismo tradicional ni el moderno; fue una obra muy sui géneris.

De *Los protocolos* cabe extraer, aunque no sin dificultad en algunos casos, unos pocos principios generales, entre ellos las ideas de que (1) ha existido y existe un grupo organizado de «sabios» judíos que conspiran, en una escala global, con el fin de socavar sistemáticamente las bases de la sociedad y levantar en su lugar una dictadura judía; (2) esto se logra por medio de la proliferación de ideologías divisivas, a saber: el liberalismo, el republicanismo, el socialismo y el anarquismo; (3) estos judíos organizados controlan la prensa y la economía y están utilizando su poder para empobrecer la sociedad y debilitar sus valores esenciales; (4) bajo la superficie de la forma en que percibimos tanto la vida cotidiana como las instituciones políticas y las estructuras económicas se oculta un poder maligno; (5) lo que creemos que es progresista y democrático, ya sea la ampliación del sufragio activo o la difusión de las instituciones liberales, es en realidad una táctica más de la conspiración mundial de los judíos para hacerse con el poder sobre el mundo no judío; (6) las guerras no se producen por conflictos de objetivos y creencias entre países distintos, sino, una vez más, por las maquinaciones de los «sabios de Sion»; y (7), de forma implícita, la idea de que antagonismos aparentemente muy arraigados —como el que enfrentaba a socialistas y capitalistas— también son obra de una conspiración judía que busca minar la sociedad no judía creando divisiones internas que la corroan.**[23]** Ahora bien, se trata de principios que ni eran exclusivos de *Los protocolos* ni se originaron con esta obra; ya existían en los primeros años del siglo XX y lo que *Los protocolos* ofrecía era, supuestamente, confirmar su exactitud desde el seno de la propia conspiración.

Es evidente que el texto se fraguó en el molde clásico de las teorías de la conspiración. Al lector que lo acepta, promete revelarle verdades que están ocultas a la inmensa mayoría, incluidos científicos, expertos, gobiernos y políticos; dispara la autoestima de los creyentes compartiendo con ellos un conocimiento secreto que no poseen ni el mundo del «conocimiento oficial» ni los millones de personas que viven engañadas por este; y proporciona una clave para entender procesos y sucesos de apariencia compleja e incluso

incomprensible, desde las guerras y revoluciones a los hundimientos bursátiles y las crisis económicas, al englobarlos a todos en una única y colosal explicación paranoide: todo se puede reducir a las actividades de un conjunto singular y muy bien organizado de individuos malignos.[24] En cambio, resulta erróneo afirmar que el documento «marca la línea de división entre el antijudaísmo de la Edad Media y Moderna y el antisemitismo contemporáneo», en el cual «el foco ahora no se centra en los judíos como enemigos religiosos de los cristianos; se los ve ante todo a través de la lente de la teoría racial, como una raza particular, de personas con atributos específicos».[25] Antes al contrario, aunque no cabe duda de que después de la primera guerra mundial los antisemitas utilizaron *Los protocolos* como una «demostración» de las características raciales de los judíos, en sí mismo el documento no exhibe ninguna influencia de la teoría racial. Esto quizá demuestre, si acaso, que a menudo no se leyó la obra con cuidado, sino que tan solo se la citó en apoyo de creencias que de hecho por sí misma no representaba.

Lo que dio vigencia a *Los protocolos* fue antes que nada la pretensión de estar ofreciendo pruebas auténticas de la conspiración mundial de los judíos, que en teoría procedían del núcleo organizativo de la propia comunidad judía internacional. Pero *Los protocolos* carecía de cualquier autenticidad. Se han dedicado muchos años y mucha energía al rastreo de sus orígenes. Hoy tenemos la certeza de que la idea de una conspiración subversiva que aspira a derrocar el orden político y social se inició tras la Revolución francesa de 1789. A los ocho años de la Revolución, y cinco del Terror, un jesuita francés, el abate Barruel, en una vasta obra en cinco volúmenes sobre el jacobinismo, atribuyó tanto el estallido de la revolución como la ejecución de Luis XIV a las maquinaciones de pensadores y sociedades secretas de la Ilustración, en particular los *philosophes*, los *illuminati* bávaros y los masones, con la influencia de la tradición anterior de los templarios.[26] Ciertamente los *illuminati* y los masones, por mucho que ambicionaran transformar la sociedad, poseían una capacidad de influencia muy inferior a la que Barruel les atribuía; y en cuanto a los templarios, ni siquiera habían renacido tras la destrucción total que sufrieron en la Edad Media. Barruel andaba en busca de culpables para el hecho de que a finales del siglo XVIII numerosos regímenes ilustrados hubieran expulsado de sus países a la orden jesuita, así como para el programa secularizador de la Revolución, la confiscación de las tierras de la Iglesia y la destrucción de templos cristianos. Su obra fue paralela a un tratado similar del matemático escocés John

Robison, titulado *Pruebas de una conspiración contra todas las religiones y los gobiernos de Europa, desarrollada en las reuniones secretas de masones,* illuminati *y sociedades de lectura* (1797).[27]

Ninguno de estos dos autores mencionaba a los judíos, pero el 20 de agosto de 1806 Barruel recibió una carta de un oficial del ejército piamontés, cierto Giovanni Battista Simonini, que aseveraba que en realidad los judíos estaban detrás de toda la conjura y que, aprovechando que la Revolución les había otorgado la igualdad de derechos civiles en Francia y que Napoleón hacía lo mismo en todos los países que conquistaba, planeaban hacerse con el poder mundial. En 1806 Napoleón convocó una asamblea de rabinos y eruditos judíos en Francia con el fin de asegurarse de que tenía a su lado a esta comunidad. Con ello dio cierta credibilidad a la teoría de la conspiración porque, al denominar «Gran Sanedrín» a esta asamblea —con el nombre que en el mundo antiguo se daba al tribunal supremo de los judíos—, el emperador sembró en algunos de sus opositores archiconservadores la idea de que un pseudogobierno judío había existido en secreto a lo largo de los siglos y ejercía en el presente una influencia maligna sobre los asuntos humanos. A Barruel, no obstante, estos argumentos solo le persuadieron en parte; hasta su muerte, acaecida en 1820, siguió convencido de que el estallido de la Revolución había sido culpa antes que nada de los masones. Quizá los judíos hubieran ejercido cierta influencia sobre estos; pero la clave para entender la Revolución, a juicio de Barruel, era que los masones gestionaban un complejo sistema de logias, con una estructura secreta y paralela de interconexiones de la que, a su modo de ver, los judíos carecían. De hecho, Barruel decidió no publicar siquiera la carta de Simonini, ni nada que tuviera que ver con ello, porque temía que pudiera provocar pogromos contra los judíos. El texto permaneció inédito hasta 1878; cuando vio la luz gozó de vida propia y a principios del siglo XX se reimprimió en una variedad de tratados antisemitas.[28]

A lo largo del siglo XIX diversos autores reaccionarios expresaron prejuicios antisemitas para rechazar la propuesta —propagada por la Revolución, implantada por Napoleón y defendida por reformadores liberales de todo el continente europeo— de que la minoría religiosa de los judíos debía disfrutar de una plena igualdad de derechos civiles. Para los paladines de la restauración del orden prerrevolucionario, Europa y todos sus Estados constituyentes no debían arraigarse sino en los principios de una cristiandad vigilante y renovada; de lo contrario no se podría evitar la guerra y la disolución de la sociedad. A partir de aquí era esperable que pasaran de

plantear primero que la emancipación de los judíos (que, en la mayor parte de Europa, eran la única comunidad no cristiana con algún peso) podía socavar la hegemonía de tales principios, a declarar luego que los judíos habían emprendido una campaña deliberada con este fin.

No fue de extrañar, en consecuencia, que tales teorías emergieran otra vez con la nueva oleada de revoluciones que se extendió por el continente europeo en 1848-1849 y que unos pocos comentaristas ultraconservadores, sobre todo en Alemania, atribuyeron de nuevo a maquinaciones masónicas (aunque como en el caso de Simonini, sin pruebas convincentes). A fin de cuentas, una de las principales decisiones que tomaron en su corta vida prácticamente todos los gobiernos revolucionarios surgidos en 1848-1849 fue emancipar a los judíos. Veinte años después de que estallara la revolución vio la luz una novela titulada *Biarritz* y firmada por un supuesto «sir John Retcliffe», pseudónimo que en realidad correspondía al escritor alemán Hermann Goedsche. Goedsche, autor de varias novelas románticas de éxito en la línea de sir Walter Scott, también había colaborado con la policía política prusiana: trabajaba en el servicio postal y falsificaba cartas para incriminar a demócratas alemanes, hasta que en 1849 lo descubrieron, lo llevaron a juicio y tuvo que abandonar esta actividad. A partir de entonces trabajó como periodista para un periódico ultraconservador, el *Kreuzzeitung*.

Unas cuarenta páginas de *Biarritz* describen una escena situada en el cementerio de Praga donde, una vez por siglo, representantes de las doce tribus de Israel se reúnen con un representante de la diáspora para tramar el sometimiento del mundo. Entre los medios elegidos figuran (por mencionar algunos) llevar a la aristocracia a la bancarrota, provocar revoluciones, apoderarse de las bolsas, abolir las leyes contra la especulación, dominar la prensa, empujar a los países a guerrear unos contra otros, fomentar la industria y empobrecer a los obreros, difundir el librepensamiento, debilitar a la Iglesia cristiana y emancipar a los judíos (que por entonces, en muchos lugares de Europa, aún carecían de la plenitud de los derechos civiles). Goedsche distorsionó e interpretó negativamente casi todo el programa del liberalismo alemán de mediados de siglo, con el fin de presentarlo como la expresión de una conjura judía dirigida a destruir el Estado y la sociedad.[29]

La escena del cementerio, inspirada en lo esencial en otra escena de la novela *Joseph Balsamo* de Alejandro Dumas (padre), en la que el conspirador Alessandro Cagliostro y sus cómplices traman desacreditar a la reina María Antonieta mediante el «asunto del collar de diamantes», era de hecho un invento típico de la novela gótica. Entre otras cosas describe cómo los trece

representantes, vestidos con túnicas blancas, se acercan a una tumba uno por uno y se arrodillan ante ella; cuando el último de los trece planta la rodilla en tierra, una llama azul ilumina de golpe la escena y una voz de ultratumba dice: «Os saludo, jefes de las doce tribus de Israel», ante lo cual todos entonan como respuesta: «Os saludamos, hijo del réprobo». La verborrea gótica de esta índole no se detiene aquí. Resulta difícil imaginar que nadie se tomara estas páginas en serio, y menos que las pudiera considerar como una descripción fidedigna de hechos reales.

Pero la escena adquirió vida propia con independencia del resto de la novela. Esta rara transformación empezó en Rusia, donde se publicó como opúsculo en 1872, con la observación previa de que, aunque era un texto de ficción, se basaba en un hecho constatado (un rasgo característico de muchas teorías de la conspiración, que a menudo borran la distinción entre hechos y ficciones al defender que a la postre no importa si los detalles de un relato son falsos, a condición de que expresen la verdad fundamental subyacente). En años posteriores fueron apareciendo nuevas ediciones rusas y, en 1881, el texto regresó a Francia: ahora los distintos parlamentos se habían fundido en un discurso único, supuestamente pronunciado en el cementerio por un gran rabino; se citaba como fuente al diplomático inglés «sir John Readclif». *El discurso del rabino*, como se dio en llamar a este opúsculo, fue reimpreso por los antisemitas en varias lenguas, incluido de nuevo el ruso. En Alemania lo llevó a la imprenta un propagandista antisemita radical, Theodor Fritsch, al incorporarlo a su *Manual de la cuestión judía*. Quedó integrado como elemento típico de la imaginación paranoide de los antisemitas de toda Europa.[30]

Así pues, mucho antes de que Fritsch redactara su enciclopedia, la idea de una conspiración mundial de los judíos inspirada por Satanás y difundida por las instituciones de la masonería ya se había convertido en un arma típica del arsenal del antisemitismo francés, entre otros. En las décadas de 1870 y 1880, después de que Prusia derrotara a Francia y Napoleón III perdiera el poder, la nueva Tercera República lanzó un ataque resuelto contra los privilegios de la Iglesia católica romana, que seguía siendo mayoritariamente partidaria de la monarquía. Entre los adeptos más firmes del nuevo orden político liberal había masones, laicos y republicanos (pero solo excepcionalmente judíos), y los escritores clericales y archiconservadores lanzaron una serie de publicaciones para condenar la República por ser el fruto de una conspiración judeo-masónica, al igual que, en su febril imaginación, lo había sido la revolución de 1789. Algunos empezaron a afirmar incluso que los judíos

contaban con un gobierno mundial secreto que no solo manipulaba a los republicanos franceses, sino que regía sobre gobiernos y políticos del mundo entero gracias al dominio de las finanzas internacionales y los órganos de prensa. Estas afirmaciones hallaron eco en el mundo político real durante la década de 1890, en el marco de la atmósfera fervientemente católica y ferozmente antisemita del caso Dreyfus, cuando se condenó erróneamente al judío Alfred Dreyfus, oficial del ejército francés, como supuesto espía de los alemanes.[31]

Las ideas que culminaron en *Los protocolos* hallaron la síntesis final en Rusia, sin embargo. Los cerca de cinco millones de judíos de este país estaban sometidos a numerosas restricciones legales, incluida la obligación de vivir en una región concreta, situada en el sector occidental de los dominios del zar y conocida con el nombre de Zona de Residencia. Como algunos judíos, enojados con las restricciones, se unieron al creciente movimiento revolucionario, los partidarios de la autocracia zarista y la Iglesia ortodoxa desataron una oleada cada vez más intensa de antisemitismo violento y extremo. *Los protocolos* llegó al dominio público en esta atmósfera de incremento de la tensión política. Salió de imprenta por vez primera, aún sin la sección final, en otoño de 1903, en un periódico editado por Pável Aleksándrovich Krusheván, un destacado antisemita que poco antes había organizado un pogromo en su provincia natal de Besarabia, en concreto en Kishiniov, que había costado la vida a cuarenta y cinco judíos y destruido más de un millar de hogares y tiendas judías.[32] En 1905 Serguéi Nilus publicó una versión revisada. Este antisemita de carácter más religioso que racial, obsesionado con visiones de un Apocalipsis próximo, era un exfuncionario que poseía algunas tierras y culpaba a los judíos del fracaso del Estado ruso. Nilus consiguió una distribución más amplia del documento, mejoró la redacción y añadió materiales que vinculaban falsamente las «actas» con el Congreso Sionista de Basilea. En pasajes extensos, el texto incorporó rasgos de *El discurso del rabino*, dotándolos de una nueva forma y contexto.[33]

Pero estos pasajes no supusieron el grueso del texto. Al presentarlo ante su público, Krusheván indicó que el documento era en parte una traducción del francés; y en efecto hubo secciones que derivaban en gran medida de un tratado publicado en 1864 por el escritor Maurice Joly. Este distaba de ser una obra antisemita. En realidad, era un ataque dirigido desde la izquierda contra el régimen manipulador y dictatorial del emperador Napoleón III, y expresado en la forma de un diálogo imaginario entre Montesquieu (que habla a favor del liberalismo) y Maquiavelo (que expone muchas de las justificaciones

cínicas de la dictadura que podemos leer en *Los protocolos* y que Joly atribuye al emperador). No extrañará, pues, que los argumentos de este último sean los reproducidos especialmente en el tratado antisemita, convertidos en justificaciones de los métodos y objetivos políticos de la supuesta conspiración mundial de los judíos.[34] Probablemente la redacción final de *Los protocolos* se realizó en 1902 en la zona sur de Rusia; el lenguaje de las primeras ediciones muestra una influencia clara del ucraniano. El compilador anónimo formó el texto definitivo combinando partes de *El discurso del rabino* y de la sátira de Joly (que unos antisemitas franceses le habían pasado a un conocido en la década de 1890, y luego se tradujo al ruso) con la invención de las supuestas decisiones del Congreso Sionista de Basilea.[35] Los orígenes híbridos del tratado también se ponen de manifiesto en la obsesión por las finanzas, en particular por el patrón oro. En este campo el texto ofrecía una versión distorsionada de varias de las medidas que el ministro de Economía Serguéi Yúlievich Witte estaba intentando introducir para modernizar la economía rusa, y que contaban con la oposición directa de los elementos conservadores de las élites del país.

En su forma final, por lo tanto, *Los protocolos* fue una mezcla apresurada de fuentes francesas y rusas, y su carácter confuso y caótico da fe de la celeridad e incompetencia con que se redactó.[36] Cohn planteó la hipótesis de que el texto ya existía en su forma plena en francés hacia 1897 o 1898, pero las pruebas no lo avalan; al contrario, no cabe duda de que el montaje final se hizo en Rusia. Por desgracia, en cambio, todavía no se sabe con certeza quién compuso la versión última: aunque es probable que Pável Krusheván tuviera un papel propio en la composición, no hay datos fiables que permitan ir más allá de la sospecha. Por el momento, la identidad del compilador sigue siendo un misterio.[37]

El antisemitismo ruso halló una primera expresión práctica en las Centurias Negras. Tras la fallida revolución de 1905, estas bandas violentas de carácter contrarrevolucionario recorrieron el país asesinando a judíos, a los que culpaban del levantamiento. La violencia antisemita emergió de nuevo a la estela de la revolución de 1917, en particular con el movimiento contrarrevolucionario de los «blancos», que se dirigía contra los bolcheviques, quienes habían tomado el poder en 1917, encarcelaron al zar Nicolás II y lo habían ejecutado junto con su familia. En otoño de 1918, mientras la guerra civil se extendía por el país, dos oficiales «blancos», Piotr Nikoláievich Schabelski-Bork y Fiódor Viktorovich Vínberg, huyeron hacia el oeste en un tren proporcionado por los alemanes, que, de acuerdo con el

Armisticio del 11 de noviembre, estaban evacuando los territorios que habían ocupado hasta entonces durante la guerra. Cuando llegaron a Alemania, este país también vivía una revolución, tras la abdicación forzosa del káiser; los dos hombres no perdieron tiempo en divulgar la idea de que ambas revoluciones, la rusa y la alemana —y no solo eso, sino también la propia guerra mundial—, habían sido obra de los «sabios de Sion». Trajeron consigo una copia de *Los protocolos* y, en la tercera edición de su anuario *Luch Svieta* («Rayo de luz») imprimieron el texto completo de la versión de Nilus, de 1911.**[38]**

También le entregaron una copia a cierto Ludwig Müller von Hausen, fundador de una oscura organización de ultraderecha creada en Alemania poco antes de la guerra, denominada Asociación contra la Arrogancia de los Judíos. Con el patrocinio de un grupo de mecenas aristócratas, entre los que probablemente había miembros de la derrocada familia real alemana, *Los protocolos* se tradujo al alemán y Müller von Hausen publicó la obra en enero de 1920. En la violenta atmósfera posrevolucionaria de la época, cuando el antiguo poder imperial, al igual que muchos de sus partidarios y beneficiarios de la clase media, estaba furioso contra la revolución alemana —y el sistema democrático en el que esta desembocó, la República de Weimar—, el tratado gozó de un éxito inmediato entre los círculos de la extrema derecha. Antes de que concluyera el año la obra se había reimpreso cinco veces; en unos pocos meses había vendido más de 120 000 ejemplares. En 1933 acumulaba treinta y tres ediciones, muchas de ellas ampliadas con apéndices e ilustraciones creadas para la ocasión.**[39]** «Con la publicación en alemán de *Los protocolos de los sabios de Sion* —ha concluido el biógrafo más reciente de Hitler, Volker Ullrich— la teoría de la conspiración se había convertido en un elemento clave de la propaganda étnico-chovinista alemana.»**[40]** Para los antisemitas de extrema derecha, la derrota de Alemania en 1918, la caída del régimen del káiser y el advenimiento de la democracia en la República de Weimar eran tres pruebas claras de la veracidad de *Los protocolos*. Los judíos habían triunfado y, por lo tanto, ya no tenían necesidad de mantener el documento en secreto, como supuestamente habían hecho hasta entonces.**[41]**

Entre los primeros en leer esta traducción figuraba el general Erich Ludendorff, quien había sido de hecho el líder de las fuerzas armadas alemanas durante la última fase de la primera guerra mundial, y había coliderado diversas tentativas violentas (aunque fallidas) de derribar a la República de Weimar; entre ellas, el *putsch* de Kapp, de 1920, cuando un golpe de Estado de militares de ultraderecha se apoderó por breve tiempo de

Berlín, y el *putsch* de la cervecería, el golpe que los nazis intentaron dar en Múnich en 1923. Cuando le llegó a las manos un ejemplar ya había escrito sus reflexiones sobre la política y la dirección bélica, pero aún tuvo tiempo de añadir una nota al pie para recomendar la lectura de *Los protocolos* y afirmar que a la luz de sus revelaciones sería necesario reescribir por completo la historia moderna y en especial la contemporánea. Ludendorff también advertía de que *Los protocolos* era un documento que «ha sido atacado a menudo por sus opositores, que lo califican de históricamente inexacto». Pero esto ya no importaba gran cosa. Él ya había expresado su punto de vista y *Los protocolos* no tuvo mayor influencia en su perspectiva.[42]

En cambio, el documento ejerció una influencia clara sobre un grupo secreto de la derecha, formado por jóvenes extremistas y conspiradores en los primeros años de la República de Weimar: la Organización Cónsul. Entre otras cosas, este grupo fue el responsable del asesinato de Walther Rathenau, un político, intelectual y hombre de negocios acaudalado que había desempeñado un papel central en la gestión de la economía durante la guerra. En 1922 Rathenau fue nombrado ministro de Exteriores de Alemania. Se apresuró a suscribir un tratado con la Unión Soviética, en el que Alemania y Rusia, parias los dos del orden internacional, renunciaban a las exigencias mutuas en los ámbitos territorial y económico. Este primer paso tuvo su importancia a la hora de que Alemania regresara a la arena diplomática. Pero la extrema derecha consideraba que alcanzar cualquier clase de acuerdo con los bolcheviques era una traición; no digamos ya renunciar a la reclamación de territorios soviéticos. Para la Organización Cónsul en particular, esto fue fruto de la conspiración judía internacional que se describía en *Los protocolos*. Rathenau era judío y en 1909 había cometido la imprudencia de quejarse, en un artículo de prensa, de que «trescientos hombres que se conocen todos entre sí rigen los destinos económicos del Continente y buscan a sus sucesores entre sus propios adeptos». En realidad pretendía abogar por que las élites económicas de Alemania, Francia y otros países europeos se ampliaran para dar cabida a más personas, y en su artículo no hace referencia alguna a los judíos; pero para los jóvenes fanáticos de la Organización Cónsul, espoleados por Ludendorff, tal afirmación solo podía significar una cosa: que Rathenau —como sostuvo Ernst Techow, uno de los integrantes de la organización— «era uno de los trescientos sabios de Sion cuyo propósito y objetivo era someter al mundo entero a la influencia de los judíos, como ya había demostrado el ejemplo de la Rusia bolchevique». Consumado el asesinato, cuando los jueces interrogaron a Techow, este afirmó que había

tomado la idea «de los trescientos sabios» de un «panfleto», *Los protocolos*, en su resumen, el juez pidió que los tribunales y los medios de comunicación prestaran atención a «ese libelo vulgar, *Los protocolos de los sabios de Sion*, [que] siembra el deseo de matar en las mentes confusas e inmaduras».[43]

El impacto de *Los protocolos* sobre estos jóvenes asesinos no se produjo en un vacío ideológico. El pensamiento de la ultraderecha alemana ya se había impregnado de una embriagadora mezcla de ideas, derivadas por un lado del monárquico francés Arthur de Gobineau, que a mediados del siglo XIX había inventado el concepto de la «raza aria» como «raza dominante»; del darwinismo social, con su concepto de la historia como una lucha interracial por la «supervivencia del más fuerte»; y también de la interpretación del socialismo como producto de un complot judío que aspiraba a destruir la civilización europea. Tales ideas se propagaron en una serie de publicaciones, en particular *Los fundamentos del siglo XIX* (1899) del yerno del compositor antisemita Richard Wagner, el aún más antisemita Houston Stewart Chamberlain. Obras similares, como el *Manual de la cuestión judía* de Theodor Fritsch (1907) o *La ley del nomadismo y el actual dominio de los judíos* (1866), también defendieron que los judíos eran la fuerza oculta que provocaba muchos acontecimientos y tendencias que estos autores tenían por malignas.[44] Bastante antes de la primera guerra mundial los periódicos, revistas y tratados de ultraderecha ya divulgaban la idea de que los judíos ejercían una influencia oculta sobre todo cuanto ellos odiaban en la vida moderna, desde el feminismo y el socialismo a la música atonal y el arte abstracto.[45] Tras la derrota de Alemania en la guerra, y con la febril atmósfera de revolución y contrarrevolución que le siguió, el antisemitismo se convirtió en elemento central de la ideología de la extrema derecha.

En particular en la Baviera posrevolucionaria, la multitud de diminutos grupos políticos contrarrevolucionarios de la región explotó contra los judíos, afirmando que no solo fomentaban la subversión revolucionaria, sino que especulaban con la guerra. Esta propaganda, por descontado, exageraba groseramente la parte que los judíos interpretaban tanto en los partidos socialista y comunista como en el mundo de la banca y las altas finanzas. Ante la objeción evidente a tales afirmaciones —el hecho de que capitalistas y comunistas dedicaban la mayor parte de su tiempo y energía a luchar los unos contra los otros— se ofrecía la respuesta paranoide de que esto solo demostraba que los judíos movían los hilos ocultos de aquellos títeres y estaban creando enfrentamientos sociales desde las bambalinas. A la hora de forjarse las creencias antisemitas que fueron esenciales en su concepción del

mundo, Hitler bebió sobre todo de estas fuentes, antes que directamente de *Los protocolos*.[46]

Hitler mencionó *Los protocolos* por primera vez en las notas que preparó para un mitin celebrado el 12 de agosto de 1921. Según una noticia referida al discurso que pronunció en Rosenheim (sur de Baviera) el 19 de agosto de 1921, «Hitler muestra, con el libro de *Los sabios de Sion*, redactado en el Congreso Sionista de Basilea en 1897, que los semitas siempre han tenido y siempre tendrán como objetivo imponer su dominio por cualquier medio a su alcance».[47] Ahora bien, en la biblioteca privada de Hitler, que acabó albergando más de 16 000 volúmenes, no había ningún ejemplar de *Los protocolos*. En realidad, que hubiera figurado allí tampoco habría sido una prueba de que lo había leído, puesto que casi todos los volúmenes de esa colección, sin lugar a dudas, no se llegaron a abrir nunca. Así pues, como otras muchas personas, Hitler tuvo un conocimiento indirecto de *Los protocolos*. Si dejamos a un lado la probabilidad de que se informara de su contenido, o al menos de su relevancia, en las conversaciones con sus amigos (en especial con Dietrich Eckart, su mentor durante la juventud), una vez acabada la primera guerra mundial el vehículo parece haber sido una serie de artículos de prensa redactados por encargo del magnate del motor estadounidense Henry Ford, que los recogió en 1920 —con su firma— en una colección titulada *The International Jew: The World's Foremost Problem*. El libro se publicó en alemán en 1922[48] y Hitler tenía un ejemplar en su biblioteca. Buena parte de la compilación, a partir del capítulo 10, se dedica a explicar *Los protocolos* con abundantes citas del texto.[49] Fue el mismo libro que llevó al futuro jefe de la propaganda de Hitler, Joseph Goebbels, a conocer *Los protocolos* en 1924, tras lo cual decidió leer el documento original con la intención de comprender adecuadamente —en sus palabras— «la cuestión judía».[50]

En 1923, cuando la hiperinflación estaba destruyendo la vida económica y la estabilidad social de Alemania, Hitler hizo alusión repetida a *Los protocolos* en sus discursos. Entre otras cosas, declaró: «Según *Los protocolos de Sion* la intención es hacer, por medio del hambre, que las masas se sometan a una segunda revolución [tras la de 1918] bajo la estrella de David».[51] Poco después, Hitler intentó hacerse con el poder dando un golpe armado en Múnich, tras lo cual fue detenido y juzgado; sin embargo, un juez benevolente, de tendencia nacionalista, lo condenó tan solo a un breve período de «confinamiento en una fortaleza». Como es sabido, Hitler utilizó este tiempo de ocio forzoso para componer su extenso tratado político y

autobiográfico, *Mein Kampf* (Mi lucha), donde también hizo referencia a *Los protocolos*.

III

En estas fechas, sin embargo, se había demostrado y divulgado ampliamente que *Los protocolos de los sabios de Sion* era una burda falsificación.[52] El 13 de julio de 1921, el corresponsal de *The Times* en Estambul, Philip Graves, informó entusiasmado a su editor de Londres, Henry Wickham Steed: «Un (ortodoxo) ruso ha hecho aquí un descubrimiento muy curioso Se trata de que *Los protocolos de los sabios* es en buena medida el plagio de un libro publicado en Ginebra […] [en] 1864, que era una serie de diálogos entre Montesquieu y Maquiavelo […]. Muchos de los parecidos son extraordinarios». Graves recogió varios ejemplos de pasajes plagiados textualmente de aquel libro por el autor de *Los protocolos*. «Los parecidos son numerosos: en muchos lugares, *Los protocolos* es una simple paráfrasis. Yo creo que esto tiene ciertos elementos de exclusiva», le dijo a Steed.[53] El día anterior, siguió explicando Graves, el ruso que había hecho aquel descubrimiento —Mijaíl Mijáilovich Raslovlev, pariente político de la corresponsal de *The Times* en San Petersburgo— había contactado con él para ofrecerle la venta del ejemplar del libro de Joly, publicado originalmente en Ginebra. «El señor Raslovlev —decía Graves— recibió el libro ginebrino de un excoronel ruso de la Ojrana [la policía secreta del zar] que no le daba mayor importancia.» El propio Raslovlev era antisemita (según Graves, «cree que el peligro de los judíos radica en su típico materialismo, más que en su idealismo revolucionario») y pertenecía a un grupo de monárquicos rusos exiliados por la revolución bolchevique de 1917. Las cosas no le iban bien y necesitaba dinero, después de haber perdido hacienda y propiedades a manos de los bolcheviques.

Sin embargo, la motivación no se limitaba al dinero, ya que, de haber ofrecido el libro a un comprador judío, habría obtenido un beneficio muy superior. «No tengo intención de proporcionar a los judíos, de los que nunca he sido gran amigo, un arma de ninguna clase —le dijo a Graves—. He guardado durante mucho tiempo el secreto de mi descubrimiento (¡porque es todo un descubrimiento!) con la esperanza de utilizarlo algún día como demostración de la imparcialidad del grupo político al que pertenezco. Y lo único que me ha llevado ahora a cambiar de opinión es una necesidad muy urgente de dinero.» Pese a todo, no pretendía vender el libro, sino prestarlo.

Como pensaba que la guerra civil y la hambruna que sacudían Rusia no tardarían en acarrear la caída del régimen bolchevique, Raslovlev tan solo pedía un crédito de 300 libras esterlinas, que devolvería pasados cinco años; a cambio *The Times* dispondría de derechos exclusivos sobre el material hasta que la deuda se hubiera saldado. Los editores se apresuraron a redactar un contrato que se suscribió el 1 de agosto de 1921. «Creo que esto puede suponer un enorme golpe de efecto para *The Times* —le dijo Graves al editor de asuntos exteriores de la central londinense—, así que haz como te he pedido arriba, para que *el descubridor no se nos escape*». De otro modo se corría el riesgo bien de que Raslovlev intentara venderles el secreto a otros, bien de que el plagio se descubriera de forma independiente. En cualquier caso, Graves acordó mantener en secreto el nombre de su informante, para proteger a los parientes de Raslovlev que no habían salido de Rusia.[54]

Que Raslovlev se decidiera a desvelar el documento también respondió al hecho de que algunos periódicos de Londres, como el *Morning Post* y el *Illustrated Sunday Herald*, habían dado a conocer una traducción inglesa de *Los protocolos* el año antes, que había despertado interés en el mundo político y recibido los comentarios favorables de, entre otros muchos, el mismísimo Winston Churchill. Algunos parlamentarios conservadores presionaron para crear una investigación oficial sobre la conspiración judía que el documento supuestamente desvelaba. En aquella época, el *Morning Post* estaba dirigido por un *tory* tradicionalista y muy conservador, H. A. Gwynne, y se caracterizaba por una firme hostilidad contra el bolchevismo y abundantes contactos en la extrema derecha, en particular con zaristas exiliados. Que *The Times* hiciera pública la falsedad de *Los protocolos* supondría, por lo tanto, asestar un golpe serio a la credibilidad de un periódico rival.[55] Anteriormente un autor alemán, Otto Friedrich, en un libro publicado en 1920, había llamado la atención sobre el uso de *El discurso del rabino* en *Los protocolos*, en un texto titulado expresamente *Los sabios de Sion: el libro de las falsificaciones (Die Weisen von Zion: Das Buch von Fälschungen)*.[56] Otro periodista, Lucien Wolf, también denunció el plagio de *El discurso del rabino* en 1921.[57] En Estados Unidos, un activista y periodista judío nacido en Rusia, Herman Bernstein, publicó una denuncia similar ese mismo año.[58] Es decir, se acumulaban con rapidez las denuncias de que *Los protocolos* era una falsificación. Sin embargo, el descubrimiento de Raslovlev sobre el plagio por extenso del libro de Joly era del todo innovador y suponía una revelación mucho más devastadora.

Graves se apresuró a compendiar el tema en tres artículos para *The Times*. «Creo que debería publicarse lo antes posible», urgió a Londres, en carta a su editor de exteriores. Pero no era tan sencillo. Para empezar el periodista debía confiar los artículos y el libro a un súbdito británico fiable, que viajara a Gran Bretaña desde Constantinopla. «El problema es —le explicó al citado editor el 25 de julio de 1921— que la gente que conozco que viajan justo ahora es gente a la que sé [sic] que son de esa clase de tipos descuidados que tranquilamente se pararán dos o tres veces *pour faire la noce* [“para irse de fiesta”] de camino a casa, en Venecia o en París, lo que aumenta mucho el riesgo de que el envío se pierda.» A la postre dio con un «mensajero de fiar que se marcha con el Orient Express […]. No tiene intención de detenerse en ningún lugar durante el camino y entregará un paquete al editor de exteriores en la misma noche de su llegada». El viaje en aquel tren de lujo duraba cinco días. La sección de internacional de *The Times* apuntó el 9 de agosto de 1921 que, según lo esperado, «el paquete secreto de Constantinopla llegó anoche a través de un mensajero especial». Los artículos de Graves vieron la luz los días 16, 17 y 18 de agosto y enseguida se imprimieron también como opúsculo independiente, tan exitoso que el 22 de agosto de 1921 hubo una segunda tirada de 5000 ejemplares. Pronto se negociaron traducciones con diversas editoriales y periódicos de la Europa continental. El agente que negociaba en nombre de *The Times* solo fracasó en París. «La cuestión, por la razón que sea, no parece interesar aquí —informó—. ¡Mira que son raros, los franceses!»[59]

La denuncia de la falsificación se publicó con detalle en alemán en 1924 y recibió una gran publicidad.[60] Sin duda, Hitler tuvo noticia de las alegaciones que vieron la luz en la prensa alemana; pero la revelación no le frenó. Afirmó que el hecho de que los judíos odiaran *Los protocolos de los sabios de Sion* los llevaba a pretender que este documento

> se basa en una «falsificación», lo cual es la prueba más clara imaginable de que es del todo genuino. Aquí se revela de forma consciente lo que muchos judíos hacen, quizá de forma inconsciente; y esto es lo importante. Carece de cualquier relevancia saber qué cerebro judío ha producido tales revelaciones; lo esencial es que *Los protocolos* pone sobre la mesa con una fiabilidad ciertamente aterradora la naturaleza y acciones del pueblo judío, que desvela su lógica interior y sus metas últimas. No hay comentario que pueda valer más que la realidad. Quienquiera que examine el desarrollo histórico de los últimos

> cien años desde la perspectiva de este libro podrá comprender de inmediato por qué la prensa judía está armando tanto alboroto.[61]

Sin embargo, esta es la única referencia a *Los protocolos* en los muchos cientos de páginas de *Mein Kampf*.

Por su parte, Joseph Goebbels, dos días después de haber decidido informarse sobre el contenido del documento, le confió a su diario:

> Creo que *Los protocolos de los sabios de Sion* es una falsificación. Pero no porque la concepción del mundo de las aspiraciones judías que expresa sea demasiado utópica o fantástica —hoy se observa que se están cumpliendo, uno tras otro, todos los puntos de *Los protocolos*—, sino ante todo porque no creo que los judíos sean tan absolutamente estúpidos como para no mantener en secreto unas actas tan importantes. Creo en la verdad interior de *Los protocolos*, pero no en la factual.[62]

Fue mucho más entusiasta con *Los protocolos* Alfred Rosenberg. Este alemán del Báltico, que se calificó a sí mismo de ideólogo y filósofo del nazismo, había huido de Rusia por la revolución, que a su entender no cabía duda de que era el resultado de un complot judío. Veía maquinaciones de los judíos por todas partes y, desde que llegó a Alemania, se dedicó a componer una serie en apariencia interminable de tratados antisemitas. En 1923 ya había dado a conocer un comentario de *Los protocolos*, en el que afirmó que «el judío»[63] había triunfado en Alemania con la creación de la República de Weimar; pero advertía que no tardaría en «caer en el abismo», tras lo cual «no habrá lugar para el judío ni en Europa ni en América». Diez años más tarde, cuando los nazis llegaron al poder, proclamó que el momento había llegado por fin: «Que esta nueva edición de este libro desvele una vez más al pueblo alemán en qué falsa ilusión vivía aprisionado antes de que el gran movimiento alemán la hiciera trizas […] y le haga entender hasta qué punto, desde los primeros días del movimiento, esta comprensión estaba profundamente arraigada entre los líderes del nacionalsocialismo».[64] Cuando el ministro de Propaganda Joseph Goebbels ordenó hacer un boicot a todas las tiendas judías el 1 de abril de 1933, supuestamente como represalia a un boicot a los productos alemanes defendido por grupos judíos de Estados Unidos —otro de los signos de que los nazis creían en la existencia de lo que llamaban «la judería mundial»—, Julius Streicher, el jefe del Partido Nazi en Franconia y editor del semanario nazi y antisemita *Der Stürmer* («El asaltante»), calificó el boicot de «acción defensiva contra esos criminales mundiales, los judíos» y

contra su «plan de Basilea» (la ciudad en la que, como hemos visto, se suponía que se produjo la reunión cuyas actas constituían *Los protocolos*). El periódico de Streicher hizo mención repetida a *Los protocolos* y se esforzó porque el documento siguiera de actualidad. El propio Partido Nazi publicó el texto en una edición barata y fácil de encontrar, e instaba a «todo alemán a estudiar la terrorífica confesión de los sabios de Sion, a compararlos con las tremendas penalidades de nuestro pueblo, y a partir de aquí extraer las conclusiones lógicas y trabajar porque este libro llegue a manos de todo alemán».**[65]**

Mediada la década de 1930, la supuesta autenticidad de *Los protocolos*, según el propio documento la planteaba, recibió otros dos golpes. En julio de 1934 se juzgó en Grahamstown a tres líderes del movimiento fascista sudafricano «camisas grises», entre otras razones por distribuir *Los protocolos*. Durante el juicio, el presidente de la Organización Sionista Mundial, Najum Sókolov, declaró que hacía varios años que se sabía que el documento era falso; y recordó que Henry Ford se había retractado de su defensa del carácter genuino del texto.**[66]** Lo que es más importante, aquel mismo año, representantes de la comunidad judía de Berna (Suiza) denunciaron al Frente Nacional Suizo, una organización fascista que un año antes había distribuido el documento durante una manifestación. El pleito respondía a un estatuto local que vetaba la distribución de textos inmorales, obscenos o embrutecedores. Dirigió la defensa Ulrich Fleischhauer (según la queja de Graves, «un profesional del antisemitismo, y probablemente un huno, [que] ha puesto en duda mi carácter personal y mi veracidad»). En Alemania, la prensa nazi afirmaba que Graves era judío, o que estaba a sueldo de los judíos, o incluso que era un pseudónimo de Lucien Wolf. Tras una extensa serie de declaraciones de testigos, con expertos y académicos destacados (entre ellos exiliados rusos como el intelectual menchevique Boris Nicoláievski) que confirmaron que *Los protocolos* era un documento espurio que pretendía provocar odio contra los judíos, el tribunal sentenció que *Los protocolos* era una falsificación plagiaría y obscena, y falló a favor de la acusación. El juez también declaró que el documento era un «absurdo ridículo» y lamentó que el tribunal hubiera tenido que pasar toda una quincena estudiando aquel sinsentido.**[67]**

La historia no concluyó aquí, sin embargo. La defensa presentó una apelación formal contra el veredicto y, en noviembre de 1937, el Tribunal Supremo suizo revisó en efecto la sentencia. Pero la revisión no supuso exonerar *Los protocolos*: los jueces dictaminaron que el documento era en

efecto espurio; simplemente concluyeron que no violaba lo estipulado en el estatuto sobre la obscenidad literaria porque, a la postre, debía clasificarse como propaganda política. Las costas recayeron de nuevo sobre los defensores (es decir, los partidarios de la autenticidad de *Los protocolos*) y el tribunal expresó en público el lamento de que la ley no ofreciera a los judíos una protección adecuada contra la clase de acusaciones falsas que tal texto representaba. Por descontado, los fascistas y antisemitas suizos pregonaron que el resultado era un triunfo y reprocharon a los acusadores judíos haberse comportado exactamente como se predecía en *Los protocolos*, pero en realidad el efecto general, en términos de publicidad, distó mucho de ser favorable a la causa de los antisemitas.**[68]**

Graves no se había sentido capaz de intervenir en el juicio como testigo, porque tenía parientes políticos que vivían en Múnich y temía que los nazis los represaliaran; pero sí proporcionó una declaración escrita que confirmaba las conclusiones a las que había llegado en los artículos de 1921. Sin embargo, en este punto había perdido el respaldo de su periódico. El nuevo director de *The Times*, Geoffrey Dawson, era un gran defensor de la política de apaciguamiento y lamentaba que la publicación hubiera desvelado la falsedad de *Los protocolos*, según le recordó Graves posteriormente:

> Hace algún tiempo recuerdo que me dijisteis que os parecía en parte desafortunado que *T[he] T[imes]* hubiera desvelado la falsedad del texto. En efecto veo que, con el estado de ánimo imperante hoy en gran parte del continente, *The Times* podría querer disociarse de tal publicación en el futuro no a consecuencia de ninguna simpatía con el antisemitismo dominante, sino porque la conexión de *The Times* con el desenmascaramiento dificulta convencer a muchas figuras destacadas de Alemania y otros países de que *The Times* no está bajo «la influencia de los judíos» o «la dirección de los judíos».**[69]**

En vísperas de la guerra, el asistente de dirección de *The Times* le dijo a Graves que, si el opúsculo de sus artículos se reeditara, «sería prudente no hacerle mucha, o quizá ninguna, publicidad en las columnas de *The Times*, pues cabe la posibilidad de que Alemania tome represalias contra nosotros».**[70]**

El veredicto del juicio de Berna fue uno de los diversos factores por los que funcionarios destacados del Ministerio de Propaganda de Goebbels decidieron recurrir poco a *Los protocolos* en los pronunciamientos públicos. En las instrucciones diarias a la prensa, donde el Ministerio de Propaganda

dictaba qué líneas debían seguir los periódicos y revistas alemanes en temas actuales de gran relevancia (y a veces otras cuestiones más secundarias), se criticó intensamente a un periódico nazi, el *Deutsche Zeitung*, por haber afirmado que la exposición de *Los protocolos* en el juicio de Berna alertaría de nuevo a la opinión pública alemana sobre la amenaza que representaban las maquinaciones de los judíos en todo el mundo. «Los expertos del Ministerio de Propaganda no son en ningún caso de la misma opinión —se comunicó—. Se pide a la prensa alemana que no convierta el juicio de Berna […] en una gran acción antisemita.» En consecuencia, los periódicos restaron importancia al juicio, que presentaron ante todo como un asunto interno de Suiza. Interpretaron el veredicto del tribunal como el fruto de las sutilezas de la ley suiza, más que como una condena a los defensores de la autenticidad de *Los protocolos*. A juicio de la prensa nazi, la intervención de la fiscalía era por sí misma una prueba de que la comunidad judía internacional seguía empeñada en «difundir veneno sobre Alemania». Como fuera, si los nazis se mostraron reticentes a continuar utilizando *Los protocolos* para la propaganda antisemita no fue solo porque eran conscientes de que la opinión pública estaba al corriente del carácter fraudulento del texto, sino, sobre todo, muy probablemente, porque eran asimismo conscientes de las limitaciones de su contenido. Así pues, solo los antisemitas más extremistas —en especial Streicher— siguieron citándolos con frecuencia. En lo que respecta al adoctrinamiento antisemita en general, era fácil disponer de otros documentos que resultaron mucho más importantes: en particular, los distintos manuales que el nazismo dedicó al antisemitismo. El análisis más completo y razonado de la cuestión ha llegado a la conclusión de que «las pruebas […] sugieren que los líderes de la propaganda nazi sabían que *Los protocolos* no era lo que afirmaba ser. Pero esto no parece haberles inquietado gran cosa. Fuera lo que fuese en realidad, *Los protocolos* resultaba útil para la propaganda en la medida en que no se entrase en los detalles». En todo caso, no fue un pilar central de la plataforma antisemita del régimen nazi.[71]

Sin embargo, aunque la retórica antisemita nazi apenas hacía alusión directa a *Los protocolos*, hasta el final de la guerra estuvo repleta de referencias directas e indirectas a «la conspiración mundial de los judíos». Según el discurso de Goebbels en un mitin celebrado por el Partido Nazi en 1937, «el judío» era «el enemigo del mundo, el destructor de las civilizaciones, el parásito entre los pueblos, el hijo del caos, la encarnación del mal, el fermento de la descomposición, el demonio que trae consigo la degeneración de la humanidad».[72] En 1939, en el sexto aniversario del

nombramiento de Hitler como canciller imperial, este afirmó, ante el aplauso atronador de las filas cerradas de sus adeptos y los funcionarios nazis reunidos en el Reichstag, que «si los financieros judíos internacionales de Europa y otros continentes tuvieran éxito en su empeño de lanzar a las naciones a otra guerra mundial, entonces el resultado no será la bolchevización del planeta, y con ello la victoria de la judería, ¡sino la aniquilación de la raza judía en Europa!».[73] Con la idea de «otra guerra mundial» se refería ante todo a la participación de Estados Unidos en una guerra contra Alemania, y no es coincidencia que, cuando en efecto sucedió así, en verano de 1941, se iniciara también el exterminio a gran escala de los judíos. Como dijo Goebbels en noviembre de 1941: «Todos los judíos, en virtud de su nacimiento y raza, forman parte de una conspiración internacional contra la Alemania nacionalsocialista».[74] La idea de que todos los judíos, en todo el mundo, estaban comprometidos con la destrucción plena de Alemania y los alemanes fue una constante del aparato de propaganda de Goebbels, durante toda la guerra, y con una vehemencia e intensidad crecientes a medida que la marea militar empezaba a crecer a favor de los Aliados. «Así como el escarabajo de la patata destruye los campos de patatas, más aún, tiene que destruirlos —decía Goebbels ante una multitud entusiasta, congregada en el Palacio de Deportes de Berlín el 15 de junio de 1943—, también los judíos destruyen Estados y naciones. Para eso tan solo existe un único remedio: eliminar la amenaza para siempre.»[75] El Ministerio de Propaganda mantuvo la misma línea incluso en la derrota. «Si fuera posible hacer jaque mate a los 300 reyes judíos que rigen el mundo en secreto», comunicó el ministerio a la prensa, en una nota del 29 de diciembre de 1944 que extrapolaba una figura que Rathenau había aplicado a Alemania (sin referencia a los judíos) muchos años antes, entonces «los pueblos de la Tierra hallarían por fin la paz».[76] Sin embargo, la propaganda nazi casi nunca mencionó *Los protocolos* directamente cuando hacía alusión a la supuesta conspiración global de los judíos. Algunos historiadores han entendido que cada referencia a esto último era también una referencia a *Los protocolos*, pero se trata de un error.[77] En realidad la idea de una conspiración mundial de los judíos la difundían también muchas otras publicaciones; de hecho, era un lugar común de la ideología antisemita, y, por lo tanto, *Los protocolos* es tan solo un ejemplo más entre muchos.[78]

IV

Cuando uno la examina, la idea de una conspiración mundial de los judíos resulta sumamente irrealista. Imaginar que millones de personas están dirigidas de forma centralizada por un ínfimo grupo secreto de conspiradores —a este efecto, tanto dan trece que trescientos— es entregarse a la fábula política hasta un punto extraordinario. Para que una conspiración funcione, para empezar, debe caracterizarse por una gran cohesión. Debe implicar a un número de personas tan reducido como sea posible. Las conspiraciones de trece personas son relativamente viables, pero hablar de trescientos empieza a topar con los límites de la posibilidad. Cuanta más gente participa en una conspiración, mayor es la probabilidad de una traición. Además, e independientemente del número de participantes, para que los planes maduren y se puedan poner en práctica se requiere una comunicación mutua constante. Sin embargo, *Los protocolos* solo hace referencia, exclusivamente, a las reuniones del Congreso Sionista Mundial de 1897 y del cementerio de Praga; no se alude a ningún otro encuentro, salvo en uno de los precursores del documento, donde se sostiene que la reunión del cementerio se celebraba una vez cada cien años. Sin duda con el paso de los años alguno de los conspiradores, y probablemente más de uno, habría traicionado el secreto, ¿no? Por otro lado, cabe creer que las supuestas víctimas declaradas de tal conspiración habrían tomado las armas contra una subversión de tal calibre; ello, no obstante, en ningún punto de *Los protocolos* se indica que «los sabios» hubieran tomado alguna clase de precaución para protegerse de las represalias.

Luego está la cuestión de cómo las instrucciones de los sabios de Sion se transmitían a los millones de personas que integraban la comunidad judía mundial. Nunca apareció ninguna clase de prueba —ni siquiera «pruebas» inventadas— que indicara o al menos diera a entender que los judíos de tal o cual lugar estaban recibiendo las instrucciones emitidas por los supuestos cabecillas de la conspiración. De hecho, tal como admitió después de la guerra Erich von dem Bach-Zelewski, exjefe supremo de la SS y la policía en la Rusia Central, y un asesino implacable que había ordenado matar a muchos judíos de la región:

> En contra de la opinión de los nacionalsocialistas, de que los judíos eran un grupo muy bien organizado, la espantosa realidad era que carecían de toda organización […]. Esto desmiente el viejo eslogan según el cual los judíos están conspirando para dominar el mundo y su organización a tal fin es excelente […]. Si hubieran tenido alguna clase de organización, esta gente se habría podido salvar por millones; pero

> la cuestión los cogió totalmente por sorpresa. No tenían ni idea de qué hacer; no tenían directrices ni lemas sobre cómo actuar […]. En realidad, no tenían ninguna clase de organización propia, ni siquiera un servicio de información.[79]

Según ha comentado Norman Cohn, el mito de la conspiración mundial «alcanzó su formulación más coherente y letal en el preciso momento en que los judíos, de hecho, estaban más divididos que nunca: entre ortodoxos y reformados, practicantes e indiferentes, creyentes y agnósticos, asimilacionistas y sionistas», por no hablar de las diferencias de clase o lealtad política y nacional. *Los protocolos* y el mito de la conspiración mundial de los judíos, a la postre, tenían «poco que ver con las personas reales, las situaciones reales y los conflictos reales del mundo moderno», algo que ya le resultaba evidente, al menos *a posteriori*, incluso a un asesino de masas y nazi empedernido como Bach-Zelewski.[80]

Como hemos visto, la clase de teoría conspirativa que *Los protocolos* representa se parecía poco a las expresiones tradicionales del antisemitismo. El antisemitismo antiguo y medieval era de carácter religioso: se entendía que los judíos no conversos eran un cuerpo extraño en la cristiandad, y los culpables, según la Iglesia, de haber dado muerte a Jesucristo. Como los judíos practicaban una religión distinta a la de la inmensa mayoría de los europeos, era fácil que se imaginara que participaban en actividades nefandas: se decía, por ejemplo, que envenenaban los pozos de los cristianos o mataban a niños cristianos para utilizar su sangre inmaculada con fines sacrificiales. Sin embargo, estas leyendas se centraban en incidentes específicos, ocurridos en lugares y momentos específicos, e implicaban a personas concretas. La teoría de la conspiración de tipo laico, que ejemplificaban *Los protocolos* y los antecedentes de este documento en una historia que se remonta hasta poco después de la revolución de 1789, era del todo diferente. En *Los protocolos* no se nombra ni siquiera a una de las personas que supuestamente estaban detrás de las conspiraciones destructivas de los masones, ni se identifica a ninguno de los judíos que en teoría se dedicaban a subvertir los principios fundacionales del orden social tradicional del mundo cristiano. De hecho, gran parte de la fuerza de las acusaciones radicaba en su misma vaguedad: hasta cierto punto, *Los protocolos* era un texto «abierto» que permitía una diversidad de lecturas.[81] Esta clase de teorías de la conspiración se diseñó (conscientemente o no) para que la sugerencia de la intervención de fuerzas ocultas y desconocidas creara miedo y levantara sospechas.[82] Y siempre se aportaban pruebas de apariencia histórica, referidas a una asamblea de

conspiradores que había ocurrido en el pasado reciente (a veces, más distante), por parte de un grupo o una organización secreta que llevaba décadas, si no siglos, trabajando entre bambalinas por la subversión.[83]

Uno de los primeros estudios críticos de *Los protocolos*, firmado por el historiador John Gwyer y publicado en 1938, generalizaba a partir de estos puntos con una claridad inhabitual. Gwyer dedicó el ensayo irónicamente a «todos los que creen en la Mano Oculta» y comentó que tal clase de personas

> se vuelve fanática, miembros de esa tropa desafortunada que es capaz de ver en todo un complot. Ya no pueden abrir el periódico o leer un libro o ir al cine sin observar la acción de la Mano Oculta, ya sea porque les está dirigiendo una propaganda sutil o porque intenta convertirlos en peones de un complejo proyecto de sabotaje […]. [Sin embargo] la Mano Oculta había conseguido tantas cosas que no resulta creíble. Era la responsable de la Revolución francesa, los problemas de Irlanda y la Gran Guerra […]. Había organizado la revolución bolchevique al mismo tiempo que seguía estando detrás de las grandes finanzas […]. De hecho, sus actividades no tenían límite. Pero sus complots (objetaría yo) eran casi todos contradictorios; parecía estar levantando con una mano lo que con la otra se empeñaba en derribar.[84]

Gwyer añadió que la bibliografía sobre «la Mano Oculta» —lo que aquí llamaríamos teorías de la conspiración— incluía tantos acontecimientos y procesos de la historia mundial que «debo reconocer cuán orgulloso me siento de nuestra civilización, por su capacidad de resistir frente a tantos ataques». Ante ello, la creencia paranoide en la Mano Oculta «sin duda debe ser tan incómoda e inquietante como cualquier otra clase de manía persecutoria». Pero aún resultaba conveniente: «Pensar así nos evita precisamente tener que pensar: basta con ver el mundo y saber que todos sus conflictos se deben a la malignidad de un único grupo de conjurados misteriosos».[85] Tal vez —reflexionaba Gwyer— tales creencias eran inocuas, mientras no se les permitiera incidir en la vida real; pero lamentablemente, en el caso de la supuesta existencia de una Mano Oculta judía, este no era el caso: la idea había generado repetidos actos violentos por parte de los antisemitas, que en los años recientes habían recurrido a *Los protocolos* para justificar el «asombroso salvajismo» de tales acciones, que incluían «asesinatos, persecuciones, expulsiones y masacres». Por eso Gwyer había decidido dedicar aquel breve estudio a demostrar el carácter fraudulento de tal obra.[86]

«Uno se resiste a creer —escribió Gwyer en la conclusión a su breve libro— que la inteligencia media de la humanidad es realmente tan escasa que no alcanza a distinguir entre una simple verdad y una falsedad fantasiosa.»[87] En el caso de los partidarios de *Los protocolos*, no obstante, parecía ser así. La revelación de la falsedad del documento no había impedido que miles de personas siguieran leyéndolo como si en efecto contuviera las actas genuinas de una reunión real. De hecho, las teorías conspirativas de la clase de *Los protocolos* actúan de varias formas que se sitúan fuera de las prácticas normales o el discurso racional. Para empezar, se cierran de entrada a toda crítica: toda objeción, incluso la denuncia de que se trata de un plagio o una falsificación, suele toparse con la respuesta de que los propios críticos son parte de la conspiración, por ser o bien judíos, o bien instrumentos utilizados por estos. Así, ningún adepto de *Los protocolos* ha intentado defenderlo aportando pruebas de que el documento es auténtico. En su lugar, con un procedimiento justificativo habitual entre tales conspiranoicos, sus adeptos centran la atención en los motivos, o el carácter, o el origen racial, o la filiación política de quienes critican el texto. Por descontado, la cuestión de quién aporta un argumento, por qué lo hace o con qué motivación, no tiene nada que ver con la validez real del argumento en sí, una cuestión que debe analizarse en sus propios términos.

Por otro lado, entre quienes han utilizado *Los protocolos*, algunos eran plenamente conscientes de que se trataba de una invención grosera. A menudo han empleado el documento como una especie de «mentira piadosa», un medio vil e inaceptable para conseguir unos fines que los interesados consideraban elevados y honorables. Como había dicho el propio Hitler, la prueba de su verdad intrínseca no debía buscarse en el documento en sí, sino en la historia de los dos últimos siglos de conspiraciones y tramas de los judíos. De un modo similar, Alfred Rosenberg admitió que los orígenes del documento distaban de estar claros, pero como *Los protocolos* se correspondía con su propia intuición, lo consideraba genuino.[88] Es decir, el hecho de que fuera una falsificación resultaba más bien irrelevante. Lo mismo sucedió con los antisemitas franceses que insistían con terquedad en que el oficial judío Alfred Dreyfus era culpable de haber espiado para los alemanes en la década de 1890, por mucho que los documentos en que la acusación se basaba fueran falsos: por muy falsos que fueran, a su juicio tales documentos daban fe de una verdad superior, a saber, que todos los judíos eran traidores, de hecho o en potencia, porque los judíos no eran leales a ningún país en

concreto. Esta creencia, como se puede ver, ya se había generalizado en los círculos antisemitas antes de la redacción de *Los protocolos*.**[89]**

Tal como ha observado Jovan Byford, la revelación de que *Los protocolos* era una falsificación, tanto en los artículos de Philip Graves como en el juicio de Berna,

> no pareció minar su consideración como obra de culto entre los millones de lectores de todo el mundo que cayeron bajo su hechizo. Muchos admiradores del libro se limitaban a descartar las pruebas de la falsedad como parte de una campaña de los judíos destinada a restar credibilidad a un documento «filtrado» que desvelaba con especial claridad su siniestro secreto. Por otro lado, también estaban los que, como el ideólogo nazi Alfred Rosenberg, eran conscientes desde el principio de que *Los protocolos* no era un documento genuino, pero esto sencillamente les daba igual.**[90]**

Para estos teóricos de la conspiración, aunque *Los protocolos* fuera una falsificación, sin embargo, exponía una verdad más profunda, una verdad que ellos ya conocían. Henry Ford también llegó a la conclusión de que el hecho crucial era que «encajan con lo que está pasando», en una afirmación llamativamente similar a la de Hitler en *Mein Kampf* También la conspiranoica antisemita británica Nesta Webster, en un texto de 1924, aseveró que «*tanto si el documento es falso como si no* [cursiva mía], *Los protocolos* representa el programa de una revolución mundial».**[91]** Byford llega, pues, a la conclusión de que «para los teóricos conspiranoicos antisemitas, *Los protocolos* funciona como la Biblia: es un documento ahistórico que "invita al encantamiento, no a la interpretación crítica"».**[92]** Como muchos, si no la mayoría, de los teóricos de la conspiración, Hitler y otros antisemitas nazis vivían dentro de un capullo ideológico herméticamente sellado, inmune a las críticas racionales.**[93]**

La tendencia de quienes utilizaban *Los protocolos* como un medio de demostrar que los judíos estaban implicados en una conspiración mundial para subvertir el orden existente se reforzaba con la probabilidad de que, de hecho, muy pocos de entre ellos se hubieran molestado en leer el documento. No porque el texto no se hubiera impreso y reimpreso hasta llegar a cientos de miles de ejemplares, sino porque pocas personas estaban capacitadas para comprender bien su contenido. Habría hecho falta que aquellas fantasías conspiratorias de los siglos XVIII y XIX se tradujeran a unos términos adecuados para los lectores del siglo XX. Todas las ediciones incluían alguna

clase de prólogo aclaratorio y muchas introducían copiosas notas explicativas, por lo general relacionando *Los protocolos* con el presente.[94] Con cierta frecuencia se daba cabida asimismo a otros documentos que, en su mayoría, también eran invenciones o falsificaciones. La edición de Alfred Rosenberg estaba repleta de notas y ejemplos adicionales con los que se pretendía demostrar, en palabras del propio Rosenberg, que «la política de nuestros días se corresponde con todo detalle y exactitud con las intenciones y planes que se analizaron y pusieron por escrito hace treinta y cinco años» en *Los protocolos*. Por lo general el prólogo era la sección más legible de todas las ediciones. El documento en sí, en buena medida, era «fabulosamente aburrido» (como ha afirmado un comentarista), pero las apostillas que aparecieron desde la edición de Nilus y se incorporaron en el documento como encabezamiento de las distintas secciones eran a menudo de tono dramático y sensacionalista. El hecho de que a menudo tuvieran poco que ver con los contenidos reales de esas secciones importaba poco.[95] Estos encabezamientos explican que el documento fuera tan leído (en la medida en que lo fue) y no se lo citara tan solo como una «prueba» sin examinar: «Reinado del terror», «Supresión de los privilegios de la nobleza gentil», «Guerras económicas como base del dominio de los judíos», «Provocar la degeneración de los gentiles», «Quitar el dinero a la nobleza», «Agitación, disputas y antagonismos en todo el mundo», «Triunfo del arte de gobernar por mantener en secreto los objetivos», «El veneno del liberalismo», «La difusión de epidemias y otras estrategias masónicas», «Los gentiles son ovejas», «La servidumbre futura», «La emasculación de las universidades», «El rey de los judíos como auténtico papa y patriarca de la Iglesia mundial», «Disturbios y revueltas», etc.[96] Al final, sin embargo, no hacía falta leer ni siquiera este tipo de frases: lo que importaba era la simple existencia de *Los protocolos*.



En su libro sobre *Los protocolos*, Norman Cohn intentó analizar el mito de la conspiración mundial de los judíos desde un punto de vista psicoanalítico. La mayoría de sus argumentos carecen tanto de plausibilidad como de cualquier clase de prueba relevante, y son poco más que conjeturas sin fundamento, difíciles de aceptar para quien no sea seguidor a ultranza de Sigmund Freud. Por otro lado, cuando Hitler y los nazis pusieron en práctica su propia versión particular del mito de la conspiración mundial de los judíos, esta había evolucionado mucho más allá del futuro pronosticado por *Los protocolos*.

Independientemente de lo que cada cual entienda que esta obra predecía, ciertamente no era el exterminio del mundo de los gentiles. En ningún pasaje de *Los protocolos* se encuentra ninguna referencia a una intención genocida. En cambio, el antisemitismo nazi tenía una visión asombrosamente apocalíptica de esa anunciada conspiración mundial de los judíos, supuestamente empecinada en eliminar de forma total y absoluta el mundo de cuantos no eran judíos. En este sentido en concreto adquiere quizá cierto mérito que Cohn identificara la versión nazi del mito de la conspiración mundial de los judíos con una especie de proyección negativa de los propios instintos destructivos y genocidas de los nazis. Así como *Los protocolos* sugerían un futuro apocalipsis en el que los judíos causarían una «nueva evaluación de todos los valores» (en la estela de Nietzsche) y el fin de la civilización cristiana según había crecido y evolucionado durante los dos milenios anteriores, también los nazis retrataban el siglo XX como la culminación apocalíptica de miles de años de guerra racial en la que «el judío eterno, promotor de la destrucción, celebrará triunfalmente su segunda fiesta del Purim entre las ruinas de una Europa devastada».[97] En realidad esto distaba mucho del futuro previsto por el texto real de *Los protocolos*, en el que los gentiles cederían su libertad a cambio de gozar de un orden mundial dirigido en efecto por los judíos, pero de corte paternalista y en muchos sentidos benevolente.

A juicio de Hitler, y más en general de los nazis, la voluntad de conspirar en contra de las instituciones sociales, políticas, culturales y económicas de Alemania antes que nada y del mundo civilizado en su conjunto era un deseo innato en el carácter judío. Era una herencia ineludible, al igual que las supuestas virtudes de la raza «aria» se transmitían y heredaban de una generación a otra. Por eso Hitler afirmó en *Mein Kampf* que *Los protocolos* revelaban «de forma consciente lo que muchos judíos hacen quizá de forma inconsciente». Es decir, desde el punto de vista de Hitler, los judíos no participaban en una conspiración deliberada, sino que actuaban de acuerdo con un instinto determinado por la raza. La conspiración que *Los protocolos* descubrían, en consecuencia, era tan solo un ejemplo de una tendencia conductual mucho más amplia. Los judíos no subvertían deliberadamente los valores y las instituciones «arias», antes al contrario, probablemente ni siquiera se daban cuenta de que lo estaban haciendo. Por lo tanto, detrás de todas las crisis que asediaban al mundo no estaba de hecho la actividad del grupo clandestino de los sabios de Sion. A este respecto *Los protocolos* no se debían interpretar de forma literal.

La manera en la que Hitler entendía la naturaleza y los orígenes de lo que a su juicio eran siglos de subversión de los judíos —una interpretación compartida por otras figuras destacadas del régimen nazi— apenas varió desde la década de 1920 hasta el final de sus días. La reveló una vez más Joseph Goebbels, aquí con relativa extensión, en una entrada de sus diarios del 13 de mayo de 1943:

> Estoy estudiando de nuevo *Los protocolos de Sion*. Hasta ahora siempre me han dicho que *Los protocolos de Sion* carecía de utilidad propagandística para los temas de actualidad. Pero la lectura me está convenciendo de que nos podría resultar muy útil. *Los protocolos de Sion* es tan moderno hoy como lo era el día que se publicó por primera vez. Asombra la consistencia extraordinaria con la que aquí se caracteriza el afán de dominio mundial de los judíos. Aunque *Los protocolos de Sion* no sea una obra genuina, sin embargo, quien la inventó era un crítico brillante de nuestra era. Al mediodía he sacado el tema en una conversación con el Führer. El Führer es de la idea de que *Los protocolos de Sion* puede aspirar a ser un documento absolutamente genuino. Nadie es capaz de describir el afán de dominio mundial de los judíos tan bien como los propios judíos. El Führer entiende que los judíos no necesitan adecuarse a ningún programa establecido; trabajan de acuerdo con su instinto racial, que siempre los mueve a emprender la clase de acciones que se han puesto de manifiesto en el transcurso de toda su historia.**[98]**

Según la conclusión del propio Goebbels: «No cabe hablar de una conspiración de la raza judía, en ningún sentido recto de tal palabra; esta conspiración es más una característica de la raza que una cuestión de intenciones intelectuales. Los judíos siempre actuarán según el instinto judío les indica».**[99]** A este respecto, el contenido vago e inespecífico de *Los protocolos* combinaba a la perfección con el tono básico que caracterizó de entrada la ideología nazi.**[100]** Durante los años de la guerra, cuando la persecución nazi y el genocidio de los judíos europeos estaban llegando a su terrible clímax, *Los protocolos* ya no se reeditó más en Alemania. Los nazis habían llegado a la conclusión de que el mensaje ya no era necesario, lo había superado una propaganda más directa y poderosa como las películas antisemitas *El judío eterno* y *El judío Süss*, estrenadas ambas en 1940.**[101]**

Así pues, el impacto de *Los protocolos* sobre Hitler y los nazis fue indirecto, más que directo. Establecer paralelismos entre la persecución

antisemita de los nazis y las panaceas divulgadas por *Los protocolos* no resulta convincente, sobre todo a la luz de los contenidos del documento; e incluso si hubiera tales paralelismos, esto por sí solo no bastaría para demostrar que las acciones nazis eran resultado de la lectura de la obra.[102] De hecho, los nazis no consideraron que el documento fuera ninguna revelación, sino que interpretaron su existencia como una confirmación de lo que ya sabían.


DER DOLCHSTOSS
Süddeutsche Monatshefte G. m. b. H., München
Preis Goldmark 1.10.

Der Dolchstoss («La puñalada por la espalda»): cubierta de la revista *Süddeutsche Monatshefte*, de tendencia nacionalista alemana y derechista, publicada en Múnich en abril de 1924. (akgimages/Alamy.).

2

¿Recibió el ejército alemán una «puñalada por la espalda» en 1918?

I

Cuando terminó la primera guerra mundial, en 1918, mucha gente confiaba en que sería «la guerra que pondría fin a todas las guerras». El acuerdo de paz suscrito al año siguiente aspiraba a implantar una serie de medidas que impidieran el estallido de otra guerra: por ejemplo, prohibir la diplomacia secreta, crear una Sociedad de las Naciones para resolver las discrepancias entre Estados por medio de arbitrajes, dar prioridad al desarme multilateral, subordinar a controles democráticos la política extranjera y militar en todos los países. Alemania, a la que los Aliados victoriosos culpaban de haber iniciado la guerra en 1914, se convirtió en una república democrática y se le impusieron numerosas condiciones de paz diseñadas para frenar sus ambiciones y contener su capacidad militar. Tras la destrucción y la muerte masiva de los años de contienda, parecía abrirse camino a un mundo mejor, más pacífico, caracterizado por un orden más racional.

Sin embargo, tan solo dos décadas después, estas dignas ambiciones se habían frustrado por completo. En múltiples naciones, una tras otra, la democracia había dado paso a una dictadura. La Sociedad de las Naciones no había dado el fruto esperado de mantener la paz. La economía mundial había caído en la depresión más grave de la era contemporánea. Las naciones antaño sometidas a la monarquía Habsburgo se habían enfrentado unas con otras en una serie de disputas fronterizas. La revolución, la guerra civil y los conflictos armados se extendían por Europa, de Polonia a España. El racismo y el nacionalismo habían generado una cruda discriminación en una multitud de naciones. Alemania se había rearmado y había invadido primero Austria y luego Checoslovaquia, subyugando a sus ciudadanos con medidas de ocupación brutales y asesinas. En 1939 Alemania invadió Polonia, haciendo

caso omiso de las objeciones de Gran Bretaña y Francia, tras lo cual estalló una segunda guerra mundial que causó aún más destrucción que la primera.

Una razón fundamental por la que la primera guerra mundial no logró aportar paz y estabilidad a Europa y el mundo en general fue que los alemanes se negaron a aceptar el hecho de que habían perdido. Las condiciones que se les obligó a aceptar en el tratado de paz tampoco ayudaron. Pero no solo las consecuencias de la guerra resultaron ser inaceptables; también lo fue el hecho de la derrota en sí. Esta supuso un terremoto para la población alemana. Algunos historiadores han sugerido que la derrota cayó en el olvido, o fue reprimida; lejos de esto, en el ámbito político alemán siguió suponiendo una llaga abierta durante los años posteriores.**[1]** A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, cuando los alemanes hablaban de los «años de paz» hacían alusión a la época anterior a la guerra, no a la posterior.**[2]** La guerra era un asunto inacabado y, cuando Hitler llegó al poder en 1933, lo hizo ante todo con el afán de retomarla y llevarla a una conclusión victoriosa.**[3]**

¿Por qué la inmensa mayoría de los alemanes se negó a aceptar el hecho de la derrota de 1918? Una razón de peso fue el hecho de que la guerra llegó a su fin cuando las tropas alemanas todavía estaban ocupando territorio extranjero, en Bélgica, el norte de Francia y una extensa región de la Europa nororiental; la situación era, pues, muy distinta a la vivida con posterioridad a la segunda guerra mundial, porque en 1945 las tropas enemigas habían conquistado hasta el último centímetro del territorio alemán. La propaganda gubernamental alemana había estado cantando la victoria de las armas alemanas hasta prácticamente el último día de la guerra, en 1918.**[4]** Más aún: los hechos militares de la primera mitad del último año de guerra habían contribuido a reforzar la expectativa de victoria. En noviembre de 1917, después de que el gobierno del zar Nicolás II de Rusia se desintegrara por la presión de la guerra sostenida contra Alemania y Austria-Hungría, el levantamiento encabezado por Vladímir Ilich Lenin y su Partido Bolchevique estableció una dictadura comunista. En respuesta al deseo de paz, abrumadoramente mayoritario entre la gente de la calle, Lenin negoció un cese de las hostilidades el 3 de marzo de 1918, en la ciudad de Brest-Litovsk. Esto dio a los alemanes la libertad de transferir contingentes militares muy numerosos para iniciar una colosal ofensiva de primavera en el Frente Occidental, en una decisión de sus jefes militares que no se acompañó de ninguna campaña diplomática en paralelo; se creía que la victoria en el campo de batalla rendiría sus propios frutos.**[5]** Por primera vez desde que había

pasado a la defensiva —tras la costosa batalla de Verdún, de 1916—, el ejército alemán recuperaba la iniciativa y pasaba al ataque. El largo período de tablas parecía haber acabado al fin: la victoria se creía a la vista.

El 21 de marzo de 1918 las fuerzas alemanas abrieron una brecha en la línea aliada y cruzaron el río Mame. Parecían tener París al alcance de la mano. Pero los refuerzos desplazados desde el Frente Oriental no bastaban en ningún caso para decidir la suerte del Occidental, y ni la logística ni los recursos alemanes podían sostener un avance tan rápido. Pronto, las líneas de abastecimiento alemanas llegaron hasta el límite, a punto de romperse, y el asalto no trajo consigo la victoria esperada. El impulso del avance, que resultaba esencial, se consumió a finales de abril. Durante los meses posteriores hubo otros asaltos contra posiciones aliadas, y las tropas alemanas lograron ganar terreno en varios puntos del frente. Se trató, no obstante, de conquistas de un valor estratégico limitado; el terreno ganado estaba calcinado por los años de batalla; y el hecho de que las fuerzas armadas alemanas perdieran a casi un millón de hombres entre marzo y julio de 1918 —en particular, tropas expertas y de élite— dejó al ejército alemán en una situación de debilidad irrecuperable.[6]

El creciente despliegue de carros blindados por parte de los Aliados, gracias a su capacidad de superar las trincheras y arrasar las posiciones defensivas, también ayudó a cambiar el curso de la guerra en contra de los intereses de Alemania y Austria (las «Potencias Centrales», junto con Bulgaria y la Turquía otomana). A principios del mes de agosto, quien de hecho era el comandante supremo del ejército alemán, Erich Ludendorff, se vio obligado a iniciar una serie de retiradas tácticas. Ludendorff sabía que en 1919 los Aliados estarían en condiciones de desplegar miles de carros de combate en el Frente Occidental, mientras que los alemanes solo llegaron a producir veinte. La guerra había durado tanto, en parte, porque las trincheras, alambradas y ametralladoras habían dado ventaja a las tácticas defensivas. Pero el invento y rápido perfeccionamiento de los tanques empezaba a cambiar las tornas a favor de la guerra ofensiva. Los carros podían aplastar las barricadas alambradas, pasar por encima de las trincheras y repeler las balas de las ametralladoras con su blindaje. Tras algunos errores iniciales, los Aliados estaban aprendiendo con rapidez a utilizarlos con más provecho, en especial en combinación con el poder aéreo, la artillería y los ataques de infantería masivos. Por otro lado, el bloqueo económico impuesto por los Aliados, en vigor desde el principio de la guerra, estaba causando una escasez considerable de, entre otras cosas, municiones, pertrechos, combustible,

alimentos e incluso uniformes. En otoño de 1918 las tropas alemanas, cada vez más desesperadas, empezaron a asaltar trenes de suministro en busca de comida, se rindieron a los Aliados en masa y desertaron en números cada vez mayores.[7]

Tras el fracaso de la ofensiva de verano, en la que se habían depositado tantas esperanzas, la moral de los ejércitos alemanes y austríacos no tardó en derrumbarse, empezando por la tropa, pero ascendiendo con rapidez entre las filas, hasta que entre la propia cúpula militar se dejó de creer en la posibilidad de evitar la derrota. La Comandancia Suprema del Ejército formó una división de educación política, con la intención de contrarrestar el desánimo; pero los generales conservadores, que seguían siendo leales al sistema autoritario encabezado por el káiser, se negaron a dar el paso crucial: prometer reformas democráticas a las tropas privadas del derecho de voto. Las batallas continuas, irrelevantes y sangrientas minaron la voluntad de combate de las tropas.[8] Las masacres de los campos de batalla redujeron la fuerza de las divisiones: si en fases anteriores de la guerra el promedio era de casi siete mil hombres, hacia el final del verano se había reducido a menos de mil. En julio habían llegado al frente más de un millón de soldados estadounidenses: la nación norteamericana había entrado en la guerra en 1917, reforzando la superioridad de los Aliados en las unidades blindadas y decantando decisivamente la balanza en contra de los alemanes. En un escrito de mediados de la década de 1920, Adolf Hitler, que fue soldado en el Frente Occidental durante la guerra, recordaba que, en agosto de 1918, «la calidad de los refuerzos que llegaban de la patria estaba menguando con tanta rapidez que su llegada suponía antes debilitar que consolidar nuestra fuerza de combate. En particular los jóvenes carecían, en su mayor parte, de utilidad».[9]

Una nueva ofensiva, organizada por los Aliados a finales del verano de 1918, empezó a romper las tablas y forzó a los alemanes a emprender retiradas del Frente Occidental. El 2 de septiembre de 1918 Ludendorff informó a los gobernantes civiles de Berlín de que la guerra no se podía ganar, aunque durante cierto tiempo quizá estarían en condiciones de mantener las operaciones defensivas. Ludendorff decidió que, en estas circunstancias, lo más aconsejable sería negociar la paz para evitar la posibilidad de que los Aliados acabaran entrando en territorio alemán y derrocaran el sistema político existente. Se acordó que el 5 de octubre de 1918 se formaría en Berlín un nuevo gobierno civil, apoyado por los partidos democráticos y encabezado por un liberal, el príncipe Max von Baden. Se prometieron reformas políticas democráticas, con la esperanza de que esto

facilitara la negociación del acuerdo de paz. Si las condiciones de este tratado eran severas —y, por lo tanto, impopulares en Alemania—, Ludendorff, nacionalista radical y enemigo de la democracia, calculaba que las culpas recaerían sobre los demócratas y liberales de su país. Más aún, creía que estos, por el simple hecho de abogar por que se instaurase en Berlín un gobierno civil y democrático, en lugar de la estricta dictadura militar que a su juicio era precisa para concluir con éxito la guerra, ya habían socavado las posibilidades de victoria de las fuerzas armadas alemanas. Así pues, afirmó que tenía la intención de «sentar en el poder a esos círculos a los que les tenemos que agradecer el haber llegado hasta aquí. Vamos a meter a esos caballeros en los ministerios. Que ellos acuerden la paz que hay que acordar. ¡Que se tomen el caldo que nos han preparado!».[10]

Lo crucial, sin embargo, es que Ludendorff no informó ni al alto mando militar, ni a los políticos ni tampoco a la opinión pública alemana sobre el rápido deterioro de la situación bélica. Antes al contrario, siguió emitiendo propaganda optimista durante varias semanas, cuando en privado ya había reconocido que la posición del ejército era insostenible. La censura militar era tan estricta que la opinión pública no pudo recibir ninguna advertencia o pista sobre la gravedad de la crisis. Así, en agosto de 1918, cuando la ofensiva aliada avanzaba con rapidez, la propaganda militar alemana seguía hablando de «victorias defensivas» e insistía en que los Aliados nunca podrían derrotar al «inconquistable» pueblo alemán. El 1 de octubre de 1918, no obstante, Ludendorff avisó al gobierno de Max von Baden de que la situación se había deteriorado más. «En cualquier momento» los Aliados podían lograr una victoria decisiva; de las diversas divisiones del frente, varias podían «caer en cualquier momento». Por lo tanto, era vital acordar una paz con las mejores condiciones posibles, aprovechando que el frente aún no había cedido.[11] En público al menos, el príncipe Max insistió, no obstante, en que el frente seguía «intacto». Incluso a mediados de octubre la prensa alemana era casi unánime en su incapacidad de reconocer la gravedad de la situación militar.[12] Esta negativa generalizada a admitir la realidad demostró ser un factor importante en el desarrollo de las posteriores teorías conspirativas sobre las razones de la derrota de Alemania.[13]

Entre tanto, la situación militar de las Potencias Centrales sufrió un deterioro aún más intenso con la derrota de Bulgaria. Este pequeño Estado balcánico estaba de hecho bajo el control de Alemania, instaurado por una serie de divisiones militares transferidas desde el frente ruso tras la paz de Brest-Litovsk. El 15 de septiembre de 1918 se puso en marcha una gran

ofensiva aliada en el sur, y las tropas francesas y británicas no tardaron en entrar en el país. En aquel momento, en las fuerzas armadas búlgaras imperaba el desánimo. La incautación de alimentos por parte de los alemanes, sumada a la escasez de la cosecha anual, había llevado el hambre a las trincheras; las tropas estaban mal pertrechadas; y las reclamaciones austríacas, alemanas y turcas sobre importantes regiones agrícolas del país habían sumido al gobierno en el descrédito. Los soldados desertaban del frente y varias unidades empezaron a entrar en la capital, Sofía, para sumarse a los revolucionarios socialistas en la exigencia de castigar al gobierno, que se vio obligado a dimitir. Con el ejército en desbandada, los búlgaros tuvieron que rendirse, y el 29 de septiembre de 1918 entró en vigor un alto el fuego. Con Bulgaria fuera del camino, las fuerzas aliadas avanzaron hasta el Danubio y cortaron la comunicación entre Alemania y su aliada, la Turquía otomana, al par que amenazaron Austria-Hungría, que optó por retirar sus fuerzas del frente italiano para proteger la patria.[14]

En los primeros días de octubre de 1918, el ministro de Exteriores alemán se vio obligado a transmitir la mala noticia a los jefes de su ejército nacional, en un telegrama tan breve como decisivo:

> Según los informes más recientes de Bulgaria, debemos abandonar la zona. Desde el punto de vista político carece de sentido mantener las tropas ahí, no digamos, reforzarlas. Por el contrario, políticamente sería deseable evacuarlas de la propia Bulgaria, de forma que no impulsemos al gobierno búlgaro a pasar al bando enemigo.[15]

Los alemanes no disponían de ninguna estrategia de respuesta a la situación de los Balcanes. El hundimiento de Bulgaria comportó directamente que, el 6 de octubre, Alemania solicitara un armisticio a los Aliados. El presidente estadounidense Woodrow Wilson llevaba entonces la voz cantante, porque sus recursos flamantes y fuerzas de refresco no dejaban de inundar un Frente Occidental ya muy cansado de la guerra. Anteriormente Wilson había dado a conocer un programa de catorce puntos para la paz, en el que hizo hincapié en un discurso del 27 de septiembre de 1918. Entre las exigencias se incluía: la evacuación de todos los territorios ocupados por Alemania; el fin de la diplomacia secreta; el derecho a la autodeterminación de todas las naciones; la formación de una Polonia independiente con territorio tomado a Alemania, Rusia y Austria; y la creación de una Sociedad de las Naciones que regulara en adelante las relaciones internacionales. El gobierno alemán no

aceptó los puntos de Wilson en su comunicado del 6 de octubre, pero era consciente de que sería la base inevitable de toda negociación.[16]

Entre tanto, la situación de las Potencias Centrales seguía deteriorándose. Los gobiernos británico y francés vieron una oportunidad para presionar a Wilson de modo que endureciera las condiciones del armisticio e incluyera la devolución a Francia de las provincias de Alsacia y Lorena, anexionadas por Alemania en la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Crucialmente, en la tercera nota que envió al gobierno alemán, el 23 de octubre de 1918, Wilson insistió en que las condiciones de un acuerdo de paz debían ser tales que imposibilitaran que Alemania retomara las hostilidades, y rechazó negociar la paz con un «autócrata monárquico», lo que suponía de hecho exigir la abdicación del káiser Guillermo II. Max von Baden impuso entonces el cese de la cúpula militar alemana, en particular de Erich Ludendorff —firme partidario de rehusar las condiciones y seguir defendiendo la patria militarmente—, e inició en serio las negociaciones de paz.

Estos hechos contribuyeron a precipitar que otro gran aliado de los alemanes, la Turquía otomana, firmara un armisticio regional el 30 de octubre. Esto suponía a su vez un problema grave para el principal aliado de Alemania en Europa, el imperio Habsburgo de Austria-Hungría. Dominado cada vez más por los asesores militares alemanes, se había vuelto muy impopular, sobre todo tras la muerte del anciano y muy respetado emperador Francisco José en 1916. Las condiciones de vida en el imperio habían empeorado hasta el punto de que la gente pasaba hambre, y el frente italiano, que había permanecido estable durante la mayor parte de la guerra, empezó a desintegrarse después de que los italianos obtuvieran la victoria en Vittorio Veneto, una batalla que se inició el 24 de octubre. Por su parte el colapso de Bulgaria amenazaba el imperio por el sur y el este, con las tropas británicas y francesas avanzando contra sus fronteras. Un último consejo de ministros, celebrado en Viena el 27 de octubre de 1918, puso final formalmente a la alianza de Austria con Alemania. El joven emperador Carlos, que había sucedido a su abuelo Francisco José pero de ningún modo gozaba de un prestigio o una popularidad similares, le dijo al káiser alemán aquel mismo día que la situación militar era tan desesperada que intentaría acordar una paz por separado, para centrarse en preservar el imperio.[17] Sin embargo, una tras otra, las nacionalidades sometidas al imperio fueron declarando su independencia; entre otras cosas, porque ya no podían confiar en que el gobierno vienés de los Habsburgo estuviera en condiciones de repeler la

revolución bolchevique, que amenazaba con expandirse hacia el oeste de Rusia.

A finales de octubre, los alemanes se habían quedado sin aliados. Aun de no haber sido así, el rápido deterioro de la situación militar en el Frente Occidental significaba que no habrían sido capaces de mantenerse en combate, en especial por su inferioridad numérica en cuestión de carros blindados, hombres y material. Ante el avance de los enemigos por el oeste y el sur, los alemanes se vieron obligados a aceptar cualesquiera condiciones de paz que los Aliados les ofrecieran. El gobierno de Max von Baden envió a un conservador moderado, Matthias Erzberger, ministro sin cartera, a Compiègne (norte de Francia) el 8 de noviembre de 1918, a cerrar el acuerdo. Las delegaciones se reunieron en un vagón de ferrocarril aparcado en una vía muerta. No hubo negociación: a Erzberger y su equipo les entregaron una serie de documentos que les instaron a firmar. Bajo la presión del gobierno civil y de su propio entorno militar, el káiser abdicó el 9 de noviembre de 1918 y se exilió a los Países Bajos, donde permaneció hasta su muerte, en 1941.

Cuando se difundió la noticia del inminente fin de las hostilidades, algunos oficiales navales ordenaron a la flota que saliera de la base de Kiel para morir luchando contra la Armada británica en el mar del Norte, pero los marinos se amotinaron el 3 de noviembre de 1918 y detuvieron este fútil sacrificio de vidas antes de que se iniciara. El 4 de noviembre los marinos improvisaron consejos que arrestaron y desarmaron a los oficiales y se apoderaron de los barcos. El movimiento de los consejos se expandió con rapidez y llegó a Berlín el 9 de noviembre de 1918, bajo la forma de un Consejo de Trabajadores y Soldados que asumió el poder mientras el régimen del káiser se desvanecía. La extrema izquierda —que pronto formaría el Partido Comunista de Alemania—, liderada por Karl Liebknecht, proclamó una república socialista; pero el mismo 9 de noviembre se vio superada por la maniobra de Philipp Scheidemann, figura destacada del partido político más numeroso de Alemania, los socialdemócratas de la Mayoría, que proclamaron una república democrática ese mismo día. Los socialdemócratas se apresuraron a formar un Consejo de Delegados del Pueblo, como gobierno revolucionario provisional, en coalición con el Partido Socialdemócrata Independiente, un grupo heterogéneo de políticos de izquierdas unidos tan solo por la oposición a continuar con la guerra. El líder de la Mayoría, Friedrich Ebert, se convirtió *de facto* en la cabeza visible del nuevo gobierno republicano y, con el apoyo del titular de la jefatura del ejército, el mariscal

de campo Paul von Hindenburg, dio a Erzberger instrucciones de firmar el armisticio que le planteaban. Erzberger lo hizo, aunque bajo protesta, poco después de las cinco de la mañana del 11 de noviembre, con efecto a partir de las once (hora de Francia).

Las condiciones incluían la evacuación inmediata de todo el territorio ocupado aún por fuerzas alemanas en los frentes oriental y occidental, así como la retirada de todas las tropas alemanas situadas al oeste del río Rin. Los alemanes tenían que entregar todos los buques y aviones de combate, así como una gran cantidad de recursos militares, desde armas a locomotoras. El bloqueo naval de los Aliados seguiría en vigor hasta que Alemania suscribiera un tratado de paz completo y formal, en un proceso que se prolongó durante muchos meses. A la postre, el 20 de octubre de 1919 entró en vigor el Tratado de Versalles, con el acuerdo de paz de París. Este imponía condiciones muy severas a los alemanes, incluida la cesión de un 13 % del territorio del Reich a Francia, Dinamarca y Polonia, y el pago de reparaciones económicas colosales, en oro, por los daños causados por la ocupación alemana del norte de Francia, Bélgica y Luxemburgo. La dureza del tratado hizo que una cantidad importante de los políticos alemanes de corte nacionalista y conservadores, así como de los exmilitares, pidieran rehusar tales condiciones. Algunos pensaban que los alemanes podían alzarse otra vez en armas contra los Aliados victoriosos; otros creían que, incluso si se invadía y ocupaba su país, quizá podrían mantener en sus manos el núcleo de la antigua Prusia, en el este, donde el principio de un conflicto armado entre el nuevo Estado de Polonia y el régimen bolchevique en Rusia, en el contexto de una guerra civil rusa, quizá daría a Alemania una oportunidad de conquistar su propio territorio autónomo. De un modo aún más apocalíptico, el conde Brockdorff-Rantau, representante de Alemania en la conferencia de paz de París, conjeturó que las tropas aliadas a las que se había ordenado invadir Alemania podían amotinarse, enojadas con el hecho de tener que seguir combatiendo aun a pesar de que la guerra hubiera concluido oficialmente, lo que haría estallar una revolución en sus países e impediría que los Aliados pudieran exigir el cumplimiento del tratado. Eran todo ideas ilusorias. Las condiciones del tratado entraron en vigor con toda la fuerza.[18]

II

Durante la guerra, los jefes militares de Alemania consideraron que toda crítica a su dirección y objetivos —entre estos, la meta de anexionarse

grandes extensiones del territorio enemigo una vez lograda la victoria alemana— era poco menos que un acto de traición. Tomó muchas medidas para impedir que la perspectiva de los críticos se diera a conocer ante la opinión pública. Casi de inmediato se puso en funcionamiento un complejo sistema de controles militares, con la censura de periódicos, revistas y libros, más el arresto y detención de los principales opositores a la guerra; y estuvo vigente prácticamente hasta el último día.[19] Pero el sistema fue incapaz de impedir que los políticos demócratas, liberales y de izquierdas abogaran por buscar un acuerdo de paz que pusiera fin a los combates.[20] «Del frente patrio no esperamos —se lamentaba, el 1 de noviembre de 1918, el general Wilhelm Groener, elegido jefe del ejército tras el cese de Ludendorff— críticas y polémicas, sino que los corazones y las almas se endurezcan y refuercen. Si no se produce un cambio con rapidez, el frente patrio destruirá al ejército.» Antes incluso, el 20 de octubre de 1918, una revista protestante y de derechas se quejaba del «hundimiento que se está produciendo por detrás del frente; no es el hundimiento de nuestro frente heroico». Tales ataques retóricos contra los políticos que exigían una paz sin anexiones políticas fueron el caldo de cultivo esencial para la posterior aparición de la leyenda de la puñalada por la espalda, después de la guerra.[21] En muchos aspectos, esto se debió a la progresiva polarización del sistema político alemán durante la contienda, por la que una derecha cada vez más radicalmente nacionalista, autoritaria y antisocialista se enfrentaba a una izquierda cada vez más crítica, menos cooperadora y, en última instancia, revolucionaria.[22]

Hasta aquí, todavía no podemos hablar de teorías conspirativas de ninguna clase. Pero la retórica siguió aumentando de tono después de que la guerra acabara y se firmaran los tratados de paz. Ludendorff culpó de la derrota al «efecto que ha tenido sobre el ejército la pobreza de espíritu exhibida en la patria»; a que los alemanes habían perdido las agallas y que el llamamiento del káiser para que el frente patrio recobrara la compostura había sido en vano.[23] El general formuló estas acusaciones, en parte, como un movimiento de autodefensa frente a la acusación generalizada —y mucho más plausible— de que él mismo había perdido las agallas después de ver cómo fracasaban las ofensivas que había organizado el Frente Occidental, tan costosas como sumamente mal gestionadas. Aun así, Ludendorff reflejaba el punto de vista que había pasado a ser el mayoritario entre el cuerpo de oficiales del ejército, según el cual la victoria y la derrota, a la postre, habían sido una cuestión de fuerza de voluntad. El ejército se había mantenido firme, pero no así los civiles. Tal creencia encajaba muy mal con la verdad, como demostraba a las

claras la desintegración de la moral del ejército tras la derrota de la ofensiva de la primavera de 1918.[24]

La imagen de la «puñalada por la espalda» tardó aún cierto tiempo en utilizarse para expresar esta creencia. Invocaba una escena de un drama musical de Richard Wagner, *El crepúsculo de los dioses*, en la que el malvado Hagen clava una lanza en la espalda del valeroso héroe Sigfrido, al que nadie, ni siquiera un dios, puede derrotar en una lucha justa.[25] La primera ocasión en la que se sabe que se empleó fue después de que el Reichstag aprobara una resolución de diputados de los partidos socialdemócrata, de izquierda liberal y de centro católico, el 19 de junio de 1917, solicitando una paz negociada y sin anexiones. El general Hans von Seeckt, un destacado oficial del Estado Mayor que tras la guerra ascendería a comandante en jefe del ejército, preguntó enojado: «¿Y para qué seguimos combatiendo, en realidad? El frente patrio se nos ha echado encima por detrás y, con eso, la guerra está perdida».[26] De un modo similar, el político y aristócrata archiconservador Elard von Oldenburg-Januschau denunció en febrero de 1918 que una resolución recién aprobada por el Reichstag a favor de una paz negociada había «caído sobre el ejército por la espalda».[27] La idea original de la «puñalada por la espalda», por lo tanto, se refería tan solo a unas resoluciones del Reichstag que los conservadores y los jefes del ejército consideraban que minaban la voluntad de los soldados de combatir hasta lograr la victoria final.

Aunque suene paradójico, era una idea compartida también por algunos políticos alemanes de centro e izquierda, aunque no tanto en referencia a las resoluciones de paz como a las condiciones generales, sociales y económicas, del frente patrio. En los primeros días de noviembre de 1918, el izquierdista socialista Kurt Eisner, que poco después formaría un gobierno revolucionario en Múnich, advirtió a una asamblea de la ciudad que era importante que el frente patrio no le «rompiera la columna vertebral» a las tropas que estaban combatiendo; en aquella misma ocasión, el diputado de la izquierda liberal Ernst Müller-Meiningen declaró que «mientras el frente exterior aguante, tenemos el deber de aguantar como sea en la patria. Si vamos contra el frente por la espalda y los apuñalamos, no podremos mirar sin vergüenza a nuestros hijos y nietos».[28] Esta clase de comentarios reflejaban no solo el deseo, entre los socialdemócratas y liberales moderados, de no aparecer como antipatrióticos; sino también el hecho de que, incluso en estas fechas ya tardías, ignoraban cuál era la realidad del frente. Después de que la guerra concluyera, este punto de vista se difundió más. El político liberal Gustav Stresemann, en un escrito del 17 de noviembre de 1918, afirmó por ejemplo

que el frente militar había continuado luchando hasta el último día, pero el frente patrio se había derrumbado.[29]

La revolución que estalló el 9 de noviembre de 1918 comportó una agudización y radicalización extremas de la idea de la «puñalada por la espalda», que desde entonces pasó a centrarse no en las condiciones generales del frente patrio, o el efecto que las peticiones de paz podían tener sobre la voluntad de combate de los soldados, sino en las actividades concretas de los socialdemócratas y sus aliados de izquierdas, que habían llevado la revolución al poder. El mismo 10 de noviembre de 1918, un día después de la revolución —antes de que el tratado de paz se firmara, pero después de que le hubieran puesto al corriente de la naturaleza de las exigencias aliadas—, un destacado comandante militar, el príncipe heredero Ruperto de Baviera, opinó que los términos del Armisticio no habrían sido tan duros si el estallido de la revolución no hubiera convencido a los Aliados de que los alemanes ya no eran capaces de ofrecer ninguna resistencia a cuanto se les planteara; el sociólogo Max Weber se hizo eco de la idea cuando aseveró que la revolución había «quitado las anuas de la mano de Alemania». El 11 de noviembre de 1918, un discurso pronunciado ante las tropas del frente por un comandante del Ejército de Tierra, el conde Friedrich zu Eulenburg-Wicken —que en febrero de 1919 formaría un violento cuerpo paramilitar de extrema derecha, el Cuerpo Franco Eulenburg—, afirmó que «en la patria hay traidores, dirigidos por agitadores egoístas» que están «aprovechando la ocasión» de los avances aliados y la retirada alemana para «apuñalarnos en la espalda». Defendió que habían ocupado los puentes del Rin para cortar el abastecimiento del frente. Ludwig Beck, un oficial del Estado Mayor que ascendió a la cabeza de la organización con los nazis, se lamentó con palabras similares el 28 de noviembre de 1918 de que una revolución «preparada desde hace tiempo» había «caído sobre nosotros por detrás, en el momento más crítico de la guerra».[30] Incluso entre los comunistas se dio crédito a esta idea. El 12 de noviembre de 1918, el ministro de Exteriores soviético Gueorgui Chicherin declaró, en un mensaje para las tropas aliadas, que «el militarismo prusiano no lo aplastaron los cañones y los blindados del imperialismo aliado, sino el levantamiento de los trabajadores y soldados alemanes»; por su parte, la Liga Espartaquista, antecesora del Partido Comunista de Alemania, organizó una asamblea de desertores el 30 de noviembre de 1918 en la que la huida del frente se celebró como una proeza revolucionaria.[31] Estas afirmaciones, por descontado —como la de los nacionalistas en la derecha del espectro—, pasaban por alto el hecho de que

los Aliados ya habían redactado las condiciones para un armisticio no negociable bastante antes de que la delegación alemana llegara a Compiègne, el 8 de noviembre de 1918, y, por lo tanto, antes de que estallara la revolución, el día 9. Pero aseveraciones como la de Chicherin contribuyeron en mucho a que la izquierda diera crédito a las acusaciones de traición de la derecha.

La idea de la puñalada por la espalda recibió un nuevo impulso en 1919, cuando se emprendió una investigación oficial. Al acabar la guerra, destacados políticos aliados exigieron llevar ante la justicia a los alemanes que, a su juicio, habían tenido la culpa del conflicto. El intento por sentar al káiser ante un tribunal acabó por frustrarse —el exilio neerlandés lo protegía—, y los procedimientos legales abiertos contra un puñado de oficiales del ejército dieron pocos frutos tangibles. Entre tanto, no obstante, las acusaciones que unos y otros se lanzaron en la Asamblea Nacional que se había elegido en enero de 1919 hicieron que en agosto de aquel año el cuerpo adoptara una medida preventiva: una comisión de investigación propia, sobre los orígenes y la dirección de la guerra. Los partidos de la «coalición de Weimar» —socialdemocracia, izquierda liberal y centro católico— dominaron la comisión. Pero al llamar a la tribuna a figuras del nacionalismo y de la gestión bélica, y permitirles que se explayaran, jugaron a favor de la derecha. El político y experto en economía Karl Helfferich, del Partido Popular Nacional Alemán, causó sensación al negarse a responder a las preguntas de Oskar Cohn, representante del Partido Socialdemócrata Independiente. Alegó que «el señor Cohn era el culpable, en parte o quizá en esencia, del hundimiento del frente alemán», en referencia a «una suma de dinero que los bolcheviques rusos habían entregado al señor Cohn en apoyo de la revolución alemana». Cohn negó la acusación, lo que tan solo intensificó la retórica de quienes culpaban a la revolución nacional de la derrota de Alemania en el frente militar exterior, añadiendo una capa conspirativa más: que los bolcheviques estaban detrás de lo sucedido.[32] Aun así, en este punto la retórica todavía no había dado lugar a una teoría de la conspiración plena, pues carecía del elemento intencional. Hasta aquel momento, en cualquier caso, nadie parecía estar afirmando que la izquierda alemana había actuado con la intención deliberada de provocar la derrota de Alemania para entregar la victoria a los revolucionarios.

La gran sensación de las sesiones la causó el testimonio del mariscal de campo Von Hindenburg, que muy probablemente le escribió Helfferich en concertación con Ludendorff.[33] El 19 de noviembre de 1919, ante la

comisión de investigación, leyó el testimonio que le habían preparado «como un cadáver viviente», recitando una historia «que le habían enseñado y él se había aprendido de memoria». El mariscal de campo afirmó: «Podríamos haber seguido batallando hasta una conclusión victoriosa de haber existido una cooperación unificada e indivisa entre el ejército y la patria». Pero no hubo tal cooperación. «Como ha dicho con toda la razón un general inglés, al ejército alemán lo han "apuñalado por la espalda".»[34] ¿Qué general inglés había dicho eso? Al parecer, la historia se originó en un artículo publicado en el *Daily News* londinense por el general sir Frederick Maurice, que había servido en el Estado Mayor imperial general hasta mayo de 1918 y gozaba de especial reputación como analista militar. El 29 de octubre de 1918, un diputado de extrema derecha de la Asamblea Nacional, Albrecht von Graefe, ya hizo referencia explícita a Maurice como originador de la idea de la puñalada por la espalda. Pero el testimonio de Hindenburg garantizó definitivamente que se identificara al general inglés con la autoría de la imagen; esto le otorgó una apariencia de objetividad que ni los militares alemanes ni los políticos conservadores podían darle por sí mismos.[35]

En realidad, Maurice solo planteaba que el fracaso de la ofensiva alemana de primavera, que se detuvo definitivamente en junio de 1918, había sido decisivo a la hora de abocar a la guerra a su final. «Desde el momento en que quedó claro que Alemania había fracasado —escribió—, el vínculo moral que mantenía unidos a sus aliados se deshizo.» Es decir, las victorias posteriores de los Aliados en el Frente Occidental «desgastaron sobremanera la capacidad de resistencia del enemigo y agotaron sus reservas» hasta el punto de que las fuerzas del káiser no pudieron acudir al rescate de Bulgaria y Austria-Hungría cuando el poder militar de estas empezó a flaquear. El 17 de diciembre de 1918, el periódico más importante de Suiza, el *Neue Zürcher Zeitung*, publicó un informe que, partiendo del artículo de Maurice, alegaba: «Un ejército no puede combatir si no tiene al pueblo detrás. Dada la gran erosión que había sufrido el coraje del pueblo alemán, se vinieron abajo tanto el Ejército de Tierra como la Marina […]. En lo que respecta al ejército alemán, el punto de vista más habitual se puede resumir con la frase: la población civil lo apuñaló por detrás».[36]

¿Sería esta una buena descripción de las ideas de Maurice? En su libro *The Last Four Months*, publicado en 1919, Maurice no vacilaba en afirmar: «No cabe ninguna duda de que los ejércitos alemanes sufrieron una derrota completa y decisiva en el campo de batalla». El problema fue que el gobierno y la propaganda militar de Alemania habían censurado este hecho y, por lo

tanto —seguía diciendo Maurice—, «el pueblo alemán, los que no eran favorables a la rendición, la atribuyeron […] a la revolución». La recepción que se dio a las tropas que regresaron, a su entender, reforzó esta impresión equivocada.**[37]** El periódico suizo, por consiguiente, lo había interpretado mal. En julio de 1922 aseveró con franqueza: «Nunca, en ningún momento, he expresado la opinión de que el resultado de la guerra fuera consecuencia de que el pueblo alemán hubiera apuñalado por la espalda a su ejército». Por descontado, Maurice también tenía sus propias razones para declarar que la derrota militar de Alemania ya había sido decisiva y completa bastante antes de que estallara la revolución alemana: se estaba oponiendo a los comentaristas que consideraban que el Armisticio del 11 de noviembre era prematuro y querían que los ejércitos aliados siguieran avanzando, incluso por territorio alemán. Esto, a juicio de Maurice, era innecesario y habría supuesto más muertes innecesarias. Aun así, no hay razones para poner en duda su evaluación. Según escribió en 1921 Erich Kuttner, redactor de *Vorwärts*, el periódico de los socialdemócratas: «Nada caracteriza mejor la leyenda de la puñalada por la espalda que el hecho de que su existencia se debe a una falsedad […]. En realidad, las “palabras” del general Maurice fueron una invención de la A a la Z».**[38]**

También circulaba una versión bastante diferente de la historia, relacionada con otro general inglés, una figura muy distinta: sir Neil Malcolm, jefe de la misión militar británica en Berlín. Ludendorff rememoró más adelante que un día estaba cenando con Malcolm y este le preguntó por qué creía que Alemania había perdido la guerra. El general alemán se explayó, como acostumbraba, sobre la debilidad del frente patrio, el gobierno y su incapacidad de dar el apoyo adecuado a las tropas de combate. Malcolm le preguntó: «¿Intenta decirme, general, que los apuñalaron por la espalda?». Los prominentes ojos azules de Ludendorff se avivaron al oír la expresión. «¡Eso es! —gritó triunfalmente—: ¡Me apuñalaron por la espalda!»**[39]** En realidad Ludendorff o bien confundía a los dos hombres o se inventó la historia, que carece de pruebas que la corroboren.**[40]** A la postre, como en tantas teorías conspirativas, la verdad no tenía especial importancia. «Quien fuera que inventó la expresión de la “puñalada por la espalda” —comentó despectivamente el general prusiano Hermann von Kuhl en el informe final de la comisión de investigación—, tanto si fue el general británico Maurice como si no, es una cuestión irrelevante.»**[41]**

El hecho de que Hindenburg respaldara la historia de la puñalada por la espalda en su aparición ante la comisión de investigación parlamentaria de

1919 tuvo una relevancia inmensa.[42] La prensa nacional prestaba especial atención a los trabajos del comité y la propia aparición del veterano militar se acompañó de manifestaciones masivas contra la república. Entre los admiradores de Hindenburg, muchos creían que una simple comisión parlamentaria carecía de la dignidad necesaria para convocar a tan gran hombre. El desarrollo ordenado de los asuntos de la comisión se vio tan alterado por la situación que a partir de entonces se decidió continuar con los trabajos a puerta cerrada. La prensa nacionalista extrajo todo el partido posible al testimonio de Hindenburg, que él repitió poco después en sus memorias —de nuevo, escritas por mano de otros—, donde se afirma que «nuestro frente, cansado, se derrumbó como Sigfrido bajo la traicionera lanza de Hagen; había intentado en vano revivir en la fuente seca de los recursos patrios». Llama la atención que concediera que el frente, a diferencia del joven, robusto y heroico Sigfrido, estaba «cansado». Fijémonos asimismo en que la acusación de Hindenburg es muy vaga, lo que permitía utilizarla para una diversidad de propósitos.[43] Al prestar su autoridad en beneficio del mito, Hindenburg no solo ayudó a que este quedara anclado en la ideología de los derechistas hostiles a la república, sino que les proporcionó un arma potente contra todo intento de desacreditarlo.[44] El hecho de que el exkáiser Guillermo II también le concediera credibilidad reforzó aún más la influencia de este entre las personas que lamentaban la desaparición de la monarquía.[45] De paso convirtió a Hindenburg en una figura trágica, traicionada por los enemigos en su propia patria, lejos de lo que en realidad había caracterizado su dirección de la guerra: el fracaso.

Por primera vez, el hundimiento del frente patrio quedó enmarcado en una verdadera teoría de la conspiración. Algunos militaristas de extrema derecha, como el coronel Max Bauer —antiguo edecán de Ludendorff y autor entre otros textos de una extensa (aunque inédita) diatriba contra el feminismo—, se sintieron autorizados a afirmar que «la guerra se había perdido, única y exclusivamente, por el fracaso de los que estaban en la patria».[46] Hasta aquí, es una acusación muy vaga. Pero el coronel añadió que la rápida mengua del potencial de las fuerzas armadas alemanas, en el verano y otoño de 1918, se debió a que el número de personas que evitaban alistarse había aumentado exponencialmente. Por su parte, Von Kuhl también aseveró que los «zánganos» y «desertores» habían contado con el respaldo de los pacifistas y socialistas que tanto abogaban por concluir la guerra; en consecuencia, las actividades de estos habían surtido un efecto material al debilitar la voluntad de combate de las tropas del frente, algo que —añadía Von Kuhl— era

exactamente lo que buscaban. En última instancia, «la posibilidad de que Alemania continuara con la guerra […] la frustró tan solo la revolución que rompió la espada en manos del comandante, subvirtió todo orden y disciplina en el ejército (en especial, por detrás del frente) e hizo imposible la voluntad de seguir resistiendo».[47] Ludendorff comentó, de un modo similar, que los demócratas alemanes, de cualquier color del espectro, habían aprovechado la ocasión de destruir el Estado autoritario que con tanta paciencia habían construido Bismarck y sus sucesores. En un momento en que era imprescindible un Estado fuerte, esos traidores criminales pacifistas habían tomado el poder con el fin de acordar la paz al mismo tiempo que el ejército seguía combatiendo en el frente por la vida de la patria. Tal era el fruto de que, durante muchos años, los socialistas se hubieran dedicado a socavar la voluntad de combatir del pueblo. La derrota de Alemania en 1918, por lo tanto, era el producto de una campaña deliberada de los pacifistas y socialistas, quienes ansiaban una derrota que trajera consigo una revolución en conformidad con el concepto leninista del «derrotismo revolucionario».[48]

Tales acusaciones no se limitaron en ningún caso al ámbito militar. Entre los políticos civiles de la derecha alemana, grupos importantes también echaron la culpa al frente patrio. Las asociaciones estudiantiles de extrema derecha, por ejemplo, con el respaldo de algunos profesores nacionalistas, adoptaron la misma línea, al igual que integrantes de la Iglesia protestante evangélica, de carácter conservador. Esta Iglesia, oficial en el Estado hasta la guerra, había mantenido lazos estrechos con la monarquía, de modo que los partidarios del káiser y la restauración del régimen imperial también se hicieron eco del mito de la puñalada por la espalda como medio para desacreditar la nueva democracia.[49] En la derecha nacionalista radical, la Liga Pangermánica, una organización pequeña pero influyente, declaró el 4 de marzo de 1919 que la derrota había sido culpa de los «traidores» que, en la patria, habían permitido que un gobierno vacilante «socavara de forma sistemática la voluntad de victoria de nuestro pueblo».[50] Esto dio origen a la idea de que Alemania había sido derrotada no tanto por una falta de recursos en el frente patrio y un debilitamiento general de la voluntad de batallar, sino por una conspiración de socialistas, comunistas y pacifistas contra la nación, que había tenido su efecto más letal en la propia revolución.

III

A los ultrapatriotas de la extrema derecha, cuando en la década de 1920 dirigían la mirada hacia aquellos acontecimientos del pasado reciente, les parecía obvio que —en palabras del doctor Albrecht Philipp, dirigente destacado del Partido Popular Nacional Alemán— «la revolución apuñaló al ejército por la espalda, después de muchos intentos anteriores de subversión. La leyenda de la puñalada por la espalda no es un mito vago y peligroso, como algunos pretenden. Es una descripción clara de uno de los hechos más tristes y vergonzosos de la historia de Alemania».[51] La afirmación de Philipp —como la de Ludendorff— de que mucho antes de la revolución ya se había intentado doblegar al ejército hacía referencia a las huelgas masivas que habían estallado en las fábricas en enero de 1918.[52] Durante un debate parlamentario del 26 de febrero de 1918, cuando faltaban aún más de ocho meses para que la guerra acabara, quien era a la sazón secretario de Estado de Interior —Max Wallraf, que luego destacaría en las filas del derechista Partido Popular Nacional Alemán— denunció la «intervención de influencias internacionales» en las huelgas, que abogaban por «manifestaciones violentas contra el sistema en vigor». Advirtió que las huelgas, sin lugar a dudas, pretendían «dar apoyo a potencias hostiles […]. Todo aquel que, con deshonor y deslealtad, ataque por detrás a nuestros valerosos guerreros mientras están emprendiendo su sagrada labor, se está situando fuera de la ley y debe ser castigado con el rigor más extremo de nuestro código penal».[53]

En la práctica, la idea de que todos estos acontecimientos estaban conectados y formaban parte de una gran conspiración socialista-pacifista para socavar la moral del ejército no se correspondía con los hechos. Las huelgas respondían al deterioro de las condiciones de trabajo, en particular en las fábricas de municiones, y se resolvieron con una serie de acuerdos entre los sindicatos y los jefes militares que desembocaron en una organización más efectiva de la producción y el abastecimiento y, en particular, en una mejora de los salarios y las condiciones laborales. En el campo de la política, los huelguistas apoyaban la petición mayoritaria de la socialdemocracia: reformas internas y una paz sin anexiones. No actuaban con el fin de favorecer una revolución. Los disturbios por la falta de alimentos, escenificados en su gran mayoría por mujeres en 1915-1916, eran más difíciles de solucionar porque su carácter era más espontáneo que organizado; pero también en este caso, la reestructuración de las redes de suministro contribuyó a reducir el descontento. Debe destacarse que la mayoría del Partido Socialdemócrata interpretó un papel central en los movimientos para poner fin a las huelgas y manifestaciones. Entre los trabajadores, los socialdemócratas gozaban de un

respaldo muy superior al de los otros rivales de la izquierda política, cuya influencia sobre aquellos era, en el mejor de los casos, limitada. Además, el partido no pretendía derrocar al káiser, sino tan solo reformar el sistema político que este presidía. Si en efecto Scheidemann proclamó una república democrática en noviembre de 1918 fue solo para frenar los intentos de la extrema izquierda de armar una república socialista.[54]

Por desgracia, el jefe del primer gobierno posrevolucionario, Friedrich Ebert, del Partido Socialdemócrata de la Mayoría, avivó el fuego del mito de la puñalada por la espalda cuando, el 10 de diciembre de 1918, dio la bienvenida a las tropas que volvían del frente con estas palabras: «Ningún enemigo os ha derrotado».[55] Pretendía elogiar a los soldados por los años de privaciones y peligros que habían soportado, y reforzar su autoestima al hacer hincapié en el hecho de que (a su entender) nunca se habían desbandado en ninguna gran batalla ni habían permitido que el enemigo invadiera el territorio propiamente alemán. Pero el daño estaba hecho. La impresión de un ejército que no había sido derrotado, además, era visual: los soldados avanzaban por delante de Ebert en columnas ordenadas y disciplinadas, acompañados por bandas militares y vitoreados por multitudes como si hubieran vencido. De hecho, no eran en ningún caso representativos del estado de las tropas en general: mientras que el grueso de las fuerzas armadas alemanas estaba en desbandada, deponía las armas, tiraba los uniformes y buscaba volver a casa del modo que fuera, los hombres que desfilaban por delante de Ebert eran nueve divisiones seleccionadas. Aunque por descontado sus efectivos eran muy inferiores a una división estándar, los jefes del ejército, liderado a la sazón por Wilhelm Groener, los habían enviado por ser un destacamento «fiable» al que se podía confiar la defensa del nuevo gobierno frente a nuevos disturbios y estallidos revolucionarios.[56]

Ebert no fue el único que se expresó de tal manera. El 16 de noviembre de 1918 la jefatura del gobierno posrevolucionario de Baden, del Partido Socialdemócrata de la Mayoría, ya había saludado el regreso de las tropas con las palabras: «Regresáis invictos, sin derrota».[57] El periódico local de Magdeburgo notició el 12 de diciembre que «volvía a casa un ejército invicto».[58] Ebert, los demás políticos y numerosos periodistas que recurrían a estas fórmulas pretendían transmitir a la opinión pública su convicción de que las fuerzas armadas alemanas habían sido derrotadas no porque no hubieran acertado a mantener el brío y la disciplina hasta el final, sino tan solo porque el enemigo había desplegado unos recursos superiores. El propio Hindenburg, en la última orden del día que dirigió a las tropas —el 11 de

noviembre, justo antes de que se firmara el Armisticio—, declaró que sus fuerzas «dejaban el combate con orgullo y rectitud», después de cuatro años de exitosa defensa de la patria frente a «un mundo de enemigos». Aquí Hindenburg invocaba otro mito: el de que la guerra solo había empezado porque en 1914 Alemania había quedado «rodeada» por toda una serie de potencias hostiles.[59]

Para muchos alemanes de la calle, saludar a las columnas al paso con vítores y banderas era también una oportunidad de agradecer el sacrificio de los soldados que volvían al país; las muestras públicas de hostilidad hacia el ejército eran infrecuentes, incluso en las zonas de población trabajadora, para empezar porque a fin de cuentas esta era la clase social de la que provenía la mayoría de los hombres que habían combatido en el frente.[60] Demasiados alemanes acabaron olvidando el incómodo hecho de que a la postre esto no representaba gran cosa frente a la abrumadora superioridad de los Aliados en materia de pertrechos, suministro, personal y armamento. Esta diferencia, unida al fracaso de la ofensiva de primavera de 1918 y a los avances logrados por los Aliados a partir de julio de 1918, se reflejaron desde esta última fecha en una cantidad creciente de deserciones, una reducción de las fuerzas disponibles y un declive de la moral. No cabe prescindir de la realidad de que el abastecimiento, la logística y los recursos son un elemento más de la guerra, que no se reduce a los combates del frente, como algunos parecían pensar, considerando que de alguna manera era injusto que les hubiera correspondido un papel en la derrota de Alemania. Además, los que afirmaban que Alemania estaba invicta en 1918 hablaban como si Alemania hubiera combatido en solitario, prescindiendo de la influencia que el hundimiento de Bulgaria y el imperio Habsburgo, los dos principales aliados de Alemania, ejercieron sobre el desarrollo de los acontecimientos en octubre y los primeros días de noviembre de 1918.[61]

El desfile ordenado de unidades que regresaban del frente, en Berlín y otras ciudades, borró de la memoria el vergonzoso espectáculo de cientos de miles de soldados que «se desmovilizaron a sí mismos» después del Armisticio y volvieron al país de una manera anárquica, robando y saqueando al paso. Quien se comportó sin heroísmo en los últimos días de la guerra —en realidad, desde hacía unos meses— fue el ejército, y no los civiles del frente patrio. La decadencia de la moral entre las fuerzas armadas alemanas, en el verano y otoño de 1918, no se debió a la actuación de conspiradores y agitadores socialistas que pretendían debilitar la entrega de las tropas, sino que obedeció al catastrófico fracaso de la ofensiva de primavera, al hecho de

que las infundadas expectativas de victoria final que acompañaron a esta ofensiva se hicieron trizas estrepitosamente, y a una inferioridad cada vez más obvia a medida que entraban en la batalla números crecientes de carros de combate aliados y soldados estadounidenses. Cuatro años de guerra masiva y mecanizada habían socavado la autoridad del cuerpo de oficiales frente a la tropa, mientras que la merma de efectivos, la escasez de suministros y la ofensiva continua y desesperada estaban arruinando el ánimo desde julio de 1918. El 29 de septiembre de 1918 Ludendorff se había visto obligado a reconocer, sin alusión alguna a ninguna influencia revolucionaria o socialista, que «la Comandancia Suprema del Ejército y el ejército alemán viven una situación agónica […]. Ya no se puede confiar en los soldados».[62] Ludendorff era consciente, en otras palabras, de que la derrota era militar.

El mito de la puñalada por la espalda no se fue extinguiendo con el paso de los años. Desempeñó un papel destacado en la propaganda del Partido Popular Nacional Alemán, el movimiento conservador y derechista crítico con la democracia de Weimar, y el de más éxito hasta que se produjo el ascenso de los nazis, ya a finales de la década de 1920.[63] Los políticos y periodistas nacionalistas siguieron intentando desacreditar a los socialdemócratas —y, por extensión, a la República de Weimar— con su recriminación de que durante la guerra habían apoyado la agitación obrera en el país.[64] En 1924, Ebert, presidente del Reich, que había encabezado los intentos de calmar los disturbios de los trabajadores, denunció legalmente a un editor de prensa nacionalista que le acusaba de traición, por supuestamente haber favorecido la huelga de los trabajadores de la munición, en 1918. El juez de la causa —un conservador que, como la mayoría de los magistrados de la República de Weimar, había empezado la carrera en tiempos del káiser y, como este, entendía que los socialdemócratas eran revolucionarios sin lealtad a la patria— manipuló el juicio descaradamente, hasta concluir exonerando al acusado. No se llamó a declarar a Ebert porque, a fin de cuentas, era ni más ni menos que el jefe de Estado. Sin embargo, este presentó ante el tribunal una declaración que negaba las acusaciones del periodista. Los partidarios de Ebert también hicieron hincapié en el hecho de que había perdido a dos hijos en el frente, lo cual convertía en improbable (por decir poco) que hubiera querido interrumpir el suministro de municiones a las tropas. Durante el juicio el jefe de Estado sufrió los primeros síntomas de una apendicitis, pero demoró el tratamiento porque no quería dar a entender que buscaba la simpatía pública apelando a su mal estado de salud; la demora

resultó fatal, y Ebert falleció el 28 de febrero de 1925, como víctima, aunque indirecta, del mito de la puñalada por la espalda.[65]

Un segundo juicio, celebrado en Múnich durante cinco semanas (de octubre a diciembre de 1925), se centró en la denuncia de un abanderado del nacionalismo, Paul Cossmann (un judío que se convirtió al cristianismo y más adelante fue asesinado por los nazis), contra un periodista socialdemócrata. Este había rechazado, con una retórica muy personal, la afirmación de Cossmann según la cual la socialdemocracia había apuñalado al ejército por la espalda al fomentar disturbios en el frente patrio, durante la guerra, en particular los amotinamientos navales que dieron inicio a la revolución en noviembre de 1918. Entre los llamados a testificar en lo que la prensa denominó «Juicio de la puñalada por la espalda» se incluían figuras destacadas de la jefatura militar de los años de guerra, tanto de Tierra como de la Marina, tales como Groener o Hermann von Kuhl, y otros varios testigos cuya declaración confidencial ante la comisión del Reichstag se sometía ahora al escrutinio de la opinión pública. El proceso se cerró con una multa menor para el editor socialdemócrata y la atribución de las costas al demandante. El efecto general, sin embargo, fue ambivalente. Por un lado, el juicio sacó a la luz una gran cantidad de pruebas detalladas sobre la gestión del sindicalismo socialdemócrata durante la guerra, que demostró a las claras su patriotismo y la inconsistencia de las acusaciones de Cossmann. Pero, por otro lado, como la prensa nacionalista solo se hizo eco de los testimonios que declaraban a favor de estas ideas incriminatorias, el proceso no sirvió para contener la expansión de la leyenda de la puñalada por la espalda.[66]

Cuando la comisión del Reichstag produjo por fin su informe, publicado en 1928 en ocho volúmenes que dieron cabida a los incontables testimonios contradictorios que los investigadores habían ido escuchando desde su constitución, era demasiado tarde para desacreditar el mito, integrado ya en el discurso de la derecha nacionalista como una verdad incontestable. La enorme extensión del informe, sumada a las diversas disensiones expresadas por miembros de la comisión —en particular, socialdemócratas y comunistas—, también debilitó seriamente su efecto. En todo caso, la división política que atormentaba a la República era tan profunda que cada cual llegó a las conclusiones que más le interesaba oír.[67] Entre los conservadores fue raro que se alzara la voz contra el mito de la puñalada por la espalda, pero un eminente historiador militar lo hizo: Hans Delbrück, una figura notable y muy respetada de la clase dirigente prusiana, que había nacido en 1848 y fue durante muchos años profesor de la Universidad de Berlín. Delbrück llevaba

tiempo criticando el «chovinismo» (en sus palabras) de los pangermanistas. Entendía que su hipernacionalismo agresivo había envenenado la atmósfera política de Alemania tanto durante la guerra como después. Se había extendido entre los jefes militares, lo que había prolongado el conflicto al convencerlos de la improcedencia de buscar una paz negociada. A su vez, el hecho de que Alemania insistiera en una paz victoriosa había movido a los Aliados occidentales a insistir en el mismo objetivo, lo que culminó en las condiciones del Tratado de Versalles. La culpa de la derrota debía atribuirse antes que nadie a Ludendorff, contra quien Delbrück mantuvo una campaña pública incansable. Reprochaba al general que había insultado a sus valerosas tropas al dar a entender que habían abandonado el combate bajo la influencia de agitadores socialistas. Como Delbrück era la figura más destacada de la historia militar de Alemania, la comisión del Reichstag que investigaba la causa de la derrota nacional lo convocó al estrado. En preparación de su testimonio el historiador reunió una gran cantidad de pruebas, incluidas cartas solicitadas a los propios soldados que en su mayoría confirmaban que el rechazo persistente de Ludendorff a una paz negociada había generado un abatimiento cada vez mayor entre las tropas. En vez de lanzar la ofensiva de primavera, que fue un desastre de concepción, en 1918 el ejército tendría que haberse reconciliado con la idea de una paz negociada y sin anexiones. No era de extrañar, en consecuencia, que al final los soldados se negaran a seguir combatiendo en pos de una victoria que de lograrse aún habría tardado años en llegar.**[68]**

Delbrück repitió estas acusaciones cuando lo llamaron a declarar como experto en el juicio de Cossmann, y destacó que Erzberger ya había emprendido el camino de Compiègne el 7 de noviembre de 1918, con instrucciones de Hindenburg de aceptar las condiciones que se dictaminaran; es decir, dos días antes del estallido de la revolución, que por lo tanto de ningún modo podía haber influido en la firma del Armisticio. A su entender Alemania no había sido derrotada por efecto de ninguna subversión, sino a consecuencia del fracaso estratégico de la ofensiva de la primavera de 1918. El desastre acarreó el colapso de la moral en el frente, agravado por un abastecimiento cada vez más insuficiente. Cuando Ludendorff y sus aliados responsabilizaban de la derrota a la agitación socialista, lo único que hacían era intentar proteger la propia reputación. La prensa escuchó con respeto y transmitió las consideraciones de Delbrück porque este carecía de cualquier interés personal o político para atacar el mito de la puñalada por la espalda. Pero la voz de su conservadurismo razonado apenas se escuchaba ya en 1929,

el año de su muerte, ahogada ya por los gritos estridentes del nacionalsocialismo.

IV

La leyenda de la puñalada por la espalda no necesariamente, o no invariablemente, fue también antisemita. En su forma clásica de teoría de la conspiración se dirigía antes que nada contra los socialistas y revolucionarios que encabezaron el derrocamiento del káiser y, con la colaboración de parlamentarios liberales, establecieron la República de Weimar. Al mismo tiempo, no obstante, las versiones más radicales incorporaban un elemento poderoso de conspiranoia antisemita. Antes incluso del estallido de la guerra, diversos individuos y grupos de la extrema derecha del nacionalismo político alemán habían formulado acusaciones de comportamiento antipatriótico contra la diminuta minoría judía de Alemania. En el transcurso del siglo XIX, la larga tradición del antisemitismo cristiano se había solapado con una nueva variante de carácter racista y, en algunos aspectos, incluso le había cedido el lugar. Bajo la influencia de las teorías raciales derivadas de Arthur de Gobineau, versiones radicales del darwinismo social, el desdén del imperialismo por sus súbditos coloniales, y por último la nueva ciencia de la eugenesia, un reducido número de políticos y periodistas de Alemania empezó a plantear que los judíos —también los conversos— eran subversivos y antipatriotas por naturaleza. Fueron ideas adoptadas por movimientos ultranacionalistas como la Liga Pangermánica, que aspiraban a contrarrestar el auge de la democracia representativa, restringir el poder del Reichstag e instaurar un gobierno autoritario con una política exterior agresiva y militarista que situara a Alemania como primera potencia mundial.**[69]**

Los judíos —afirmaban los pangermánicos— estaban subvirtiendo los valores de Alemania; debilitaban la agresividad característica de sus hombres, con el fomento del feminismo; y sembraban el caos socavando la estabilidad de la familia tradicional. Su propaganda insinuaba que el movimiento feminista estaba dirigido por mujeres judías, aunque de hecho no era así: las mujeres judías contaban con una organización propia, separada en gran medida de la corriente central del feminismo liberal.**[70]** En esta visión racista y deformada, los varones judíos de Alemania se caracterizaban por la falta de arraigo, de patriotismo, fortaleza y masculinidad. Durante la guerra, mientras los jóvenes alemanes fallecían en número de cientos de miles, cada vez se necesitaban más reclutas nuevos, y las asociaciones patrióticas y sus adeptos

empezaron a hacer campaña contra los «zánganos» y «cobardes» que les parecía que habían evitado el servicio militar. En Gran Bretaña ocurría algo similar cuando las sufragistas que pasaron al nacionalismo se dedicaron a entregar plumas blancas en la calle a aquellos hombres que, a su entender, deberían haberse alistado en las fuerzas añiladas.

Hacia finales de 1916, esta campaña creciente contra los «zánganos» empezó a centrarse sobre todo en los judíos alemanes.[71] En este contexto de presión política el Ministerio de Guerra puso en marcha un censo exhaustivo de los soldados judíos que participaban con las fuerzas armadas en el frente de combate. Los médicos y los oficiales judíos —alegaban figuras influyentes de la derecha nacionalista— se habían asegurado de que los soldados judíos ocuparan plaza predominante en la retaguardia, lejos del peligro. Aunque la metodología del censo era quizá discutible, y los datos, incompletos, sin embargo, el resultado —en contra de las expectativas— indicó que un 80 % de los soldados judíos prestaban servicio en el frente. En su conjunto, de hecho, unos cien mil judíos (definidos a este respecto como adeptos de la fe judía) hicieron el servicio militar durante la guerra; 12 000 perdieron la vida y 35 000 recibieron una condecoración por valentía. En lugar de dar bombo a los resultados como prueba del patriotismo de los judíos alemanes, el ministerio silenció los hallazgos de la encuesta, sin desafiar la sospecha de que los judíos eludían su responsabilidad militar. Entre tanto, el mero hecho de que se realizara un censo, con la propaganda antisemita que lo acompañaba, causó conmoción entre la comunidad judía, e hizo que muchos judíos hicieran especial hincapié en su celo patriótico.[72]

Como no era de extrañar, silenciar los resultados del estudio favoreció que, en la extrema derecha, el mito de la puñalada por la espalda se tiñera de antisemitismo. Ya el 9 de noviembre de 1918, en una sesión decisiva del Alto Mando del Ejército en Spa (Bélgica), un general de ideario extremoderechista sugirió enviar contra cualquier tropa refractaria a soldados armados con lanzallamas y granadas de gas. También recogió un tópico del antisemitismo al atribuir la situación al supuesto hecho de que «los especuladores y zánganos judíos han atacado al ejército por la espalda bloqueando el abastecimiento».[73] Sin embargo, bajo el liderazgo del general Groener, los reunidos rechazaron la propuesta y decidieron no emplear medios violentos —ni de hecho de cualquier otro tipo— en el vano intento de apuntalar el régimen del káiser Guillermo II, que se desmoronaba sin remedio; aquella misma tarde, el rey tomó un tren que le llevó de Spa al exilio en los Países Bajos.

Pero el 17 de noviembre de 1918, cuando no había transcurrido ni una semana desde la firma del Armisticio, Groener declaró:

> Durante cuatro años, el pueblo alemán se ha mantenido inquebrantable ante un mundo de enemigos; y ahora, en cambio, se ha dejado derribar como un cadáver por un puñado de marinos a los que se había inyectado el veneno ruso del señor Ioffe [embajador soviético] y sus camaradas. ¿Y quién movía los hilos? Aquí, como allí: los judíos.[74]

Muy probablemente, Groener se hacía eco de un estado de opinión más generalizado en el Estado Mayor. Otro oficial destacado del mismo cuerpo, el general Albrecht von Thaer, había afirmado ya unos días antes —en clara referencia a *Los protocolos de los sabios de Sion*— que una logia secreta de masones judíos de París había decidido destruir «no solo todas las dinastías, sino también la Santa Sede y la Iglesia cristiana».[75] Heinrich Class, el líder de la Liga Pangermánica, expuso un punto de vista similar cuando declaró, en febrero de 1919, que la «influencia judía» había sido la «fuerza impulsora» de la derrota de Alemania. Los judíos eran un «elemento extraño» en el país y la Liga, como ya había hecho antes de la guerra, exigía retirar los derechos civiles a la población judía. Uno de sus miembros dirigentes publicó unas estadísticas con la intención de mostrar que, por cada soldado judío fallecido durante la guerra, habían perdido la vida no menos de trescientos soldados no judíos. Tales estadísticas eran una pura invención, por descontado, según demostraba el «censo judío» de 1916.[76]

Sin embargo, la acusación caló. El censo permanecía inédito y no se podía consultar, y los periódicos y políticos de extrema derecha siguieron polemizando contra los «vagos» judíos cuyo mal ejemplo, supuestamente, había socavado la voluntad de seguir luchando de los soldados alemanes. El oficial del ejército que se cree que solicitó y puso en marcha el «censo judío» —el comandante general Ernst von Wrisberg, que durante la guerra se había encargado de gestionar el envío de suministros al frente— fue de los primeros en abundar en la versión antisemita de la leyenda de la puñalada por la espalda, en una extensa referencia a lo que consideraba «ataques contra la clase de los oficiales». En marzo de 1919 sostuvo que «una parte de la población judía ha estado detrás de la revolución alemana. No es de extrañar, puesto que esta tribu está haciendo cuanto está en su mano para aniquilar una clase que hace mucho que para ella es una espina clavada en el ojo».[77] Las acusaciones de Wrisberg levantaron mucha controversia y algo más tarde, aquel mismo año, se le retiró del ejército; pero esto no impidió que repitiera

las afirmaciones en su autobiografía, publicada en 1921, donde mantuvo que «el infortunio que ha acontecido a nuestra patria debe atribuirse en buena medida a los disturbios y las acciones subversivas de los judíos en la economía nacional y las fuerzas armadas».[78]

Aquel mismo año el coronel Max Bauer repitió tal acusación en sus memorias. Las «enseñanzas socialistas-bolcheviques» habían causado una decadencia de la moral en el ejército de reserva —recriminaba Bauer— en los últimos meses de la guerra. La revolución se había extendido precisamente desde estas unidades de la reserva y, en su mayoría, estos «haraganes» eran judíos. Como era de prever, ninguna de estas acusaciones se fundamentaba en pruebas constatables, pero Bauer suponía que los resultados del «censo judío», todavía inéditos, confirmarían lo dicho.[79] Otro misógino supremacista, Hans Blüher, ideólogo de un movimiento juvenil —que escribía influido por el autor austríaco Otto Weininger, cuyo *Sexo y carácter* había expuesto puntos de vista tanto antisemitas como antifeministas—, adoptó una perspectiva característica de los teóricos conspirativos cuando afirmó, en 1922:

> Hoy resulta inútil el intento de la prensa judía de refutar el «mito de la puñalada por la espalda». Todo se puede probar y refutar. Pero se ha convertido en un hecho que todo alemán lleva en la sangre: el prusianismo y el heroísmo son una y la misma cosa, como lo son el judaísmo y el derrotismo […]. La conexión asociativa entre la esencia de la masculinidad y la esencia del ser alemán, y entre los rasgos femeninos y serviles del judío, es un sentimiento intuitivo inmediato del pueblo alemán que cada día resulta más evidente. En tal situación resultan inútiles cualesquiera «pruebas» a favor o en contra, incluso si cien mil judíos han caído por la patria.[80]

Como vimos ya en el caso de *Los protocolos de los sabios de Sion,* también en el caso de la leyenda de la puñalada por la espalda —y en muchas otras teorías conspirativas—, los hechos carecen a la postre de importancia. Se afirma que, aunque tales teorías fueran demostrablemente falsas, sin embargo, expresan una verdad esencial que no depende de ninguna verificación empírica.

Esta clase de propagandistas se estaba entregando a una fantasía sin base. Un escritor aseveró en 1919 que los judíos habían estado «en todas partes», que habían sido «dominantes […] en el gobierno de Guillermo II, en los liberales y en los grupos socialistas». Esta idea carecía de todo fundamento

real, para empezar porque el káiser Guillermo II manifestó un antisemitismo vehemente.[81] Era bastante más habitual identificar a los revolucionarios con judíos. Arthur Hoffmann-Kutsche, en su libro *Der Dolchstoss durch das Judentum* («La puñalada de los judíos por la espalda», 1922), hizo remontar de hecho el mito a un punto histórico bastante anterior al describir la emancipación de los judíos en la Alemania del siglo XIX como el primer paso de la «puñalada por la espalda».[82] La sociedad ultranacionalista Liga Alemana de Protección y Defensa (Deutscher Schutz-und Trutzbund) afirmó que «la Revolución se hizo con dinero judío y la dirigieron y ejecutaron espíritus judíos». Otros, como el propio Ludendorff, sostuvieron que los judíos gozaban de una representación especialmente potente entre los revolucionarios y los socialistas de izquierdas.[83] Algunos antisemitas destacaron que en el nuevo régimen fundado en Alemania por la revolución de 1918 había una, a su juicio, «monstruosa muchedumbre de judíos en posiciones clave del gobierno».[84]

A la hora de demostrar todas estas afirmaciones, la historia distaba de resultar convincente. Karl Liebknecht, por ejemplo —un izquierdista que más adelante sería diputado comunista en el Reichstag—, se había opuesto a la guerra desde el principio y aparecía a menudo en las listas antisemitas de supuestos judíos del movimiento socialista; pero en realidad no tenía nada de judío. Es cierto que en la izquierda había judíos en posiciones de liderazgo, desde el propio Karl Marx en el pasado a figuras como Rosa Luxemburgo, cofundadora del comunismo alemán junto con Liebknecht; el líder socialista bávaro Kurt Eisner; y el socialista pacifista Hugo Haase, que coliderό con Friedrich Ebert el consejo revolucionario en 1918-1919. No fue coincidencia que todos ellos murieran asesinados en los primeros meses de la República de Weimar. Pero el número de personas de origen judío entre los líderes de los partidos de izquierda era muy reducido y además se producía un cambio crucial: al pasar al socialismo o al comunismo, abandonaban la identidad judía (y esto aun solo en la medida en que la hubieran llegado a tener). Por otro lado, no había ni la más mínima prueba a favor de las afirmaciones según las cuales habían conspirado, de algún modo, para apuñalar a Alemania por la espalda. Ante la ausencia total de hechos reales que apoyaran tales aseveraciones fantásticas, los antisemitas tenían que dar un paso atrás y sostener que la revolución de 1918 no otorgó el poder a los socialdemócratas, sino a «judíos que movían los hilos en secreto» y estaban manipulando a la socialdemocracia. En otras palabras: aunque no se podía demostrar que tales personas tuvieran familiares judíos u otros vínculos con el judaísmo, en el

fondo eran judíos porque su «espíritu» era judío, aunque no lo fuera su origen.[85]



Aunque esto quizá sorprenda, los nazis apenas recurrieron a la idea de la «puñalada por la espalda». En los cientos de páginas de *Mein Kampf*, por ejemplo, tan solo figura una vez, como parte de un ataque general contra el gobierno del káiser, quien no había acertado a reconocer la amenaza que representaba el marxismo (la socialdemocracia), un movimiento que a entender de Hitler lideraban los judíos.[86] Cuando se echa la red en las ediciones reunidas de las declaraciones, discursos y artículos de Hitler también se obtienen resultados muy magros.[87] Para los nazis, el régimen del káiser se había ganado a pulso su destino; no había caído porque lo hubieran apuñalado por la espalda, sino, ante todo, porque carecía de la voluntad de sobrevivir. «Esta derrota —declaró Hitler— era más que merecida» porque el káiser y su gobierno no se habían atrevido a «utilizar medios verdaderamente radicales» con el fin de ganar la guerra.[88] Los nazis sostenían incluso que el ejército seguía en condiciones de imponerse en el Frente Occidental en noviembre de 1918, una afirmación que ni siquiera Ludendorff respaldaba («nunca he dicho que, en otoño de 1918, el ejército estuviera invicto», escribió en 1921). Pero como, a diferencia de los conservadores que propagaban el mito, no sentían ninguna nostalgia por el imperio de Bismarck, tampoco tenían especial interés en analizar las razones de su derrota. En su lugar se centraron en lo que a su entender eran los problemas de Alemania en el presente: en particular, la Depresión que golpeó al país en 1929.[89] Si los judíos habían contribuido a que Alemania cayera derrotada en 1918 no había sido —a juicio de Hitler— por obra de conspiraciones o acciones violentas, sino porque habían envenenado lenta y gradualmente la voluntad de combatir de los alemanes.[90]

En la única ocasión en la que se pronunció por extenso sobre las razones de la derrota de 1918 (el 9 de noviembre de 1928, en el décimo aniversario de la abdicación forzosa del káiser), Hitler culpó directamente a la «alimaña» que «paso a paso nos ha ido arruinando y envenenando […] los hebreos». Pero este proceso por el que el pueblo alemán había quedado progresivamente indefenso desde el punto de vista espiritual pasaba a un segundo plano, a su juicio, en comparación con los «criminales de noviembre» que habían firmado el Armisticio y el Tratado de Versalles. A su entender, antes que

comprender las causas de la derrota, era necesario crear una «comunidad popular» alemana, unitaria, que reprodujera el supuesto «espíritu de 1914» en el que el káiser había proclamado que no reconocía a ningún partido: solo a alemanes.[91] Si Hitler no deseaba atribuir la derrota militar a la debilidad del frente patrio, en un sentido más general, era en buena medida porque (en especial tras el fiasco del fallido *putsch* de la cervecería, en 1923) estaba centrando la atención en aumentar los votos; muchos de sus potenciales partidarios, en particular mujeres pero también hombres mayores, habían pasado los años de la guerra en el frente patrio, y acusarlos de apuñalar al ejército por la espalda, o de carecer de la fuerza de voluntad necesaria para apoyarlo hasta el final, no habría contribuido en nada a su causa.[92]

No cabía duda, por descontado, de que el Partido Nazi y Hitler en persona eran visceralmente antisemitas; estaba claro desde el principio. En el lenguaje de Hitler, «el auténtico organizador de la revolución» de 1918 era «el judío internacional». Se había organizado el derrocamiento del régimen del káiser para establecer «el dominio del judío», lo cual, según Hitler, se había consolidado en la forma de la República de Weimar. La «que se conoce como Revolución de Noviembre» había sido sencillamente un golpe de Estado judío. El periódico del Partido Nazi, el *Völkischer Beobachter*, en referencia al juicio de 1925, sostuvo que «la judería había sido el factor principal de la puñalada por la espalda».[93] Pero era en gran parte inevitable que el periódico usara este concepto cuando informaba y comentaba sobre un juicio en el que tal término ocupaba un lugar central. Más en general, Hitler en sus discursos y la prensa nazi en sus artículos tan solo hicieron referencias muy pasajeras a la puñalada por la espalda.[94] Prefirieron concentrar el fuego contra los «criminales de noviembre», los hombres que (a su modo de ver) habían tenido la cobardía de aceptar las condiciones del Armisticio y habían traicionado a la raza alemana con el acuerdo de paz. La débil voluntad del káiser y su régimen había supuesto perder la guerra, pero la traición de los «criminales de noviembre» había supuesto perder la paz.[95]

Aparte, en su primera propaganda —como en el programa oficial del Partido, dado a conocer en 1920— los nazis se centraron en lo que describían como delincuencia económica de los judíos de Alemania. Una de las principales acusaciones calificaba a los empresarios judíos de «especuladores» que se habían beneficiado con la guerra. La contienda, de hecho, había dislocado considerablemente la economía alemana. Bajo el impacto de un bloqueo económico aliado que se mantuvo aún muchos meses después del Armisticio, se había producido escasez, en particular de

alimentos; más de medio millón de alemanes perdió la vida a consecuencia de la malnutrición y enfermedades asociadas. Como las autoridades militares habían impuesto un racionamiento aún más estricto, entre bambalinas había prosperado un ingente mercado negro que aportaba beneficios sustanciosos a los delincuentes que lo controlaban. Por descontado, en su mayoría no eran judíos (la población judía de Alemania no alcanzaba siquiera el 1 %), pero los antisemitas consideraban que tal conducta era una demostración de «espíritu judío» y, por lo tanto, atribuían el mercado negro en su conjunto a la manipulación de especuladores judíos. La «inflación de guerra de los judíos», por consiguiente, «tenía tanta culpa en haber dinamitado la voluntad de combatir de los alemanes […] como la agitación revolucionaria».[96]

Pero esto no tuvo especial peso en la propaganda nazi en los años de 1929 a 1933, cuando los nazis pasaron de ser un fenómeno marginal al partido más popular. En las elecciones nacionales de 1928 habían descubierto que el antisemitismo no atraía a la mayoría de los votantes. A partir de 1933, evidentemente, todo esto cambió. Sin embargo, aunque la retórica antisemita volvió a subir de tono desde que los nazis se alzaron con el poder en 1933, en este punto Hitler pasó de atacar a los «criminales de noviembre» a hacer un hincapié más positivo en la necesidad de que en la guerra futura se evitaran los errores cometidos en la precedente. El Estado nazi expulsaría de Alemania a los judíos para proteger al país frente a la subversión interior; reforzaría la voluntad educando al pueblo en las virtudes de la guerra, que debía abrazarse con entusiasmo y dedicación; e impondría en las fuerzas armadas medidas disciplinarias implacables para castigar a los «vagos» y «derrotistas». En vez de seguir atacando a las antiguas élites imperiales por su supuesta falta de voluntad en 1918 —un argumento que le habría distanciado de ellas en una época en que necesitaba su apoyo—, prefirió que estas le acompañaran en la preparación de la guerra y la conquista.[97]

Cuando hablaba o escribía sobre la primera guerra mundial, no obstante (algo que no ocurría con frecuencia), Hitler se dedicaba menos a lamentarse por la derrota de Alemania que a celebrar las victorias alemanas —por ejemplo, prestaba más atención a Tannenberg que a Verdún— y hacía hincapié en ejemplos extremos de sacrificio heroico, en especial la batalla de Langemarck, donde miles de jóvenes alemanes habían entrado en combate entonando canciones patrióticas y habían sido barridos por las ametralladoras.[98] Los años que el propio Hitler había pasado en el frente, de hecho, habían supuesto el período más satisfactorio y grandioso de su vida. Prefería no obcecarse con la derrota, que le recordaba, a él como a su público, la

humillación de Alemania. Se centraba, en cambio, en aprender todo lo posible de cara a la guerra futura: aspiraba a superar el enfrentamiento de clases que había socavado la solidaridad del pueblo alemán entre 1914 y 1918, un fin que conseguiría destruyendo la democracia (sinónima de la flaqueza de voluntad) y levantando en su lugar una dictadura en la que Alemania estaría guiada por una voluntad de poder única, firme y poderosa: la suya propia; sería implacable en el castigo de los «vagos» y desertores (durante la segunda guerra mundial, más de quince mil soldados fueron ejecutados por tales transgresiones); evitaría una guerra de dos frentes (un objetivo que a la postre no pudo hacer realidad); impediría que se repitieran los problemas de suministro que a su juicio habían afectado a Alemania durante la primera guerra mundial, conquistando para ello amplias extensiones de la Europa del Este y, en especial, utilizando los cereales y alimentos de Ucrania, la «panera de Europa», con el fin de mantener el nivel de vida en la propia Alemania; consolidaría el mercado laboral utilizando a trabajadores forzosos, lo que a su vez liberaría a los jóvenes para que combatieran en el frente; y por último, un factor destacado: neutralizaría a cualquier posible elemento subversivo, antes que nada a los judíos, a los que obligaría a abandonar Alemania y, a la postre, asesinó.[99]

Para Hitler y los líderes nazis, el genocidio de los judíos de Europa fue sin duda un acto de venganza porque (supuestamente) habían traicionado a Alemania durante la primera guerra mundial. Pero no se referían a ello asociándolo con la subversión socialista. Hitler culpó de la guerra de 1914 al «capital financiero internacional» judío. «Esta raza de criminales tiene sobre la conciencia a los dos millones de muertos de la [primera] guerra mundial» y «una vez más, a cientos de miles», afirmó el 25 de octubre de 1941; «por lo que no me digan que no podemos enviarlos a la ciénaga», en el sentido concreto de matarlos al obligarlos a adentrarse en las marismas del Prípiat, que los ejércitos alemanes habían conquistado después de invadir la Unión Soviética. Aún más explícita fue la afirmación de Heinrich Himmler el 4 de octubre de 1943, cuando abordó abiertamente ante la jerarquía de la SS, reunida en Posen, las masacres que habían estado ejecutando: «Probablemente ahora estaríamos como en 1917-1918 si los judíos aún siguieran alojados en el cuerpo del pueblo alemán».[100]

La idea de la puñalada por la espalda adoptó una forma muy distinta en 1944, después de que la resistencia militar-conservadora fallara en su atentado contra la vida de Hitler, el 20 de julio. En un principio Hitler intentó echar las culpas a un pequeño grupo de conspiradores que creía que «podían clavar la

daga en la espalda, como en 1918». Aunque en los días y las semanas siguientes los líderes nazis recurrieron con frecuencia al sintagma de la «puñalada por la espalda», sin embargo, no lo hacían en referencia a los socialistas, ni siquiera a los judíos, sino que —a medida que la Gestapo y Heinrich Himmler, como jefe de la SS, descubrían que el número de oficiales y generales implicados en la conjuración era muy superior a lo que esperaban— se acabó empleando como inversión exacta de su formulación original. Así, ya no se afirmaba que en 1918 el frente patrio había apuñalado al ejército por la espalda; ahora la culpa de la derrota de Alemania no se hacía recaer sobre los «desertores, judíos, asociales y delincuentes», sino sobre los propios generales. De hecho, a partir de este momento y hasta el final de la guerra, la idea de la «puñalada por la espalda» perdió toda la especificidad del pasado y el régimen nazi la usó para estigmatizar a cualquiera —sin que importara su posición en la sociedad, su raza o sus ideas políticas— que se considerase que estaba socavando en algún modo el esfuerzo bélico (cada vez más vano, por otro lado).[101]

VI

El mito de la puñalada por la espalda adquirió una diversidad de formas tanto durante la guerra como *a posteriori*. Había una versión muy general que sostenía que la derrota de 1918 se había debido al hundimiento del frente patrio en general, por razones económicas y sociales, lo que había debilitado la moral y obstaculizado la producción bélica; no era una consecuencia intencionada, sino algo que había sucedido así, ante todo por efecto de un factor externo: el bloqueo aliado. En esta versión, el mito aún no había tomado la forma de una auténtica teoría de la conspiración, que por necesidad debe incluir un elemento de intención deliberada. Esta fue la creencia que tuvo un impacto más tangible sobre Hitler y los nazis, que desde muy pronto incluyeron entre sus metas conquistar la Europa oriental para aumentar el «espacio vital» (*Lebensraum*): querían anexionarse amplias extensiones agrícolas de Ucrania y otros lugares, colonizarlas con granjeros alemanes y utilizarlas para abastecer de alimentos al pueblo alemán, de modo que no padeciera como había padecido de resultas del bloqueo aliado en la primera guerra mundial.

Luego había una versión más concreta, en la cual los militaristas y nacionalistas señalaban con el dedo a la izquierda alemana, acusándola de haber debilitado el empeño bélico deliberadamente, por medio de la

subversión, huelgas, disturbios y, a la postre, una revolución nacional, con el fin de destruir el régimen del káiser y levantar en su lugar un Estado socialista. En su forma plenamente desarrollada, esta teoría solo emergió después de la revolución del 9 de noviembre de 1918, aunque sus exponentes sostenían que los conspiradores socialistas se habían infiltrado en las fuerzas armadas con anterioridad y llevaban tiempo socavando la voluntad de la población civil de seguir apoyando el esfuerzo militar. Hitler y los nazis, como hemos visto, recurrieron relativamente poco a esta idea en su propaganda política. El hecho de que destruyeran a los socialdemócratas y comunistas —que fueron arrestados y encarcelados por miles, y ejecutados por cientos, tanto en 1933 como después, tras la llegada de los nazis al poder— se debió ante todo a que estos dos movimientos políticos integraban el grueso de la oposición activa al nazismo, y por lo tanto este decidió eliminarlos.

Por último, había una versión antisemita en la que la subversión socialista se atribuía a la obra de los judíos, a su empeño voluntariamente desintegrador en la patria y el extranjero. Esto reflejaba la convicción de que, dondequiera que fuese, la herencia condicionaba a los judíos a entregarse a la subversión del Estado y de la raza alemana.[102] Esta última creencia, más que ninguna teoría de la conspiración antisemita que de forma concreta relacionara a los judíos alemanes con la derrota de su país en la guerra, fue la que llevó al régimen nazi a trabajar primero por la expulsión de los judíos de la «comunidad nacional» alemana, privándolos de sus derechos, empujándolos a emigrar en cantidades lo más numerosas posible y, más adelante, durante la guerra, deteniéndolos, encerrándolos en guetos y asesinándolos en una campaña de exterminio genocida que no tardó en extenderse más allá de las fronteras de la propia Alemania.

Estas tres variantes del mito, en cierta medida, se contradecían entre sí. La versión que atribuía la derrota de Alemania al hundimiento de la economía nacional, que a su vez había hundido la moral en el frente patrio primero y luego en las fuerzas armadas, daba a entender que no existía ninguna posibilidad de que el ejército hubiera seguido batallando por más tiempo. En cambio, las otras dos variantes del mito, que consideraban la derrota como el resultado de una conspiración deliberada con el fin de que Alemania perdiera la guerra, implicaban un contrafactual: se daba a entender que el ejército podría haber seguido combatiendo de no haber estallado la revolución y, por lo tanto, se habría podido obtener un acuerdo de paz en condiciones mejores que las de Versalles. En la versión más extrema, si el gobierno hubiera

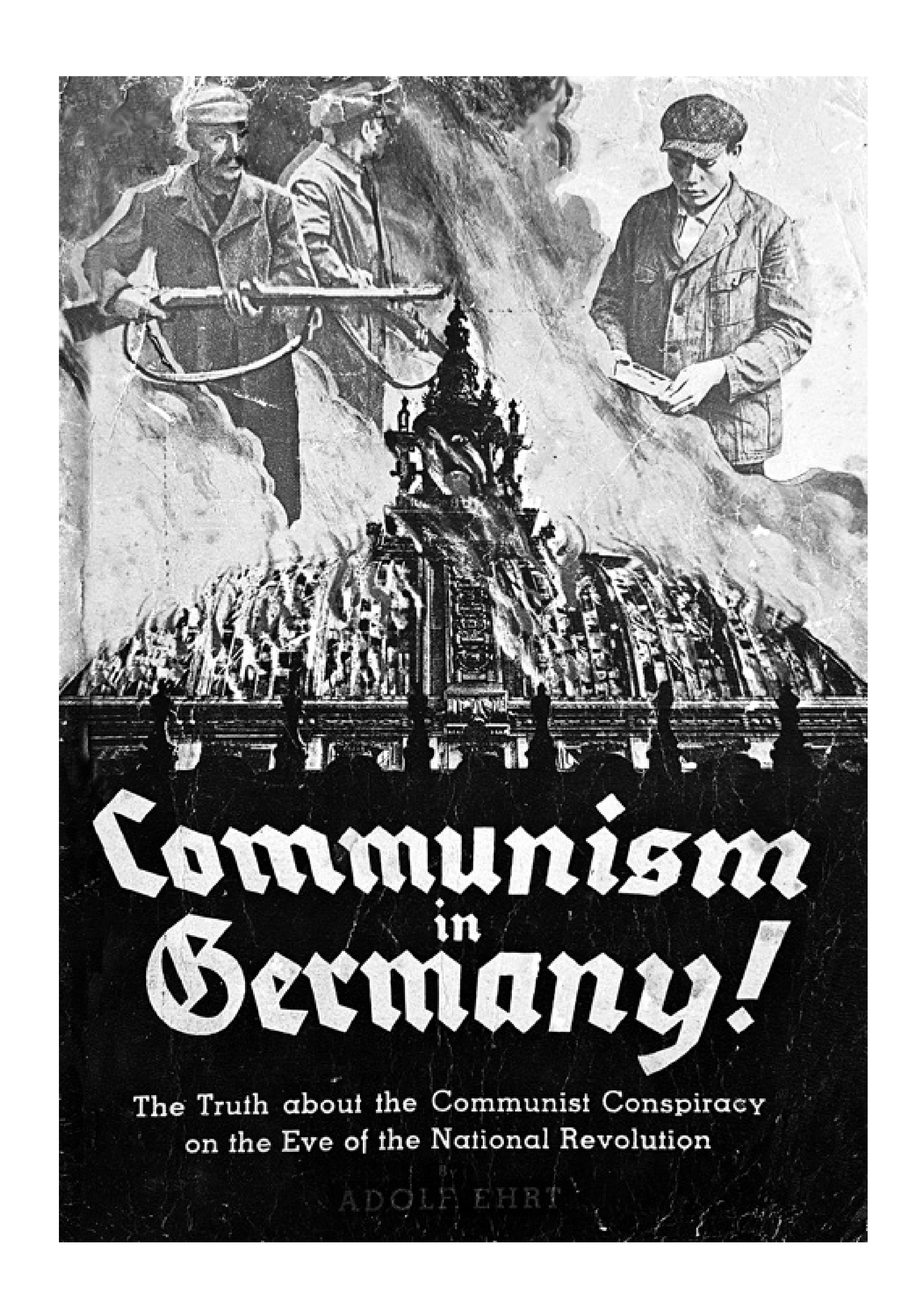
rechazado los términos del armisticio y los Aliados hubieran invadido Alemania, tanto las fuerzas armadas como el pueblo habrían estado en condiciones de alzarse en defensa de la patria.

La afirmación de que el gobierno alemán podía haber gozado de unas mejores condiciones de paz si el estallido de la revolución no hubiera impedido que el ejército siguiera luchando contra los Aliados la ha revivido en fechas recientes el historiador Gerd Krumeich, que la califica de «realista» y se pregunta —retóricamente— si la tesis de la puñalada por la espalda no contiene en el fondo su grano de verdad.[103] Pero como hemos visto, el análisis de las fechas del hundimiento militar alemán y del estallido de la revolución rebate esta hipótesis. La moral de las tropas alemanas empezó a derrumbarse por razones militares, tras el fracaso de la ofensiva de la primavera de 1918, como muy tarde en el mes de julio; en los primeros días de septiembre era obvio que la guerra se había perdido; a principios de octubre, el ejército alemán del Frente Occidental ya había empezado a desintegrarse. La idea de que las tropas podían haber combatido en defensa de la patria en una época en la que desertaban en números crecientes era y sigue siendo una fantasía. De haber llegado a ofrecer resistencia, en su estado de hartazgo, debilidad, falta de suministros y escasez de efectivos, habrían perdido estrepitosamente contra unas fuerzas aliadas cada vez más superiores, gracias tanto a la llegada constante de refuerzos estadounidenses como a la incorporación diaria de tanques capaces de abrumar a las defensas alemanas. Irónicamente (a tenor de que luego abrazó la teoría de la puñalada por la espalda), al menos en el transcurso del mes de septiembre y los primeros días de octubre de 1918, Ludendorff se mostró en este punto más realista que los historiadores posteriores. Fue también Ludendorff el que abandonó el ejército —y, de hecho, el país— cuando estalló la revolución, al huir a Suecia disfrazado con unas gafas azules y una barba falsa y permanecer en el país nórdico durante varios meses, hasta que las autoridades suecas le pidieron que se marchara.

¿Qué efectos tuvieron estas distintas versiones del mito? Para muchos millones de comunistas y socialdemócratas, como es lógico, ninguna de ellas tuvo especial importancia. Tampoco, más en general, para los partidos políticos moderados que apoyaron la República de Weimar desde el principio: el Partido Socialdemócrata, el Democrático (liberales de izquierdas) y el Centro Católico. En cambio, todas las variedades de la leyenda tuvieron especial vigor en la derecha nacionalista, que sentía nostalgia por los días del káiser y la monarquía militar prusiana cuyo gran ejemplo había sido Federico

el Grande en el siglo XVIII. En la extrema derecha, entre los pangermanistas y diversos grupos radicales contrarrevolucionarios (minoritarios, pero a menudo violentos), y muy en especial entre los nacionalsocialistas, predominó la versión antisemita. Así pues, hasta prácticamente el final de la década de 1920, el mito quedó confinado a un sector muy marginal —aunque ruidoso e influyente— del sistema político de la República de Weimar. La gran mayoría del electorado no lo adoptó.[104] Por otro lado, la reticencia de los nazis a emplearlo en su propaganda también contribuyó a reducir su influencia. Lo que socavó la legitimidad de la República de Weimar no fue tanto el mito de la puñalada por la espalda, en ninguna de sus variantes, como una sensación mucho más generalizada de que la democracia había llegado en compañía de la humillación nacional del acuerdo de paz y la «cláusula de culpabilidad» del Tratado de Versalles, una humillación de la que en última instancia era responsable la República, independientemente de las razones de la derrota de Alemania.

El mito de la puñalada por la espalda fue una teoría conspirativa mucho más específica que la de documentos como *Los protocolos*, que atribuían a los judíos del mundo entero instintos conspirativos y subversivos determinados por su herencia racial. Para empezar, aquel mito se restringía en gran medida (aunque no del todo) a Alemania y se centraba en hechos históricos circunscritos a este país. Por otro lado, en sus repeticiones más definidas, señalaba a grupos concretos de la sociedad, ya fueran los socialistas, comunistas y pacifistas o (con una categoría que desde la perspectiva de la extrema derecha se solapaba con las anteriores) los judíos de Alemania, ayudados y espoleados por judíos de otros lugares, en particular de Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. Al mismo tiempo, no era la clase de teoría conspirativa que acusaba con nombres y apellidos a supuestos culpables de la derrota de Alemania, salvo a unas pocas figuras representativas como Karl Liebknecht o Philipp Scheidemann (ninguno de los cuales era judío). Para un tipo de teoría conspirativa aún más focalizado sobre particulares a los que se responsabilizaba de acontecimientos concretos, no debemos dirigir la atención hacia los días del 9 al 11 de noviembre de 1918, sino a otro gran punto de inflexión de la historia alemana que se produjo en la noche del 27 al 28 de febrero de 1933.


Communism
in
Germany!
The Truth about the Communist Conspiracy
on the Eve of the National Revolution
By
ADOLF EHRT

Communism in Germany! The Truth about the Communist Conspiracy on the Eve of the National Revolution («¡Comunismo en Alemania! La verdad sobre la conspiración comunista en vísperas de la revolución nacional»), tratado publicado en 1933 por Adolf Ehrt, que defiende que el incendio del Reichstag fue el producto de una conspiración que pretendía establecer el imperio del «bolchevismo judío» en Alemania. Ehrt dirigía la oficina para la «defensa contra el movimiento ateo marxista-comunista» del servicio de prensa de la Iglesia evangélica alemana. El joven que vemos a la derecha con una gorra de tela es Marinus van der Lubbe, detenido en el lugar del incendio. (Colección privada.)

3

¿Quién incendió el Reichstag?

I

A menudo, las teorías de la conspiración se agrupan en torno de acontecimientos políticos violentos e inesperados. La muerte súbita de un jefe de Estado, el asesinato de un ministro del gobierno, un ataque con bombas contra un edificio o una multitud: esta clase de hechos aparentemente azarosos requiere una explicación. Muchas personas entienden que la posibilidad de que sean fruto del azar, de un accidente o de la mente perturbada de un solo individuo malsano resulta demasiado simple para ser plausible. Creen que independientemente de lo que las pruebas disponibles nos den a entender, la autoría de tales atrocidades sin duda tiene que haber sido colectiva, y su planificación, larga y meticulosa. El asesinato del presidente estadounidense John F. Kennedy en Dallas, en 1963, y la destrucción de las Torres Gemelas del World Trade Center neoyorquino en 2001 son quizá los dos grandes vórtices que, en nuestro tiempo, han engullido a los teóricos conspiranoicos, que resurgen vomitando pseudoexplicaciones e hipótesis a cual más elaborada. El debate no se extingue ni mengua siquiera, porque los defensores de teorías enfrentadas levantan edificios probatorios de tan abrumadora minuciosidad y complejidad que a menudo los legos ni siquiera pueden orientarse en su interior.

Esta clase de historias alternativas son producto de la imaginación paranoide, identificada por Richard Hofstadter en el famoso artículo del que ya hemos hablado. No son en ningún caso una novedad. En 1933 se produjo otro gran acontecimiento violento del todo inesperado en Berlín, la capital de Alemania, cuando el país empezaba a experimentar la transición de la República de Weimar al Tercer Reich. Por entonces Hitler estaba instalado en la Cancillería Imperial como jefe de un gobierno de coalición formado en su mayoría por conservadores; pero aún no disponía de un poder dictatorial y estaba en mitad de una campaña electoral de ámbito nacional. Los nazis ya

habían actuado con cierta fuerza para eliminar a su opositor más resuelto, el Partido Comunista alemán, que en las elecciones anteriores, en noviembre de 1932, había obtenido un centenar de escaños en el Parlamento nacional, el Reichstag. En Alemania el comunismo era un movimiento de masas poderoso, pero ya en febrero de 1933 se había visto obligado a cerrar la sede central del partido, situada en Berlín. Para organizar la campaña electoral tuvo que contentarse con recurrir a las salas para comisiones del Reichstag. El 27 de febrero de 1933, cuando faltaba menos de una semana para la votación, el líder de la delegación comunista en el Reichstag, Ernst Torgler, concluyó una de estas sesiones organizativas y salió del edificio justo antes de las 20:40, en compañía de otro diputado y de la secretaria de la delegación del partido, Anna Rehme. Al salir Torgler, que era un parlamentario ingenioso y popular, entregó las llaves al portero de día Rudolf Scholz, con una breve conversación de tono amable. Scholz ya había realizado su ronda, había pasado por el hemiciclo hacia las ocho y media, y lo había encontrado todo en orden. Al acceder a su puesto, el portero de noche Albert Wendt charló brevemente con el mensajero oficial Willi Otto, que se dirigió escaleras arriba, iluminándose con ayuda de una linterna, para vaciar el buzón de los diputados. Otto salió del edificio a oscuras hacia las nueve menos cinco. Ninguno de los dos había oído nada sospechoso ni en el hemiciclo ni en los pasillos resonantes.[1]

A las 21:03, un joven estudiante de teología, Hans Flöter, caminaba junto al sombrío costado occidental del colosal edificio de piedra, de regreso a casa tras haber pasado otro día en la Biblioteca Estatal Prusiana, cuando oyó un ruido de cristales rotos procedentes de la fachada principal. Al principio no le dio mayor importancia, pero como el ruido persistía, comprendió que alguien estaba rompiendo una ventana a conciencia. Se dirigió a la fachada y pudo ver que una figura oscura, con una antorcha encendida, se introducía en el edificio por una ventana próxima a la portada de acceso. Alarmado, Flöter acudió a un puesto de policía cercano, que conocía por los paseos habituales junto al edificio, y alertó del incidente. Luego se marchó a su casa con la satisfacción de haber cumplido con su deber cívico. El policía, Karl Buwert, se acercó al edificio y echó un vistazo al interior. Se le unieron dos transeúntes, uno de ellos, un joven cajista, Werner Thaler. Pasaban diez minutos de las nueve de la noche. Observaron una combinación de sombras en movimiento y llamas parpadeantes que se movían de una ventana a otra, por detrás del edificio, y corrieron en pos por el exterior. Cuando el movimiento del interior se detuvo por un momento, el policía abrió fuego con su pistola, pero sin dar en ningún blanco. El oficial envió a un compañero a la

comisaría más cercana, para que llamara a los bomberos. Se veían llamas dentro del edificio, que atrajeron la atención de otros transeúntes que también se pusieron en contacto con la brigada antiincendios. Llegaron asimismo más policías, después de haber oído el disparo de Buwert. Se hizo acudir al portero de noche del Reichstag, Albert Wendt, y llamaron por teléfono al secretario del presidente del Parlamento, Hermann Göring.

Los camiones de los bomberos ya estaban en las inmediaciones y el ruido alertó al supervisor del edificio, que acudió con las llaves. Entró en el Reichstag con tres policías que aguardaban en el exterior y se dirigieron hacia el hemiciclo, donde llegaron poco después de las nueve y veinte. Detrás de la tribuna del orador las llamas ascendían por las cortinas y, mientras recorrían los pasillos con las pistolas en la mano, vieron otros muchos incendios menores. En la sala en la que solían sentarse las taquígrafas, un fuego ardía con voracidad. Al llegar al restaurante los hombres se vieron rodeados por un muro de llamas. Dieron la vuelta, regresaron por el hemiciclo y se toparon con un joven semidesnudo, que sudaba con profusión y al que detuvieron a punta de pistola. «Pero ¿por qué has hecho esto?», le gritó el supervisor del edificio. «¡Como protesta!», replicó el joven. Enfurecido, el administrador le soltó un par de bofetones. Registraron al detenido y se apoderaron de su documento de identidad: se trataba de Marinus van der Lubbe, nacido en Leiden (Países Bajos) el 13 de enero de 1909. Lo llevaron a la comisaría más próxima. Eran las 21:27. En la escena del crimen no encontraron a nadie más. Se había visto a una figura misteriosa que se había marchado del lugar, pero resultó ser un hombre que buscaba refugiarse del frío en el portal mientras aguardaba el autobús. El informe oficial de la policía, suscrito por el doctor Walter Zirpins el 3 de marzo, concluía que Van der Lubbe había perpetrado la acción en solitario. Cuando se le interrogó, el joven neerlandés reconstruyó con precisión la secuencia de los acontecimientos. No se descubrió en ningún lugar del edificio otros fuegos que él no hubiera afirmado haber prendido en persona.

La brigada antiincendios había llegado nueve minutos antes y, una vez en el interior del edificio, pudo apagar casi todos los focos menores. Sin embargo, a la hora de acceder al hemiciclo se encontraron con un mar de llamas: el fuego se había extendido al mobiliario y los paneles de madera de las paredes, y el calor era tan intenso que los bomberos tuvieron que retirarse. La corriente ascendente creada por el consumo de oxígeno de las llamas era feroz. Entre tanto iban llegando camiones en gran número. Poco después de las diez menos veinte había más de sesenta, que tomaban agua del cercano río

Spree para las labores de extinción. A las once todos los fuegos habían quedado apagados. Pero el hemiciclo estaba carbonizado por completo: todo el mobiliario, los accesorios y las decoraciones de madera. A la mañana siguiente, de la sede del Parlamento nacional tan solo quedaba el caparazón.

Entre los primeros extranjeros en llegar a la escena estuvo el periodista británico Sefton Delmer, que de alguna manera había logrado congraciarse con los líderes nazis, y legó una descripción expresiva de los acontecimientos de aquella noche fatídica:

> La noticia de que el Reichstag ardía me llegó por uno de los muchos auxiliares de gasolinera a los que les había dado mi tarjeta con la petición de que me llamaran si pasaba algo interesante por su zona. No se veía ningún taxi y yo ya había guardado el coche en el garaje, a casi medio kilómetro de allí; así que me puse a correr, a correr sin pausa, los dos kilómetros y medio que separaban mi oficina del Reichstag. Llegué allí a las diez menos cuarto: justo cuarenta minutos después de que sonara la primera alarma. Ya había bastantes personas por allí, contemplando cómo las llamas formaban una columna de fuego y humo que salía por la gran cúpula de cristal. A cada minuto que pasaba llegaban más camiones de bomberos, con las campanas resonando en su urgente recorrido por las casas. Un policía me dijo, en tono emocionado: «¡Han cogido a uno de los que lo hizo! Un hombre que no llevaba nada, solo los pantalones. Parece que utilizó el abrigo y la camisa para iniciar el fuego. Pero tiene que haber otros por dentro. Ahora los están buscando».

Delmer habló con todas las personas que pudo, fue tomando notas y, más adelante, fue capaz de reconstruir con cierto detalle las reacciones de los líderes nazis. El primero en difundir la noticia del incendio había sido Ernst Hanfstängl, al que todos conocían como «Putzi», un seductor fiestero medio estadounidense y medio alemán que había ayudado a Hitler a escapar tras el *putsch* de la cervecería, en 1923, y conservó la amistad con él desde entonces. Pero como era muy aficionado a las bromas, a menudo no le resultaba fácil que lo tomaran en serio. En esta ocasión también fue así. Según el recuerdo de Delmer:

> A Hanfstängl, que intentaba pasar un ataque de gripe durmiendo en una sala del palacio presidencial de Göring, situado frente al Reichstag, lo habían despertado los camiones de los bomberos. Echó un vistazo por la

ventana, vio el incendio y corrió a llamar por teléfono a Goebbels. «¡El Reichstag está ardiendo! —dijo, casi chillando—. ¡Decídselo al Führer!» «Ah, déjate de tonterías, Putzi. No tiene ninguna gracia», le respondió Goebbels. «¡Pero te estoy diciendo la verdad!» «Mira, no pienso pasar ni un segundo más con tus bromitas. Vuélvete a la cama. ¡Buenas noches!», dijo Goebbels, y colgó.

El problema era que, precisamente cuatro días antes, el simpaticote y guasón de Goebbels, para divertir a Hitler, le había gastado a Hanfstängl una broma por teléfono. Y cuando Hanfstängl le llamó para alertarle del incendio del Reichstag, Goebbels pensó que le estaban devolviendo la jugada. Solo que Hanfstängl insistió. «¡Óyeme bien! ¡Que te estoy diciendo la pura verdad! Se lo tienes que decir al Führer. Como no se lo digas, ¡te aseguro que tendrás un buen problema!» A Goebbels no le bastó ni con esas, pero esta vez sí le pasó el mensaje a Hitler, que estaba en la habitación adyacente.

Mientras Delmer hablaba con los testigos en la escena del incendio, pudo ver dos Mercedes negros que atravesaban el cordón policial que se había establecido en torno del Reichstag:

«¡Apuesto a que ese es Hitler!», le dije a un hombre que tenía al lado. Me agaché, pasé el cordón que la policía acababa de extender para mantener alejados a los espectadores y corrí a comprobar si estaba en lo cierto. Justo cuando llegué a la Puerta II de acceso al Reichstag, Hitler saltaba del coche y subía los escalones de dos en dos, con la parte trasera de la gabardina al viento y el sombrero negro de fieltro caído hacia la espalda. Por detrás iban Goebbels y el guardaespaldas […]. En el interior le esperaba Göring, enorme, con su abrigo de piel de camello y las piernas abiertas como si fuera un guardia en una película de la UFA sobre los tiempos de Federico. Llevaba un sombrero blando, marrón, vuelto hacia arriba en la parte frontal, según la moda que llaman «de Potsdam». Tenía la cara muy enrojecida y me contemplaba con gesto de desaprobación. ¡Le habría encantado ordenar que me echaran de allí! Pero Hitler me acababa de saludar con un «Buenas noches, señor Delmer» que me servía como billete de entrada.

Göring informó a Hitler mientras Goebbels y yo esperábamos a su lado, escuchando con avidez. «Sin duda alguna esto es obra de los comunistas, señor canciller —dijo Göring—. Veinte minutos antes de

que estallara el incendio había aquí varios diputados comunistas. Y hemos logrado detener a uno de los incendiarios.» «¿De quién se trata?», quiso saber Goebbels, ansioso. Göring se volvió hacia él. «Aún no lo sabemos —dijo, con su fina boquita de tiburón—, pero le aseguro que lo averiguaremos, no tema, doctor.» Lo dijo con tono de enojo, como si hubiera entendido que criticaban su eficiencia. Luego Hitler preguntó: «Los otros edificios públicos, ¿están seguros?». «He tomado todas las precauciones posibles —dijo Göring—. He movilizado a toda la policía. Todos los edificios públicos cuentan con una guardia especial. Estamos listos para lo que haga falta.» Tengo la certeza de que lo decía en serio, no para salvar la papeleta. Entonces tanto Hitler como Göring aún temían que los comunistas pudieran dar un golpe de Estado. Con sus seis millones de votos en las últimas elecciones, y una gran cantidad de partidarios en los sindicatos, los comunistas todavía eran un poder formidable. Y en el pasado habían intentado hacerse con el poder por medio de golpes de Estado, igual que los propios nazis.

Una vez informó Göring hicimos una vuelta de inspección por el edificio. Entre charcos de agua, restos carbonizados y nubes de humo maloliente fuimos atravesando salas y pasillos. Alguien abrió una puerta de roble barnizada de amarillo y por un momento echamos un vistazo al horno en llamas del hemiciclo. Era como abrir la puerta de un horno. Aunque la brigada antiincendios estaba usando las mangueras a discreción, el fuego ascendía hacia la cúpula con tal violencia que tuvimos que apresurarnos a cerrar la puerta otra vez. Göring recogió del suelo un trozo de tela, cerca de una de las cortinas carbonizadas, y dijo: «Mire, señor canciller, aquí puede ver cómo iniciaron el fuego. Colgaron telas empapadas de petróleo sobre los muebles y les prendieron fuego». Hay que fijarse en ese plural. *Hicieron* esto, *hicieron* lo otro. Para Göring no cabía duda de que había tenido que participar más de un incendiario. Tenían que ser más de uno, para que encajara con su convicción de que el incendio era el producto de una conspiración comunista. Tenía que haber una banda de incendiarios. Pero cuando yo miré las telas y las demás pruebas, no pude ver nada que un hombre solo no se hubiera bastado para hacer.

Llegamos a un vestíbulo lleno de humo. Un policía nos salió al paso y estiró los brazos hacia los lados para bloquearnos el camino. «Por aquí no puede pasar, señor canciller. Esa araña podría caerse al suelo en cualquier momento», dijo, señalando una lámpara del techo. En el pasillo

> siguiente Hitler se quedó un poco rezagado y se puso a mi lado. Estaba de ánimo profético: «Quiera Dios —dijo— que esto sea obra de los comunistas. Está siendo usted testigo del inicio de una gran nueva era de la historia alemana, señor Delmer. Este incendio es un principio».[2]

Los líderes nazis tenían en efecto la convicción de que el incendio provocado formaba parte de una conjura comunista. Como anotó Goebbels en su diario, a su entender los comunistas pretendían «sembrar la confusión por medio del fuego y el terror, para que el pánico general les permitiera hacerse con el poder».[3] Aquella misma noche Göring ordenó una detención masiva de comunistas, y los *Sturmmänner* (los camisas pardas de la SA nazi), ya reclutados como auxiliares de la policía, se diseminaron por la capital en busca de activistas del Partido Comunista a los que encerraron en centros de tortura y cárceles improvisadas en sótanos y almacenes. Los nazis habían empezado a tomar el poder por medios violentos.

A la mañana siguiente, el gobierno, integrado aún por una mayoría de políticos conservadores ajenos al Partido Nazi, se reunió para redactar un decreto de emergencia que anulaba las libertades civiles en todo el país. El documento, suscrito aquel mismo día por el presidente del Reich, Hindenburg, abolió la libertad de expresión, de reunión y asociación, y de prensa; suspendió la autonomía de los estados federados como Baden o Baviera; y legalizó las escuchas telefónicas, la interceptación de correspondencia y otros actos de intrusión en los derechos individuales de los ciudadanos. A los nazis les resultó muy útil para frenar las campañas de sus rivales en las elecciones generales, lo cual concedió a los partidos del gobierno una mayoría ajustada, del 52 % frente al 48 % de la oposición. Lo más importante, sin embargo, es que el decreto se fue renovando de forma repetida hasta el final del Tercer Reich, en 1945. El Tercer Reich se levantó sobre dos documentos fundamentales, y este fue el primero. El proceso lo completó la «ley de plenos poderes»: aprobada por el Reichstag el 23 de marzo de 1933 en un contexto de intimidación colosal de los nazis y ausencia de los diputados comunistas, asignó el poder legislativo en exclusiva a Hitler y sus ministros, prescindiendo del presidente y el Reichstag. En el verano de 1933 la oposición había quedado aplastada. Casi doscientos mil comunistas, socialdemócratas u otros opositores de los nazis pasaron por el régimen brutal de los campos de concentración. Se había impuesto la disolución de todos los partidos políticos independientes, el gabinete de ministros quedó formado casi

únicamente por nazis y el régimen dictatorial de Hitler logró asentarse con toda firmeza.[4]

El Tercer Reich, por lo tanto, se erigió sobre la base de una teoría conspirativa: la teoría según la cual los comunistas habían incendiado el Reichstag como primer paso de un golpe que pretendía derrocar la República de Weimar. El Partido Comunista era el opositor más implacable de los nazis: en las últimas elecciones plenamente libres de la república alemana, en noviembre de 1932, habían obtenido cerca del 17 % de los votos y aumentado sus escaños en la asamblea nacional, a diferencia de los nazis, que habían perdido algunos. El Partido Comunista de Alemania nunca ocultó que aspiraba a destruir la democracia de Weimar y crear una «Alemania soviética» al estilo de la Unión Soviética de Stalin. Los comunistas habían recurrido a la violencia para hacerse con el poder en Rusia en 1917 y, con menor éxito, en otros países durante los años siguientes, incluida la propia Alemania. A Hitler no le cabía ninguna duda de que la destrucción del Reichstag solo podía ser el producto de un complot tramado por los comunistas. En consecuencia, los líderes nazis acusaron legalmente a varios comunistas de haber conspirado para reducir a cenizas el edificio del Parlamento alemán. Con un gran despliegue propagandístico, la acusación convenció a muchos alemanes de clase media de que el decreto se justificaba en efecto por la amenaza de un golpe de Estado comunista.

Cuando Van der Lubbe tuvo que responder ante el Tribunal Supremo del Imperio, que tenía sede en Leipzig, le acompañaban ya en el banquillo Gueorgui Dimitrov, jefe de la sección centroeuropea de la Internacional Comunista, y otros dos comunistas búlgaros que se hallaban entonces en Berlín, además de Ernst Torgler, el líder parlamentario del Partido Comunista (porque había abandonado el Reichstag muy poco antes de que se iniciara el fuego, aunque, como hemos visto, había para ello una explicación del todo inocente). Aunque el juez Wilhelm Bünger, conocido por sus ideas conservadoras y simpatizante del nazismo, no desperdició ninguna oportunidad para intentar cerrarle la boca, Dimitrov sorteó a la fiscalía con habilidad y se burló con estilo e ingenio de la teoría conspirativa de los nazis. Hubo un momento decisivo en el turno de repreguntas con Hermann Göring, que intervino como testigo de la acusación y aportó lo que juzgaba eran pruebas que demostraban la intervención comunista en el incendio. Dimitrov demolió la credibilidad de Göring y dio a entender que mentía:

> Göring se fue encolerizando cada vez más […]: «¡Yo no he venido aquí para que usted me acuse!». Dimitrov: «Ha venido como testigo».

> Göring: «Para mí es usted una sabandija, un canalla que debe acabar en la horca». Dimitrov: «Gracias por el elogio». Aquí el juez Bünger intervino para cortar otra vez a Dimitrov, al que acusó de hacer propaganda, pero sin censurar por nada a Göring. Dimitrov intentó plantear más preguntas, pero el juez le ordenó que se sentara. Dimitrov aún pudo añadir: «Le dan pánico mis preguntas, ¿no es así, señor ministro?». Göring se enfureció. Le respondió: «Pánico el que tendrá usted cuando le atrape. ¡Espérese a que le atrape fuera del poder de esta Sala, canalla!». El juez, siempre solícito, dijo: «Se expulsa a Dimitrov durante tres días. ¡Fuera!».[5]

Los jueces cedieron ante la necesidad política y sentenciaron que los comunistas habían planeado el incendio. Pero a pesar de su sesgo, no eran simples marionetas de los nazis y en algunos aspectos se atuvieron al menos a vestigios de los cánones legales. En consecuencia, desestimaron las acusaciones contra Torgler y los tres búlgaros, por no estar fundamentadas en pruebas suficientemente claras.[6]

Así pues, solo se halló culpable a Van der Lubbe. Se lo condenó a muerte y se lo ejecutó de acuerdo con un decreto nazi que castigaba los incendios provocados con la pena capital, aun a pesar de que la norma no había estado en vigor en el momento de la destrucción del Reichstag; fue la primera de las múltiples violaciones nazis de los principios legales más fundamentales.[7] Los nazis hicieron cuanto pudieron para extraer un beneficio político del veredicto general, pero en privado, Hitler recibió la sentencia con furia. Se apresuró a establecer un nuevo sistema de tribunales especiales, rematado por el que se dio en llamar «Tribunal Popular»; de esta forma podía sortear el sistema legal tradicional, del que claramente no podía fiarse, y obtener en futuras causas los veredictos que se le antojaran. Pero a Torgler y los búlgaros no se les podía juzgar de nuevo por la misma causa (en aquel momento, ni siquiera los nazis querían saltarse el principio jurídico del *non bis in idem*), de modo que quedaron en libertad. Después de unas negociaciones secretas, los búlgaros se refugiaron en la Unión Soviética, donde Dimitrov se preparó para ser el primer líder comunista de Bulgaria una vez concluida la segunda guerra mundial. Torgler, angustiado por la posibilidad de que los nazis hicieran realidad la amenaza de vengarse de él en su hijo, empezó a trabajar en secreto para la Gestapo y con el tiempo acabó incluso empleado en un puesto menor del Ministerio de Propaganda, una acción que después de la guerra le causaría bastantes problemas. A la postre renunció al comunismo y se unió al Partido Socialdemócrata de la Alemania Occidental.[8]

II

Bastante antes de ese momento, Dimitrov y el aparato de la propaganda comunista habían desarrollado su propia teoría de la conspiración sobre el incendio. La campaña la orquestó Willi Münzenberg, promotor propagandístico de la Internacional Comunista, editor de un periódico ilustrado muy vendido y organizador de incontables organizaciones de fomento del comunismo. El argumento de Münzenberg era muy simple: los nazis se habían beneficiado del incendio, por lo tanto, los nazis tenían que haberlo organizado (esta clase de argumentos *cid bono* casi nunca falta en las teorías conspirativas). Münzenberg y su equipo se apresuraron a compendiar *El Libro Marrón del terror hitleriano y el incendio del Reichstag*, que vio la luz aquel mismo año.**[9]** Además de dar cabida a numerosas historias indudablemente genuinas y a menudo conmovedoras e impactantes sobre la brutalidad nazi, narradas por víctimas, *El Libro Marrón* también dedicaba noventa páginas a documentar la acusación de que un equipo de incendiarios nazis, encabezados por una figura de los camisas pardas, Edmund Heines, había entrado al Reichstag por un túnel secreto que partía de la residencia oficial de Göring, habían prendido fuegos en muchos puntos al mismo tiempo y habían regresado sanos y salvos por el túnel. El infortunado Van der Lubbe era un títere sobre el que las culpas recaerían a instancias de «sus empleadores».**[10]** El libro hacía especial hincapié en los detalles de un memorando supuestamente escrito por Ernst Oberfohren, el líder del Partido Nacionalista en la cámara, un aliado de Hitler que atribuía la responsabilidad a los nazis.

El Libro Marrón, que contó con el apoyo de un juicio alternativo que causó sensación —se celebró en Londres ante una cuidadosa selección internacional de jueces y en ausencia de los supuestos autores nazis del incendio—, puso a los nazis a la defensiva. Münzenberg había asestado un potente golpe en el campo de la propaganda y en general sus acusaciones fueron acogidas con credibilidad. Su teoría conspirativa parecía sostenerse. Sin embargo, una vez concluida la guerra, en el transcurso de un inmenso programa de causas judiciales y desnazificación, nadie logró sentar en el banquillo a ningún otro responsable del delito que Van der Lubbe había expiado en solitario. La cultura política de la amnesia que en aquel momento imperaba en la Alemania Occidental coartó cualquier intento de identificar a posibles implicados en el movimiento nazi. A su vez, en la Alemania del Este seguía entendiéndose que la versión de *El Libro Marrón* representaba la

verdad y no requería de más probación. En 1956 sus conclusiones recibieron el apoyo vacilante de una investigación puesta en marcha a instancias del servicio de educación política del gobierno de la RFA.[11]

En 1959, por el contrario, el semanario de noticias *Der Spiegel* publicó una serie de artículos que defendían que las dos teorías de la conspiración, tanto la comunista como la nazi, eran falsas, y que de hecho Van der Lubbe había actuado en solitario. Tres años más tarde, la investigación de fondo se recogió, muy ampliada, en un extenso libro de un autor desconocido hasta la fecha: Fritz Tobias. En sus bastantes más de setecientas páginas, *Der Reichstagsbrand. Legende und Wirklichkeit* [«El incendio del Reichstag. Leyenda y realidad»], Tobias presentó una diversidad de análisis detallados con minuciosidad y apoyados en una investigación ingente, que apoyaban la tesis de que Van der Lubbe había incendiado el edificio por sí solo.[12] Entre otras cosas, Tobías aportó documentación contemporánea que demostraba que Oberfohren no había escrito el memorando que se le atribuía. Recordó que Van der Lubbe siempre había negado toda colaboración ajena en el incendio y que cuando en el juicio Dimitrov había defendido lo contrario, prácticamente se le escapaba la risa.[13] Los expertos que habían declarado ante el tribunal para explicar cómo el fuego se había propagado con tanta rapidez habían aseverado que esto exigía la participación simultánea de varias personas que manejaran líquidos incendiarios en distintos puntos, pero, naturalmente, declararon en apoyo de la pretensión nazi de que los comunistas habían quemado el edificio; eran conscientes de que si se concluía que Van der Lubbe había actuado en solitario, habrían quedado en muy mala situación, y ello en un momento en que los nazis estaban torturando y asesinando por miles a sus opositores. Sin embargo, ante las repreguntas de Dimitrov, los expertos concedieron que, dado que cuando lo detuvieron Van der Lubbe jadeaba y sudaba copiosamente, al menos cabía la posibilidad de que hubiera estado corriendo por el edificio durante un cuarto de hora, iniciando fuegos en distintos puntos del edificio. Tobias también adujo otros ejemplos de incendios graves en grandes edificios que respaldaban la suposición de que una sola persona se habría bastado para provocar una gran conflagración en el Reichstag en un período de tiempo breve.[14]

Irónicamente, de hecho, una gran parte de las pruebas contra la existencia de una conspiración nazi fueron aportadas por el propio tribunal de Leipzig que examinó la tesis nazi de la conspiración comunista. Así ocurrió, por ejemplo, con el túnel por el que se decía que los incendiarios habían accedido al Reichstag y luego huido, una vez el edificio estaba en llamas. Existía en

efecto un túnel, que el juzgado examinó cuidadosamente. El laberinto de sótanos y salas de servicio que se extendía por los subterráneos del Parlamento era tan confuso que un policía al que enviaron a encontrar el camino de la residencia oficial de Göring se perdió y tuvo que ser rescatado por una partida de búsqueda. Por otro lado, para que los incendiarios pudieran llegar hasta los sótanos del Reichstag habrían tenido que abrir tantas puertas, y cerrarlas de nuevo con llave en el camino de vuelta, que el proceso habría resultado muy lento; y la inspección realizada justo después del incendio reveló que todas las puertas estaban bien cerradas.

Cuando se guio por el túnel a un grupo de periodistas, estos descubrieron que las láminas de metal que embaldosaban el suelo se movían tanto y hacían tanto ruido al pisarlas que sin duda algún equipo de *Sturmmänner* habría alertado al portero de noche de la residencia oficial de Göring; el estrépito no menguaba siquiera utilizando zapatillas de fieltro, como se comprobó en una prueba ex profeso. El propio portero de noche declaró, bajo juramento, que antes de que estallara el incendio no había visto ni oído nada sospechoso. Por otro lado, la prueba de la ventana por la que Van der Lubbe había accedido al edificio, unida a la declaración de testigos que habían oído cómo se rompían los cristales que había atravesado, era irrefutable.[15] Tobias también recogió que en el lugar del incendio no se habían encontrado vestigios de líquidos inflamables ni contenedores. Su libro, acompañado por un centenar de páginas de documentación del juicio y de otras fuentes, así como de mapas y planos del edificio, rebatía con una fuerza formidable la versión de los comunistas.

El hecho de que Tobias optara por un lenguaje vehemente y en ocasiones un tono de enojo y desprecio caracterizaba su estudio a las claras como la obra de una persona ajena a la profesión historiográfica. No obstante, recibió un apoyo crucial cuando el respetado Instituto de Historia Contemporánea de Múnich, el principal centro de estudio de Alemania sobre el nacionalsocialismo, encargó al historiador Hans Mommsen (que por entonces era joven, pero se convertiría en prestigioso decano de la historiografía alemana del Tercer Reich) que estudiara la cuestión y diera a conocer su veredicto. En 1964 Mommsen publicó un artículo, de investigación cuidadosa y argumentación muy sólida, que apoyaba los argumentos de Tobias. Tras considerar que el incendio del Reichstag había sido un hecho individual, Mommsen manifestó que los nazis eran oportunistas que habían aprovechado las ocasiones favorables que el azar les presentaba para introducir medidas clave y apuntalar sus propios fines. A esta interpretación del manejo del poder

en el Tercer Reich se la conoció como «funcionalista», en oposición al punto de vista «intencionalista» según el cual todo lo que sucedía respondía a los planes de Hitler. Esa misma interpretación se aplicó luego a una larga serie de temas de la historia de la Alemania nazi, sin excluir los orígenes del Holocausto.[16]

Ahora bien, los defensores de la teoría conspirativa que atribuía a los nazis la responsabilidad del incendio no pensaban quedarse de brazos cruzados. Hacía tiempo que Münzenberg había muerto; su cuerpo se había descubierto en 1940 en los Alpes franceses, donde lo habían asesinado (bien la Gestapo, bien la policía secreta soviética) cuando intentaba llegar a la frontera suiza después de escapar del encarcelamiento.[17] Pero en la década de 1960 estos hechos formaban parte de un pasado ya remoto, y una nueva generación de comunistas y conmilitones había subido a escena para retomar la teoría conspirativa del incendio del Reichstag. El más activo fue un periodista croata, Edouard Calic, que había nacido en 1910. Irónicamente, mientras Calic estudiaba en Berlín, durante la guerra, se le consideró sospechoso de espiar para los británicos y participar en «conspiraciones y conjuras» de extranjeros. Lo encerraron en el campo de concentración nazi de Sachsenhausen, cerca de Berlín; pero sobrevivió y, concluida la contienda, se quedó en Alemania, donde trabajó como periodista. Se interesó en particular por las polémicas del incendio del Reichstag y defendió que había sido obra de la SS, bajo la dirección de Reinhard Heydrich.[18]

Calic consideraba ofensivos los descubrimientos de Tobias, a quien difamó calificándolo de «uno de los primeros nazis». Dio a conocer pruebas que, a su entender, demostraban que los nazis sí habían iniciado el fuego. Sin embargo, varios críticos empezaron a detectar anomalías que les hacían pensar que en buena medida tales pruebas no eran genuinas. Por ejemplo, en 1968 Calic publicó *Ohne Maske* (Hitler sin máscara), con las transcripciones de dos supuestas entrevistas con Hitler, realizadas en 1931 por un conocido jefe de redacción, Richard Breiting, que en teoría las habría enterrado en su jardín dentro de una lata, por temor a que si se descubrían le costaran la vida.[19] Con las entrevistas se pretendía demostrar que Hitler ya planeaba quemar el Reichstag dos años antes de los hechos. «En mi opinión —le habría dicho Hitler a Breiting—, cuanto antes se reduzca a cenizas este mentidero, antes quedará el pueblo alemán libre de la influencia extranjera.»[20] Pero los textos contenían tantas anomalías (como por ejemplo el hecho de tratar a Churchill y Roosevelt como figuras de la mayor importancia mucho antes de que en efecto lo fueran) que varios expertos como Hugh Trevor-Roper, *regius*

professor de Historia Moderna en Oxford y autor de una obra de referencia como *Los últimos días de Hitler* (1947), denunciaron enseguida que se trataba de una falsificación. El libro —cuyo título anuncia estar «desenmascarando», con un término típico de muchas teorías conspirativas— daba cabida a «entrevistas» inventadas en buena parte, si no incluso en su totalidad, por Calic. Un análisis de la edición original alemana demostró también que la lengua en la que se había redactado contenía muchas frases hechas de la lengua croata, traducidas directamente al alemán. Calic intentó defenderse sin éxito en los tribunales.[21]

A pesar de todo ello, algunos historiadores consideraron que *Hitler sin máscara* era una revelación de especial magnitud. Calic aprovechó el eco para formar un comité que investigara los orígenes y consecuencias de la segunda guerra mundial —el que se dio en llamar «Comité de Luxemburgo»— y obtuvo el apoyo de varios historiadores destacados del Tercer Reich, como Karl Dietrich Bracher y Walther Hofer (de orientación netamente «intencionalista») y el patrocinio de Willy Brandt y algunos otros personajes prominentes. En 1972 y 1978 el Comité, dirigido por los historiadores Friedrich Zipfel y Christoph Graf, dio a imprenta dos volúmenes de documentos y comentarios que sumaban casi setecientas páginas de extensión. Incluían declaraciones de testigos, antiguas o nuevas; el testimonio de diversos bomberos que estuvieron en el lugar; una selección de la declaración de Van der Lubbe; y más de cincuenta páginas de análisis de pruebas relacionadas con el pasillo subterráneo. Se recuperaron las tesis centrales de *El Libro Marrón*, con todo lujo de detalles. Zipfel y Graf criticaron de forma sostenida a Tobias y Mommsen, a los que acusaban de haber falsificado a conciencia los informes de los expertos.[22] Una característica peculiar de estos dos volúmenes documentales era la afirmación de que toda una serie de testigos a los que les constaba que los nazis habían patrocinado el incendio —testigos incómodos para el régimen, por lo tanto— habían fallecido durante los meses posteriores, sobre todo en la Noche de los Cuchillos Largos, a finales de 1934, cuando Hitler hizo una purga entre las filas de la SA. Oberfohren había aparecido muerto en su escritorio, a las pocas semanas de la destrucción del Reichstag; Breiting había perdido la vida en 1937, se decía que envenenado por la Gestapo. Treinta años después, estas muertes misteriosas de testigos o participantes supuestamente cruciales fueron un elemento esencial en muchas de las teorías conspirativas tejidas en torno del asesinato del presidente Kennedy.

A estos dos volúmenes imponentes, que defendían con decisión la veracidad de las entrevistas de Breiting e incluyeron pasajes de otra entrevista culpabilizadora —en teoría, con Alfred Hugenberg, barón de la prensa y ministro en el gobierno de coalición de Hitler—, también se los acusó de dar cabida a falsificaciones; primero, en una serie de artículos del semanario liberal *Die Zeit*, en 1979, y luego en una publicación colectiva de 1986, con aportaciones de Mommsen, Tobias y otros autores. Henning Köhler, uno de los colaboradores, presentó múltiples pruebas a favor de la idea de que la entrevista de Hugenberg era una invención, y calificó la documentación de Calic de «falsificación a gran escala».[23] La mayoría de los documentos recogidos no se pusieron a disposición de los historiadores, para que pudieran verificar los originales, o se mostraron tan solo de forma seleccionada; casi todos los autores habían muerto, de forma que no se les podía preguntar al respecto; y contenían numerosas contradicciones con los hechos conocidos.

Ante la presión para que revelara los originales y permitiera someterlos a un examen forense, el Comité de Luxemburgo dio a conocer únicamente una página de un único documento. En teoría se trataba del testimonio de uno de los supuestos incendiarios nazis, Eugen von Kessel, que lo habría escrito en 1933, poco después del atentado. Pero resultó que el papel incluía una filigrana fechada en 1935, varios meses después de la muerte del supuesto autor.[24] Otro de los documentos falsificados se inspiró en las noticias de una conversación con Göring, recogida en *Hitler me dijo…*, un libro de un político local, el conservador Hermann Rauschning. Según Rauschning, Göring había admitido la autoría del incendio; pero después de la guerra, cuando se le preguntó a Göring sobre este pasaje en el juicio del Tribunal Militar Internacional de Núremberg, afirmó que solo había hablado en un par de ocasiones con Rauschning, y de forma pasajera, y que nunca habría admitido tal cosa ante un desconocido.[25] De hecho, la obra de Rauschning no tenía nada de genuino. Las «conversaciones con Hitler» del título original no se produjeron nunca, y tampoco las que se suponía había mantenido con Göring. El libro era un encargo de Emery Reeves, agente literario de Churchill y responsable de otras memorias más que dudosas: *Yo pagué a Hitler*, del industrial Fritz Thyssen. Hace ya muchos años que los historiadores no conceden seriedad al libro de Rauschning.[26]

Otras investigaciones desvelaron que Calic también había mentido con respecto a su propio pasado: la afirmación de que estuvo preso en Sachsenhausen desde 1941 quedó desmentida por las pruebas de que, dos años más tarde, ejercía una actividad continuada como periodista, en Berlín.

En realidad, solo estuvo en el campo en febrero de 1943. La aseveración de que había obtenido pruebas documentales sobre la autoría nazi del incendio del Reichstag de manos de uno de los conspiradores que atentaron contra Hitler en 1944, con el que se habría encontrado en Sachsenhausen, también era una pura invención: no consta en ningún momento que tal conspirador estuviera nunca en este campo. Una denuncia por difamación, presentada contra un periódico en 1982, le estalló en la cara cuando el tribunal determinó que era legítimo calificar a Calic como un «personaje sospechoso» (*zwielichtige Figur*). Por último, el 9 de marzo de 2014 el periódico *Die Welt* reveló que en 1961 Calic había delatado a la Stasi, la policía secreta de la Alemania del Este, una ruta importante por la que los alemanes orientales intentaban escapar hacia el Oeste tras la construcción del Muro de Berlín. No se sabe cuántas personas dieron con sus huesos en la cárcel por esta delación. Los contactos de Calic con el régimen germano-oriental revelaron que estaba muy identificado con el mundo moral y mental del comunismo. Como auténtico discípulo de Münzenberg, es evidente que, al igual que su maestro, consideraba que una falsificación se justificaba por los efectos políticos que producía.

A la postre, por lo tanto, la falsificación histórica de Calic solo sirvió para convencer al grueso de la profesión historiográfica de que Tobias estaba en lo cierto. En combinación con la investigación de este último, y con el respaldo del artículo de Mommsen, la cuestión parecía cerrada; durante las décadas de 1970 y 1980, casi todos los historiadores rigurosos aceptaban que Marinus van der Lubbe había incendiado el Reichstag en solitario. Fue relevante que los historiadores profesionales de la RDA no intervinieran en la disputa; hicieron caso omiso tanto de la obra de Tobias como de la de sus críticos, y prefirieron limitarse a unirse a los historiadores búlgaros y soviéticos en el proyecto de editar documentos de sus propios archivos, documentos inaccesibles hasta el momento y, sin lugar a dudas, genuinos.[27] En la bibliografía popular sobre el incendio, los historiadores de la Alemania Oriental hacían hincapié ante todo en el hecho de que los nazis se habían beneficiado de la destrucción del Reichstag, con lo que recurrían una vez más al argumento *cui bono* en beneficio de una teoría de la conspiración.[28]

En la década de 1990, sin embargo, se empezaron a escuchar de nuevo voces que disentían. En 1992, Alexander Bahar, un politólogo que estudiaba con el director titular del Comité de Luxemburgo, Walther Hofer, ordenó reeditar la documentación de la institución como un acto de (en sus palabras) «resistencia contra las tendencias fascistas» de la Alemania recién unificada

(tendencias que, al parecer, casi nadie había logrado detectar, aparte de él mismo). Ocho años después, en colaboración con Wilfried Kugel, dio a imprenta un libro de más de ochocientas páginas que retomaba aquellos argumentos a partir de dosieres de investigaciones policiales, documentos judiciales y actas de interrogatorios descubiertas en los archivos germano-orientales tras la caída del Muro. Este nuevo intento de reivindicar la validez de *El Libro Marrón* y sus sucesores se topó con un eco muy hostil de parte de la prensa. Incluso los reseñistas más neutrales llegaron a la conclusión de que la nueva documentación, aunque quizá incluía algunos materiales útiles, no demostraba nada.[29] Una vez más, las críticas llamaban la atención sobre un clásico de las teorías conspirativas: la muerte misteriosa de participantes esenciales de la trama, poco después de los hechos. Bahar y Kugel llegaron a sugerir que la Noche de los Cristales Rotos obedeció en buena medida a la necesidad de silenciar a personas que podrían haber contado la verdad (aunque, de haber sido en efecto así, ¿por qué se esperó casi un año y medio?).[30]

Fue relevante apuntar que Bahar se había asociado durante mucho tiempo a causas de izquierdas, incluida la «búsqueda de la "igualdad global"», que daba nombre a una página web para la cual escribía bajo el pseudónimo de Alexander Boulerian.[31] En cuanto a su colaborador Wilfried Kugel, que se presentaba como médico y psicólogo, también era miembro de la Asociación Parapsicológica de Estados Unidos,[32] por lo que tampoco era de extrañar que entre las pruebas aportadas por el libro figurase una sesión de espiritismo celebrada en Berlín la noche antes del incendio, en la que Wolf-Heinrich von Helldorf, un Sturmmann berlinés que ascendería a jefe de la policía, preguntó a una médium: «Tenemos un plan grandioso para hacernos con el poder, ¿funcionará?». Por descontado, carecemos de datos reales que demuestren que esta pregunta tan vaga aludía al incendio del Reichstag. Además, añadieron una sugerencia aún más estrambótica: dieron a entender que la clarividente pudo haber hipnotizado a Van der Lubbe para que permitiese que los nazis lo utilizaran.[33] Bahar abundó en la cuestión con una recopilación de ensayos publicada en 2006, que incluía una breve defensa de Tobias por parte de un historiador ya retirado del Instituto de Historia Contemporánea, Hermann Graml, junto con nuevos ataques de otros autores contra Tobias y Mommsen y un nuevo y extenso apéndice documental.[34] Pero esto no sirvió para mejorar la credibilidad de su colaboración con Kugel, que —no por última vez en la historia de las teorías conspirativas sobre Hitler y los nazis—

introdujo un elemento de ocultismo y paranormalidad en el funcionamiento de la imaginación paranoide.

III

Aunque algunos comentaristas acogieron positivamente los argumentos de Bahar y Kugel, otras voces no tardaron en criticarlos. Se reconocía que al menos en esta ocasión la documentación era genuina; pero su supuesta novedad no era tal, ya que, según se señaló, otros historiadores la habían utilizado anteriormente sin que ello demostrara en absoluto la culpa de los nazis. Esta y otras muchas observaciones críticas aparecieron en un artículo extenso (publicado en *Der Spiegel*) y un libro breve del periodista Sven Felix Kellerhoff: *Der Reichstagsbrand: Die Karriere eines Kriminalfalls* [«El incendio del Reichstag. La carrera de un caso criminal»], editado en 2008 con un prólogo de Mommsen. Kellerhoff, que era redactor de temas históricos en el periódico conservador *Die Welt*, desmontó de forma sistemática la obra de Bahar y Kugel y, con ella, toda la teoría de la conspiración que se remontaba hasta *El Libro Marrón* pasando por el Comité de Luxemburgo. Recordó una vez más que en la inspección posterior del edificio no se habían encontrado restos de líquidos inflamables, y que no había pruebas de que se hubiera utilizado el pasadizo subterráneo que conectaba con la residencia oficial de Göring. Kellerhoff adujo que entre los supuestos *Sturmmänner* que habían prendido las llamas, se había demostrado que cierto Hans-Georg Gewehr carecía de cualquier relación con lo sucedido y que otro, Adolf Rail, estaba en prisión preventiva en el momento del asalto.[35] Kellerhoff también tuvo la perspicacia de preguntar cómo se explicaba que, si los nazis habían accedido por el sótano, prendido fuego en el edificio y vuelto a escapar sigilosamente por el mismo camino, ¿por qué los transeúntes habían oído que alguien rompía los cristales de una ventana para acceder de este modo al interior, justo antes de que se iniciara el incendio?

Bahar y Kugel habían intentado desacreditar a Tobias y su serie original de artículos en *Der Spiegel* por la vinculación de esta revista con el nazismo; pero Kellerhoff le quitó importancia al recordar que aunque en efecto la publicación había dado empleo a antiguos nazis e incluso exintegrantes de la SS(en posiciones, eso sí, que carecían de cualquier relación con la polémica sobre el incendio del Reichstag), en la Alemania Occidental de la década de 1950 podía afirmarse de hecho lo mismo sobre casi cualquier otro medio de noticias y opinión. También se había atacado a Mommsen por haber

impedido, supuestamente, la publicación de un informe anterior sobre el incendio, encargado por el Instituto de Historia Contemporánea muniqués a un maestro de escuela suabo, Hans Schneider. Los defensores de la teoría conspirativa sostenían que Mommsen pretendía ocultar que Schneider había demostrado que los descubrimientos de Tobias eran erróneos. De hecho, Mommsen había afirmado que no convenía publicar el informe, por razones políticas. Pero en su propio artículo había atraído la atención de los lectores hacia Schneider, pues había agradecido su ayuda y había encarecido que su informe viera la luz. En consecuencia, no hay razón para afirmar que Mommsen había intentado enterrar el trabajo de Schneider. Por otra parte, cuando este se dio a la imprenta por fin, en 2004, los desacuerdos del autor con Tobias y Mommsen distaron de resultar convincentes. Según el veredicto de Kellerhoff, el informe de Schneider era «una compilación deficiente de materiales en los que abundaban las valoraciones sin pruebas». Difícilmente cabe ver aquí motivos para que, como afirmaban los críticos de Tobias, el texto se considerase tan perjudicial que se creyera preferible suprimirlo.[36]

Cabría pensar que el libro de Kellerhoff bastaba para dar carpetazo a la cuestión.[37] Pero en 2014 se hizo un nuevo intento de recuperación de las tesis originales de *El Libro Marrón*. En este caso la fuente no procedía de la izquierda alemana, sino que se trataba de un jurista e historiador estadounidense, Benjamin Carter Hett, que había adquirido fama por la biografía —con buena investigación de fondo y una escritura apasionada— que había dedicado a Hans Litten, un abogado izquierdista. Hacia el final de la República de Weimar, Litten había humillado a Hitler en las repreguntas de un proceso penal contra un grupo de *Sturmmänner*. La noche del incendio del Reichstag, en consecuencia, lo detuvieron; en los campos lo trataron con tal brutalidad que Litten acabó suicidándose. El libro fue un justo ganador del Premio Fraenkel de historia contemporánea (yo formé parte del jurado que se lo concedió) y más adelante se convirtió en un documental dramatizado para la televisión. Era obvio que el trabajo previo sobre Litten había despertado el interés de Hett por el incendio del Reichstag. Su libro, titulado *Burning the Reichstag* [«Incendiando el Reichstag»] se apoyaba en documentos albergados en dos docenas de archivos de distintos países, incluyendo algunos —como los de la Stasi— nunca consultados antes por estudiosos de este ámbito. También recurrió a colecciones privadas (en particular, la de Tobias), correspondencias y entrevistas. Se trata de una obra impresionante, que aportó pruebas frescas y defendió sus tesis con un refinamiento muy superior al de los anteriores defensores de los argumentos de *El Libro Marrón*. Estaba bien

escrito y su lectura resultaba sumamente agradable. Pero no era el producto de un historiador equilibrado y objetivo, sino más bien el escrito de acusación de un fiscal.[38]

En primer lugar, el libro de Hett no acertaba a dialogar directamente con gran parte de la bibliografía precedente: solo hay dos referencias al estudio de Kellerhoff, por ejemplo, y sus argumentos no se rebaten. A los historiadores que habían aceptado las conclusiones de Tobias se los tildaba de ignorantes y descuidados, y se los desdeñaba por un puñado de errores prácticamente triviales, con una táctica que distraía la atención con respecto a los temas principales. En vez de abordar estas cuestiones con franqueza, Hett optó ante todo por una táctica clásica de los tribunales: desacreditar a los testigos. Por ejemplo, uno de los testigos cruciales, Rudolf Diels, jefe de la Gestapo, que no creía que hubiera existido una conspiración nazi con el objeto de carbonizar el Reichstag, quedaba desacreditado desde el punto de vista de Hett porque la policía política a la que pertenecía era pronazi y corrupta, lo que se sumaba al hecho de que era un mujeriego; por lo tanto, inmoral y poco fiable. En cambio, a otro oficial de la Gestapo, Hans Bernd Gisevius, que había declarado a favor de la tesis de la conspiración (esto es, la tesis defendida por el autor), Hett lo presenta como «uno de los primeros opositores al gobierno de Hitler»,[39] aunque es cierto que en 1933 estuvo muy ocupado arrestando a comunistas y otros opositores —estos sí, genuinos— enfrentados al nazismo. Por otro lado, en 1933 el aparato policial y judicial de Alemania no era aún la institución nazificada en la que luego se convirtió, como indican a las claras los miles de procesos abiertos contra *Sturmmänner* violentos, a los que luego se aplastó por orden de Hitler.

De hecho, en esta época Hermann Göring consideraba que la policía alemana era poco de fiar, y la calificaba de «marxista» (en otras palabras, socialdemócrata), y por eso mismo, para sortear esta dificultad, enroló a la SA como una policía auxiliar. Como ya había señalado Tobías, Diels era plenamente consciente de que el incendio había cogido por sorpresa a los nazis; y en otros aspectos, como por ejemplo los intentos de moderar los «salvajes» campos de concentración y centros de torturas que los *Sturmmänner* crearon en 1933, sus memorias demostraron que distaba mucho de ser un títere de los nazis. En su calidad de jefe de la Gestapo, en 1933, se hallaba situado en una posición casi inmejorable a la hora de averiguar la verdad. Por otra parte, las pruebas a las que Gisevius hizo alusión eran todas de oídas, y no fue capaz de aportar ninguna prueba personal y directa referida a la cuestión de quién había iniciado el incendio.[40]

Hett también lanzó un asalto sistemático contra la integridad y motivación de Tobias. Retrató a Tobias como un nazi que ensalzaba la genialidad de Hitler y que, durante la guerra, mientras fue oficial en los Países Bajos, desarrolló actividades que «podrían haber implicado denunciar a judíos para su deportación», una insinuación que es típica tanto del gremio de la fiscalía como de los teóricos conspiranoicos.[41] En realidad, Tobias solo había hecho una referencia pasajera a Hitler como una especie de genio, que en ningún caso es claramente admirativa; a fin de cuentas, se puede ser un genio y ser malvado. Concluida la guerra —afirmaba Hett— Tobias siguió siendo amigo de antiguos nazis y, por si era necesario demostrar su afiliación al nazismo, en 2011 la editorial de extrema derecha Grabert Verlag publicó una nueva edición de su libro. Lo cierto es que, cuando se debía firmar este contrato, Tobías era un enfermo terminal, y el volumen llegó a la imprenta después de su muerte (no se trató ni mucho menos de una excepción: otras organizaciones de extrema derecha ya habían publicado trabajos de historiadores respetables sin su consentimiento ni información).[42] En cambio, Hett no mencionó el hecho de que el trabajo de los críticos de Tobias aparecía sobre todo en casas editoriales un tanto oscuras, ubicadas en el extremo izquierdo del espectro político.

En efecto, Fritz Tobias siempre fue un socialdemócrata, no un nazi (tampoco un neonazi, un criptonazi ni un paranazi). En las primeras frases de su libro reveló a los lectores que «como consecuencia directa del incendio del Reichstag me quedé sin trabajo, sin mi profesión y aun sin casa. Y a mi padre le pasó lo mismo».[43] El padre de Tobias trabajaba para un sindicato; toda la familia pertenecía a la socialdemocracia marxista moderada. En las semanas y meses posteriores al incendio, como el decreto gubernamental había suspendido las libertades civiles, toda esta clase de trabajadores se fue al paro, una cuestión no baladí en una época en la que Alemania seguía sumida en la Depresión y padecía un desempleo extraordinario. Con cierta frecuencia, además, los encerraron en alguno de los numerosos campos de concentración que se abrieron por entonces de forma improvisada. No es de extrañar, pues, que Tobias se obsesionara con el incendio del Reichstag, que tan caro les había resultado a él mismo y a su familia. Como aun después de la guerra la gente seguía sin estar al corriente de la verdad sobre la destrucción del Parlamento, empezó a reunir información y documentación al respecto, de una forma poco sistemática. Entre otras cosas le inspiraron las palabras del editor de prensa socialdemócrata Friedrich Stampfer, que en 1957 declaró que «en 1933 entramos en un período histórico nuevo, en el que el historiador

debe ceder la primacía al detective criminal». El propio Tobias reconoció haber quedado sorprendido por los resultados de su investigación; pero llegó a la conclusión de que eran irrefutables.[44]

Tobias mantuvo amistad con muchas personas, incluidos izquierdistas como los antiguos camaradas de Van der Lubbe en los Países Bajos. Benjamin Carter Hett, en la línea de acusaciones anteriores de Calic, adujo que Tobias había permitido que lo utilizaran como portavoz de exoficiales de la Gestapo que, en la década de 1950, temían que los procesaran por su (supuesta) participación en el incendio. Ajuicio de Hett, de aquí surgía toda la idea de que Van der Lubbe había prendido el fuego en solitario. Sin duda, Hett acertaba al afirmar que estos hombres no iban a desear que nadie pudiera implicarlos en el incendio; pero dado que (como el mismo Hett admitió) durante el Tercer Reich en su mayoría habían cometido crímenes mucho más graves, ¿por qué dedicar tanta energía a un delito que no podía compararse en absoluto con deportar a judíos a Auschwitz o exterminar a civiles tras las líneas del Frente Oriental ante la simple sospecha de que fueran «partisanos»?[45]

Hett sugirió que Tobias no tenía motivos independientes para haber puesto en marcha aquella empresa, una suposición evidentemente absurda, viendo tanto la gran extensión y complejidad de su labor como los argumentos que el propio autor había dado de forma expresa en la apertura del libro. Pero su intento de arrojar dudas sobre la figura de Tobias fue más allá de censurarle un supuesto criptonazismo. Hett también comentó que Tobias no era un simple funcionario civil, sino un empleado estatal del Ministerio de Interior de la Baja Sajonia, al dictado del servicio de inteligencia; y que desde esta posición había utilizado la información confidencial a su alcance para chantajear a Hans Mommsen y el Instituto de Historia Contemporánea y forzarlos tanto a suprimir el informe de Schneider como a defender sus propios postulados; de lo contrario —decía Hett—, Tobias amenazaba con revelar el pasado nazi del director del propio Instituto, Helmut Krausnick. Por desgracia, Hett descuidó mencionar que de hecho el «pasado nazi» de Krausnick no era ningún secreto ni, en la práctica, destacaba en ningún modo; en la Alemania de la posguerra era raro que nadie, en especial entre los sectores de mayor formación, no poseyera alguna clase de «pasado nazi». Así pues, aunque Krausnick estuvo en efecto afiliado al Partido Nazi desde 1932 hasta 1934, sin embargo, no estuvo implicado en crímenes de guerra ni otros delitos conocidos, sino que pasó casi todos los años del Tercer Reich como estudiante universitario y archivero, y solo sirvió en las fuerzas armadas durante los últimos meses de la guerra. Por otro lado,

las numerosas aportaciones de Krausnick a la persecución de los criminales de guerra nazis, durante muchos años, al igual que su excelente estudio sobre los crímenes de los *Einsatzgruppen* de la SS tras el Frente Oriental, convirtieron la pertenencia nominal al Partido Nazi en los años de Hitler en un factor en buena medida irrelevante.[46]

Además, resulta muy difícil creer que un historiador tan combativo y testarudo como Hans Mommsen llegara a abdicar de su criterio profesional por el simple hecho de recibir órdenes de Krausnick o amenazas de Tobias. En contra de lo que afirmó Hett, el artículo de Mommsen no fue en ningún caso la simple «consecuencia directa de la campaña de Tobias contra Krausnick y su Instituto».[47] Ni el director ni tampoco la institución, que al principio pretendían divulgar documentación que demostrara que Tobias se hallaba en un error, habían «cambiado de posición sobre el incendio del Reichstag» debido a «las amenazas de Tobias»:[48] habían cambiado de parecer, sencillamente, porque las pruebas ofrecidas por Tobias eran tan convincentes que no se podían pasar por alto.

IV

Hay una cuestión mucho más importante que los motivos de aquellos que, como Tobias o Mommsen, defendían que Van der Lubbe había atacado el Reichstag sin ayuda: la fiabilidad real de las pruebas a favor y en contra de esta tesis, una cuestión que debe evaluarse por sí misma. La tesis de Hett, en lo esencial, era una ya tradicional, puesta en circulación por *El Libro Marrón* y desarrollada por sus sucesores: que por órdenes de Göring y Goebbels, un grupo de nazis de la SA entró en el Reichstag a través del túnel que procedía de la residencia oficial; prendió fuego al edificio en varios puntos, con ayuda de líquidos inflamables; regresó a través del túnel, dejando que las culpas recayeran por entero en Van der Lubbe; y en su mayoría sus integrantes fallecieron asesinados, para asegurar su silencio. Se trataba de una tesis ya desacreditada por Tobias, con unas pruebas abrumadoras que Hett prefirió ignorar. Lo que Hett sí desplegó fue todo un arsenal de sugerencias e insinuaciones que en realidad carecían de relación directa con el proceso. Afirmó, por ejemplo, haber consultado con expertos contemporáneos en pirotecnia que descartaban que el incendio hubiera podido ser iniciado por una única persona; pero estas opiniones carecían de valor porque sus autores ni siquiera habían examinado los informes detallados que en su momento se hicieron sobre la propia escena del fuego.[49] Recogió pruebas minuciosas de

que los *Sturmmänner* de la SA estaban formados en la utilización de materiales incendiarios como el queroseno y los harapos. Pero se trata de materiales que utilizaron de forma ocasional para prender fuego a aquellas columnas publicitarias que exhibían carteles hostiles con el movimiento nazi; y que fueran capaces de iniciar un fuego no puede equivaler a dar por sentado que los hubieran formado para asolar el Reichstag, un asunto completamente distinto que por otro lado no se menciona ni en un solo lugar de todas las fuentes que seleccionó. Hett también entró en detalles sobre el asesinato de testigos supuestamente inconvenientes por parte de la SA; pero fue del todo incapaz de demostrar que el hecho de que fueran (supuestamente) testigos del incendio fue la causa directa que explica que los mataran (los *Sturmmänner* asesinaron a una gran cantidad de personas, incluidos miembros de su propio movimiento, por toda una diversidad de razones). Hett reconoció que, muy probablemente, Oberfohren se había suicidado; pero intentó rescatar el punto de vista que el político conservador había expuesto (supuestamente) en el memorando (falso), aun a pesar de que se trataba de simples rumores, porque Oberfohren no tuvo ningún conocimiento inmediato de quién había estado detrás del incendio.

En cuanto al supuesto hecho de que la SA hubiera reclutado a Van der Lubbe como un títere de sus propios intereses, todo lo que Hett pudo aportar es que no cabía duda de que algunos días antes del incendio se había visto con un revolucionario comunista, Walter Jahnecke, que *tal vez* hubiera sido en realidad agente de la policía; y que su amigo Willi Hintze, que también se vio con Van der Lubbe en esas fechas, en un piso en el que se alojó en la noche del 22 de febrero, era sin duda un policía. Al parecer esto convertía a Jahnecke y Hintze en «candidatos plausibles para haber arrastrado a Van der Lubbe hasta la órbita de la SA».[50] Más allá de esta red de sospechas (contra la que cabe precisar además que aquellos dos hombres ni siquiera formaban parte del movimiento de los camisas pardas), ninguna prueba demuestra o apunta siquiera a que el incendiario hubiera mantenido contacto con ningún *Sturmmänner* antes del incendio. Sin duda, para que el joven neerlandés se prestara a ser marioneta de la SA en una operación tan complicada y peligrosa como el incendio del Reichstag habría hecho falta mucho más que una noche compartida en un piso de Berlín con dos hombres que afirmaban ser comunistas y en general eran tenidos por tales. Y aunque en años posteriores el supuesto líder de los incendiarios de la camisa parda, Hans-Georg Gewehr, dio a entender vagamente que había participado en la acción, el hombre era conocido por sus problemas con el alcohol y por un dominio

extraordinariamente frágil de la verdad y la memoria. Cuando Gisevius le nombró, concluida la guerra, como sospechoso principal del incendio, este creía que Gewehr había muerto; pero estaba vivito y coleando, reapareció desde la oscuridad histórica, denunció a Gisevius por difamación y ganó el juicio.

Hett destacó asimismo que el decreto que suspendió las libertades civiles se había preparado con bastante anterioridad al incendio del Reichstag, y que también se manejaban listas previas de antinazis a los que se quería detener.[51] Pero esto no demuestra que quisieran prender fuego al Reichstag, sino que pretendían suspender las libertades civiles, y que algunos funcionarios destacados se habían preparado para la eventualidad bastante antes de que los nazis accedieran al poder. En cuanto a las listas de militantes del Partido Comunista, en efecto, la policía las había preparado tiempo atrás; pero de nuevo, esto no demuestra ninguna planificación previa del incendio, sino simplemente que la policía contaba con la posibilidad de detener a esas personas en algún momento —lo que apenas puede resultar extraño en el contexto de la historia violenta de tal partido y su intención, proclamada en público, de destruir la República e instaurar en su lugar un sistema soviético—. Además, si los nazis hubieran planeado el incendio con tiempo, no solo habrían detenido a comunistas; es probable que hubieran previsto de igual modo un bombardeo propagandístico que aseverara que los comunistas estaban a punto de emprender una revolución. Pero la prensa no dio cabida a estas ideas, como ya había señalado Tobías, y esto es otro indicio de que el incendio pilló a los nazis por sorpresa.[52] Sin lugar a dudas, los nazis estaban a la espera de cualquier oportunidad que pudiera permitirles reforzar su dominio sobre Alemania y avanzar hacia la dictadura. El incendio del Reichstag resultó ser precisamente esta clase de oportunidad; pero de no haberse destruido el Parlamento, con toda seguridad Hitler habría encontrado alguna otra excusa para suspender las libertades civiles.

Hett intentó desacreditar la tesis de que Van der Lubbe había incendiado el Parlamento en solitario haciendo especial hincapié en las discrepancias cronológicas (muy triviales) con las que distintos testigos narraron los hechos, y quiso llegar por ello a la conclusión de que Van der Lubbe no habría tenido tiempo material para actuar sin ayuda; pero aunque esto tal vez habría resultado convincente si todos los implicados hubieran apuntado la hora a partir de cronógrafos electrónicos sincronizados con un reloj atómico moderno, la cuestión deja de ser convincente cuando recordamos que hablamos de los mecanismos de la relojería de la década de 1930, y que

simplemente con haber preguntado la hora a personas distintas, en aquellos años habríamos podido obtener respuestas con diferencias importantes. Por otro lado, Hett no acertó a dar una explicación a las pruebas de «Putzi» Hanfstängl, cuando ¿por qué habría mentido este? Además, su historia había sido corroborada, como hemos visto, por las memorias de Sefton Delmer, el periodista del *Daily Express*.[53] Hett ni siquiera menciona este último testimonio, que, a todas luces, era muy poco conveniente para su línea argumental. Kellerhoff llegó a la conclusión de que los policías que habían investigado el incendio, Helmut Heisig y Walter Zirpins, estuvieron sin duda en lo cierto al declarar que «la cuestión de si Van der Lubbe realizó esta acción en solitario se puede responder sin vacilaciones con un sí».[54] Ahora bien, si los nazis verdaderamente iniciaron el fuego que carbonizó la República de Weimar, ¿por qué no plantaron pruebas de la supuesta conspiración comunista en el propio edificio del Reichstag? Era como solían actuar, la práctica habitual: así lo hicieron cuando intentaron responsabilizar al gobierno polaco de un asalto a la emisora alemana de Gleiwitz, en la frontera de los dos países, en 1939, que de hecho ejecutaron los propios nazis como pretexto para desatar las hostilidades. En aquella ocasión dejaron cadáveres en el lugar (internos de campos de concentración, disfrazados con uniformes polacos) y parece evidente que, de haber sido el incendio del Reichstag una operación planeada por ellos, habrían actuado de un modo similar.

¿Por qué Sefton Delmer, al llegar al Parlamento, encontró a los líderes nazis en estado de pánico y no con la tranquila satisfacción que habrían exhibido ante la culminación de un ataque planeado? Nada indica que estuvieran representando un papel y, de hecho, no brillaban por la capacidad de hacerlo. Por otra parte, si Goebbels participó de los preparativos del atentado, ¿por qué no lo mencionó en sus diarios privados, donde en cambio sí que hizo alusión, por velada que fuera, a la preparación de crímenes mucho más graves como el asesinato masivo de los judíos de Europa? Según Hett, Goebbels tuvo que omitir deliberadamente toda referencia a los preparativos del incendio porque sabía que sus diarios acabarían por publicarse; pero en este estadio, en 1933, tan solo daba a conocer extractos cuidadosamente editados: la intención de publicarlos por completo, que atestigua el hecho de que pasara de escribir los diarios a dictarlos, fue posterior. Incluso en 1938, cuando en público describió el pogromo del 9-10 de noviembre como una explosión espontánea de cólera popular contra los judíos, en sus diarios

Goebbels anotó por el contrario el hecho de que él mismo había organizado la violencia, por orden de Hitler.[55]

Una cuestión crucial es que Hett no acertó a lidiar de forma convincente con el problema específico de Van der Lubbe. ¿Por qué los nazis lo habrían elegido a él, como cabeza de turco, cuando ni siquiera era un asalariado del Partido Comunista alemán o cualquier otra organización comunista? Hett asevera que, durante el juicio, los nazis lo drogaron para que no revelara el hecho de que había actuado por encargo de estos; pero al respecto aportó tantas pruebas como Bahar y Kugel cuando sugirieron que lo habían convencido mediante hipnosis: ninguna. Van der Lubbe tenía problemas de vista, a consecuencia de un accidente industrial de algunos años atrás; pero no hasta el punto de no poder reconocer muebles grandes, puertas u otros obstáculos de los que se hallaría por los pasillos del Reichstag. Los informes contemporáneos describen a un Van der Lubbe jadeante, que cuando fue detenido sudaba con profusión, como sin duda habría hecho de haber recorrido el Parlamento a toda prisa, pero no de haber estado simplemente a la espera de que lo arrestaran y responsabilizaran del atentado, ni si hubiera actuado después de repartirse el trabajo con varias personas más. En aquel momento no se halló ninguna prueba que incriminara a otras personas. En las ruinas, como se ha indicado, tampoco se hallaron vestigios de materiales inflamables distintos a los que poseía el joven neerlandés. Y no olvidemos otro hecho crucial: en las incontables horas de agotador interrogatorio a las que se le sometió, Van der Lubbe nunca se desvió de la versión de que había actuado en solitario, y no acusó ni una sola vez a los nazis de estar detrás del ataque. La confesión de Van der Lubbe, por lo tanto, sigue siendo una prueba muy convincente de que incendió el Reichstag en solitario; quizá incluso la más convincente de todas.[56]

Rechazar la tesis de la autoría nazi no supone considerar que el incendio fuera necesariamente un hecho del todo azaroso. En los primeros meses de 1933, los nazis habrían acabado encontrando cualquier otra excusa para restringir las libertades civiles y, a la postre, abolirías. Toda la violencia irrestricta y la propaganda extrema y mendaz que habían lanzado sobre el pueblo alemán durante la campaña electoral que culminó en la victoria en las urnas (con todos sus peros) del 5 de marzo de 1933 sugieren que se había puesto en marcha un movimiento casi incontenible en dirección a la dictadura. Así pues, ni siquiera el acto en solitario de Van der Lubbe no fue por entero azaroso: este antiguo anarcosindicalista ya había intentado (sin éxito) prender fuego a toda una serie de edificios públicos, como protesta

contra el sistema político y social al que responsabilizaba del desempleo extraordinario que tanto sufrimiento y privación estaba causando. Sin la Depresión, no habría existido esta razón de peso para entregar a la hoguera los símbolos del gobierno burgués.

¿Qué consecuencias tienen para la democracia las dos posturas opuestas de esta polémica prolongada? Según Hett, el hecho de que Tobias concluyera que el incendio del Reichstag había sido una «simple casualidad, un error» que «puso en marcha una revolución» equivalía a «eliminar del archivo histórico el ansia de poder de los nazis y la determinación implacable con que lo persiguieron». Así pues, la obra de Tobias hedía a «intenciones apologéticas», para empezar, por culpar del incendio a una persona que ni siquiera era alemana.[57] Pero esta cuestión no es relevante porque las pruebas del ansia de poder y la determinación implacable de los nazis son en general más que abundantes. Hett no aporta pruebas directas de que los fines de Tobias fueran en efecto apologéticos; además entiende que ajuicio de este autor «Hitler buscaba el poder […] sin contar con ninguna estrategia general a largo plazo»,[58] pero en la obra de Tobias resulta evidente que no pensaba de tal modo (véase, por ejemplo, la sección contextual titulada «Alemania 1932»). Para Mommsen y Kellerhoff, por otro lado, los intentos recurrentes de dar la razón a *El Libro Marrón* y retratar el incendio del Reichstag como una operación cuidadosamente planeada y ejecutada por los nazis amenazaban con exculpar al pueblo alemán y olvidar qué papel había tenido este en la creación del Tercer Reich; en efecto, en lugar de aceptar que el pueblo alemán fue cómplice del proceso, se lo describe como víctima de una conspiración deliberada para la toma del poder.

Nada demuestra que Tobias pretendiera excusar a los nazis o quitar importancia a su violencia o sus ansias de poder; antes al contrario, Tobias comentó (en un pasaje que Hett no menciona) que durante su gobierno posterior los nazis cometieron crímenes mucho más graves que la supuesta destrucción intencionada del Reichstag, con lo que «su culpa es tan superior que en comparación no hay “exculpación” que valga».[59] Así, lejos de ser un criptonazi que no había salido del armario, o de «disfrazarse de socialdemócrata»,[60] Tobias fue de hecho un socialdemócrata con muchos años de militancia genuina en este partido. Su verdadera preocupación —por otro lado, típica de la socialdemocracia moderada— se centraba en la polarización de la época, con una izquierda y una derecha cada vez más enfrentadas en una guerra fría que estaba a punto de alcanzar la culminación el mismo año en que su libro vio la luz, con la crisis de los misiles de Cuba.

Le parecía una réplica de la polarización que vivió la política alemana en 1932-1933. En un contexto de esta clase, temía Tobias, un acontecimiento aislado como el incendio del Reichstag podía acarrear consecuencias verdaderamente desastrosas; no en vano concluyó su libro con una cita de Bertrand Russell, con cuya campaña de rechazo sin condiciones al almacenamiento y la amenaza de utilización del arsenal nuclear estaba claramente de acuerdo.

V

A pesar de la ingente cantidad de pruebas acumuladas en contra de la afirmación de que los nazis se hubieran conjurado con el fin de arrasar el Reichstag, los teóricos de la conspiración siguen negándose a aceptar que un acontecimiento tan notable pudiera haber sido obra de una única persona. Así, entre las filas de los conspiranoicos se ha recibido con particular alegría la aparición de un documento notarizado, fechado el 8 de noviembre de 1955, en el que un excamisa parda, Hans Martin Lennings (1904-1962), afirmaba haber participado en la supuesta trama. Lennings, miembro del Partido Nazi desde 1926 y de la SA desde poco antes del nombramiento de Hitler como canciller imperial el 30 de enero de 1933, conocía personalmente a Ernst Röhm, el líder de los camisas pardas, y le acompañó en varias aventuras. La unidad de Lennings se ocupaba de «objetivos especiales». Según los archivos de la desnazificación posterior a la guerra, Hitler le había visitado en el hospital, en el verano de 1930, después de que hubiera resultado herido en una pelea con militantes del Partido Comunista. Era pues, sin lugar a dudas, un miembro apreciado y de confianza en la Sturmabteilung. A principios de 1933, se le había asignado la vigilancia secreta de una organización paramilitar rival (aunque sin importancia histórica), la Christlicher Kampfschar («patrulla de combate cristiana»).

En su documento de 1955, Lennings afirmaba que entre las ocho y las nueve de la noche del 27 de febrero de 1933 Karl Ernst (líder de la división berlinesa oriental de los camisas pardas) le había encomendado recoger a un joven de la base de la SA en la zona del Tiergarten (Berlín central) y llevarlo hasta la sede del Reichstag, que no estaba lejos de allí. Junto con otros dos *Sturmmänner* (y todos ellos, vestidos de civil), Lennings había acompañado al joven, que permaneció tranquilo y en silencio durante aquel breve recorrido, hasta un acceso lateral del edificio; allí lo dejó en manos de otro miembro de la SA, igualmente vestido de civil, que le dijo que se marchara. Al alejarse,

según afirmó Lennings más adelante, percibieron un «peculiar olor a quemado» y observaron que del Parlamento salían ya unos hilillos de un humo débil pero visible. Cuando los periódicos publicaron la foto de Van der Lubbe, Lennings reconoció al joven. Comprendió que se le estaba acusando falsamente, porque el incendio ya se había iniciado antes de que el chico llegara al edificio, y por lo tanto (seguía afirmando Lennings) protestó ante sus superiores junto con algunos otros camisas pardas. La respuesta fue una detención y la exigencia de que firmaran una declaración falsa, conforme se habían equivocado. A los pocos días, por intervención de Röhm, recobraron la libertad.

Después de que los hombres que más adelante afirmó que habían participado en la conspiración, incluido Karl Ernst, murieran asesinados, Lennings buscó refugio en Checoslovaquia; pero lo extraditaron. Hacia finales de 1934, y de nuevo en 1936, pasó un breve período entre rejas por haber criticado al régimen nazi, y en particular por haber visitado la tumba de uno de los miembros de la SA ejecutado por orden de Hitler en la Noche de los Cuchillos Largos. Después guardó silencio y no volvió a tener problemas. En 1955, ante el temor de que lo implicaran en un nuevo proceso legal sobre el incendio del Reichstag, y a instancias de su sacerdote, decidió confesar su intervención. Sin embargo, su declaración jurada no se descubrió hasta julio de 2019. Apareció en la sede del Tribunal de Distrito de Hannover, después de que se hubiera hallado una copia entre los papeles de Fritz Tobias, en Berlín. La fiscalía de Hannover confirmó la autenticidad del documento —otro tema es la veracidad de su contenido— y el periódico local la dio a conocer el 26 de julio de 2019.[61]

Esta publicación recibió un eco importante en titulares de la prensa alemana e internacional. Benjamin Carter Hett declaró que, aunque otros documentos anteriores que se suponía pertenecían a nazis implicados en el incendio habían resultado ser falsos, sin embargo, este parecía ser genuino y, en tal caso, el descubrimiento desacreditaba por completo las tesis de Tobias. Los medios de comunicación afirmaron que el documento era una prueba innegable de que los nazis habían iniciado el fuego. La idea de que el joven neerlandés había actuado en solitario había sido un «relato de los nazis» inventado para proteger a los perpetradores reales. Se hacía hincapié en la relevancia de que Lennings hubiera considerado oportuno incriminarse a sí mismo y que, al parecer, no ganaba nada con la confesión. Por otra parte, el hecho de que Fritz Tobias hubiera dispuesto de una copia entre sus documentos de trabajo, durante varias décadas, hacía pensar que el principal

defensor de la tesis del «culpable individual» había suprimido una prueba que refutaba sus ideas.[62]

Pero la prensa —no por primera ni por última vez— se apresuraba a llegar a unas conclusiones que en realidad carecían del debido respaldo adicional. Según señaló Sven Felix Kellerhoff a partir de los más de doscientos dosieres que la policía berlinesa había dedicado al incendio y que, custodiados por el Instituto Marxista-Leninista de Berlín Oriental, solo se conocieron tras la caída del Muro, varios testigos declararon haber visto a Van der Lubbe en el norte de la ciudad antes de que este se dirigiera al centro, ya a media tarde del 27 de febrero de 1933. Otros testigos habían informado a la policía de que en una franja horaria posterior habían visto al joven neerlandés paseando sin rumbo por el centro de Berlín, probablemente a la espera de que el sol se pusiera y de poder acceder al Reichstag con el amparo de la oscuridad. En cambio, salvo en la declaración de Lennings, nadie confirmó haber visto a Van der Lubbe en el cuartel de la SA en el Tiergarten ni, menos aún, que hubiera pasado allí varias horas. Por lo tanto, Lennings «confesó» por la convicción, muy general a mediados de la década de 1950, de que ayudaba a sus compatriotas a sacudirse el estigma de la culpa de haber ayudado a Hitler, al desviar la responsabilidad de la dictadura nazi a una reducida camarilla de delincuentes. Pero su declaración se contradecía con la gran cantidad de pruebas disponibles y carecía de valor. Lennings, en pocas palabras, se había inventado la historia; y Tobias la descartó porque este hecho innegable no le pasó por alto. En realidad, Tobias se había molestado hasta en buscar al hermano de Lennings y hablar con él, y aquí encontró otra razón más para descartar su versión, puesto que el hermano describió a Lennings como un mentiroso habitual, muy dado a las fantasías.[63]

Lo que pasaban por alto los periodistas e historiadores que saludaron el descubrimiento de la declaración jurada de Lennings como una prueba de la conspiración nazi era que ningún documento histórico se puede interpretar de forma aislada. El procedimiento estándar para evaluar un documento —establecido hace ya mucho tiempo por el gran historiador alemán del siglo XIX Leopold von Ranke— requiere entre otras cosas un examen crítico de su «consistencia externa», esto es: ¿se corresponde con lo que revelan otros documentos del momento? Si, como sucedía en efecto con la declaración de Lennings, contradecía todos los otros documentos relevantes y genuinos relacionados con el incendio del Reichstag —empezando por la enorme acumulación de dosieres policiales y sin descuidar las actas del Tribunal Supremo del Reich—, entonces había que considerarla una falsedad. Por

descontado, el *Hannoversche Allgemeine Zeitung*, el periódico que dio a conocer la declaración en primer lugar, consultó a un historiador sobre la significación del documento; pero el «experto» en el incendio del Reichstag al que entrevistaron no fue otro que Hersch Fischler, que llevaba mucho tiempo defendiendo la teoría de la conspiración y había sido coautor de uno de sus textos centrales, junto con Bahar y Kugel, en 2001.[64] Si la consulta hubiera sido más amplia, la respuesta sin duda habría sido muy distinta.

Para Münzenberg, y más adelante para Calic y el Comité de Luxemburgo, las teorías conspirativas eran algo natural en una atmósfera que en 1933, dentro del movimiento comunista mundial, ya había visto a Stalin organizar juicios amañados contra supuestos conjurados y saboteadores, y pronto le vería escenificar las purgas monstruosas que retrataron a muchas figuras del viejo bolchevismo como integrantes de una vasta conspiración dirigida a derrocar la Unión Soviética. Aunque hace mucho que esta tradición ha concluido, en la cultura posmoderna se ha visto reemplazada por una nueva cultura plagada de teorías conspirativas. En el libro de Hett son constantes: los nazis conspiraron para prender fuego al Parlamento, Tobias conspiró junto con exmiembros de la SS para negarlo, Krausnick y Mommsen conspiraron para negar la culpabilidad de los nazis. El caso del incendio del Reichstag es inusual por cuanto implica dos teorías de la conspiración diametralmente opuestas, que son un reflejo tan claro la una de la otra que incluso las mismas pruebas se han podido utilizar en apoyo de las dos: por ejemplo, el famoso túnel que conectaba la residencia oficial de Göring con la sede parlamentaria, o la declaración de testigos expertos para respaldar la afirmación de que el fuego no lo inició una persona en solitario, sino un grupo organizado de incendiarios. Los intentos de demostrar que los nazis prendieron las llamas exhiben muchas características habituales de las teorías conspirativas basadas en acontecimientos: la suposición previa de que, como un suceso o incidente tuvo una importancia política enorme, sin duda se planeó de antemano; la aseveración de que los testigos han desaparecido de forma misteriosa o han fallecido asesinados, con lo cual ya no pueden revelar la verdad de lo ocurrido; la creencia de que si alguien se beneficia de un hecho, tiene que haberlo causado; la sensación de que desdeñar el postulado de que un acontecimiento trágico o criminal ha sido un fruto más o menos directo del azar equivale, de un modo u otro, a excusar o exculpar a los perpetradores (o de nuevo, a quienes se beneficiaron de lo sucedido); la negativa a aceptar que un gran acontecimiento histórico pueda haber sido causado por una persona solitaria y más bien desconocida, en vez de por un grupo organizado; la

implicación de fuerzas ocultas de alguna clase; y la falsificación deliberada de pruebas documentales con la convicción de que es tolerable porque el falsificador sabe qué pasó en realidad y se justifica que fabrique pruebas favorables a su punto de vista si en su situación no dispone de otras pruebas decisivas.

No es menos importante el hecho de que una de estas dos teorías conspirativas enfrentadas demostró ser insostenible al poco tiempo. Incluso cuando el Tercer Reich hitleriano llevaba ya algunos meses de existencia, el Tribunal Supremo de Alemania acertó a rechazar en efecto la afirmación nazi de que el Reichstag lo habían destruido los comunistas como preludio de una revolución violenta. Por decirlo coloquialmente, la historia «no tenía sustancia». En cambio, la aseveración comunista de que los responsables del incendio del Parlamento fueron los propios nazis ha revivido una y otra vez, y de hecho sigue resurgiendo y planteándose de nuevo al público lector aun mucho después de que el comunismo haya abandonado el escenario histórico. Es prácticamente siempre la izquierda, cuando no la extrema izquierda, la que se ha aferrado con terquedad a esta versión de los acontecimientos; pero la acusación, típica de sus defensores, de que quienes descartan la idea de una conjura nazi tienen que ser de derechas —o incluso «antiguos nazis»— es poco más que una reacción visceral. La motivación es política, no se basa en una investigación histórica rigurosa. Tal clase de investigación, como es natural, a veces llega a conclusiones equivocadas; pero esto no puede confundirse con ocultar pruebas o falsificarlas deliberadamente. Los argumentos a favor de que Van der Lubbe fue el único responsable del incendio del Reichstag son abrumadores. Esta es la razón esencial por la que quienes desean convencernos de que el fuego lo iniciaron los nazis no se centran en las pruebas en sí, sino en los motivos y el carácter de personas como Fritz Tobias, Hans Mommsen y Helmut Krausnick. Se trata aquí, de nuevo, de una táctica común entre los teóricos de las conspiraciones. Pero lo cierto es que la razón por la que alguien expone una hipótesis no tiene efecto ninguno sobre la validez u otras cualidades de la hipótesis en sí. Puede ayudarnos a entender por qué alguien plantea una hipótesis; pero esta debe analizarse de forma directa, por su propio peso, sin tener en cuenta quién la ha formulado o por qué.

Si uno toma en consideración el panorama general, el incendio del Reichstag quizá no fue el acontecimiento decisivo y cataclísmico que a menudo se ha afirmado que fue. Si el Parlamento alemán no hubiera quedado reducido a cenizas, es muy probable que Hitler y los nazis hubieran

encontrado otro pretexto para instaurar el estado de emergencia y poner en marcha la detención masiva de comunistas y socialdemócratas. Abundan los ejemplos en los que aprovecharon cualquier ocasión que se les presentó. Un caso claro es la expulsión del ministro de la Guerra, el general Werner von Blomberg: Hitler lo despachó en 1938 tras descubrirse que su esposa, una mujer mucho más joven, había trabajado como prostituta y posado para fotografías pornográficas. Resultó especialmente embarazoso para Hitler, que había asistido a la boda, y para Hermann Göring, que había sido el padrino. A otro general de la cúpula, Werner von Fritsch, también se le expulsó cuando empezaron a aflorar rumores de que había estado manteniendo un romance homosexual (rumores cuya falsedad no tardó en constatarse). El hecho de que se hubiera tratado en buena medida de sucesos casuales no significaba, sin embargo, que Hitler, Göring y el jefe de la SS, Heinrich Himmler, no hubieran tenido la intención de librarse de los dos hombres de una forma u otra; al igual que otras notables figuras conservadoras del régimen, estaban manifestando una cautela intolerable para un Hitler que aceleraba el ritmo de la agresividad exterior y los preparativos militares. Así pues, tarde o temprano, habrían encontrado algún pretexto: simplemente, como estas polémicas sexuales les dieron la ocasión de hacerlo cuando les parecía idóneo, no la dejaron pasar.

Lo mismo ocurrió con el incendio del Reichstag. Como veremos a continuación, la huida de Rudolf Hess a Escocia en 1941 —que a todas luces fue otro acontecimiento azaroso e inesperado— también ha llevado a los teóricos conspiranoicos a plantear una diversidad de explicaciones que implican a fuerzas mayores, grupos de personas que se confabulan en común y traman entre bambalinas.



Restos del Messerschmitt Me110 de Rudolf Hess, que se estrelló en Floors Farm, Eaglesham, East Renfrewshire, Escocia, en mayo de 1941. Antes de que el avión impactara contra el suelo, Hess se había lanzado en paracaídas. (Hulton Archive/Getty Images.).

4

¿Por qué Rudolf Hess voló a Gran Bretaña?

I

A las seis menos cuarto de la tarde del sábado 10 de mayo de 1941 (hora de Alemania), un caza pesado Messerschmitt Bf110E (o Me110, según se lo denomina habitualmente) despegó del aeródromo del fabricante, en las inmediaciones de Augsburgo, en el sur del país, ganó altura con rapidez, sobrevoló el río Lech hacia el este y emprendió un rumbo en dirección noroccidental, hacia Bonn. Después de atravesar la frontera alemana pasó sobre las islas Frisias, ya en territorio neerlandés, a las 19:35, y luego alteró el curso volando en dirección oriental, sin lugar a dudas para evitar que los radares británicos lo detectaran. Pasados unos veintitrés minutos volvió a modificar el rumbo, recuperando la dirección noroccidental y remontando el mar del Norte. A baja altura sobrevoló dos submarinos alemanes que empezaron a sumergirse, pero, cuando sus observadores reconocieron que el avión era amigo, interrumpieron la maniobra. El avión ascendió hasta los 5000 metros y siguió adelante. Cuando faltaban dos minutos para las nueve viró noventa grados a la izquierda y se dirigió a Escocia, pero como la luz diurna aún era suficiente para que los observadores enemigos detectaran la presencia del caza, al poco tiempo el piloto dio la vuelta y se movió adelante y atrás hasta gozar de la protección de la oscuridad. A las 21:23 llegó a la costa británica cerca de Bamburgh, en Northumberland; descendió con rapidez hasta una altura tan baja que el piloto podía ver a los habitantes de aquella zona rural y saludarlos al paso. Tras algunos ajustes menores del rumbo, el avión alcanzó la costa occidental al sur de Glasgow a las diez menos cinco, y el piloto pudo admirar lo que poco después describió como un paisaje de cuento de hadas, «islas de montañas escarpadas a la luz de la luna y un crepúsculo menguante». Viró hacia el interior, ganó altura de nuevo y, como no lograba localizar el punto de aterrizaje esperado —un pequeño aeródromo privado en desuso de la Dungavel House, la residencia del duque

de Hamilton—, optó por lanzarse en paracaídas. Apagó los motores, estabilizó los propulsores, abrió la cubierta de la cabina, quitó el cerrojo de las ventanas laterales y, después de dar la vuelta al avión, saltó, tiró del cordón de apertura del paracaídas y cayó a tierra, donde impactó con fuerza. El piloto perdió la conciencia y el Messerschmitt se estrelló e incendio a poca distancia del lugar. Era las once y nueve minutos.[1]

Algunas semanas más tarde, el piloto escribió una carta a su hijo en la que primero narraba los detalles del vuelo y luego refería lo que pasó a continuación:

> Me desperté en un prado que se parecía a los prados alemanes, sin saber dónde estaba ni qué me estaba pasando. Pero al ver el paracaídas tirado por detrás de mí, caí en la cuenta de que había llegado a Escocia, el primer punto de aterrizaje de mi «plan». Estaba a unos diez metros de la puerta de la casa de un cabrero escocés. Se acercó gente corriendo, alarmada por el avión en llamas. Me miraron compasivamente.

El primero en llegar fue David McLean, que vivía en la casa y salió al oír el ruido de la explosión. En realidad, no era cabrero, sino el capataz de los labradores de una granja extensa. Ayudó al piloto a ponerse en pie y, al ver el uniforme, le preguntó si era alemán. «Sí —contestó el hombre, con un buen dominio del inglés—. Soy el capitán Alfred Horn y traigo un mensaje importante para el duque de Hamilton.» Otro hombre se acercó y luego se marchó a buscar a la policía, mientras ayudaban a entrar en la casa al piloto, que había sufrido algunas heridas menores en la espalda y el tobillo derecho. Vinieron también algunos hombres de la Guardia Nacional, que habían detectado el Messerschmitt y visto que el piloto se lanzaba en paracaídas. Se lo llevaron a su base, donde lo registraron dos detectives de la policía, y de ahí lo trasladaron al Cuartel de Maryhill, en Glasgow. Los oficiales empezaron a sospechar que se trataba de (en palabras de uno de ellos) «un hombre destacado en los círculos nazis». Por su parte, el comandante local de la RAF, al que la policía había puesto al corriente, llamó por teléfono al duque de Hamilton: «Un capitán alemán se ha lanzado desde un Me110 y quiere verle». «¡Cielo santo!, ¿y por qué me quiere ver a mí?», contestó Hamilton. «No lo sé, se niega a decirlo […]. Creo que debería ir a verle.» Hamilton llegó al cuartel a las diez de la mañana del 11 de mayo y entró a ver al prisionero, que había solicitado que la reunión se produjera sin otros testigos. Acto seguido el hombre se identificó como Rudolf Hess, segundo en la jerarquía del Partido Nazi.[2]

El duque se quedó asombrado, y Hess prosiguió diciendo que había acudido en una misión humanitaria. Contó que Hitler quería dejar de combatir con Gran Bretaña. En consecuencia, Hamilton debía «reunirse con miembros de su partido para hablar de la perspectiva de plantear propuestas de paz». Hamilton contestó que incluso si Gran Bretaña acordaba una paz, en un par de años sin duda volvería a estallar la guerra con Alemania. Salió de la sala, llamó por teléfono al Foreign Office y pidió hablar con sir Alexander Cadogan, el secretario permanente. Al otro lado de la línea Hamilton se topó con la resistencia de un funcionario, pero por casualidad estaba allí Jock Colville, el secretario privado del primer ministro Winston Churchill, y tomó el auricular. Le dijo a Hamilton que le habían contado que disponía de cierta información y le preguntó qué proponía hacer. Hamilton sugirió estudiar el tema en persona y Colville asintió. Como el duque era un piloto experimentado, voló desde Escocia a la base aérea de Northolt y luego tomó otro avión a Kidlington, en las inmediaciones de Oxford. Desde allí un coche le llevó a la casa de campo en la que Churchill estaba pasando el fin de semana.[3]

«Bien —dijo Churchill—, venga y cuénteme esa historia extraña que me trae.» Acabada la comida, Hamilton le puso al corriente de los detalles; el primer ministro quedó asombrado, pero insistió en mirar una comedia de los hermanos Marx, que estaban a punto de emitir. Luego charlaron algo más sobre el asunto y a la mañana siguiente se reunieron en Londres con miembros del Gabinete de Guerra, donde se decidió enviar a Ivone Kirkpatrick —un diplomático que había trabajado en la embajada británica en Berlín y se había reunido varias veces con Hess— para confirmar la identidad del piloto. Entre tanto se había trasferido a Hess a un hospital militar para que le atendieran de las heridas. Kirkpatrick, que llegó al hospital de madrugada, ordenó despertar a Hess, lo reconoció de inmediato y autentificó su identidad sin vacilar. Hess empezó a plantearle a Kirkpatrick sus «condiciones de paz». Declaró que todo acuerdo requeriría la devolución de las colonias alemanas que la Sociedad de las Naciones había requisado tras la conclusión de la primera guerra mundial, pero con esta salvedad, si los británicos no intervenían en el control nazi de Europa, podrían mantener el imperio. Al mismo tiempo sería necesario establecer la paz con la Italia de Mussolini.[4] Por descontado, Kirkpatrick era consciente de que la perspectiva no era nada realista; de haber accedido, una Gran Bretaña debilitada habría sido presa fácil para una Alemania nazi consolidada, los nazis comenzarían a elevar las exigencias y en poco tiempo, según había predicho también Hamilton,

estallaría de nuevo la guerra. Incluso el ex primer ministro David Lloyd George, relativamente próximo al régimen nazi, estuvo de acuerdo: las «condiciones de paz» que Hess comunicaba eran, según le dijo al embajador soviético Iván Maiski, «absolutamente inaceptables».[5] El gobierno británico trasladó a Hess a Londres, lo alojó en la Torre y luego lo llevó a un hospedaje más cómodo, a la espera de que las autoridades decidieran qué hacer con él. En este último punto reinaban la incertidumbre y la confusión, pero Churchill y su gobierno tenían muy clara una cuestión: carecía de sentido tomarse en serio a Hess, su misión o su «oferta de paz».[6]

II

¿Quién era Rudolf Hess? Había nacido el 26 de abril de 1894 y, por lo tanto, en el momento de su teatral vuelo a Escocia, acababa de cumplir los cuarenta y siete años. Procedía de un linaje de comerciantes, originario de Wunsiedel, en el norte de Baviera. Hasta 1908 vivió con sus padres y dos hermanos menores en Alejandría, Egipto, donde la familia tenía un negocio; luego lo enviaron a Alemania para que estudiara en un centro de allí y recibiera clases privadas. Después de pasar un año en una academia comercial de Suiza, entró como aprendiz en una empresa radicada en Hamburgo. El 20 de agosto de 1914, poco después de que estallara la primera guerra mundial, se alistó en un regimiento de infantería y combatió en la primera batalla de Ypres. Recibió una condecoración de valentía y luchó también en la batalla de Verdún, donde resultó herido y hospitalizado. Después de recuperarse lo destinaron a los Balcanes, donde Rumania acababa de entrar en la guerra en el bando aliado, y resultó herido de nuevo, esta vez de mayor gravedad: un tiro le atravesó el torso, aunque, por fortuna para él, sin dañarle ningún órgano vital. Durante la convalecencia solicitó ingresar en la fuerza aérea, que era más glamurosa que la infantería, pero también más peligrosa. Tras la formación se incorporó a un escuadrón de cazas, el 14 de octubre de 1918; pero a las pocas semanas, la guerra había concluido, por lo que no llegó a combatir en vuelo.[7]

Como muchos otros militares desmovilizados, Hess, resentido por la derrota de Alemania y con cierto sentimiento de desorientación, gravitó hacia la política. Se unió a un grupo reducido de ultranacionalistas, la Sociedad Thule, que luchaba contra los revolucionarios de izquierdas en Múnich, donde resultó herido de nuevo. Cuando la situación se calmó, se apuntó a la universidad para estudiar historia y economía, y aquí conoció al profesor Karl Haushofer, exponente de la «geopolítica» y defensor de la expansión

territorial de Alemania. Hess trabó especial amistad con Albrecht, un hijo de Haushofer que también inició una carrera como profesor universitario. En la atmósfera febril del Múnich posrevolucionario, muchos grupos nacionalistas de extrema derecha estaban buscando clientela, y cuando asistió a uno de sus mítines Hess quedó hechizado por Adolf Hitler, el líder del que sería el más exitoso de todos: el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes. Hess formó un grupo estudiantil de la SA nazi, que entraba en peleas en los mítines públicos, y participó del desastroso *putsch* de la cervecería con el que Hitler intentó tomar el poder el 9 de noviembre de 1923. Empezó escondiéndose de la policía en casa de los Haushofer, pero acabó por entregarse y, en el juicio por su implicación en el intento golpista, lo condenaron a dieciocho meses de cárcel.[8]

Fue entonces —en Landsberg, la fortaleza en la que Hitler cumplió la condena relativamente breve que se le impuso por el *putsch* de la cervecería— cuando Hess forjó su relación tan próxima con el líder nazi. Hitler dedicó el tiempo a escribir las memorias y el manifiesto que tituló *Mein Kampf*, dictándole algunos pasajes a Hess, quien revisaba cuidadosamente el resto. Durante los años posteriores, Hess acompañó al líder nazi en muchos viajes por Alemania y en general actuó como su factótum. Cuando no estaba al servicio de las necesidades de su líder, aprovechó para retomar el vuelo: obtuvo la licencia de piloto en 1929 y se hizo con su propio avión ligero, donado por el periódico nazi *Völkischer Beobachter*. Se ejercitó a menudo y se convirtió en un piloto experimentado y competente que sobrevolaba zumbando los mítines al aire libre de izquierdistas y liberales para sofocar la voz de los ponentes. En la boda de Hess, en diciembre de 1927, actuaron como testigos Hitler y Karl Haushofer. Cuando se eligió al líder nazi como jefe de un gobierno de coalición, en enero de 1933, este recompensó la lealtad de Hess nombrándolo adjunto o lugarteniente suyo en el Partido. Esta nueva función significó, entre otras cosas, que en 1934, en la concentración anual del Partido en Núremberg, Hess subió a la tribuna después del discurso de Hitler; en la película *El triunfo de la voluntad*, rodada por Leni Riefenstahl para celebrar este acontecimiento, se le puede ver contemplando al líder con arrobamiento y, llevado por el fanatismo, gritar extasiado: «¡El Partido es Hitler! ¡Pero Hitler es Alemania, y Alemania también es Hitler! ¡Salve Hitler! ¡Salve la victoria! *[Heil Hitler! Sieg Heil!]*».[9]

Hess no abandonó la aviación durante su lugartenencia. A menudo se inscribía en carreras y competiciones con pseudónimo, hasta que Hitler, alarmado por el peligro que ello suponía, le prohibió volar. En su función

principal, Hess supervisaba las relaciones entre el Estado y el Partido a través de la Oficina del Adjunto del Führer, que dirigía el ambicioso e infatigable Martin Bormann. Con el poder empezó a revelarse una faceta excéntrica de Hess, que se entregaba a la astrología, lo oculto, la homeopatía y diversas modas alimentarias extravagantes.[10] Más en serio, empezó a quedar claro que, en las incesantes luchas internas por el poder, dentro de la jerarquía nazi, Hess estaba perdiendo terreno. Al empezar la guerra Hitler nombró a Göring como su eventual sucesor, lo que suponía degradar a Hess a la tercera posición.[11] Desde bastante antes, Bormann había ido asumiendo buena parte de las tareas de la oficina de Hess, incluida la supervisión de los nombramientos del servicio civil.[12] Desde 1936, las funciones del adjunto, dentro de la dictadura, quedaron limitadas en su mayoría a la representación: presentaba los discursos de Hitler, daba la bienvenida a los mítines a las delegaciones de expatriados alemanes, pronunciaba el discurso anual de Navidad.[13] Si la frecuencia con la que Bormann veía a Hitler iba aumentando, en el caso de Hess disminuía, y quedó excluido de la toma de decisiones en asuntos claves como la política exterior, cada vez más relevante con el paso del tiempo, en particular desde el inicio de la guerra.[14]

En 1939, el que se calificaba a sí mismo como el ideólogo del Partido Nazi, Alfred Rosenberg, describía a Hess como una figura «poco decisiva», le veía deprimido y comentaba que ya no tenía mucho que hacer porque había perdido el control del aparato.[15] Por supuesto, Hess siguió contando con el poder formal de intervenir en los asuntos del partido, si así lo deseaba, y la función de mantener la moral en el frente nacional distaba de ser secundaria. Con su ferviente antisemitismo, Hess defendió endurecer las medidas contra la reducida población judía de Alemania. Por otro lado, con su adulación incondicional por Hitler y la fe absoluta, repetida a menudo, en «la idea nacionalsocialista», ayudó a sostener la confianza popular en el Führer y su régimen. Era ampliamente considerado como una de las pocas figuras honradas e incorruptibles de la jefatura nazi y, por lo tanto, gozaba de una estima especial entre el público.[16] Su posición entre los líderes nazis, por el contrario, resultaba cada vez más marginal. Después de 1938, sus secretarios lo describieron sentado a su escritorio sin objeto, revolviendo papeles o contemplando el espacio con la mirada vacía. Si alguien se dirigía a él, parecía confuso y desorientado.[17]

Hess era muy consciente de que había perdido poder. La decisión de invadir la Unión Soviética —que se haría realidad el 22 de junio de 1941 con una ofensiva que había requerido de enormes preparativos, la Operación

Barbarroja— se preparó sin haberle consultado. Aunque más adelante Hess afirmó que sí estaba al corriente, no cabe duda de que desconocía los detalles del plan, incluida la fecha de inicio.[18] Desarrolló una obsesión creciente por los riesgos que a su juicio suponía que Alemania emprendiera una guerra simultánea contra Occidente y contra la Unión Soviética. Hitler había dirigido al gobierno británico diversas «ofertas de paz» (en gran medida retóricas), y ya en *Mein Kampf* había considerado que una alianza con el Reino Unido frente al régimen «bolchevique» de Rusia era tan factible como deseable. Así pues, Hess pensó que, si lograba forjar la paz con los británicos, no solo haría realidad un sueño ansiado desde hacía tiempo por Hitler, la alianza británica, sino que además eliminaría la amenaza de una guerra en dos frentes.

El vizconde Simon, lord canciller del gobierno de Churchill,[19] interrogó a Hess el 10 de junio de 1941 y llegó a la conclusión de que «la autoridad y la posición de Hess en Alemania han declinado, y si él lograba asestar el golpe de firmar una paz rápida con las condiciones de Hitler, consolidaría su propia posición […] y prestaría un inmenso servicio a su adorado Señor y a Alemania».[20] Hess creía que entre los círculos políticos británicos había un «sector pacifista» al que podría convencer de utilizar su «oferta de paz» para derrocar al «belicoso» Churchill y poner fin a la guerra del Frente Occidental. Albrecht Haushofer le había recomendado que contactara con el duque de Hamilton, al que Hess no conocía en persona, pero sí admiraba por haber sido uno de los primeros pilotos en sobrevolar el monte Everest. Hess asintió con prontitud, pues imaginó que se llevaría bien con Hamilton por el hecho de ser ambos ases de la aviación desde antes de la guerra. Por otro lado, con anterioridad a la contienda el duque había sido una de las figuras destacadas de la Sociedad Anglo-Alemana. No hay que ver en ello nada siniestro: era una organización inocua, sin fines políticos, muy distinta de grupos pronazis como la Hermandad Anglo-Alemana, de nombre especialmente similar. Haushofer erraba por completo el blanco al suponer que Hamilton era partidario de una paz específica entre Alemania y Gran Bretaña, o que poseía una influencia política de primera magnitud. Los supuestos en los que la misión de Hess se fundamentaba eran falsos desde el principio.[21]

Desatendiendo la prohibición de Hitler, Hess había empezado con los primeros preparativos (clandestinos) del vuelo poco después de que el líder de los nazis hubiera comenzado a planear la invasión de la Unión Soviética. En septiembre de 1940, Hess autorizó a Albrecht Haushofer a enviarle a Hamilton una carta para sugerir la posibilidad de una reunión. Ahora bien, la inteligencia británica interceptó la misiva, que no llegó a su destinatario hasta

que el MI5 se la enseñó, en marzo de 1941.[22] Hess no se inmutó y contactó con la empresa Messerschmitt —hacía muchos años que conocía a su director, Willy Messerschmitt—, se paseó por sus fábricas inspeccionando varios modelos y acordó hacer vuelos de práctica con el Me110. Durante las primeras prácticas estuvo acompañado —el avión montaba dos asientos—, pero no tardó en dominar los controles de la máquina y decidió que esta era idónea para el trayecto que planeaba, con unas pocas modificaciones: aumentar la capacidad de combustible e integrar un radiogoniómetro como ayuda electrónica para la navegación. Al cabo de poco, el 4 de noviembre de 1940, le escribió a su esposa Use: «Estoy firmemente convencido de que, del vuelo que emprenderé en los días venideros, regresaré y lo haré coronado por el éxito».[23] A la postre, no puso en marcha definitivamente esa misión hasta mayo de 1941, después de dos intentos frustrados en fechas anteriores del mismo año. El 9 de mayo, cuando por fin completó los preparativos, le dijo a su colega Richard Walther Darré, el ministro de Agricultura, que estaba a punto de iniciar un viaje largo y no sabía cuándo regresaría.[24]

III

¿Voló Hess a Escocia por órdenes de Hitler? Un amigo de Hess, Ernst Wilhelm Bohle, jefe del Departamento de Exteriores del Partido Nazi, no tenía ninguna duda de que había sido así.[25] Para el hijo de Hess, afirmar que había volado por iniciativa propia «contradice las leyes de la lógica»; resultaba sumamente obvio que Hitler se lo había ordenado, cualquier otra posibilidad resultaba inconcebible.[26] A partir de aquí, no pocos estudiosos del vuelo se han mostrado asimismo convencidos de que Hitler lo sabía de antemano. John Costello, historiador militar autónomo, no vaciló en sostener en 1991 que Hess portaba una «oferta de paz autorizada» por Hitler.[27] Según J. Bernard Hutton (autor de varios libros sobre espionaje y subversión), «el histórico vuelo de Hess a Gran Bretaña se hizo con el pleno conocimiento y aprobación de Hitler. La aventura se estuvo debatiendo por extenso hasta que Hitler la autorizó». La «oferta de paz» que llevaba era seria, afirma el autor; y si Churchill la hubiera aceptado, la historia universal habría podido adquirir un rumbo muy distinto. Hutton tituló su capítulo sobre las primeras horas posteriores al aterrizaje de Hess en Escocia con un sonoro: «La historia pende de un hilo».[28] Sin embargo, en el prefacio reconocía que «este libro puede leerse como una obra de ficción» y no proporcionó ninguna prueba en respaldo de estas afirmaciones. Su relato de las supuestas conversaciones de

Hess con Hitler es pura invención.[29] Hutton también socavó su propia credibilidad al aseverar, en un pasaje en el que atribuye la empresa a la influencia de Karl Haushofer, que «es probable que Haushofer poseyera poderes psíquicos»; es un ejemplo más del atractivo que, en más de una ocasión, lo oculto ha ejercido sobre la imaginación paranoide.[30]

El historiador naval Peter Padfield ha llamado la atención sobre una posterior afirmación de Haushofer, que coincidió en que el vuelo de Hess había contado con la aprobación de Hitler. Pero en realidad Haushofer solo se apoyaba en cosas que había oído decir. Lo más probable es que, sencillamente, Haushofer no se imaginara siquiera que Hess pretendiera emprender una misión en solitario sin la autorización superior; la simple idea se le habría antojado demasiado extravagante. E incluso si estaba al corriente de que Hess actuaba exclusivamente por su propia iniciativa, a Haushofer, al estar tan implicado en su huida, no le faltaban incentivos para exculparse tras lo ocurrido; de ahí que sostuviera que estaba convencido de que Hess actuaba de acuerdo con los deseos de Hitler. Una vez más, regresamos al terreno de la conjetura cuando Padfield afirma que «la idea por fuerza tuvo que atraer a Hitler». En la práctica no disponemos de ninguna prueba que respalde la teoría de que, para empezar, Hitler tenía noticia de las intenciones de Hess.[31] El propio Hess nunca se apartó de su afirmación inicial de que había actuado tan solo por su propia iniciativa;[32] su esposa también insistió siempre en que el vuelo había sido idea de él, y de nadie más.[33]-Si, cuando los británicos lo interrogaron, hubiera mantenido que estaba allí por orden de Hitler, esto sin duda habría reforzado su posición; pero el hecho es que desde el principio siempre lo negó. Durante el interrogatorio del 9 de junio de 1941, el vizconde Simon le preguntó: «Dígame, por favor: ¿ha venido aquí con el conocimiento de Hitler o sin que Hitler lo supiera?». Hess contestó: «Sin que lo supiera», y añadió: «Nada de nada *(risas)*».[34]

Para solventar el problema que estas pruebas representan para la teoría de que Hitler ordenó el vuelo de Hess, algunos autores han conjeturado que Hess guardó un silencio tan tenaz porque anteriormente había acordado con Hitler que, si la misión fracasaba, él nunca admitiría que se había emprendido por orden del Führer. Ahora bien, más allá de las suposiciones, no contamos con la más mínima prueba de que en efecto sucediera así. Por otro lado, la idea de un pacto de silencio resulta sumamente poco plausible. Para empezar, Hitler le había prohibido volar porque lo consideraba demasiado peligroso. Nada sugiere que llegara a reconsiderar siquiera tal veto.[35] Más tarde, el general Karl Bodenschatz expuso que Hitler le había preguntado: «¿Cómo ha podido

ocurrir, general, que la Luftwaffe haya permitido que Hess pilote un avión cuando yo lo había prohibido expresamente?».[36] Si Hitler hubiera ordenado el vuelo, por otra parte, como mínimo habría elegido un aeródromo más próximo al lugar en el que por entonces se encontraba; el de Augsburgo, por el contrario, estaba relativamente lejos de los centros de actividad de Hitler —y precisamente esto ayuda a explicar que Hess lo eligiera—. Hess siguió convencido, hasta el final de sus días, de que Hitler era un gran hombre y el nacionalsocialismo, una gran idea. Pero no resulta creíble sostener que no solo mentía deliberadamente cuando defendía que el viaje había respondido a una iniciativa puramente personal, sino que siguió mintiendo hasta el final de sus días. Dada su devoción por Hitler, ¿por qué razón habría desaprovechado la oportunidad de mejorar la reputación póstuma del Führer destacándolo como promotor de una «misión de paz»?[37]

Todas las fuentes contemporáneas disponibles ponen de manifiesto sin lugar a dudas que el vuelo de Hess cogió a Hitler totalmente por sorpresa. Así, aunque Hutton cuenta —repitiendo palabra por palabra la versión del historiador popular alemán Wulf Schwarzwäller— que el dictador nazi recibió la noticia impasible, es un relato del todo ficticio, al igual que su reproducción (literal, en apariencia) de una conversación entre Hitler y Hess antes de que este despegara.[38] Hitler no tuvo noticia de la huida hasta que un ayudante de Hess, Karlheinz Pintsch, llegó al retiro de montaña de Hitler en Baviera —el Berghof, cerca de Berchtesgaden— avanzada la mañana del domingo 11 de mayo, provisto de una carta que Hess le había confiado poco antes de despegar con instrucciones de entregársela a Hitler en persona. Después de superar algunos obstáculos con el personal del Berghof, Pintsch logró acceder hasta el Führer y darle el sobre que contenía la carta. Albert Speer, el arquitecto de Hitler y uno de sus socios más cercanos, estaba hojeando unos esbozos cuando Pintsch se le acercó. «En ese momento Hitler bajaba de su habitación en la planta alta. Se llamó al salón a uno de los edecanes. Yo empecé a hojear mis esbozos otra vez hasta que, de pronto, oí un grito inarticulado, casi animal. Y Hitler bramó: “¡Bormann! ¡Ahora mismo!, ¿dónde está Bormann?”.»[39]

Al cabo de cierto rato, todavía según Speer, Hitler pareció al menos recobrar la compostura. Preguntó: «Y ahora, ¿quién me creerá cuando diga que Hess no ha volado hasta allí en mi nombre?». Llamó por teléfono a un as de la aviación, Ernst Udet, y tuvo el consuelo de escuchar su opinión de que el avión carecía del combustible suficiente para llegar hasta su objetivo (la carta de Hess revelaba que se trataba de Escocia) y, por lo tanto, se habría

estrellado sobre el mar. Paul Schmidt, el intérprete de Hitler, dejó escrito que este «quedó tan horrorizado como si una bomba hubiera caído en el Berghof; "¡Ojalá se caiga al mar!", le oí decir, muy enojado».[40] Hitler le dijo a Alfred Rosenberg que la lectura de la carta le había hecho sentir materialmente enfermo: el contenido le había dejado atónito.[41] Según Speer, Hitler no pudo superar nunca la «deslealtad» de su segundo y más adelante insistió incluso en que entre las condiciones para una paz con Gran Bretaña (si llegaba a producirse) figuraría la de colgar a Hess. «El Líder —escribió Joseph Goebbels en su diario, el 13 de mayo, un día después de llegar al Berghof— está totalmente destrozado. ¡Vaya espectáculo para el mundo!» Al día siguiente el ministro de Propaganda añadió que estaba «sumamente resentido. Era algo que nunca se habría podido imaginar».[42] A todos los medios de comunicación que controlaba, Goebbels les dio instrucciones de mencionar la huida lo menos posible.[43] Hans Frank, el jefe nazi del «Gobierno General» (la Polonia ocupada) le dijo a su equipo a los pocos días, después de haber asistido a la forma en que Hitler comunicaba la noticia a los líderes regionales del Partido, el 13 de mayo: «Nunca había visto al Führer tan profundamente conmocionado». Según otro testigo de la reunión, Hitler se echó a llorar.[44]

El hecho de que tantas fuentes informaran de la rabia, y posterior depresión, que Hitler manifestó cuando tuvo noticia de la huida no ha impedido que los teóricos conspiranoicos sostengan que tal reacción fue puramente teatral, con la intención de dar a entender a todo el mundo que le había pillado por sorpresa.[45] En la narración con la que James Leasor reconstruyó dramáticamente el vuelo se sugiere que «parece haber pocas dudas de que Hitler sabía que Hess intentaría hacer un papel de mediador», y cita a varios contemporáneos que eran de tal opinión. A su entender, «sin que Hitler lo supiera y consintiera, Hess nunca habría podido emprender veinte vuelos de prueba desde Augsburgo». Leasor supone que los preparativos de Hess no habrían escapado a las operaciones de vigilancia de una Gestapo omnipresente.[46] En realidad la Gestapo, según han mostrado los estudios modernos, era de hecho una organización pequeña cuya vigilancia distaba mucho de ser omnipresente; sin embargo, es cierto que en las fechas en las que Leasor escribía, el consenso historiográfico aún afirmaba lo contrario.[47] Por otro lado, Leasor considera que si Hitler no hubiera sido cómplice de la misión, sin duda habría volcado la rabia contra las personas que habían ayudado a escapar a su segundo («caben pocas dudas de que habrían sufrido un castigo severo»). Pero es que de hecho Hitler sí ordenó detener a todos los que habían ayudado a Hess a preparar la huida, empezando por sus edecanes

y haciéndolo extensivo a los Haushofer y al astrólogo de su lugarteniente; y si Hess hubiera actuado con su aprobación, no habría ordenado tal cosa. El propio Pintsch dio con sus huesos en la cárcel, aunque al final, como los otros cómplices de Hess (y muchos integrantes secundarios del séquito del propio Führer), se salvó por el hecho de que obviamente daba por sentado que su jefe había actuado por orden de Hitler.[48]

Luego está la carta que Hess dejó a su edecán para que se la entregara a Hitler una vez él hubiera despegado. En esta carta Hess expone sus motivos e intenciones, lo que sin duda no habría resultado necesario si Hitler ya hubiera tenido conocimiento previo del vuelo. Los intentos de superar este obstáculo fundamental —por ejemplo, por parte de John Harris, un profesional de la contabilidad que ha dedicado cinco libros a teorías de la conspiración sobre Hess, en colaboración entre otros con el granjero Richard Wilbourn y la maestra y autora de novelas de detectives Meirion Trow— no han dado ningún fruto.[49] Lothar Kettenacker, antiguo subdirector del Instituto Histórico Alemán de Londres, dio a entender que Hess podría haber advertido a Hitler de que pensaba marcharse a Escocia; pero se trata de una simple conjetura.[50] Como ha comentado Ian Kershaw, biógrafo de Hitler, si el líder alemán realmente hubiera querido plantear una oferta de paz a los británicos, habría elegido a una persona más versada que Hess en las relaciones exteriores, y un método de transmitirla menos arriesgado que un vuelo en solitario hasta Escocia. Y, sin lugar a dudas, no habría escogido como interlocutor a la figura marginal del duque de Hamilton. Por otro lado, Hitler era consciente de que cuando se difundiera la noticia de la huida de Hess, esto dañaría mucho la credibilidad del régimen entre el pueblo alemán, como en efecto sucedió (en la época se hizo muy popular un chiste en el que llevan a Hess ante Churchill, y el primer ministro pregunta: «Así que usted es el loco, ¿no?», a lo que Hess contesta: «¡Uy, no! ¡Yo soy solo el sustituto!»). Además, en aquel momento Hitler carecía de incentivos para tantear una posible paz con Churchill: estaba plenamente centrado en planificar la invasión de la Unión Soviética, que tanto él como sus generales confiaban en que obtendría un éxito rápido y completo. Lo último que habría deseado sería iniciar unas negociaciones diplomáticas complicadas con Gran Bretaña cuando faltaban apenas unas semanas para poner en marcha la Operación Barbarroja, la mayor invasión terrestre de la historia.[51]

Pero la falta de pruebas no ha impedido que los teóricos conspiranoicos insistan en que Hitler había ordenado a Hess volar a Escocia. En las teorías de la conspiración de tema histórico suelen ocupar un papel eminente los papeles

perdidos, documentos censurados y archivos inaccesibles; según Harris y Trow, esto «nunca desaparecerá mientras existan las carpetas selladas, las clasificaciones de "alto secreto" y la falta de transparencia oficial». En casos delicados como el vuelo de Hess, afirman, siempre hay «multitud de ocasiones para que se "pierda" toda clase de pruebas vitales». Aun cuando conceden que «en gran medida resulta estéril conjeturar sobre qué falta exactamente», para los autores sigue siendo probable, por ejemplo, que se haya eliminado correspondencia crucial de los archivos de los Haushofer. Se lamentan de no poder acceder a los archivos oficiales con «pruebas vitales sobre el archivo de guerra del jefe de la Cruz Roja de Ginebra, Karl Burckhardt, quien sin duda contribuyó a llevar a Hess a Gran Bretaña». Por descontado, apunta Harris, lo más probable es que estos documentos perdidos, si aparecieran, revelaran la verdad.[52] Pero tal correspondencia nunca ha aparecido. Este tipo de conjeturas son habituales en los escritos de los teóricos conspiranoicos. Padfield afirma incluso que «existen pruebas constatadas de que se han eliminado documentos que habían figurado en los archivos»; pero, por supuesto, no es verdad.[53] El «secretismo» oficial, se quejan Harris y Trow, «ha puesto muchas trabas a la investigación» que pretendían completar.[54] «Los detalles quizá no se lleguen a conocer nunca», reconoce Padfield; y entonces, en ausencia de «los detalles», se recurre a la imaginación. Pero se trata de simples especulaciones, conjeturas sin fundamento. En el caso de la conspiración del incendio del Reichstag, supuestamente han desaparecido testigos cruciales, y en el caso de la huida de Hess a Escocia, se trata de documentos esenciales; pero la mentalidad conspiranoica que subyace a ambas conjeturas es en lo esencial la misma. En los dos casos se nos da a entender que se los ha ocultado deliberadamente —o lo que es aún más probable: eliminado— con el fin de que la posteridad no averigüe la verdad.

Aparte de afirmar que la verdad está enterrada en documentos perdidos, los teóricos de las conspiraciones también aluden a menudo a fuentes genuinas a las que les otorgan un peso muy superior al que en verdad son capaces de soportar. Juntan los puntos entre fragmentos de evidencia histórica para crear un panorama que no resulta en absoluto plausible. Padfield acierta a señalar, por ejemplo, que hubo contactos entre las personas que él supone que participaron en la conspiración que llevó a Hess a Inglaterra.[55] Pero ¿acaso enumerar a esas personas equivale a demostrar que tal conspiración existiera? La culpa por asociación no puede sustituir a las pruebas documentales de un complot verdadero. Con frecuencia se cita un ejemplo que deberá bastar para ejemplificar qué implicaban de hecho los puntos de

contacto enumerados por Padfield. Los diarios del diplomático alemán Ulrich von Hassell recogen que Albrecht Haushofer se marchó a Ginebra a ver a Carl J. Burckhardt (por escribir aquí su nombre correctamente). Burckhardt le dijo luego a la esposa de Hassell que los británicos aún querían firmar la paz con Alemania, aunque no lo harían mientras Hitler siguiera al mando. Y el mes de enero anterior, el propio Hassell había conversado sobre esta posibilidad con Burckhardt, quien había afirmado estar convencido de que «en el gabinete británico impera un sentimiento favorable» a la cuestión de una paz con Alemania.[56]

Nada de todo esto tenía nada que ver con Hess, a quien los diarios de Hassell no mencionan ni una sola vez en este contexto. De hecho, lo anterior se explica en relación con el movimiento de la resistencia alemana, del que Hassell formaba parte, al igual que Albrecht Haushofer. Ambos participaron en la organización del atentado que no logró acabar con Hitler el 20 de julio de 1944; a los dos se los detuvo y ejecutó, aunque en el caso de Haushofer la ejecución se demoró hasta las postrimerías de la guerra. Hassell se acercó a Burckhardt porque la resistencia estaba intentando encontrar alguna forma de poner fin a la guerra, incluida la búsqueda —persistente, pero infructuosa— de interlocutores entre la clase dirigente británica. Cuando Burckhardt sostiene que había miembros del gabinete de guerra británico partidarios de suscribir una paz específica con Alemania, por descontado, simplemente se dejaba llevar por el deseo. De la misma manera, cuando Harris y Trow sostienen que el vuelo de Hess se organizó para contactar con los eventuales negociadores tampoco van más allá de la conjetura (en su narración abundan las referencias del tipo «creo que», «es probable que», «una fuente sólida afirma que», etcétera). El hecho es que Hassell, cuando tuvo noticia de que el lugarteniente del líder nazi había aterrizado en Escocia, escribió en su diario:

> La huida de Hess ha acabado con las posibilidades de promover nuestra causa por medio de Haushofer. De aquí a unas pocas semanas iba a visitar otra vez a Burckhardt, que por su parte y entre tanto se habría puesto en contacto otra vez con los británicos. A partir de aquí habríamos utilizado las pruebas acumuladas para un buen fin. Pero ahora resulta imposible, con Haushofer detenido.[57]

En otras palabras: no hay el menor indicio de que Burckhardt estuviera al corriente de que Hess pretendía marcharse a Escocia. Las pruebas —sugieren Harris y Trow— yacen «quizá enterradas en una polvorienta cámara acorazada del Foreign Office en Whitehall, o quizá han desaparecido hace ya

mucho en alguna incineradora del Servicio Civil».[58] Por lo menos utilizan la palabra «quizá».

La biografía más exhaustiva y ponderada de Rudolf Hess —la de Kurt Pätzold y Manfred Weissbecker— despacha con decisión las teorías que se basan tanto en conjeturas no demostradas sobre personas que conocían a Hess (por ejemplo, Albrecht Haushofer) como en interpretaciones erróneas de documentos (tales como los diarios de Hassell) o especulaciones, rumores y también las declaraciones de personas que ocupaban cargos de confianza de Hess; a estos ayudantes, cuando la Gestapo los detuvo y sometió a interrogatorio, no les interesaba lo más mínimo admitir que su jefe hubiera actuado sin la aprobación previa de Hitler.[59] Aparte de estos elementos, es habitual que los teóricos conspiranoicos se citen mutuamente como autoridad de referencia. Así, Harris y Trow afirman que «el historiador Peter Padfield ha demostrado» la «gran probabilidad» de que Hitler estuviera enterado de las intenciones de Hess.[60] Por su parte, Padfield ensalza el «soberbio» trabajo de Harris, que considera «muy superior al relato del propio Hess sobre el vuelo».[61] Los teóricos de las conspiraciones tienden a autorizarse mutuamente porque consideran que los historiadores rigurosos son «oficiales» o «tradicionales» y esto exime a aquellos —o eso creen— de prestar atención a los estudios que estos han dedicado a la huida de Hess. Pero para que la teoría resulte de veras convincente, es necesario enfrentarse a la investigación historiográfica por sí misma y lidiar con las pruebas documentales de las que en efecto disponemos.

Todas estas teorías conspirativas se basan en el supuesto de partida de que Hess —al igual que Van der Lubbe— no podía haber actuado en solitario. Para la imaginación paranoide, esto es sencillamente inaceptable: tal clase de personas sin duda tuvo que formar parte de un complot secreto y más numeroso que los incluyó, o quizá hasta los utilizó. Si el argumento de que Hitler estaba al corriente del vuelo de Hess no se sostiene en pie, entonces tuvo que ser alguna otra figura de la jerarquía nazi. Por supuesto, algunas personas sí tuvieron que estar al tanto de los preparativos de Hess, o no los habría podido llevar a cabo; fue el caso de su edecán Karlheinz Pintsch, que conocía sus intenciones desde enero de 1941, pero las mantuvo en secreto.[62] Ahora bien, ¿hubo otros? Según el omnipresente Edouard Calic, la huida de Hess la organizó Reinhard Heydrich sin el conocimiento de Hitler, a pesar de que no se comprende cuáles habrían podido ser los motivos de Heydrich.[63] El avión de combate usado por Hess, el Me110, de ningún modo podría haber cargado con el combustible suficiente para un viaje tan largo, sostenía el

autor; por lo tanto, debía haberse detenido para repostar, o haber transbordado a otro avión en las costas de Francia o Bélgica, lo que habría requerido de la colaboración de la Luftwaffe. Sin embargo, las marcas identificativas del aparato estrellado eran las mismas que las fotografiadas en el avión que despegó desde Augsburgo. Lo que es más importante: hay pruebas innegables de que el avión de Hess estaba pertrechado con tanques de combustible auxiliares y con ellos era ciertamente capaz de volar desde Augsburgo hasta Escocia sin necesidad de pararse a repostar. Tampoco hay ningún misterio en el hecho de que durante el trayecto por territorio alemán no se lo interceptara: el Me110 se reconocía fácilmente como un avión alemán y, por lo tanto, no despertaba sospechas, como demuestra asimismo la reacción de los dos submarinos con los que se encontró en la travesía del mar del Norte.[64] Por último, no existe ni el menor atisbo de indicios que apoyen la afirmación surrealista de que Heydrich acompañó a Hess en la travesía de Alemania pilotando su propio avión.[65]

IV

Las teorías de la conspiración sobre la huida de Hess se han vuelto más numerosas y diversas con el paso de los años.[66] Empezaron a surgir poco después del aterrizaje. El primero en dar el paso fue el doctor James Vincent Murphy, quien a las pocas semanas del vuelo publicó un panfleto de 48 páginas titulado *Who Sent Rudolph Hess?* [«¿Quién envió a Rudolf Hess?»]. Murphy era un periodista y traductor irlandés (y sacerdote católico, no practicante) que estuvo residiendo en Berlín desde 1929.[67] Después de marcharse al Reino Unido durante la Depresión, en 1934 dio a conocer un breve estudio biográfico, *Adolf Hitler: The Drama of His Career* [«Adolf Hitler. El drama de su carrera»], redactado a petición de la casa editora Chapman & Hall. Este libro pretendía explicar a los lectores ingleses la forma en la que Hitler había llegado al poder, en un momento en el que el líder alemán aún no era especialmente conocido en las islas británicas. El veredicto del autor sobre Hitler era relativamente favorable. Según reconocía Murphy:

> En este libro no se atiende a lo que podríamos calificar de «aspectos negativos» de los logros de Hitler. Y esto por dos razones: primero porque los opositores al régimen de Hitler ya han publicado muchas obras en lengua inglesa; y en segundo lugar porque la crítica negativa

es un obstáculo, y no una ayuda, a la hora de comprender un movimiento histórico.[68]

Pese a todo, Murphy hacía algunas concesiones a los críticos. El nacionalsocialismo alemán había cometido los «excesos iniciales» de un «matonismo criminal e incluso oficial» que, si seguía la estela del fascismo italiano, bien podían desaparecer cuando el gobierno de Hitler se hubiera consolidado. «Solo el futuro nos lo dirá.»[69]

En general, sin embargo, Murphy elogiaba los «logros positivos» de los nazis y afirmaba que habían llegado al poder con un ingente respaldo del pueblo alemán. Las medidas antisemitas de los nazis le parecían no solo explicables, sino justificadas. Los judíos eran «asiáticos astutos» (se trata de una categorización brutalmente racista y contraria a la realidad, puesto que entre los judíos alemanes abundaba una gran aculturación).[70] Los judíos dominaban «el comercio y la industria de Alemania» (salvo el acero y el carbón, que, según afirmaba Murphy erróneamente, eran ante todo de propiedad estatal), mientras que «la dirección principal de la gran banca pública ha sido hasta el momento prácticamente un monopolio judío» (estas cifras son exageraciones desmedidas; la élite económica germano-judía no solo era muy reducida, sino que en ella había divisiones muy profundas por razones políticas y religiosas). Esto significaba que «menos del 1 % de la población alemana, formada por un grupo de personas extrañas por raza y tradición, posee una voz muy poderosa, casi decisiva, en los asuntos financieros y comerciales del país». A su entender ocurría lo mismo con las profesiones académicas, la literatura, la cultura y las artes. Murphy también se hizo eco de la afirmación nazi según la cual el socialismo y el comunismo, al igual que la República de Weimar, eran una creación judía, aunque se le pasó por alto la contradicción con la aseveración simultánea de que también el capitalismo alemán estaba dominado por los judíos.[71]

Como era de prever, las reseñas del libro en el Reino Unido calificaban a Murphy de «hitleriano fervoroso» y le afeaban que hubiera aceptado la propaganda nazi, en particular en relación con los judíos.[72] Pero no todas las reacciones fueron negativas, en especial en la propia Alemania. El Ministerio de Propaganda germánico, impresionado por el libro, y consciente de los antecedentes de Murphy como traductor de textos alemanes, le ofreció encargarse de versiones inglesas de los discursos de Hitler y lo invitó a Berlín. Como el irlandés no tardó en criticar otras traducciones de la propaganda nazi, incluida una versión abreviada de *Mein Kampf* publicada en inglés algunos años antes, el Ministerio de Propaganda le encomendó realizar

una traducción completa. Como el tiempo apremiaba, Murphy buscó la colaboración de la joven Grete Lorke, a la que había conocido en casa de un tercero. Esta alemana había completado un intercambio estudiantil en Estados Unidos, en Madison (Wisconsin), y admiraba el trabajo de Murphy. Pero por una casualidad asombrosa también era miembro de Orquesta Roja, un círculo de la resistencia comunista y, entre otras cosas, era de hecho una agente soviética. Lorke había convencido a sus superiores de que una buena traducción inglesa del libro de Hitler ayudaría a alertar al mundo de la amenaza que representaba.[73]

Lorke descubrió que el irlandés tenía un problema grave con la bebida, lo que le daba la oportunidad de llenar los vacíos de su traducción sin que Murphy le diera especial importancia. De esta manera logró insertar sintagmas y expresiones que hacían hincapié en el carácter vulgar y agitador del original, que a su entender había quedado moderado por la versión netamente más literaria de Murphy.[74] Llegados a este punto, sin embargo, las cosas empezaron a torcerse mucho. El irlandés tuvo que cesar en su puesto del Ministerio de Propaganda después de negarse a traducir pasajes de los discursos hitlerianos que atacaban personalmente a políticos británicos como, por ejemplo, el secretario de Exteriores, Anthony Eden. Como réplica, el ministerio repudió la traducción de *Mein Kampf* y se incautó de los borradores. Este, que temía por su vida, se marchó a Londres. Además, se había quedado sin dinero. La versión de *Mein Kampf* le ofrecía una salida, pero los borradores de su trabajo seguían en Berlín y el irlandés sentía un justificado temor a la idea de regresar. En su lugar fue su esposa, Mary. Por suerte para la pareja, el exsecretario de Murphy en Berlín aún disponía de una copia manuscrita y Mary Murphy consiguió volver a Gran Bretaña con el borrador en la maleta. El 20 de marzo de 1939, Hurst & Blackett publicó la traducción. Por desgracia para el irlandés, por entonces —cinco días después de que Alemania hubiera invadido Checoslovaquia— la opinión pública se había vuelto decididamente en contra de Hitler, y los reseñistas denunciaron de forma unánime que el prefacio del traductor era escandalosamente «prohitleriano».[75]

Este, en suma, era el hombre que publicó en primer lugar una teoría conspirativa sobre la huida de Hess. La reacción inicial de Murphy al vuelo de Hess, en un artículo publicado por el periódico *Daily Sketch* el 14 de mayo de 1941, fue afirmar que Hess había escapado de Alemania por su propia voluntad, como «protesta por las desastrosas consecuencias de la influencia de Ribbentrop sobre Hitler»; a su modo de ver, el ministro de Exteriores nazi,

Joachim von Ribbentrop, estaba empujando en contra de Gran Bretaña al dictador alemán, violentando con ello la inclinación natural de Hitler.[76] A las pocas semanas, Murphy reconsideró de nuevo la cuestión en un opúsculo de la casa Hutchinson, el ya citado *Who Sent Rudolf Hess*? En la portada, de colores estridentes, los editores anunciaban en negrita que «el autor ha sido, durante cuatro años (1934-1938), empleado del Ministerio de Propaganda alemán en Berlín. Sabe cómo funciona por dentro la maquinaria nazi y conoce a las personas que la controlan». En un prefacio fechado el 8 de junio de 1941, Murphy indica: «Este librito ya estaba en prensa cuando los nazis pusieron en marcha la iniciativa de paz que el advenimiento de Rudolf Hess nos ha anunciado», y añade: «Por el momento no se puede saber si se consolidará o no».[77] Hitler, por descontado, no había puesto en marcha ninguna «iniciativa de paz»; por entonces estaba plenamente concentrado en los preparativos de la invasión de la Unión Soviética, que se produjo el 22 de junio.

En su opúsculo Murphy dio por sentados cierto número de supuestos que reaparecieron en buena parte de la posterior bibliografía conspiranoica. Entre ellos «el hecho de que la melodramática aparición de Hess en Escocia se hiciera coincidir en el tiempo con la masiva incursión aérea contra Londres» de los bombarderos alemanes, como un acto de «agresión psicológica». Murphy sugirió que, con ello, «el grupo que está detrás de Hess» en Alemania tenía la intención de hacer que la opinión pública británica fuera más favorable a su «iniciativa de paz». El irlandés sostuvo asimismo que hacía ya mucho tiempo que Hess había organizado el programa por el que los nazis penetraban en otros países fomentando los «Quisling» y los «quintacolumnistas», en otras palabras: los simpatizantes del nazismo.[78] De hecho, era el propio Rudolf Hess (según su hermano Alfred, continuaba diciendo Murphy) quien había escrito las secciones de *Mein Kampf* que se ocupaban de la propaganda, de la necesidad de ampliar el *Lebensraum* («espacio vital») que dio pie a la conquista de la Europa oriental, y del imperio británico; pero no consta ninguna prueba directa en apoyo de este punto de vista.[79] Después de la Noche de los Cristales Rotos, Hess había dado a conocer un llamamiento a favor de un movimiento pacífico que integrarían exmilitares de todo el mundo, y Murphy lo había traducido a petición del lugarteniente de Hitler. Al volver la mirada atrás, el irlandés lo consideró un «ardid propagandístico» cuyo objetivo era que Hitler ganara tiempo para rearmarse y recuperar el prestigio internacional que había perdido al dirigir el asesinato de tantos de sus rivales políticos.[80]

Hess había participado en todo esto —mantenía Murphy— a través de la Sección Exterior del Partido Nazi, que él había creado y que encabezaba Ernst Wilhelm Bohle, con quien el irlandés había colaborado estrechamente.[81] Murphy aún atribuía la huida de Hess a la supuesta querella existente entre este y el ministro de Exteriores, Ribbentrop, con respecto a quién debía dirigir la política exterior nazi a las órdenes de Hitler. Pero había revisado su opinión hasta el punto de que lo consideraba responsable tan solo «en parte» de la escapada. Para Murphy, Ribbentrop era «el Svengali que practica el arte de la sugestión posthipnótica sobre el sonámbulo de Berchtesgaden» (en referencia a una famosa declaración de Hitler, según la cual avanzaba hacia su destino con la seguridad de quien camina en sueños). «Ahora —añadía Murphy— la mayoría de las decisiones de Hitler sobre la guerra tienen su origen en Ribbentrop.»[82] Ribbentrop tenía un sentimiento profundamente antibritánico, esto es cierto; pero atribuirle tanta influencia era a todas luces una exageración. En cambio, Murphy no acertaba poco al creer que los jefes de las fuerzas armadas alemanas se habían sentido sumamente incómodos con la celeridad con la que Hitler impulsaba la guerra. Por lo que había podido conversar con Werner von Fritsch, comandante en jefe del Ejército de Tierra, Murphy había llegado a la convicción de que los líderes de las fuerzas armadas alemanas, al igual que el sector de los grandes negocios, preveían que la próxima guerra sería «una orgía de destrucción sin propósito». El bombardeo masivo de las ciudades no iba a «comportar resultados militares decisivos» y en la contienda, la casta militar aristocrática perdería su posición de privilegio en beneficio de los «gánsteres» nazis.[83]

Desde el punto de vista de Murphy, Hess era un patriota alemán, sincero y «dotado de una gran dosis de sentido común». Su socio Bohle consideraba que Ribbentrop erraba al afirmar que sus «amigos» proalemanes de los círculos aristocráticos de Gran Bretaña «no eran representativos de la opinión pública británica». A pesar del escepticismo de Ribbentrop, los líderes nazis aún destacaban su capacidad de influencia. «¿Creen los nazis que la política de contemporización […] todavía goza de un respaldo influyente entre la opinión pública británica?» Murphy seguía con otras preguntas: «Sin duda es así. ¿Creen que las victorias militares bastarán para que la guerra caiga del lado de Alemania? Algunos nazis sí, pero otros no. Los que piensan que no, esos son los responsables de que Hess haya emprendido la misión británica». El ataque aéreo contra Londres, durante la misma noche de la huida de Hess, ponía de manifiesto que Hermann Göring, jefe de la Luftwaffe, también se contaba entre ellos. Tanto la incursión como el vuelo «formaban parte de unas

medidas que se han elaborado con varios meses de previsión. Se ha optado por un método dramático, muy acorde con el estilo wagneriano de Hitler. Ha sido el primer paso en una nueva ofensiva de paz que, sin lugar a dudas, contaba con la participación de Hitler». El objetivo de la ofensiva de paz era atajar la creciente oposición interna a la continuación de la guerra, que con seguridad habría abocado a una ruptura del Partido Nazi que habían creado entre Hitler y Hess.[84]

Sin embargo —continuaba diciendo Murphy—, era importante recordar que la citada «ofensiva de paz que el advenimiento de Rudolf Hess nos ha anunciado» era una «asociación dirigida a expandirse por el mundo» a partir de las actividades subversivas de la Sección Exterior del lugarteniente del Führer en el Partido Nazi. «Durante un tiempo» quizá «reemplace» las campañas terrestres, navales y aéreas contra Gran Bretaña, pero solo con la idea «de que por medio de la infiltración psicológica, política y económica prepararán el terreno para una ofensiva militar definitiva que convertirá a los nazis en los señores del mundo. Esa es la meta —concluía Murphy— de todos los planes de paz que en este momento se ponen sobre la mesa».[85] A este respecto, sin duda Murphy estaba en lo cierto: toda paz bilateral con los alemanes solo serviría para posponer la reducción de Gran Bretaña a la condición de Estado cliente de los nazis; no preservaría su independencia, la economía ni el control de un imperio global. En estos pasajes no hay signos de ninguna simpatía por Hitler y el Tercer Reich; más bien al contrario. El panfleto de Murphy tenía la clara intención de funcionar como advertencia frente a todo intento de suscribir una paz bilateral con Alemania.

No obstante, su teoría conspirativa era una suma de puras conjeturas. Como hemos visto, las pruebas contradicen la suposición de que Hitler estaba al tanto del vuelo de Hess, y lo mismo cabe afirmar de otras figuras de la jerarquía nazi, como por ejemplo Göring, a quien la noticia del aterrizaje del lugarteniente del Führer cogió tan por sorpresa como a todos los demás (al parecer, Murphy desconocía la declaración oficial según la cual Hess era un demente que había actuado por su propia iniciativa, sin que nadie más lo supiera entre la jerarquía nazi). La coincidencia del bombardeo de Londres con la fecha —pero no la hora— del vuelo de Hess era sencillamente eso: una coincidencia. En las teorías conspirativas es habitual que se entienda, por el contrario, que las coincidencias no se producen, sino que se planean. Quizá porque conocía en persona a miembros del entorno de Hess, como Bohle, Murphy exageró sobremanera la magnitud del poder y la influencia del lugarteniente en el momento en que se subió al avión (y, de hecho, desde

hacía tiempo). La oposición de los generales alemanes a la atrevida política militar de Hitler ya se había evaporado en 1941, después de que, el año anterior, las fuerzas armadas del país hubieran obtenido unas victorias asombrosas en el Frente Occidental. Murphy era de la opinión de que, a tenor como mínimo de la creciente implicación de Estados Unidos en el bando aliado, los líderes nazis se habían convencido de que nunca podrían ganar la guerra, y por eso habían emprendido la supuesta «iniciativa de paz» con Gran Bretaña; pero en esto también se equivocaba. La teoría murphiana de que el vuelo de Hess formaba parte de un complot forjado en secreto por la jefatura nazi convenció a pocas personas ya en 1941 y no ha resistido mejor la prueba del tiempo.

V

La teoría de Murphy desapareció de la escena casi tan pronto como se había formulado, pero otras han sido más influyentes y perdurables. Así ha ocurrido en particular con las teorías conspirativas que emanaron del Kremlin, donde Stalin albergaba desde tiempo atrás sospechas sobre las intenciones de Gran Bretaña. Los británicos eran capitalistas, como los alemanes; luego era evidente, a su entender, que a los dos les interesaba firmar una paz bilateral. Desde una fase inicial de la guerra, el movimiento comunista internacional, que actuaba a las órdenes de Stalin, había desdeñado la guerra como una disputa entre dos naciones capitalistas, en la que el comunismo internacional debía mantenerse neutral. A partir de la derrota de Francia, en junio de 1940, la orientación cambió: Stalin instó a que se formara en Gran Bretaña un «gobierno popular» que continuara batallando contra el fascismo.[86] Pero toda clase de actuación dirigida a una paz bilateral entre Gran Bretaña y Alemania sería una demostración —dada la mentalidad suspicaz de Stalin— de que las naciones capitalistas tenían un plan conjunto para volverse contra la Unión Soviética; por lo tanto, había que impedir esa eventualidad.

Tales eran las consideraciones que determinaron la reacción del comunismo internacional ante la huida de Hess. Algunas figuras destacadas del Partido Comunista de Gran Bretaña, en particular Harry Pollitt, se apresuraron a publicar que Hamilton conocía bien a Hess y era simpatizante de los nazis. El ministro de Producción Aérea, Max Beaverbrook, se mostró partidario de esta opinión cuando le dijo al embajador soviético, poco después del vuelo: «Bueno, Hess, está claro, es el emisario de Hitler». Pero las pruebas que adujo en respaldo de esta teoría distaban de ser convincentes:

afirmó (falsamente) que Hamilton era un Quisling, integrante de un «partido de la paz» que deseaba acceder a la indudable (en realidad, inexistente) voluntad de Hitler de acordar la paz con el Reino Unido.[87] Cuando *World News*, el órgano de prensa del Partido Comunista británico, acusó a Hamilton de ser un Quisling, el duque denunció al semanario por difamación y, como este no pudo aportar ninguna prueba de la vinculación de Hamilton con el nazismo, los demandados tuvieron que retirar la acusación e imprimir sus disculpas.[88] No por ello los comunistas dejaron de sospechar. La invasión alemana de la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, llevó a Stalin a afirmar que los británicos se habían conchabado con los alemanes y que Hess había volado a Escocia con la connivencia británica, pues, de no ser así, ¿cómo no se lo había ejecutado al momento, o por lo menos juzgado?

Pravda («Verdad»), el periódico del partido soviético, no vaciló en afirmar el 19 de octubre de 1942 que también se había enviado a Londres a la esposa de Hess, para que la pareja se pudiera reunir, otro indicio de que Hess representaba en efecto al gobierno nazi en Gran Bretaña. A los pocos días, como demostración, *Pravda* imprimió una fotografía de la esposa tocando el piano en Londres; en realidad, se trataba de Myra Hess, una popular concertista británica de la época que carecía de cualquier relación con ninguno de los implicados.[89] Stalin no se dejó amedrentar y repitió la sugerencia delante del propio Churchill, en una cena en el Kremlin, el 18 de octubre de 1944; aunque el primer ministro británico había expuesto detalladamente el asunto, Stalin levantó la copa para brindar por el servicio de inteligencia británico, que había «embaucado a Hess para que fuera a Gran Bretaña».[90] La teoría volvió a la palestra en 1991, cuando el servicio de inteligencia soviético planteó que Hess se había dirigido a Gran Bretaña atraído por cartas falsas del MI5; pero por un lado, la afirmación se basaba en la información del espía soviético Kim Philby, conocido por sus mentiras; y por otro lado Philby nunca hizo referencia a tal cosa en público, ni siquiera en sus memorias. En cuanto a la declaración que el edecán de Hess, Karlheinz Pintsch, hizo ante las autoridades soviéticas después de la guerra, cuando era prisionero de la URSS, tan solo refleja la tendencia típica de los interrogatorios soviéticos a obligar al preso a decir lo que la policía secreta quería que dijera.[91] En todo caso, un complot del servicio secreto británico con el fin de atraer a Hess a Escocia habría representado una pérdida de tiempo tan evidente como lo fue la escapada en sí. Por último, la teoría de Padfield (adelantada ya por Murphy, como hemos visto) según la cual la potente incursión aérea que atacó Londres el 10 de mayo de 1941 tenía la

finalidad de desviar la atención de la RAF para que no se fijara en el vuelo de Hess, más al norte, omite un hecho muy relevante: el asalto aéreo se inició cuando Hess ya sobrevolaba territorio británico.[92]

Aun así, es necesario explicar por qué el avión de Hess no fue interceptado ni derribado por la RAF cuando se adentró en el espacio aéreo británico. ¿Acaso no resulta sumamente sospechoso? Tiene que ser la prueba de que, en posiciones de relieve de la clase dirigente británica, había personas que estaban al corriente del vuelo y dieron la orden de que se permitiera aterrizar al avión. Por desgracia para esta teoría, nunca se ha constatado que nadie diera a la RAF tales instrucciones de autorizar el paso libre de Hess por el espacio aéreo del país. En cambio, sí se emitieron órdenes de derribar el avión, según confirmaron, ya concluida la guerra, varios de los pilotos implicados. El hecho —que John Costello menciona—[93] de que se indicara a las baterías antiaéreas que no abrieran fuego contra el avión que se adentraba y atravesaba el espacio aéreo nacional no demuestra que hubiera una conspiración, sino tan solo que la RAF tenía conocimiento de que se habían enviado cazas a interceptarlo; en estos casos, la práctica habitual era evitar el uso de los antiaéreos para que los perseguidores no recibieran de forma accidental el fuego de tierra.[94]

Aunque en su largo vuelo sobre el mar del Norte Hess hizo lo posible por que los radares británicos no lo detectaran, su presencia no pasó inadvertida a la Real Fuerza Aérea, que había desplegado una cadena de veintidós bases de radares a lo largo de la costa oriental. Los aparatos británicos llevaban a bordo un instrumento que permitía identificarlos como parte del propio bando; de modo que cuando a las 22:08 de la noche del 10 de mayo de 1941 el Messerschmitt de Hess apareció como un punto parpadeante en la pantalla de los radares de Ottercops Moss, al norte de Newcastle, se supo que se trataba de un avión enemigo. En este momento Hess había dejado de volar adelante y atrás a la espera de que se hiciera oscuro y había iniciado el último tramo de su viaje. La primera detección se comunicó a la sala central de operaciones, situada en Buckinghamshire, y pronto le siguieron tres más. Se constató que se trataba de un único avión. En Northumberland había bastantes menos bases de cazas que en los condados de más al sur, pero aun así se transmitió la orden de atacar; en concreto a dos Spitfire que sobrevolaban las islas Farne, pero no consiguieron entablar contacto visual. A las 22:20 despegó otro Spitfire de la base del Escuadrón 72, en Acklington. El piloto, el sargento Maurice Pocock, subió hasta los 15 000 pies, la altura indicada por

los operadores del radar, pero tampoco logró dar con el Messerschmitt y volvió a la base.

Hess pudo evitar que lo detectaran de nuevo porque había observado una capa neblinosa por debajo de su altura de vuelo, y descendió tanto que los Spitfire no podían verlo desde su posición; de hecho, alcanzó una altura tan baja que un puesto del Real Cuerpo de Observadores le oyó pasar por encima. Otro puesto, el de Chatton, en Northumberland, avistó la silueta e identificó al aparato correctamente como un «Me110 a cincuenta pies». Mientras Hess continuaba avanzando, casi al ras de las copas de los árboles, toda una serie de puestos de observación comunicó haber visto un Me110 que volaba a baja altura y gran velocidad (unos 475-500 kilómetros por hora). Sin embargo, nadie podía explicarse cómo un único avión alemán de esta clase podía estar sobrevolando aquella zona, en particular porque se sabía que el Me110 no llevaba combustible suficiente para el trayecto de regreso hasta Alemania. Sin duda, debía tratarse de algún error. Aun así, se ordenó que un Defiant, un caza nocturno biplaza, lo investigara. El Defiant fue en pos de Hess, que había ascendido de nuevo y viraba hacia el interior después de alcanzar la costa occidental. Pero era un avión más lento, en comparación con los monoplazas, y no tenía cañones delanteros, sino armamento de torreta. Cuando detectó el avión de Hess, desde lejos, este ya había iniciado el tramo final hacia Dungavel y se preparaba para lanzarse en paracaídas. No hubo tiempo de detenerle y el Messerschmitt se estrelló antes de que pudieran atraparlo.[95]

Un aspecto más fundamental es que, en todo caso, está claro que de las dos teorías conspirativas planteadas por los rusos, la primera —según la cual en Gran Bretaña había un «bando pacifista» que había emprendido negociaciones serias con Hess— siempre fue difícil de mantener. Para empezar, ningún «comité de bienvenida» acogió a Hess a su llegada; ni siquiera Hamilton estaba allí para saludarle. Aunque el alemán se tiró en paracaídas, en vez de aterrizar en el aeródromo al que se dirigía, no se conoce ninguna prueba de que nadie andara buscándolo en Escocia ni en ningún otro lugar. Según Alfred Smith, otro teórico de las conspiraciones, «el sector pacifista incluía a representantes de la realeza, de la aristocracia terrateniente, de los intereses financieros y empresariales, y miembros del gabinete gubernamental».[96] Hay que llevar la credulidad hasta un punto inimaginable para pensar que un grupo tan relevante de políticos y funcionarios de Gran Bretaña —ya fueran netamente pronazis, se opusieran a la guerra o prefirieran recuperar la apuesta por la contemporización— habría podido emprender una conjura tan ramificada sin que ni uno solo de ellos admitiera nunca su

existencia, ni entonces ni más tarde. La idea es tan poco plausible que hasta algunos autores claramente conspiranoicos la han descartado. Peter Padfield, por ejemplo, comenta que a pesar de que entre la clase dirigente británica había personas con alguno de esos puntos de vista arriba indicados,

> no ha aparecido ninguna prueba de que existiera un grupo coherente que hubiera desarrollado planes para derribar a Churchill y trabado contacto con Hess. Si existe tal prueba en los archivos de «Hess» o las «tentativas de paz», sellados hasta 2017, resulta extraño que los antiguos miembros del Foreign Office responsables del caso de Hess no la recuerden. La llegada de Hess causó tal sensación [que] no es probable que las causas precedentes hayan caído en el olvido de quienes por fuerza las habrían conocido, si se hubiera hecho mención de ellas en los archivos oficiales.[97]

La simple imposibilidad de que tantas personas, desde Hamilton a los operadores de los radares de la RAF, desde los políticos a los funcionarios, mantuvieran el asunto tan en secreto que ninguna prueba haya visto nunca la luz del día, ha convencido a la mayoría de los estudiosos de que la idea de que un «bando pacifista» invitó a Hess al Reino Unido es una vía muerta. Tampoco existe ninguna prueba de que en 1941 hubiera un complot para expulsar a Churchill, cuya posición como primer ministro, en aquel momento, era del todo inexpugnable.

Como ciertamente no hay pruebas de que un grupo organizado conspirase para derrocar a Churchill y firmar una paz bilateral con Alemania, diversos autores han concluido que la idea de la existencia de un sector pacifista la divulgaron los servicios secretos británicos con la intención de atraer a Hess a Gran Bretaña, a cuenta de este pretexto falso.[98] Pero su relato va poco más allá de la mera conjetura. En algún caso se ha intentado persuadir a los lectores enumerando como integrantes de la conjura a personas que se hicieron famosas después de la guerra; es el caso de Ian Fleming, quien más adelante crearía el personaje literario del agente secreto James Bond. No es coincidencia que Harris y Trow, que defienden el papel de Fleming, atribuyan la conexión a «Donald McCormick, que falleció el año pasado […] y tenía acceso a información que seguía estando clasificada o hacía tiempo que había acabado en la incineradora».[99] «El rastro documental que no sin razón reclaman los historiadores no se ha localizado», reconocen los autores; Harris y Trow afirman que los implicados «se han llevado sus secretos a la tumba», pero esto no resulta plausible. El entramado de coincidencias y conexiones

que ofrecen no puede reemplazar sin más a las pruebas reales; tampoco los «quizá» o los «podría ser».[100] De un modo similar, Alfred Smith otorgó especial importancia a la supuesta retención de documentos cruciales por parte de las autoridades británicas, con la intención de justificar que sus teorías conspirativas carecieran de respaldo documental.[101] Pero dado que el vuelo de Hess concluyó en un fracaso, ¿qué utilidad habría tenido seguir manteniendo el secreto de la implicación británica aun muchas décadas después de que la guerra hubiera concluido?

En 1994, el periodista de investigación Louis C. Kilzer —que, galardonado en dos ocasiones con el Premio Pulitzer, había denunciado anteriormente diversas teorías de la conspiración del Estados Unidos contemporáneo— planteó una variante de la teoría del «falso bando pacifista» en su libro sobre «El engaño de Churchill: el oscuro secreto que destruyó la Alemania nazi».[102] Kilzer alegaba que el primer ministro, de forma deliberada, había animado a Hitler a creer que estaba a punto de firmar una paz bilateral con Alemania, para que se lanzara confiadamente a la invasión de la Unión Soviética, ante la expectativa de que Gran Bretaña no tardaría en quedar fuera de la guerra. Las autoridades británicas, supuestamente, utilizaron esta «conspiración del sector pacifista» para engañar a Hitler y que este enviara a Hess a Escocia el 10 de mayo de 1941, cuando faltaba poco más de un mes para iniciar la Operación Barbarroja contra la Unión Soviética. Por desgracia, las pruebas que Kilzer aporta en apoyo de que Churchill hubiera orquestado tal complot son tan frágiles y poco convincentes como las que presenta sobre la supuesta autorización de Hitler para el vuelo de Hess.[103]

El argumento del «falso sector pacifista» inventado por el MI5 lo retoman otros teóricos conspiranoicos que se han ocupado de la huida de Hess. Es el caso, por ejemplo, de Rainer F. Schmidt, quien afirma que Churchill también estaba enterado del vuelo, que habría sido planeado por el secretario de Exteriores sir Anthony Eden y sus ayudantes (aunque no queda claro cuál habría podido ser la motivación). Harris y Trow también comparten la perspectiva de que todo lo escenificó el servicio secreto británico.[104] No obstante, las teorías de Rainer Schmidt recibieron un varapalo más que contundente en 1999, cuando el historiador británico Ted Harrison demostró que se basaban en fuentes sin identificar, artículos de prensa escritos mucho después de los hechos y otras pseudopruebas sin fiabilidad. Los documentos que el MI5 desclasificó en la década de 1990 no incluyen ninguna correspondencia entre Hess y los servicios de seguridad británicos, y se constata que los intercambios entre Hamilton y Haushofer no habían llegado a

ninguna conclusión en el momento en que Hess se subió al Messerschmitt. La idea de que el MI5 organizó todo el asunto descansa sobre una exageración —tan extrema que resulta casi cómica— del poder y la eficiencia del servicio secreto británico en 1941, cuando incluso en la historia oficial de esta agencia se admite que estaba desmoralizada y mal organizada.[105] Por último, ¿cuál habría sido la ventaja de atraer a Hess al Reino Unido? Hasta la fecha ningún defensor de la teoría de la falsificación del bando pacifista ha sido capaz de dar una respuesta convincente a esta pregunta. Es evidente que Hitler no intentaría rescatarlo; las sospechas de Stalin con respecto a los británicos se habrían redoblado, a cambio de nada; y la probabilidad de que la escapada convenciera a Hitler de cambiar de opinión sobre los objetivos o la dirección de la guerra era extraordinariamente remota. Y ninguna de estas teorías logra superar tampoco el problema fundamental de que en 1941, y no solo en Alemania, existía una conciencia clara de que Hess había pasado a ser uno de los miembros menos importantes y más marginales de la jerarquía nazi.

Según ha señalado David Stafford, después de examinar las pruebas relativas a cómo reaccionó el gobierno británico a la huida de Hess: «El desbarajuste que surgió entre Churchill y el Foreign Office sobre cómo manejar la llegada de Hess a Escocia se alza como demostración abrumadora de que ninguna teoría […] sobre una conspiración cuidadosamente planeada resulta viable. ¿Cómo podría ser que algo preparado con tanta astucia no contara igualmente con una estrategia para sacarle partido?». Pero al mismo tiempo Stafford sostiene que la supuesta existencia de un «sector pacifista» en el Reino Unido era el fruto de una campaña de desinformación tendente a convencer a Hitler de que, a la postre, no sería necesario invadir Gran Bretaña. Ahora bien, no hay ninguna prueba que respalde esta teoría, y carece de toda plausibilidad porque es obvio que hacía ya varios meses que Hitler había renunciado a los planes de invasión de las islas (si es que realmente se lo había llegado a plantear en serio).[106]

VI

Ante la ausencia evidente de pruebas que demuestren rigurosamente la viabilidad de la teoría del falso sector pacifista, parece ser que al menos uno de sus defensores ha optado por tomar medidas desesperadas para reforzarla. Al igual que otros teóricos conspiranoicos, Martin Alien ha defendido que el vuelo fue organizado por el servicio secreto británico. Si conseguían que Hitler creyera que en el Reino Unido había un sector netamente favorable a la

paz, sería mucho más probable que emprendiera la invasión de la Unión Soviética; y a largo plazo, esta era la única esperanza posible para Gran Bretaña en su guerra contra Alemania. Hitler habría utilizado a Hess y sus amigos los Haushofer como intermediarios para intentar contactar con este bando pacifista (inexistente), y a la postre decidió que la única forma de lograrlo pasaba por conseguir que alguien volara hasta Gran Bretaña y negociara en persona. Al principio el candidato era Ernst Bohle —jefe de la organización nazi responsable de aquellos miembros del Partido que vivían en el extranjero—, pero en el último momento Hess se dejó llevar por la ambición y ocupó su lugar. Después de la guerra, se asesinó a Haushofer para que no revelara en los Juicios de Núremberg la «iniciativa de paz de Hitler/Hess».[107]

Pero toda esta teoría se basa en un entramado de inventos y falsificaciones. Para empezar, los preparativos del vuelo de Hess fueron tan largos y meticulosos que resultan incompatibles con la posibilidad de que el lugarteniente de Hitler hubiera dado el paso en el último minuto. Los Haushofer no mantenían ninguna relación especialmente buena con el dictador, que en caso de precisar intermediarios no habría recurrido a ellos. De hecho, Haushofer se suicidó en un apartado refugio rural, en compañía de su esposa, con la que tomó arsénico en la noche del 10 de marzo de 1946.[108] Las autoridades británicas no tuvieron inconveniente en que se interrogara a Hess. Y por descontado, como se ha visto, no hay pruebas de que Hess volara a Escocia por orden de Hitler. Lo que es peor: se ha sabido que los documentos de los Archivos Nacionales británicos relativos a Hess que Alien usó como respaldo de su teoría eran una falsificación descarada (entre otras cosas, un simple análisis forense del papel bastó para descubrir que era posterior a la guerra) o simplemente no existían. Apenas resulta más plausible la afirmación, que podemos leer en otro libro de Alien, de que Heinrich Himmler, el jefe de la SS, fue asesinado por los británicos poco después de ser detenido, para que no revelara los secretos que las autoridades del Reino Unido querían mantener ocultos.[109] Peter Allen, el padre de Martin Alien, defendió una idea parecida en su libro de 1983 sobre «La corona británica y la esvástica» (*The Crown and the Swastika: Hitler, Hess and the Duke of Windsor*); implicar al exrey Eduardo VIII es otro ejemplo característico de la tendencia de algunos teóricos conspiranoicos que buscan atraer interés sobre su obra implicando a personajes famosos.

Cuando se supo que los dosieres de los Archivos Nacionales británicos sobre Hess y otros temas relacionados contenían documentos falsificados, las

autoridades de la institución reforzaron las medidas de seguridad impuestas a los lectores, que desde 2006 han tenido que tomar sus apuntes en libretas encuadernadas, grapadas o cosidas, tales que impidieran colar páginas aisladas y depositar documentos espurios en las carpetas. Alien, por supuesto, negó haber falsificado nada, aunque la policía inició una investigación y se informó de que la fiscalía londinense tan solo se abstenía de presentar cargos por razón de la mala salud del autor.[110]

En todo caso, y sea como sea, la obra de Alien está llena de conjeturas sin fundamento e interpretaciones dudosas, por lo que no puede utilizarse como referencia de los temas de los que se ocupa. Esto no ha sido obstáculo para que se tradujera al alemán y lo publicara la editorial histórica «revisionista» Druffel-Verlag. Esta casa de extrema derecha no desaprovechó la ocasión de propagar la idea de que el gobierno británico escondía verdades inconvenientes sobre las (supuestas) «iniciativas de paz» de Hitler durante la guerra, con el fin de dar a entender que fue Churchill, no Hitler, quien insistió en continuar con el conflicto.[111]

Tanto la teoría de la conspiración del «sector pacifista» real como la del falso, al menos en algunos de sus defensores, reflejan la existencia de una mentalidad conspiranoica de un alcance mucho mayor. *Hess: The British Conspiracy* (1999), de John Harris y Martin Trow, incluye una de las actitudes típicas de estos teóricos cuando desprecian los estudios que los «historiadores tradicionales» han dedicado a la huida de Hess.[112] Como otros conspiranoicos, se ponen en duda versiones aceptadas de otros sucesos de la historia moderna que carecen de relación con el estudiado, como la muerte de la princesa Diana de Gales, Lady Di. «Desde 1945, el mundo —se afirma— se ha tenido que habituar a las conspiraciones, de mayor o menor calado […] una tupida red de secretismo, contradicciones y confusión oscurece la verdad de los hechos.»[113] Por supuesto, se admite que algunas teorías conspirativas resultan no ser acertadas; pero muchas otras —se nos dice— sí que son ciertas, sin lugar a dudas. A pesar de esto —se insiste—, «los tradicionalistas siguen aferrados a su punto de vista, tan estrecho de miras».[114]

«El hecho es —sugirió sombríamente Peter Allen— que detrás de todos los acontecimientos destacados de la historia reciente ha habido un ejército de espías anónimos que han ejercido una influencia mucho mayor sobre la historia que quienes la escriben.»[115] Tales conspiradores no tienen escrúpulos a la hora de silenciar a cuantos estuvieran en condiciones de haber revelado sus maquinaciones:

> Heydrich también murió asesinado en 1942, por orden de la inteligencia británica, mientras que Bedaux [un amigo de los Windsor] murió por una sobredosis de somníferos. Incluso el duque de Kent, que es evidente que había estado en contacto con su hermano el duque de Windsor en Lisboa, falleció en misterioso accidente de avión que los alemanes insistieron en que se debía a los manejos de la inteligencia británica. Los silenciaron a todos.[116]

Heydrich fue asesinado en 1942, es cierto; pero lo mataron agentes de la resistencia checoslovaca y porque estaba actuando con una particular brutalidad y malicia en su función de gobernador de la Bohemia y Moravia ocupadas. En cuanto a la muerte del francoestadounidense Charles Bedaux, que colaboraba con los nazis y falleció en la cárcel en 1944 mientras aguardaba a ser juzgado por traición, no hubo en ella nada especialmente misterioso; tampoco en la del duque de Kent, que perdió la vida en 1942 en un accidente de aviación, mientras aprendía a pilotar.

Según ha comentado con causticidad Ernst Haiger, un académico reputado como experto en los Haushofer, en su devastadora crítica del trabajo de Alien: «Se dice de un hombre que se ha suicidado, pero de hecho lo mataron agentes británicos para silenciarlo: esta historia nos recuerda al libro de Martin Alien sobre el “asesinato” de Heinrich Himmler».[117] Al parecer, el temor a morir asesinado también impidió que otros revelaran la verdad: Peter Padfield —sigue diciendo Haiger— afirma que «un informador crucial, que supuestamente podía demostrar la teoría de Padfield sobre la conspiración de la inteligencia británica, se negó en el último momento a entregar las pruebas esenciales»; sería solo uno de los muchos que, sospechosamente, guardaron silencio sobre el asunto.[118] Esta clase de conjeturas son el pan nuestro de cada día de las teorías de la conspiración: los testigos clave desaparecen «misteriosamente» con la evidente intención de ocultar sus orígenes conspiradores. Una vez más, los conspiranoicos se centran en un gran acontecimiento de la historia moderna, bien conocido y provocado por una sola persona, y defienden por el contrario que tiene que haber sido el fruto de una acción colectiva y de planificación entre bambalinas. Tan solo con que pudiéramos disponer de esas pruebas, se pondría de manifiesto sin lugar a dudas que ellos están en lo cierto. Por desgracia, no obstante, lo que todas las pruebas coinciden en demostrar es que Rudolf Hess actuó en solitario, por su propia y única iniciativa; y toda afirmación contraria carece de cualquier fundamento.

¿Hay algún impulso político mayor por detrás de las teorías conspirativas que defienden que los británicos promovieron la misión de Hess, ya fuera por obra de un sector genuinamente pacifista, o bien por el invento de los servicios de seguridad? Para algunos teóricos conspiranoicos, el vuelo de Rudolf Hess representó una oportunidad real de concluir la guerra con buen fin, evitar los sacrificios que Gran Bretaña se vio obligada a asumir a la postre para derrotar a Hitler (entre ellos, la renuncia al imperio después de la contienda) y, por último, dejar que nazis y soviéticos lo resolvieran a brazo partido en una guerra de destrucción mutua que habría concluido con una Unión Soviética muy debilitada. Es un punto de vista defendido por Peter Padfield, uno de los teóricos que más ha insistido en la existencia de conspiraciones relacionadas con Hess. La oferta de paz que el lugarteniente de Hitler lleva consigo —insiste Padfield— era genuina. Quien malgastó una oportunidad histórica fue Churchill con su belicosidad:

> Las condiciones que portaba —a propuesta de Hitler— habrían dado a Gran Bretaña una paz relativamente honorífica. Pero Churchill, resuelto a derrotar tanto a «ese hombre», Hitler, como al nazismo, tuvo que enterrar el mensaje y destruir al mensajero. Al hacerlo así, sin prácticamente ayuda de nadie, Churchill se bastó para cambiar el curso de la historia; porque los realistas habrían aceptado las condiciones de Hess. Esta es la verdadera importancia de los hechos aquí descritos: nos hallamos ante un momento crucial en el que la historia no se desarrolló como uno habría esperado.**[119]**

Algunos autores han ido incluso más allá. Para Alfred Smith, por ejemplo, Hitler empezó por no haber querido nunca que hubiera guerra con Gran Bretaña (en el mismo título de su libro se habla de la reticencia de Alemania a entrar en guerra: *Rudolf Hess and Germany's Reluctant War 1939-41*) y que Hess volara a Escocia en su nombre era un último intento desesperado, por parte del líder nazi, de contener la belicosidad de Churchill. «Hitler no tenía ambiciones en Occidente», sostiene Smith. Más aún, afirma que, si la misión de Hess no se hubiera frustrado, el Holocausto nunca habría ocurrido; en la práctica, en cambio, hubo Holocausto y para Gran Bretaña la guerra se cerró con la pérdida humillante del imperio y el ascenso al dominio mundial de Rusia y Estados Unidos.**[120]** En última instancia, por lo tanto, el responsable del Holocausto habría sido Churchill, no Hitler. Aseverar tal cosa demuestra una ignorancia manifiesta de las medidas que los nazis aplicaron en la Polonia ocupada desde septiembre de 1939, así como de la forma en que los nazis

planificaron el futuro de la Europa oriental en 1940-1941. En su extremo más radical, tal punto de vista representa una simpatía clara por la Alemania nazi y el lamento por el hecho de que se hubiera librado una guerra con los germanos: llama la atención, por ejemplo, que el libro en el que Use Hess defiende que su marido fue un «prisionero de la paz» silenciado por un Churchill beligerante lo tradujo y publicó en inglés la misma organización, la Sociedad Britana, que algunos años antes había dado a conocer una de las primeras traducciones inglesas de *Los protocolos de los sabios de Sion*.[121]

La nostalgia y los lamentos por la forma en que la guerra concluyó para el Reino Unido se fundamentan en ilusiones. Lo cierto es que, incluso sin el impacto económico y geopolítico de la segunda guerra mundial, los días del imperio británico estaban contados. Por un lado, el ascenso de Estados Unidos a la condición de superpotencia minaba el imperio de una forma inexorable; por el otro, el auge incesante de los movimientos de independencia en las colonias habría requerido contramedidas económicas y políticas que, a largo plazo, Londres no se hallaría en condiciones de sostener ni siquiera en ausencia de la carga financiera de la guerra. Y en todo caso, como hemos visto, una paz bilateral entre Gran Bretaña y Alemania, de haberse suscrito en 1940 o 1941, habría acarreado no mucho tiempo después que los británicos y su imperio quedaran subyugados a Hitler y los nazis, con los consiguientes resultados catastróficos, para empezar para la población judía de las islas.

La idea de que la misión de Hess, de haber tenido éxito, habría evitado el Holocausto también la defienden Lynn Picknett, Clive Prince y Stephen Prior en su libro *Double Standards: The Rudolf Hess Cover-Up*, publicado en 2001. Los autores sostienen que la escapada de Hess se acordó con un grupo de pacifistas británicos, una organización que incluía a Hamilton, que le estaba esperando en su residencia (a la que Hess no logró llegar, como sabemos); este sector de partidarios de la paz pretendía luego dar un golpe de Estado y colocar en lugar de Churchill a sir Samuel Hoare (notorio defensor del apaciguamiento, antes de la guerra), que sí habría firmado una paz con Alemania. Esto habría evitado que los soviéticos se apoderasen de la Europa oriental después de la guerra, porque la URSS y la Alemania nazi habrían acabado la contienda en condiciones de agotamiento completo. Afirman que Hess ejercía una «influencia moderadora» sobre Hitler, con lo que una paz bilateral, con un Hess que regresaría a Alemania triunfante, habría salvado millones de vidas, dado que él «se oponía a la acción violenta contra los judíos alemanes». Pero ninguna de estas afirmaciones se basa en pruebas creíbles. Hess era visceralmente antisemita; Hamilton no le estaba esperando

el 10 de mayo de 1941, y no existía ningún «sector de partidarios de la paz»; el resto son simples conjeturas.[122]

La credibilidad de Picknett y Prince queda aún más comprometida cuando uno examina las biografías de los propios autores. Se trata, en pocas palabras, de profesionales de la teoría de la conspiración, con publicaciones anteriores sobre *El gran secreto de Leonardo da Vinci: cómo el genio del Renacimiento fabricó la Sábana Santa*, *La revelación de los Templarios* y *The Stargate Conspiracy* [«La conspiración de la Puerta Estelar: la verdad sobre la vida extraterrestre y los misterios del Antiguo Egipto»]. Prior, el coautor, afirmaba haber trabajado como *agent provocateur* para los servicios de seguridad británicos y haber sido encarcelado en 1969 por una acusación falsa de terrorismo. Sostenía asimismo que había participado en un «proyecto secreto» con Michael Bentine (un cómico famoso por sus intervenciones en una comedia radiofónica de la posguerra, *The Goon Show*), que también realizó «labores de inteligencia» (de hecho, Bentine había prestado servicio en el MI 9, una unidad creada para ayudar a los movimientos de la resistencia europea en su lucha contra las fuerzas de ocupación alemana). Entre los agradecimientos de los autores figuraba su gratitud a Trevor Ravenscroft, «autor de la controvertida *El talismán del poder*, que se centraba en la fascinación de los nazis por lo oculto». Aunque los argumentos de su libro sobre Hess, en apariencia racionales, se extienden a lo largo de más de quinientas páginas, a la postre los autores están perfectamente integrados en el mundo de la conspiranoia profesional.

Aún más extraña es «la verdad sobre Rudolf Hess» que «por fin» se desvelaría en *Rudolf Hess: Truth at Last* (una colaboración de Harris y Wilbourn publicada en 2019 por un grupo editor de nombre quizá revelador: Unicorn Publishing Group). El libro se publicita como si desvelara «la verdad jamás contada sobre el vuelo a Escocia del lugarteniente del Führer en 1941», pese al hecho de que Harris y sus colaboradores ya han contado la historia cuatro veces en sus libros anteriores sobre el tema. Entre otras «revelaciones», el libro narra que el MI6 organizó la escapada con ayuda de un historiador del arte, el finlandés Tancred Borenius, a quien el «sector pacifista» del Reino Unido habría enviado a Suiza como intermediario para que ayudara a forjar un acuerdo con Alemania. Esto implicaba una trama para derrocar al gobierno británico y —nótese qué comentario tan tópico, en la era del Brexit— instalar un nuevo régimen partidario de crear una Europa «federalista». Por desgracia, los autores no aciertan a mencionar ni una sola fuente de referencia en todo el libro, que está repleto de conjeturas y sugerencias sin ningún punto de apoyo;

por el contrario, abundan los «pensamos que» y «creemos que». El libro concluye con la petición de que el asunto se investigue judicialmente, lejos de esa «verdad última» que se nos prometía. Algunas partes, como la propia introducción, que se redacta en forma de diario, son obviamente ficticias. Llegados a este punto, las teorías conspirativas sobre el vuelo de Hess entran en el reino de la simple fantasía; carece de toda importancia si cuanto afirman se puede demostrar o fundamentar con alguna fuente documental verificable. Lo que importa es su valor de entretenimiento.

VII

La misión de Hess se fundaba en las propias ilusiones del lugarteniente de Hitler, no en el engaño de otras personas. Él mismo no tardó en darse cuenta de este hecho incómodo y en comprobar que la huida a Escocia no había servido de nada. Con la especie de megalomanía producida por los años de dirigirse a multitudes que adoraban a los nazis, había sobreestimado enormemente su propia importancia, hasta un extremo casi cómico. Había evaluado mal la importancia de su acción y, como desconocía cuál era la realidad de la situación política de Gran Bretaña, había subestimado tremendamente la cohesión y resolución del gobierno de Churchill.[123] Al comprenderlo, Hess cayó en una depresión profunda, que no le pasó por alto al vizconde Simon en el interrogatorio del 9 de junio de 1941. En las primeras horas del 14 de junio, Hess pidió que le dejaran salir de su habitación, situada en la primera planta, corrió hasta el rellano y se lanzó a la planta baja por encima de la barandilla. Y, aunque las losas de piedra le rompieron una pierna, sobrevivió. Mostraba signos claros de paranoia e iba diciendo que lo habían envenenado. Su conducta provocó un debate prolongado sobre su estado mental: muchos lo relacionaron con lo que suponían que ya era un trastorno anterior al vuelo, y concluyeron que había perdido la cabeza.[124] El 26 de marzo de 1942 lo trasladaron al hospital de Maindiff Court, en Gales del Sur, donde permaneció bajo custodia hasta el final de la guerra. El 4 de febrero de 1945, al darse cuenta de que Alemania había perdido la guerra y Hitler estaba condenado, intentó suicidarse otra vez, apuñalándose en el pecho con un cuchillo del pan, pero no logró su objetivo. Después de muchas discusiones entre bambalinas, se tomó la decisión de incluirlo entre los principales acusados por el Tribunal de Crímenes de Guerra de Nuremberg, aunque él no había sido responsable directo de crímenes de guerra ni contra la humanidad; solo se le acusó de crímenes contra la paz. Se esforzó por

convencer a los funcionarios y fiscales Aliados de que había perdido la memoria, para lo que fingió no reconocer ni a su exsecretaria, Hildegard Fath, ni tampoco siquiera al exmariscal del Reich, Hermann Göring. Se dictó pena de cadena perpetua y se le encarceló en la prisión de Spandau, en el noroeste del Berlín Occidental, donde permaneció por el resto de su vida.[125]

Durante los largos años de encarcelamiento en Spandau, su familia y sus amigos intentaron repetidamente obtener su liberación, no solo por motivos compasivos y humanitarios (más convincentes a medida que Hess envejecía), sino también, y quizá, sobre todo, por razones políticas. Uno de sus principales paladines fue el abogado Alfred Seidl, que ya se había encargado de su defensa en los Juicios de Núremberg. No cabía duda de las convicciones nazis de Seidl. En 1935 se había doctorado con una tesis supervisada por Edmund Mezger, un criminólogo pronazi que creía que el propósito de castigar era «eliminar aquellos elementos de la comunidad nacional que dañan al pueblo y la raza».[126] La tesis de Seidl —repleta de citas del jurista nazi Roland Freisler, quien más adelante cobraría fama como presidente del tribunal popular que juzgó a los miembros de la resistencia implicados en el atentado con bomba de 1944— repetía palabra por palabra la doctrina nazi de que el castigo no debía dirigirse contra el delito, sino contra la voluntad y disposición de la persona que lo había cometido.[127] Fue miembro del Partido Nazi desde 1934 hasta que se incorporó a la Wehrmacht, en 1940; y en los Juicios de Núremberg no solo defendió a Hess, sino también a Hans Frank —el brutal y corrupto gobernante de la Polonia ocupada por los alemanes— y otros personajes como Use Koch, la guardia de la SS cuyo sádico comportamiento le valió que la motejaran como «La bestia de Belsen».

Un elemento clave de la táctica judicial de Seidl fue justificar el Tercer Reich y sus políticas. Después de la guerra entró en política, con los conservadores, y llegó a ser ministro de Interior del gobierno de Baviera, en 1977-1978. Seidl colaboró estrechamente con el político de extrema derecha Gerhard Frey, fundador de Unión Alemana —un movimiento neonazi que no tuvo éxito— y editor durante muchos años de un periódico neonazi, el *National-Zeitung*. En 1981 cofundó, en la ciudad bávara de Ingolstadt, el que dieron en llamar Centro de Investigación de Historia Contemporánea, que se dedicó a minimizar la cantidad de judíos asesinados en el Holocausto y negar que Alemania hubiera tenido alguna responsabilidad en el estallido de la segunda guerra mundial.[128] Como era de esperar, a la luz de sus afiliaciones políticas, Seidl describió a Hess como un «parlamentario» que, en nombre de

Hitler, había emprendido una misión de paz genuina que fue rechazada por los mismos Aliados cuyas agresiones habían causado la guerra.[129]

El hijo de Rudolf Hess, Wolf-Rüdiger Hess —«Wolf» («Lobo») era un sobrenombre habitual de Hitler—, pasó varias décadas haciendo campaña para que liberasen a su padre de Spandau. Se le unieron muchos otros, entre ellos el escritor —y político ocasional en la extrema derecha— David Irving, que cuando redactó su libro sobre «los años perdidos de Hess» (*Hess: The Missing Years 1941-1945*) aún no había completado la transición a negacionista puro del Holocausto que acabó con toda reputación de historiador serio que hubiera podido llegar a adquirir en alguna fase anterior. Irving aceptó las versiones estándar de la huida de Hess, incluida la marginación política del «lugarteniente del Führer», y destacó que durante la guerra «Hess no asistió a ninguna de las conferencias de planificación de Hitler que alcanzaron relevancia histórica».[130] Se había convertido, en la práctica, en un «espectador». Irving aceptó que Hess había actuado en solitario y que la misión de paz que él mismo se había encomendado era un «ejercicio inútil». El libro no se centra tanto en la huida a Escocia en sí como en el destino de Hess después de la detención, unos años en los que Irving sostiene que lo drogaron hasta volverlo loco. Desde el punto de vista de Irving, Hess fue el «mártir de una causa» y un «prisionero de la humanidad».[131]

Albert Speer, que compartió encarcelamiento en Spandau —el exministro de Armamento de Hitler cumplía una condena de veinte años por haber utilizado a trabajadores esclavizados, entre otros crímenes—, juzgó que Hess se mostraba extraño, excéntrico e impredecible, pero no era un demente; de hecho, Speer le dijo con franqueza que al fingir la locura no iba a contribuir en nada a mejorar su reputación. El exministro de Armamento se dio cuenta de que Hess tenía tendencias suicidas, algo que las autoridades de la cárcel ya sabían, por el comportamiento anterior en las prisiones de Inglaterra.[132] Tras la liberación de sus últimos compañeros en 1966, Hess quedó como el único interno de un centro de seiscientas celdas. Las campañas a favor de su liberación por razones humanitarias fueron rechazadas por la Unión Soviética, que tenía la responsabilidad sobre él de forma conjunta con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos. En 1977 volvió a intentar quitarse la vida y seguía temiendo que lo envenenaran. Poco a poco, las condiciones de la reclusión fueron mejorando, aunque su salud se deterioró; cuando ya era muy anciano sufrió incontinencia y recayó en una depresión profunda. Hess había estado leyendo la extensa sentencia con la que se le había condenado en los Juicios de Núremberg y, después de muchas décadas, empezó a desarrollar por fin un

sentimiento de culpabilidad.[133] El 17 de agosto de 1987, a los noventa y tres años, logró suicidarse: se colgó con un alargo eléctrico desde la ventana de una cabaña del jardín de la cárcel, donde se le permitía salir a leer. En un bolsillo se encontró una carta en la que pedía disculpas a su secretaria, por haber fingido en los Juicios de Núremberg que no recordaba quién era, y daba las gracias a su familia por todo lo que habían hecho por él.[134]

La cárcel de Spandau se demolió acto seguido para evitar que se convirtiera en destino de peregrinaje para los nazis, incluidos los de nuevo cuño. Una parte del lugar se destinó a aparcamientos; en otra se construyó un supermercado para los soldados británicos y sus familias, que inevitablemente se motejó como «el Hessco» (jugando con el nombre de la cadena de supermercados Tesco). En un principio Hess fue sepultado en una tumba secreta, pero en 1988 fue desenterrado y se le dio nueva sepultura en la parcela familiar de Wunsiedel. Esta nueva ubicación se convirtió en punto de peregrinaje de la ultraderecha, para empezar por el epitafio inscrito en la tumba: *Ich hab's gewagt* («Me atreví a hacerlo»), y en 2011 el ayuntamiento decidió no renovar la asignación a la familia y, con el consentimiento de esta, los restos se desenterraron de nuevo, se incineraron y las cenizas se echaron al mar. La lápida se destruyó.

VIII

Al poco de morir Hess se empezó a escuchar que lo habían asesinado. Según su hijo Wolf-Rüdiger, Hess estaba tan debilitado que nunca se podría haber colgado solo. Lo había matado el SAS [Servicio Aéreo Especial, fuerzas especiales británicas] por orden de la primera ministra Margaret Thatcher, para impedir que lo pusieran en libertad. La nota de suicidio era falsa. Hess había sido encarcelado injustamente. Los británicos siempre se habían negado a reconocer que en realidad se le debía haber concedido el Premio Nobel de la Paz por la misión de 1941. En 1956 Hess había expresado su pesar por «la aniquilación masiva de las personas de origen judío» por parte de los nazis (aunque el documento en cuestión, de hecho, lo escribió en su nombre el pastor de la prisión de Spandau, y no hay pruebas de que Hess le hubiera dado su aprobación). En cuanto a Churchill, Wolf-Rüdiger se hacía eco del emponzoñado retrato que David Irving había realizado del estadista británico como un borracho y asesino de masas.[135] Otros afirmaron que a Hess lo habían matado para impedir que revelara el hecho de que había acudido a Escocia por invitación del (inexistente) grupo de partidarios de la paz, cuya

existencia ansiaban ocultar las autoridades; o había respondido a una invitación del MI5 o MI6; y sostenían que el hecho de que Churchill hubiera frustrado la misión había comportado la destrucción de millones de vidas en la guerra y el Holocausto: una teoría de la conspiración montada encima de otra teoría de la conspiración.

La idea de que Hess fue asesinado quedó completamente desacreditada por la investigación abierta por el superintendente en jefe del cuerpo de detectives, Howard Jones, en 1989.[136] La autopsia del cadáver, realizada inmediatamente después de la muerte, no mostró indicios de la participación de ninguna otra persona distinta a la del propio Hess (una investigación médica posterior afirmó que no había pruebas de que se hubiera ahorcado, pero porque optó por un modelo de ahorcamiento que no se podía aplicar a la situación: el de los procedimientos de ejecución formales, con nudo de verdugo y caída desde cierta altura).[137] El examen grafológico de la nota de suicidio también confirmó que era genuina; aun así cierto teórico conspiranoico afirma que en efecto la escribió Hess, pero con la intención de engañar para así desacreditar a las autoridades de la prisión (aunque la cuestión de cómo habría funcionado esto en concreto no deja de ser un misterio).[138] El testimonio posterior de Abdullah Melaouhi, ordenanza médico en Spandau, daba mucha importancia a cuánto había tardado él en llegar hasta Hess, en la cabaña, desde que se dio la alarma; se dijo que esto había sido el fruto de una obstrucción deliberada por parte de las autoridades, pero la afirmación carece de fundamento. Hess —dijo el ordenanza— estaba tan débil que no se podía haber estrangulado a sí mismo; pero el mismo ordenanza había supervisado el ejercicio del recluso en la bicicleta del gimnasio, año tras año, cada mañana, y por lo tanto estaba al corriente de que Hess estaba relativamente sano y robusto para su edad. En todo caso, si Hess en efecto hubiera sido asesinado para impedir que revelara que se había marchado a Gran Bretaña con la aprobación de figuras destacadas de la clase dirigente británica, ¿por qué en los últimos años de vida del exlugarteniente de Hitler la prensa británica había apelado tantas veces a que lo pusieran en libertad por razones humanitarias? Y, además, ¿por qué Hess no había contado ya la historia anteriormente? A fin de cuentas, no le había faltado ocasión de hacerlo: se lo habría podido confiar, por ejemplo, a algún pastor de la prisión, o a algún compañero de encarcelamiento como Albert Speer; pero nunca lo hizo. La conclusión insoslayable es que a la postre no había ningún secreto oscuro pendiente de revelación.[139]

Aún más estrambótica resulta la teoría de que, en algún momento, hubo un intercambio por el que el preso de Spandau era un doble de Hess, a quien por eso mataron los británicos, para que no lo desvelara. El excirujano de Spandau Hugh Thomas sostuvo que el verdadero Hess había sido derribado por un caza alemán, lejos del alcance de los radares, y que otro hombre ocupó su lugar por orden del jefe de la SS, Heinrich Himmler, con la ayuda y complicidad de Hermann Göring. Estos dos hombres consideraban a Hess como un obstáculo en la adquisición de más poder personal. El hombre que aterrizó en Escocia era

> un falso Hess —un doble, un *Doppelgänger*— que empezaría planteando propuestas de paz como si procedieran de Hitler, pero entonces, cuando ya se hubiera avanzado un poco, pondría sobre la mesa las propuestas que el propio Himmler había estado madurando: que esa paz se hiciera con él como Führer, y no Hitler.[140]

La pérdida de memoria de Hess; la afirmación de que no reconocía a su exsecretaria; la ausencia, en el cadáver del prisionero de Spandau, de cicatrices que se sabía que el cuerpo del verdadero Hess debía tener; todo ello lo citó Thomas como prueba de la sustitución.

La hipótesis contaba con numerosos problemas, sin embargo, empezando por el hecho de que la teoría de que Hess había muerto en 1941 era una conjetura sin ningún tipo de respaldo práctico, y acabando por el hecho de que nadie que lo hubiera conocido —como, por ejemplo, Albert Speer— indicó nunca haber albergado ni la más mínima sospecha de que el hombre con el que se encontraron después de la guerra no era el mismo que habían conocido antes de la contienda y durante ella. Para Wolf-Rüdiger Hess, la «hipótesis absurda» de Thomas solo merecía desprecio.[141] Incluso la idea de que Himmler y Göring pudieran colaborar en la conspiración resultaba muy poco plausible, dado que los dos hombres estaban enfrentados por una rivalidad notoria.[142] Thomas tampoco se pregunta por qué el doble había accedido, concluidos los Juicios de Nüremberg, a pasar el resto de la vida en la cárcel; se había quedado allí sin protestar hasta la muerte y nunca había revelado el hecho de que no era el hombre que todo el mundo pensaba. Thomas no aportó pruebas de ningún factor (por ejemplo, un chantaje) que hubiera podido dotar al menos de algún atisbo de verosimilitud a la teoría del doble. Cuando el capellán de la cárcel preguntó a Hess por el libro de Hugh Thomas, el alemán «se rio a carcajada limpia». El historial médico indicaba que las cicatrices de las balas dan lugar a fibrosis, con el paso del tiempo, y

por eso no resultaban evidentes ni siquiera para un oficial médico que realizara el examen físico.[143] Pero las cicatrices estaban en efecto en su cuerpo, aunque tan poco visibles que era fácil pasarlas por alto; así lo confirmó su esposa, Use, después de haberlo visitado en la cárcel.[144]

Thomas asevera que el hombre de Spandau era considerablemente más bajo que el auténtico Hess, pero la teoría se refuta con facilidad: el historial médico de la primera guerra mundial indica que medía casi 1,78 m —no más de 1,85 m, como indica Thomas— y la altura medida en el examen forense, de poco más de 1,75, refleja tan solo el hecho bien conocido de que con el paso de los años tendemos a encogernos.[145] Los detalles que Thomas ofreció sobre la cárcel, el preso y las circunstancias de la muerte del prisionero estaban llenos de errores, según advirtió quien era por entonces el alcaide de Spandau.[146] En todo caso, y aun dejando de lado toda esta clase de cuestiones, la teoría del doble quedó desmentida categóricamente cuando se comparó el análisis de ADN de una muestra de la sangre de Hess, tomada en Spandau, con una de sus parientes vivos, y la investigación halló un 99,9 % de coincidencia. No cabía la más mínima duda de que el preso de Spandau era en efecto Rudolf Hess.[147]

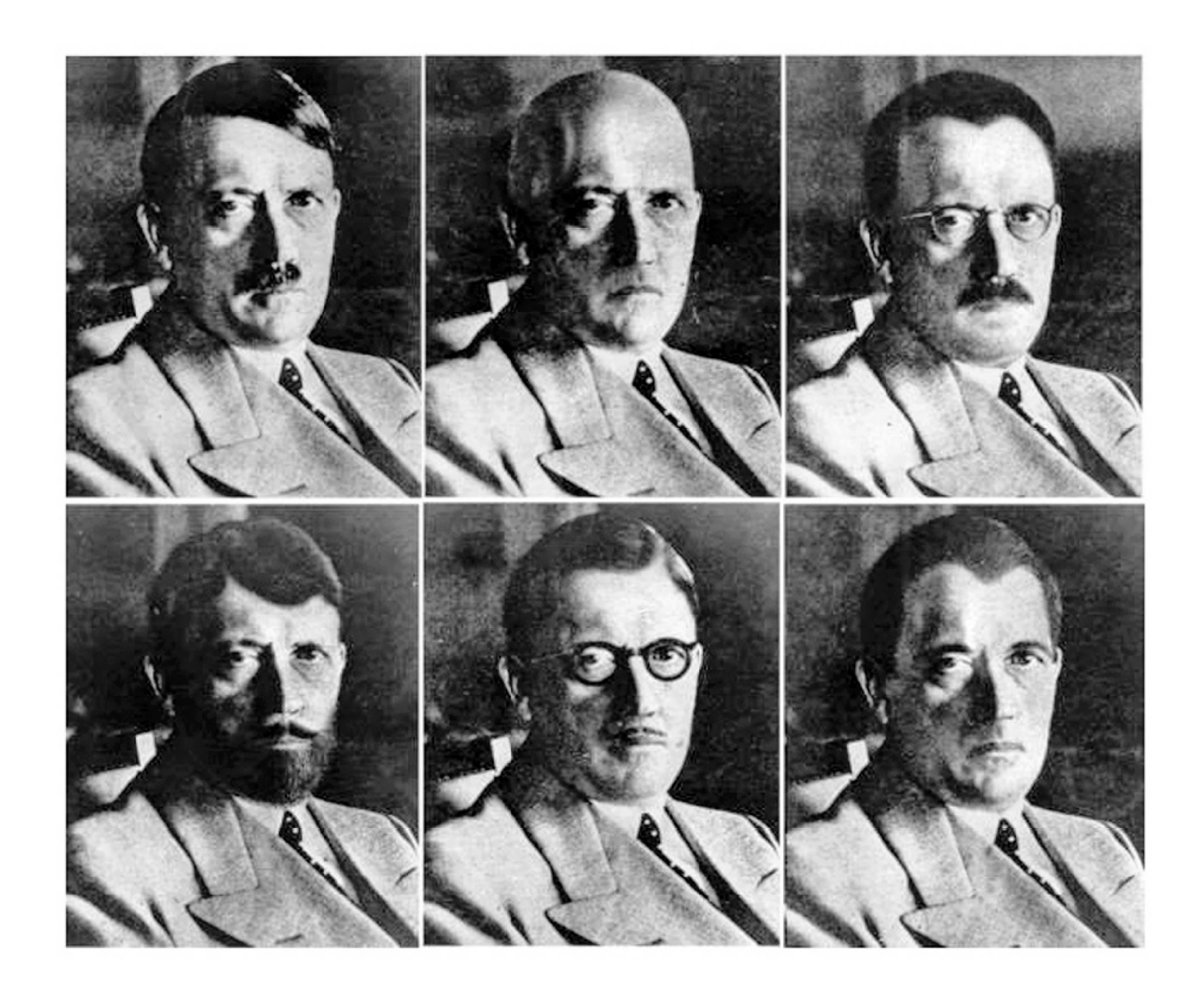
Las teorías conspirativas más recurrentes sobre Rudolf Hess, el lugarteniente de Hitler —la de que Hitler y el servicio secreto británico habían conspirado, de veras o falsamente, para poner fin a la guerra, y la de que Hess murió asesinado varias décadas más tarde para impedir que lo revelara—, pretenden convencer de su validez tanto al historiador profesional como al lector general con el recurso de presentar un ingente número de pruebas (en su mayoría, aunque no todas) genuinas. Y hasta cierto punto han tenido cierto éxito.[148] En los ámbitos más alocados de la conspiranoia, en cambio, florecen teorías que ningún historiador tomaría nunca en serio. Como representantes de esta bibliografía están las obras de Joseph R Farrell, que incluyen numerosos libros sobre lo que el autor denomina «la guerra cósmica», donde relaciona a los nazis con la NASA, Kennedy y tecnologías aeroespaciales, como por ejemplo NS*Brotherhood of the Bell: NASA's Nazism, JFK and MAJIC-2: The Nazis' Incredible Secret Technology*. Esta es tan solo una de las diversas publicaciones en las que atribuye a los nazis objetos volantes no identificados (ovnis), como el legendario «incidente de Roswell», de 1947, en el que se dice que un platillo volante aterrizó en Roswell, Nuevo México. Sus libros pueden clasificarse en la categoría de la «ciencia alternativa» o mejor (en la denominación del propio Farrell) «investigación alternativa». Sus intereses incluyen teorías conspirativas sobre

el asesinato del presidente estadounidense John F. Kennedy y aportaciones a la bibliografía que relaciona monumentos antiguos como las pirámides de Egipto con supuestas visitas de extraterrestres a la Tierra.[149]

En su mayoría, lo que Farrell afirma sobre Hess deriva de textos de otros teóricos conspiranoicos como, por ejemplo, Abdullah Melaouhi, Wolf-Rüdiger Hess, Padfield, Picknett y Hugh Thomas, cuyas teorías acepta en general sin plantear apenas dudas, incluso cuando se contradicen mutuamente. Los teóricos conspiranoicos tienen esta tendencia a alimentarse los unos del trabajo de los otros. Las conclusiones a las que Farrell llega a través de esta bibliografía, sin embargo, son muy particulares. En la versión de Farrell, el grupo de británicos partidarios de la paz se convierte en «el Estado profundo de Gran Bretaña, representado por el duque de Hamilton y el duque de Kent»; el vuelo de Hess no llega por error hasta el grupo que le aguarda; al doble se le implantan «falsos recuerdos»; al Hess verdadero lo drogan y envían a morir en un accidente de aviación, junto con el duque de Kent; al Hess falso lo acaban asesinando para que no hable (Farrell le da mucha importancia al hecho de que el responsable de la autopsia oficial, el doctor James Cameron, llevaba el mismo apellido que el doctor Ewen Cameron que se encargó de examinar en Núremberg al Hess supuestamente falso); además, añade Farrell, haciendo especial hincapié con la cursiva, «los dos Cameron realizaron sus estudios de Medicina *en la misma universidad de Glasgow*». Toda anomalía se puede explicar por el hecho de que «Hess y/o su doble se convirtieron en el primer ejemplo documentado, y el más infame, de control mental»; es decir, que no estaba loco, ni lo fingía, sino que hubo hipnosis, lavado de cerebro o manipulación telepática a distancia. Por si fuera poco, Farrell sugiere que la oferta de paz del Hess real incluía reasentar a los judíos europeos en Palestina, como alternativa al Holocausto, con lo cual «alguien […] quería que el genocidio avanzara»; Farrell llega a apuntar que era el propio movimiento sionista, «dado el modelo de los ejemplos de complicidad de nazis y sionistas que se han documentado en este capítulo» (aunque de hecho esta «complicidad» se basa en un entramado de conjeturas, y ni Hess ni nadie más podía haber estado al corriente del programa de exterminio nazi porque este no se puso en marcha hasta finales de verano de 1941, con la salvedad de que antes, en la Polonia ocupada, ya se estaba encerrando a los judíos en guetos).[150]

En este estadio del libro, Farrell ya ha descarrilado; pero sus argumentos se tornan absolutamente fantásticos cuando sostiene que el «plan de paz» que Hess se llevó a Escocia tenía que haber incluido la división de la Antártida. Al

menos no comparte la idea de varios entusiastas de los ovnis, según los cuales se asesinó a Hess para impedir que revelara el contenido de un archivo (el «Archivo Omega») que Hitler le había confiado e incluía detalles de las bases secretas que los nazis habían construido bajo la Antártida.[151] Ya en 1946-1947 —apunta el autor— una expedición encabezada por el almirante estadounidense Richard Byrd se dedicó sin duda a buscar bases nazis bajo el hielo, puesto que ¿con qué otro fin habría ido allí, si no? Aquí hace aparición el inevitable asesinato misterioso, en este caso la «extraña» muerte del hijo de Byrd, ya adulto, en 1988, al que al parecer habrían matado por estar en posesión de un secreto «que otros temían que se diera a conocer».[152] Sobre la idea de que la expedición de Byrd hubiera tenido un propósito científico, no se dice nada; tampoco sobre el hecho de que antes de la guerra, el almirante ya hubiera participado en tres expediciones antárticas. A la postre, la referencia de Farrell a posibles bases nazis bajo la Antártida (aún bases pequeñas) resulta inconcluyente; pero es que insinuar, sugerir y dar a entender son recursos básicos de los teóricos de las conspiraciones. Al final esta clase de conjeturas reviste más interés para los estudiosos de la conspiranoia que para el historiador. Lo interesante, desde este punto de vista, es hasta qué punto múltiples teorías conspirativas pueden intersecarse en el mundo del «saber alternativo» y sus comunidades, donde es probable que una teoría conspirativa sea compartida (al menos en parte) por quienes creen en otra, como veremos a continuación.



Semblanzas posibles de Adolf Hitler, creadas en junio de 1944 por Eddie Senz, artista maquillador, para la Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) de Estados Unidos, con el fin de mostrar qué apariencia podría haber adoptado Hitler en un intento de escapar. (UIP/Getty Images.).

5

¿Escapó Hitler del búnker?

I

El 30 de abril de 1945, el gran almirante Karl Dönitz, designado por Hitler como su sucesor, anunció la muerte de Hitler por radio. Su líder, dijo, había fallecido «luchando contra el bolchevismo hasta el último suspiro». La muerte del líder nazi saltó de inmediato a los titulares de todo el mundo. El 1 de mayo de 1945, el general Hans Krebs, último jefe del Alto Mando alemán, comprendió que todo estaba perdido y cruzó la línea del frente en Berlín para negociar un alto el fuego, con la esperanza de que se reconociera al gobierno de Dönitz y se preservara un pequeño vestigio del Tercer Reich en las ruinas de la capital alemana. Estaba autorizado a contar —le dijo al general ruso Vasili Chuikov— que Hitler se había suicidado el día anterior. Pero Chuikov se atuvo a lo acordado con los Aliados e insistió en reclamar una rendición incondicional. Krebs regresó al cuartel general y, desesperado, también se quitó la vida, como otros varios cientos de nazis durante aquellas últimas semanas y meses: ministros del gobierno, generales, altos funcionarios y cargos públicos en general. Entre tanto, con la intención de protegerse de cualquier acusación de negligencia por haber permitido que el líder nazi escapara, el Ejército Rojo imprimió la noticia del suicidio de Hitler en su periódico *Estrella Roja*.[1]

Pero a las pocas semanas, desde el Kremlin, el liderazgo soviético comunicaba unas noticias muy distintas. En un encuentro privado con el legado estadounidense Harry Hopkins, el 26 de mayo de 1945, Stalin declaró que «Hitler no ha muerto, sino que está escondido en alguna parte». Quizá había huido a Japón en un submarino, añadió el dictador soviético.[2] En realidad, algún tiempo antes, varios oficiales de segundo nivel del Ejército Rojo habían informado a periodistas occidentales de que el cuerpo de Hitler figuraba entre los restos mortales de cuatro personas halladas fuera del búnker en los primeros días de mayo. El 5 de junio, oficiales del Estado Mayor ruso

les dijeron otra vez a sus homólogos estadounidenses que estaban «casi seguros» de que Hitler había muerto y se había identificado su cadáver. Cuatro días después, sin embargo, el comandante soviético Gueorgui Zhúkov lo negó, a instancias de Stalin. ¿Por qué Stalin descartó los informes de sus propias tropas del frente? Por razones políticas: para el líder soviético, sostener que Hitler seguía con vida reforzaba su argumento de que era imprescindible tratar a los alemanes con suma dureza, para evitar un renacimiento del nazismo. El líder soviético quería silenciar la idea de que Hitler había fallecido heroicamente, según lo narraba Dönitz, y describirlo como un cobarde que había huido de la escena de su derrota para esconderse en vete a saber qué rincón del mundo, como un criminal que intenta eludir su responsabilidad.[3]

A medida que perduraba la confusión, los rumores empezaron a multiplicarse. Se informó repetidamente de que se había visto con vida al líder nazi; el FBI anotó muchas referencias en el dosier que esta organización no tardó en dedicar a este caso:

> Algunos dijeron que sus propios oficiales lo habían asesinado en el Tiergarten; otros, que había escapado de Berlín por vía aérea; o de Alemania en un submarino. Lo habían visto viviendo en una isla neblinosa del Báltico; en una fortaleza de roca de Renania; en un monasterio español; en un rancho de Sudamérica; se le había avistado asalvajado entre los bandidos de Albania. Una periodista suiza declaró formalmente que tenía la constancia absoluta de que Hitler estaba viviendo con Eva Braun en una hacienda de Baviera. La agencia de noticias soviética Tass, por su parte, informó de que se había visto a Hitler en Dublin, vestido con ropa de mujer.[4]

Se comunicó su presencia en medio mundo, de Indonesia a, por ejemplo, Colombia. La inteligencia estadounidense llegó a preparar ilustraciones de qué aspecto podría tener disfrazado. Si Hitler seguía en efecto con vida, se corría el riesgo de que emulara a su predecesor el emperador Napoleón y regresara para enfrentarse, con nuevos ejércitos, a las potencias vencedoras. La idea era demasiado terrible.[5]

En septiembre de 1945, mientras Stalin se dedicaba a sembrar la incertidumbre entre los Aliados occidentales, Dick White, jefe del MI5, comió con dos jóvenes oficiales de la inteligencia: el historiador Hugh Trevor-Roper y el filósofo Herbert Hart. «Con la tercera botella de vino blanco» —según cuenta Adam Sisman en su biografía del historiador—,

White otorgó a Trevor-Roper plenos poderes para investigar el asunto, y le dijo a los superiores de este que salvo que el trabajo «nos lo haga algún chaval de primera, no nos valdrá la pena hacerlo».[6] Acertaban al considerar a Trevor-Roper como un empleado de primera, pero su investigación no fue una empresa tan solitaria como luego se dijo: los servicios de inteligencia británicos llevaban muchas semanas preocupados por la suerte del líder nazi y ya habían reunido bastante información sobre su fallecimiento, aunque habían aguardado cierto tiempo a utilizarla con la vana esperanza de que el bando soviético les permitiría acceder a los materiales con los que contaba y entrevistar a los cautivos que habían apresado en el búnker de la Cancillería Imperial.[7] En el transcurso de su investigación Trevor-Roper tuvo la posibilidad de usar el material de inteligencia, además de las nuevas noticias reunidas por los servicios de seguridad. Con la ayuda de sus colegas, siguió la pista de quienes habían sobrevivido a las últimas semanas en el búnker, examinó el interior de este refugio, encontró el último diario de las reuniones de Hitler y localizó asimismo una copia del testamento del Führer.[8] En noviembre presentó sus hallazgos, que luego redactó en el libro *The Last Days of Hitler* (Los últimos días de Hitler), publicado por Macmillan el 18 de marzo de 1947, después de obtener el permiso oficial. Se convirtió de inmediato en un superventas mundial, que permitió a Trevor-Roper comprarse un «Bentley gris que aparcaba ostentosamente en Tom Quad», el gran patio cuadrangular del Christ Church, su universidad oxoniense.[9]

Para fundamentar sus conclusiones, Trevor-Roper había obtenido la declaración personal de un espectro muy diverso de testigos, había comparado minuciosamente (según sus propias palabras) los distintos relatos, y acabado por concluir que las discrepancias existentes ponían de manifiesto que no eran narraciones ni coordinadas ni ensayadas.[10] Pero la investigación, que se realizó con premura porque le urgían a llegar a una conclusión lo antes posible, resultó demasiado apresurada e incompleta. No pudo contactar con un buen número de personas (algunas, todavía en custodia de los soviéticos) que habían estado en el búnker en los últimos días del Reich. De las personas a las que afirmó haber interrogado, varias dijeron que nunca habían hablado con él, y otras, que le habían mentido.[11] Buena parte de los testimonios que citaba eran de oídas. La aseveración de que había realizado la investigación en solitario, incluida en su libro superventas, inducía a un error. Por encima de todo, no podía acceder a ninguno de los materiales recopilados por los soviéticos sobre la muerte de Hitler, basados en el testimonio de testigos de la solución que se había dado al cadáver. Sin embargo, la orientación general de

sus conclusiones quedó confirmada en la década de 1950. Como resultado de la petición de restitución de una pintura rara de Vermeer, que había pasado a engrosar la colección artística personal del dictador, un tribunal local de Berchtesgaden —lugar de inscripción de la residencia privada del líder nazi— inició los procedimientos para declararlo oficialmente muerto. El tribunal puso en marcha una investigación de gran alcance, que duró unos tres años. En aquel momento varios testigos que habían sido prisioneros de los soviéticos habían recobrado ya la libertad y vivían en Occidente; entre ellos, la figura crucial de Heinz Linge, el ayuda de cámara de Hitler, que había participado en la incineración del cadáver. Entre una gran cantidad de personas a las que Trevor-Roper no había logrado o podido contactar, aquí se pudo entrevistar a Linge. Una vez completada esta investigación cuidadosa, a finales de 1956 el tribunal emitió un certificado de defunción de Hitler.[12] Por desgracia, no obstante, aunque el certificado en sí recibió una amplia difusión, el voluminoso archivo de la investigación tenía la condición legal de confidencial y ni la opinión pública ni los historiadores pudieron acceder a él durante muchos años.

Entre tanto, los soviéticos continuaron creando confusión. En 1968 el intérprete y periodista de guerra Lev Bezymenski publicó un librito titulado «La muerte de Adolf Hitler», cuyo subtítulo indicaba que se basaba en «documentos desconocidos de los archivos soviéticos».[13] Pero en la obra abundaban las inexactitudes. Entre otras cosas, afirmaba falsamente que Hitler se había envenenado, con la intención de transmitir que había muerto con cobardía; la afirmación se apoyaba en fotografías de un cadáver que a todas luces no era el del líder nazi. Para que viera la luz toda la documentación reunida por los soviéticos sobre la muerte de Hitler hubo que esperar a la caída del comunismo y el hundimiento de la Unión Soviética, en 1989-1990. Hacia finales de 1945, Stalin, al igual que el primer ministro británico, había ordenado investigar las circunstancias del fallecimiento de Hitler, así como evaluar su personalidad y vida privada entre 1933 y el final de la contienda. Se encargó de ello el comisario del pueblo Serguéi Kruglov, con la ayuda de un equipo de la policía secreta, y bajo el nombre en clave de Operación Mito; el trabajo se completó en diciembre de 1949. La sección más relevante de aquel mecanuscrito de 413 páginas eran las declaraciones de Heinz Linge y el edecán personal de Hitler, Otto Günsche, a los que durante el cautiverio se obligó a poner por escrito lo que recordaban. Los dos habían estado en el búnker hasta el final. Sin embargo, como el informe no encajaba con la versión soviética oficial, se lo mantuvo oculto bajo siete llaves; no se

pudo recurrir a él hasta después de la caída del comunismo, cuando lo utilizaron el periodista Ulrich Völklein y un investigador especializado en Hitler, Anton Joachimsthaler, reputado ya por su análisis crítico y minuciosamente detallado de las pruebas conocidas sobre los primeros años de vida del líder nazi.[14] Las nuevas pruebas, que actualizaban lo descubierto por Trevor-Roper, las resumió de forma muy legible y efectiva el periodista Joachim C. Fest, un historiador sumamente competente, cuya obra por cierto sirvió de base para la exitosa película alemana *Der Untergang* (El hundimiento).[15] El informe soviético original también ha acabado por publicarse en alemán e inglés en 2005 [y en español en 2008].[16] Para entonces, varias personas que estuvieron en el búnker en los últimos días y semanas habían escrito ya sus memorias, con lo que hoy disponemos de muchos más testimonios y pruebas que los que en su momento pudo manejar Trevor-Roper.[17] Pese a todo, en sus líneas generales, las conclusiones de Trevor-Roper han sido confirmadas por las pruebas dadas a conocer en los sesenta años o más que han pasado desde la publicación de *Los últimos días de Hitler*. Reviste particular importancia el hecho de que las investigaciones soviéticas, realizadas hacia la misma época, pero mantenidas en secreto durante cuarenta años, hubieran llegado de forma independiente a resultados muy similares a los obtenidos por el historiador británico (y también, como decíamos arriba, el tribunal de Berchtesgaden mediada la década de 1950).

¿De qué conclusiones se trata? Durante las últimas semanas, desde su entorno, se le había propuesto a Hitler que escapara del búnker y se escondiera o en la casa de montaña de Berchtesgaden o en algún otro rincón remoto del Reich, aún no tomado por los ejércitos aliados; y el dictador lo había descartado repetidamente. Los testigos afirmaron que Hitler admitía que todo estaba perdido y que, en aquel momento, tan solo le importaba su propio lugar en la historia. Dos días después de cumplir los cincuenta y seis años, el 22 de abril de 1945, le dijo a sus generales y su Estado Mayor que se quitaría la vida de un tiro, idea que le repitió asimismo por teléfono a Goebbels, el ministro de Propaganda. El 24 de abril comunicó a su amigo personal Albert Speer que su compañera, Eva Braun, deseaba correr la misma suerte. Hitler quería que sus cuerpos se incineraran para evitar cualquier profanación, más aún desde que tuvo noticia de las indignidades a que se había sometido a los cadáveres de otro dictador, su aliado Mussolini, y de su amante Claretta Petacci, ejecutados por partisanos italianos el 28 de abril de 1945. Hitler envió a Berchtesgaden a su edecán Julius Schaub para que quemara sus documentos privados, después de haber hecho él mismo lo propio en Berlín;

contrajo matrimonio con Eva Braun en una breve ceremonia celebrada en el búnker el 29 de abril de 1945, tras certificar ante el funcionario responsable, según exigían sus propias leyes, la ascendencia aria; y le dictó a su secretaria su última voluntad y su testamento político. Tras verificar con su perro *Blondi* que el cianuro funcionaba, el 30 de abril de 1945 Hitler se retiró al estudio con su reciente esposa. Después de una breve pausa, Linge, en compañía de Martin Bormann, entró en la sala y halló el cuerpo de Hitler sobre el sofá, con un agujero sangrante en la sien derecha y su pistola en el suelo, allí mismo; a su lado encontraron también el cadáver de Eva Braun, del que emanaba un fuerte olor a almendras amargas: se había envenenado. El cuerpo de su esposo no emitía tal olor.

De acuerdo con las instrucciones que habían recibido con anterioridad, Linge, Günsche y tres hombres de la SS envolvieron los cadáveres con mantas, los llevaron al jardín de la Cancillería Imperial y, ante la vista de Bormann, Goebbels y dos generales, rociaron los cuerpos con gasolina y les prendieron fuego. A las seis de la tarde Günsche envió a dos hombres de la SS a sepultar en una fosa los restos carbonizados, que unos días más tarde fueron desenterrados por soldados del Ejército Rojo. Los soviéticos metieron los únicos restos preservados —parte de la mandíbula y dos puentes dentales; no quedó nada más— en una caja de cigarros y se los llevaron a un técnico que había trabajado para el dentista personal de Hitler, quien recurrió a los archivos e identificó en efecto los puentes como pertenecientes a Hitler y Eva Braun. En Moscú apareció más adelante un cráneo completo; aunque se dijo que era el de Hitler, en 2009 se demostró que había pertenecido a una mujer. «Al parecer los restos mortales de Adolf Hitler —según concluye Ian Kershaw en su monumental biografía del líder nazi— cabían en una caja de cigarros.»[18] Después de asegurarse de que Hitler había muerto, Magda Goebbels hizo envenenar a sus seis hijos y subió al jardín con su esposo, donde ambos tomaron veneno y, para no dar lugar a ningún azar, también hicieron que un hombre de la SS les disparara por dos veces. Aunque a sus cadáveres también se les prendió fuego, no había suficiente gasolina para consumirlos, y los soldados del Ejército Rojo que llegaron al día siguiente los reconocieron sin dificultad. Los otros habitantes del búnker, incluido Bormann, huyeron por un túnel ferroviario subterráneo próximo al refugio. Salieron en la estación de Friedrichstrasse; algunos murieron en los combates que se libraban con dureza en la ciudad, otros fueron apresados, y algunos, por último, lograron escapar. En general se pensaba que Bormann había logrado huir con vida; su cuerpo no se descubrió hasta 1972, cuando lo

desenterraron unos trabajadores de la construcción; los registros dentales confirmaron su identidad con prontitud, al igual que, en 1998, un análisis de ADN.[19]

II

La confusión que los soviéticos sembraron, las deficiencias de la versión de Trevor-Roper y la ausencia de declaraciones de los testigos clave durante varias de las décadas de la posguerra generaron cierto margen para que se afirmara que la muerte de Hitler no se había demostrado. Algunas revistas sensacionalistas de Estados Unidos, como la *Police Gazette*, basaron su trayectoria en noticias sobre la supervivencia del líder nazi. La revista francesa *Bonjour* se mostró especialmente activa en publicar que Hitler seguía con vida, pero las aseveraciones se derrumbaban nada más comprobarse si las personas que así lo afirmaban habían estado de hecho en el búnker a finales de abril de 1945. La variedad y constancia de tales afirmaciones era asombrosa. *Bonjour* prestó singular atención a la teoría de que Hitler y Eva Braun (y de hecho, también el perro *Blondi*) habían sido sustituidos por dobles en una fase ya tardía de la guerra; pero el personal de secretaría de Hitler negaba con vehemencia tal posibilidad, señalando que nadie habría podido engañarlos con un doble.[20] La salud del Hitler auténtico se estaba deteriorando con rapidez durante los últimos meses de la guerra, porque el párkinson que sufría le hacía arrastrar los pies, más que caminar, y le provocaba un temblor incontrolable en la mano izquierda; pero se daba a entender que los síntomas no eran tan graves como parecía, pues en realidad el hombre enfermo era el sustituto. Se decía que Hitler había huido del búnker por entre los escombros de Berlín, había tomado el último avión de salida, que le dejó en Dinamarca, y se había embarcado con Eva Braun en un submarino que le había llevado a Argentina. Esta teoría se apoyaba en el hecho de que dos submarinos alemanes, el U-530 y el U-977, habían arribado de hecho a Argentina después de la guerra. Cuando se lo inspeccionó en el puerto, sin embargo, resultó que el U-530 tan solo llevaba un cargamento de cigarrillos; *Bonjour* se atrevió a mantener que era un suministro para Hitler y su séquito, haciendo caso omiso del hecho bien conocido de que el dictador alemán ni fumaba ni permitía fumar en su presencia. Por su parte el comandante del U-977, Heinz Schaeffer, que se había dirigido a Argentina para no tener que rendirse a los británicos, publicó más adelante un libro en el que negaba la acusación de haber trasladado a Hitler al exilio.[21] Esto no

bastó para frenar a los conspiranoicos. «El nazismo no ha muerto en Europa —declaró Ladislas Szabó, autor de *Hitler no murió en el búnker*—. El mundo está en peligro. Adolf Hitler amenaza de nuevo la paz.»[22]

Estas y otras muchas teorías fueron investigadas minuciosamente por el historiador estadounidense Donald M. McKale en su libro *Hitler: The Survival Myth*, publicado en 1981. McKale señaló que las historias sobre la supervivencia de Hitler en Argentina habían sido difundidas a finales de la década de 1940 por, entre otros, el periódico francés *Le Monde*, el autor de biografías populares Emil Ludwig, y tanto el predicador evangélico Garner Ted Armstrong como su padre, que predijeron que Hitler reaparecería en 1972 para iniciar una nueva guerra contra Occidente (aunque más tarde cambiaron de opinión). Sin embargo, como apuntó McKale, todas estas afirmaciones «se basaban en suposiciones e insinuaciones, sin documentos ni declaraciones de testigos reales».[23] Aun así, en 1950 la supervivencia de Hitler ya había entrado en la mitología popular. Había personas para las que la idea de que Hitler, simplemente, había sucumbido a la presión de los acontecimientos y se había suicidado resultaba sin duda inaceptable. La insinuación de que Hitler seguía con vida, desde el punto de vista de McKale, alimentó una «nueva mitología» que contribuyó a justificar la presencia sostenida de soldados franceses y angloestadounidenses en territorio alemán. En el caso de la Unión Soviética, esta mitología contribuyó a su vez a justificar el control continuo de la Europa oriental, al este del Telón de Acero. Pero cuanto más proliferaba la mitología, menos creíble resultaba: llegaban noticias de que Hitler estaba viviendo en un monasterio tibetano, o en Arabia Saudi, o lo habían visto en un café de Austria, o estaba recluido en una prisión secreta de los Urales.[24] Un minero jubilado alemán, Albert Panka, se lamentaba en 1969, en ocasión de su octogésimo cumpleaños, de que lo habían detenido trescientas veces desde 1945. «Estoy harto de que me tomen por *el otro*», le dijo a la prensa, y añadió: «No soy un Führer retirado».[25]

De todas estas teorías, no obstante, la más difundida y repetida ha sido la de que Hitler y Eva Braun habían escapado a Argentina.[26] Se sabía que Argentina había animado a antiguos nazis a huir, por lo general por las rutas de fuga de los Alpes y a menudo con la ayuda de un obispo del Vaticano, el austríaco Alois Hudal; el dictador Juan Perón quería aprovechar su experiencia para fomentar la economía nacional.[27] Varias detenciones —Adolf Eichmann, el principal organizador de la «solución final», fue secuestrado en Argentina por agentes israelíes y sometido a juicio en Jerusalén, en 1961; Franz Stangl, excomandante del campo de exterminio de

Treblinka, fue apresado en Brasil en 1967; y se descubrió la existencia de una red sudamericana que cobijaba a antiguas figuras del nazismo como Josef Mengele, el médico del campo de concentración de Auschwitz— dieron cierta credibilidad a la idea de que el sumo jerarca de los nazis podía ocultarse también en Sudamérica. De hecho, ni el interrogatorio de Eichmann antes del juicio, ni la abundante cantidad de grabaciones que sus socios realizaron de sus conversaciones con otros exnazis durante el exilio en Argentina mencionan ni una sola vez la posibilidad siquiera de que Hitler estuviera vivo, no digamos ya entre ellos. El problema es que para los teóricos conspiranoicos esto era tan poco relevante como lo habían sido las pruebas reunidas por Trevor-Roper o las declaraciones de los componentes del séquito de Hitler en el búnker.[28]

McKale llegó a la conclusión de que el mito de la supervivencia de Hitler iba más allá de una fantasía inocua o excéntrica:

> Se trata de un tema peligroso, que aún sigue entre nosotros: que Hitler había organizado una trama para despistar al mundo, lo que ponía de relieve una vez más la singularidad de su genio maligno. En nuestros días permanece ante todo en la industria del entretenimiento, con lo que, superficialmente, se diría que es algo inocuo. Pero al hacer caso omiso del «hecho» de la muerte de Hitler, todas estas teorías legan a la generación actual y las futuras (a sabiendas o no) la impresión de que Hitler, aunque era el peor asesino de masas de la historia, fue una especie de superhombre capaz de engañar al mundo una última vez […]. La supervivencia que le atribuyen, con todo en contra, vendría a demostrar su carácter inhumano, casi divino. Generar esta clase de mitos comporta el riesgo de favorecer entre algunas personas el deseo inconsciente de «un nuevo Hitler», una figura carismática y legendaria que pudiera encabezar la protesta de las masas contra males opresores como el comunismo o la decadente cultura occidental.[29]

Tres décadas y media después de que McKale diera a conocer su investigación, tal temor parece exagerado. Hitler no se ha convertido en un modelo heroico, salvo para una diminuta minoría de neonazis situados en los márgenes más extremos y lunáticos de la política. E incluso aquí, la teoría de que Hitler huyó del búnker dista de gozar de una aceptación universal; en la web neonazi Stormfront se pueden leer algunas opiniones según las cuales haber huido ignominiosamente del búnker, en lugar de resistir hasta el final, ponía en duda el coraje de Hitler. Más en general, en nuestros días, todo

indicio de admiración por Hitler supone un suicidio político. Cuando se supo que Lutz Bachmann, el fundador del movimiento antiislámico Pegida —cuyas manifestaciones islamófobas de los lunes, en 2014, atrajeron a miles de participantes tanto en Dresde como en muchos otros lugares de la Alemania Oriental—, se había fotografiado con el pelo y el bigote de Hitler, se vio obligado a dimitir de inmediato, aunque luego alegara que la foto era falsa y recuperase la presidencia.[30]

La idea de que Hitler sobrevivió, de una forma u otra, ha tenido como se sabe un eco importante durante muchos años en la industria del ocio, el cine y la literatura fantásticos. La película de 1978 *Los niños del Brasil* imaginaba al antiguo médico de Auschwitz, Josef Mengele, recreando genéticamente copias exactas de Hitler a partir de unas muestras de la sangre del Führer; también en 1978, en un episodio de *Los nuevos Vengadores*, con Patrick MacNee y Joanna Lumley como protagonistas, unos neonazis intentaban liberar a Hitler de un estado de animación suspendida; en 1963 se había visto un argumento similar en la película *They Saved Hitler's Brain* [«Salvaron el cerebro de Hitler»], cuyo título se parodia en «Salvaron el cerebro de Lisa», un episodio de *Los Simpson*; en otra película de 1970, *Flesh Feast* [«Fiesta carnívora»], un grupo de nazis se ha apoderado del cuerpo de Hitler con la intención de clonarlo, aunque en realidad la científica al mando, interpretada por Veronica Lake, solo ha emprendido el experimento para luego poder vengarse de la muerte de sus padres, que habían perdido la vida en un campo de concentración, arrojando gusanos carnívoros a la cara del Hitler clonado; en *Gespräch mit dem Biest* [«Conversación con la Bestia»], de 1996, Armin Müller-Stahl hace que Hitler salga de un búnker subterráneo a los ciento tres años, para ser entrevistado por un periodista de investigación que acaba por pegarle un tiro. También cabe incluir aquí una novela reciente de Timur Vermes, *Ha vuelto*, en la que Hitler se despierta al cabo de unas décadas y contempla la Alemania contemporánea con las anteojeras ideológicas del nazismo. En la mayoría de las películas el efecto, ya sea de suspense o de comedia, se obtiene al yuxtaponer la figura del paradigma de la maldad humana con personas buenas y heroicas que intentan impedir que obtenga la victoria definitiva, lo cual conseguirán matándolo por un medio u otro; con ello se vengan del engaño de Hitler en 1945 y hacen justicia al fin. En cambio, *Ha vuelto* envía un mensaje más inquietante, porque en esta novela Hitler va logrando una aceptación creciente entre la sociedad alemana contemporánea.

III

Las imágenes fantasiosas sobre un Hitler aún vivo pueden servir como un argumento funcional, incluso entretenido, en el cine y la literatura. Sin embargo, a pesar de que McKale demolió por completo el mito de la supervivencia, toda una serie de autores y periodistas de diversa condición han continuado insistiendo en que la historia de la fuga del búnker posee una base real. De hecho, pese a todas las pruebas que demuestran lo contrario, en el siglo XXI se han dedicado más libros a la supervivencia de Hitler en Argentina que en el total de los cincuenta y cinco años precedentes. Más aún, «desde 2009 —se afirma en el análisis más reciente y riguroso sobre el tema— el debate histórico sobre la muerte de Hitler lo han dominado las teorías conspirativas».[31] Antes ya se notaba que la conspiranoia sobre la muerte de Hitler era cada vez más frecuente e insistente. Hans Baumann, un empresario especializado en la ingeniería de válvulas, que visitó Estados Unidos en 1953 como estudiante de intercambio y escribió *The Vanished Life of Eva Braun* (2010), y Ron T. Hansig, autor de *Hitler's Escape* («La huida de Hitler», 2005), colaboraron en una nueva edición de *Hitler's Escape*, que vio la luz en 2014. Los autores niegan lo que califican de «versión oficial, aceptada mayoritariamente, al menos por los Aliados occidentales, según la cual Hitler se quitó la vida el 30 de abril de 1945».[32] Como sucede muy habitualmente en las teorías conspirativas, los estudios académicos de mayor aceptación se desdeñan por ser «oficiales», como si miles de historiadores y periodistas de investigación hubieran sido sobornados en su totalidad por los gobiernos para que contaran mentiras, o bien la propaganda que los Estados controlan los hubiera engañado. Hitler y Eva Braun, según Baumann y Hansig, huyeron del búnker dejando a dobles en su lugar, volaron a España y de allí se desplazaron a Argentina, donde probablemente vivieron los años que les correspondiera «de forma pacífica y confortable».[33] Como tantos otros autores antes que ellos, Baumann y Hansig interpretan el evidente deterioro físico de Hitler, en los últimos meses de la guerra, como una prueba de que un doble había ocupado su puesto. «El objetivo del presente estudio —insisten los autores— no es ciertamente glorificar a Hitler ni convertirlo en un héroe moderno, sino mostrar que fue un cobarde que huyó de la justicia. La historia proporciona pruebas más que suficientes de la increíble magnitud de la muerte y la destrucción que provocó a los judíos, a Alemania y al resto de Europa y Rusia.»[34] Expresan de forma repetida su pesar por el hecho de que sus crímenes hubieran quedado sin castigo.[35] Pese a todo destacan que

«sin lugar a dudas poseía una mente brillante», «era muy amable con los niños, las mujeres y los animales», y se mostró generoso con los británicos, a los que permitió escapar de Dunkerque y les envió sus condiciones de paz con Rudolf Hess, en el fatídico vuelo a Escocia. Cuando invadió Rusia actuaba en defensa propia, dado que «Stalin planeaba atacar Alemania».[36] No era tan malvado, a fin de cuentas, ¿no? Quizá lograra vivir en Argentina de forma pacífica y confortable, pero para una mente tan brillante tuvo que resultar una experiencia difícil, por muchos niños, mujeres y animales que hubiera a su alrededor, a los que gratificar con su amabilidad. «Un estilo de vida de obligada inactividad en un país extranjero —comentan los autores con perspicacia— por fuerza tuvo que ser insoportable para una persona que, en el pasado, había estado al mando de millones.»[37]

Baumann y Hansig fundamentan estos puntos de vista en las diversas declaraciones que Stalin y otras figuras del mundo soviético hicieron en los primeros años de la posguerra así como, entre otras fuentes, en los varios volúmenes de *Gestapo Chief*, de Gregory Douglas. Esta obra afirma imprimir extractos de un extenso informe preparado por la inteligencia estadounidense sobre el jefe de la Gestapo Heinrich Müller a finales de la década de 1940, informe en el que Müller —a quien Baumann y Hansig describen como un oficial de inteligencia y policía de carrera, que no era antisemita— ofrece nueva información sobre Auschwitz (desmiente que fuera un campo de exterminio) y Hitler (según Müller, escapó del búnker, lo que confirma la tesis de los autores). Pero Baumann y Hansig no habían ahondado lo suficiente en el trasfondo de esta obra. Para empezar, «Gregory Douglas» era uno de los diversos pseudónimos de Peter Stahl, un hombre que afirmaba ser el sobrino de Müller y que en 1996 había publicado ya un libro sobre este, con la editora ultraderechista alemana Druffel-Verlag. De hecho, Stahl es un conspiranoico que ya ha dedicado libros a otras supuestas conjuras; por ejemplo, *Regicide: The Official Assassination of John F. Kennedy* (2002), que se anunciaba basado en la documentación de un destacado oficial de la CIA, que demostraría que a Kennedy lo había matado una conspiración de esta agencia. Con un historial en el sórdido negocio de los recuerdos del nazismo —integrado en gran parte por falsificaciones—, se acusó repetidamente a Stahl, en particular en los círculos de negación del Holocausto, de haber fabricado los documentos en ambos casos.[38] Johannes Tuchel, historiador especializado en los campos de concentración, demostró en 2013 que Heinrich Müller, el jefe de la Gestapo, había muerto en Berlín en 1945 y estaba enterrado en una fosa común —irónicamente, de un cementerio

judío—, después de que el enterrador lo identificara por el uniforme y las medallas.[39]

Otro escritor, el estadounidense Harry Cooper, quizá ha sido todavía más persistente en la difusión de la teoría de que el líder nazi escapó del búnker. Aquí la figura central de la conspiración no es el propio Hitler, sino Martin Bormann, que en 1945 era la figura más destacada de la Alemania nazi, tan solo por detrás del Führer. Hitler, afirma Cooper, «no se suicidó en el búnker. Él y Eva Braun salieron de allí». Pero apunta que no lo hicieron por su propia voluntad, sino que los «drogaron a la fuerza», por orden de Bormann, y los trasladaron a Argentina, donde vivieron ocultos en una hacienda de Bariloche, al pie de los Andes. Su libro *Hitler in Argentina: The Documented Truth of Hitler's Escape from Berlin*, publicado en 2006, es una colección de fotografías, documentos y relatos, en su mayoría de los primeros años de la posguerra, centrada en los atrevidos recuerdos de don Ángel Alcázar de Velasco, quien afirmaba haber conocido a Hitler en Argentina y haberse visto varias veces con Bormann («Martin habló el primero: "Te veo más viejo, Ángel". "En ti los años tampoco han pasado en vano", contesté risueño»).[40] Se incluye una fotografía —y se destaca también en la contracubierta— de quien se dice que es un Hitler anciano, con la cara medio oculta por un pañuelo. En un programa de radio paralelo se describe en tono entusiasta la mirada de Hitler («Pervive un eco antiguo de fuego y pasión […]. Es una mirada muy hipnótica»). En realidad, la fotografía, que en origen se titula *Cuarenta parpadeos*, retrata a un pensionista británico y procede de un libro de Kurt Hutton, *Speaking Likeness* (1947). Hutton, que había sido fotógrafo para la revista *Picture Post*, comentó que la había tomado con una Leica, con una combinación de luz natural y una bombilla de techo, especialmente intensa (con la técnica llamada *photoflood*). «Tomé *Cuarenta parpadeos* mientras paseaba por una residencia de ancianos buscando el colorido local», cuenta Hutton.[41] El *copyright* corresponde a Getty Images, aunque Cooper lo reclama como propio.

Cooper también ha dedicado libros a la «red de espías de Hitler en Sudamérica» y a la «huida del búnker» (*Hitler's Spy Web in South America*, 2017; *Escape from the Bunker: Hitler's Escape from Berlin*, 2010). Ambos volúmenes vieron la luz en una plataforma de autoedición que ahora pertenece a Amazon y tiene la sede en la ciudad de Scotts Valley, en California. Según la publicidad de Cooper en amazon.com, su obra presenta

> la transcripción fidedigna de un archivo que me ha entregado un agente nazi que ocupó un lugar destacado durante la segunda guerra mundial.

> Se acercó a Sharkhunters —nuestra organización de estudios históricos, que se ocupa de la historia de los submarinos en la segunda guerra mundial— a contarnos que había ayudado a Martin Bormann a huir de Alemania después de la guerra y que, algunos años más tarde, se había visto con Adolf Hitler. Después de las comprobaciones más rigurosas, ha resultado ser quien decía ser y sus afirmaciones han quedado demostradas por incontables archivos de las agencias de espionaje de Estados Unidos y otros países.

Naturalmente, se trataba de don Angel Alcázar de Velasco, un hombre notorio por sus falsedades. Velasco mantiene que pasó los últimos tres meses de la guerra en el búnker, lo cual es evidentemente mentira, dado que ninguna de las personas que estuvo allí ha afirmado nunca haberlo visto. Sin embargo, en vez de admitir la verdad, Cooper sufrió una reacción alérgica a la exposición de las falsedades del *don*, y amenazó a sus críticos con denunciarlos por difundir noticias inventadas («¡Que los metan a todos en la cárcel!»), aunque no acaba de estar claro qué ley podría tener tal efecto. En cualquier caso, la web escéptica Tomatobubble ha incorporado un descargo de responsabilidad de tono legalista, obra de Mike King, autor de un artículo de esta web sobre «El mito de Hitler en Argentina», donde se certifica

> que tenemos en la mayor estima el trabajo de investigación histórica de Cooper, así como la integridad de su currículo. Cuando utilizamos la palabra «fraude», con la insinuación paralela de la existencia de un ánimo de lucro, según hicimos tanto en nuestro blog como en una reciente entrevista de Red Ice Radio, nos referíamos en realidad a las afirmaciones indudablemente extravagantes de la mayoría de los demás «argentinistas», no de Cooper. Deberíamos haber sido más claros sobre esta distinción. Aunque seguimos en franco desacuerdo con las conclusiones a las que Cooper ha llegado con respecto a una huida de Hitler a Argentina, queremos pedir disculpas al señor Cooper por cualquier percepción errónea de que Cooper no es un hombre íntegro o no cree sinceramente en lo que afirma.**[42]**

Parece probable que este descargo se haya incluido como respuesta a una amenaza legal de Cooper o sus representantes.

Es evidente, de hecho, que el *Hitler in Argentina* de Cooper no es un fraude ni tiene la intención de engañar. Lo publica Sharkhunters International, una organización que Cooper, quien la fundó en persona en 1983, insiste en

que no es política y se centra en estudios rigurosos sobre los submarinos en la segunda guerra mundial. Pero Sharkhunters International sí ofrece rutas por los lugares del nazismo en Alemania y, de hecho, rutas por los supuestos lugares del nazismo en Argentina. Vende recuerdos nazis y se anuncia en publicaciones pronazis y antisemitas como, por ejemplo, *National Christian Neves* («¡El talmudismo es una traición!») y *The Spotlight*, dirigida por Willis Carto, supremacista blanco, antisemita y negacionista del Holocausto. El periodista de investigación Roger Clark ha afirmado que «Harry Cooper se junta de forma regular con neonazis, antisemitas y negadores del Holocausto y participa en muchas emisiones que hacen publicidad de estos puntos de vista». A lo largo de los años han sido miembros de Sharkhunters, entre otros, Leni Riefenstahl, la directora de la película propagandística *El triunfo de la voluntad*, Léon Degrelle, líder fascista belga; Manfred Roeder, un neonazi alemán, negacionista del Holocausto, a quien la Oficina Federal Alemana de Protección de la Constitución incluye en su listado de terroristas; y Charles Ellis, integrante de Alianza Nacional, un movimiento neonazi y supremacista blanco de Estados Unidos. El propio Cooper tomó la palabra en la convención de 1996 de la *Barnes Review*, una publicación negacionista dirigida por Willis Carto y bautizada en recuerdo de otro negacionista del Holocausto: Harry Elmer Barnes. En la página web uboat.net, de entusiastas serios del tema de los submarinos, se han baneado entradas de y sobre Sharkhunters porque «con mucha frecuencia contienen comentarios fuera de lugar».[43] Por otra parte, Cooper colabora a menudo con Rense Radio, de Jeff Rense: se ha contado, por ejemplo, que tan solo entre enero de 2013 y diciembre de 2014 participó en veintitrés ocasiones. Pues bien, la Liga Judía contra la Difamación ha calificado la web de Rense como «virulentamente antisemita».[44] No deja de resultar interesante que la web también publique con frecuencia materiales sobre ovnis, teorías conspirativas sobre el 11 de septiembre de 2001 y fenómenos paranormales, además de los contenidos «antisionistas»; es una demostración de la coexistencia y mutua interacción de muchas clases distintas de «conocimiento alternativo».

A menudo, bajo los intentos en apariencia inocentes de demostrar que Hitler sigue con vida subyacen motivos políticos, de tendencia derechista. El escritor austríaco Werner Brockdorff, por ejemplo, que afirmaba haber pasado «veinte años estudiando las fuentes y recorriendo muchos países de distintos continentes» para documentar los hechos de la supuesta huida de Hitler a Argentina en compañía de Martin Bormann y Eva Braun, se calificaba a sí mismo como un «cazador de nazis». Sin embargo, describe una imagen idílica

del señor y la señora Hitler que, en el exilio sudamericano, sin sufrir derrota ni ser detectados, vivieron una bendición doméstica hasta una edad avanzada; esto tiene poco que ver con la imagen convencional del cazador de nazis, obsesionado con seguir la pista del mal y someterlo a los dictados de la justicia. Brockdorff era de hecho un nacionalista pangermánico, hostil a los dos bandos de la guerra fría, que afirmaba que Hitler había gozado de la protección de la CIA y que los rusos habían confundido deliberadamente al mundo sobre la verdadera suerte del Führer.[45] Como veremos, en otros exponentes de este género cabe identificar tal afiliación política neonazi o ultraderechista.

IV

Si estos autores se habían dedicado a reunir material documental y declaraciones personales para reforzar su teoría de que Hitler y Eva Braun habían escapado a Argentina, en cambio, Simon Dunstan y Gerrard Williams, en su libro *Grey Wolf: The Escape of Adolf Hitler: The Case Presented* (2011), más el programa de televisión que lo acompañó publicado en DVD al año siguiente, adoptaron un enfoque distinto. Dunstan había escrito más de cincuenta libros, en su gran mayoría de temas técnicos de la historia militar, por ejemplo, monografías sobre los tanques británicos Centurion, Chieftain y Challenger, y había preparado varios programas de historia militar para el History Channel; Williams era un periodista que había trabajado para la BBC y Sky News, ante todo en tareas de oficina. Su libro no se presentaba como una colección crítica de pruebas, sino como una narración histórica coherente, de casi trescientas páginas de extensión, más unas cincuenta de notas y bibliografías. En 2014 el libro se transformó en película para televisión, con el mismo título de «Lobo Gris: la huida de Adolf Hitler». En vez de proponer —como habían hecho en su mayoría los defensores de la historia de la supervivencia— que Hitler *podría* haberse escapado del búnker, que *probablemente* se pusieron dobles en lugar del líder nazi y Eva Braun, que *casi con seguridad* huyeron a Argentina a bordo de tal o cual submarino, etcétera, Dunstan y Williams presentan la narración como si de un hecho probado se tratara, y reducen el análisis de las pruebas a unas breves referencias en las notas finales, aunque imprimen algunos pasajes en cursiva para indicar que no proceden de ninguna prueba directa, sino de una «investigación deductiva».[46] A diferencia de la mayoría de los partidarios de

la hipótesis de la supervivencia, por último, aquí estamos ante dos escritores capaces, que saben cómo narrar una historia.

En el extenso prefacio a su libro, Dunstan y Williams cuentan que en un principio tenían la voluntad de preparar un documental para la televisión, tal que «invitara a reflexionar» sobre las teorías conspirativas de la supuesta huida de Hitler del búnker. Pero poco a poco se fueron convenciendo de que la historia de la supervivencia no era tal teoría, sino un hecho. La argumentación se desarrolla según las líneas habituales de la bibliografía conocida: los cuerpos del búnker eran dobles; tanto Eisenhower como Stalin afirmaron que Hitler no había muerto; no hubo testigos del suicidio; los archivos del FBI en la posguerra incluyen informes sobre la detección y el seguimiento de «Hitler en Argentina»; en Bariloche (al suroeste de Buenos Aires, a 1350 kilómetros de distancia) existe un rancho nazi donde vivieron Hitler y Eva Braun. Para recabar pruebas Dunstan y Williams viajaron a Argentina y aunque «todas las personas con las que hablamos sobre la posibilidad de que Hitler hubiera vivido allí después de la guerra lo consideraban ciertamente posible y en muchos casos una realidad innegable», sin embargo, no lograron encontrar e identificar a nadie que se pudiera confirmar que había visto en efecto al Hitler de carne y hueso.[47] Desdeñan el informe de Trevor-Roper, considerando que respondía a la conveniencia política y era la obra de un hombre que no sabía distinguir la verdad de la ficción o descubrir cuándo le estaban mintiendo, como demostraba que unos años más tarde el historiador hubiera defendido la fiabilidad de los falsos *Diarios* de Hitler.[48] Todos los que estuvieron en el búnker en las últimas semanas, incluido el personal de secretaría del líder nazi, resultaron engañados por la presencia de los dobles y creyeron que Hitler se había quedado y había acabado por quitarse la vida (aunque sigue representando un misterio por qué un doble iba a hacer tal cosa).

Grey Wolf aporta unas pocas novedades. Sostiene que el profesor Alf Linney, un experto en reconocimiento facial del University College de Londres, ha «demostrado científicamente» que la famosa fotografía en la que Hitler pasa revista a un grupo de las Juventudes Hitlerianas el 20 de marzo de 1945 es en realidad la imagen de un doble.[49] Pero los autores no indican la naturaleza de esa prueba «científica», ni proporcionan ninguna referencia a publicación alguna del profesor Linney, que de hecho es cirujano otológico. Se trata de un rumor: los autores cuentan qué ha dicho el profesor Linney sin aportar ninguna prueba de que lo dijera y ni tan siquiera citarlo directamente. Cuando Roger Clark le preguntó por la afirmación de Dunstan y Williams,

Linney contestó que «algunos de esos comentarios que me cuenta usted que los autores han hecho, desde luego distan mucho de la verdad».[50] Paralelamente, Dunstan y Williams sostienen que Hermann Fegelein, el cuñado de Hitler, escapó del búnker con este; pero de nuevo, no hay pruebas, sino solo un rumor, y además de la posguerra: al parecer, tal idea se la expuso el padre de Fegelein a un oficial que le entrevistó en septiembre de 1945. En realidad, existen pruebas contemporáneas, confirmadas por testigos, de que Fegelein, que había intentado abandonar el búnker sin permiso, fue ejecutado el 28 de abril de 1945 por orden directa de Hitler.[51]

El capitán Peter Baumgart —el piloto de aviación que, según *Grey Wolf*, trasladó a Hitler y su grupo fuera de Berlín— afirmó tal cosa en un juicio por crímenes de guerra no especificados (aunque es de suponer que cometidos en Polonia), celebrado en Varsovia el 17 de diciembre de 1947; más adelante lo repitió. El juicio se pospuso mientras se le sometía a un examen psiquiátrico, aunque no está claro si ello obedeció a esta afirmación sobre Hitler o no; lo declararon sano, pero de nuevo, no está claro si fue porque las autoridades polacas querían juzgarlo o porque en verdad no sufría ningún problema psiquiátrico. El tribunal polaco lo condenó a cinco años de cárcel. Baumgart también sostenía que había derribado 128 aviones aliados durante su carrera de piloto, lo cual a todas luces era falso. Tampoco era creíble que un bombardero convertido hubiera podido aterrizar en Berlín en una fecha tan tardía, y menos aún en las cercanías del edificio de la Cancillería Imperial, que estaba rodeado de escombros. Por otro lado, tampoco podría haber dispuesto del combustible suficiente para un viaje de regreso en un momento en el que casi todos los otros aviones alemanes se tenían que quedar en tierra porque las reservas se habían agotado.[52] Baumgart afirmó asimismo que en el camino había aterrizado en Magdeburgo, pero esta ciudad ya estaba en manos de los estadounidenses desde el 19 de abril. Por último, el libro indica que el piloto pertenecía a un escuadrón de la fuerza aérea secreta, el número 200; pero la obra de referencia sobre esta unidad no le menciona.[53]

El relato prosigue con el vuelo del grupo hasta un centro turístico del Báltico, Travemünde. En este punto *Grey Wolf* dice a los lectores: «Aquí Eva Braun se despidió cariñosamente de su hermana Use […]. Fegelein también la abrazó».[54] Como el pasaje no está en cursiva, es de suponer que no procede de un «razonamiento deductivo»; pero no se indica ninguna fuente, y cabe entender que se trata de una simple conjetura (por varias razones, empezando por el hecho de que Fegelein estaba muerto). Se añade el testimonio de otro piloto, Werner Baumbach, quien sí fue el jefe del escuadrón 200 de misiones

especiales; pero en los diarios de este piloto no se hizo referencia alguna a que Hitler hubiera estado en Travemünde.[55] A partir de aquí la narración, sin aportar ninguna prueba, relata que el grupo de Hitler voló hasta Reus, no lejos de Barcelona, y de ahí a Fuerteventura, en las islas Canarias.[56] Dunstan y Williams descartan que el sospechoso habitual, el U-530, hubiera transportado a Hitler hasta Argentina, y apuestan por un grupo de tres submarinos que se sabía que habían desaparecido de una «manada de lobos» del Atlántico: los U-518, U-880 y U-1235. En realidad, según podemos leer en la página web uboat.net, el U-518 había sido hundido por destructores estadounidenses el 22 de abril de 1945, con la consiguiente muerte de todos los marinos; el U-880 había corrido la misma suerte el 16 de abril, y el U-1235, un día antes; con lo que todos habían desaparecido porque habían caído en combate, no porque se hubieran alejado de su unidad con el fin de trasladar a Hitler a Argentina.[57] Aun así, *Grey Wolf* asevera: «Sin duda se impartieron órdenes especiales para los comandantes de los U-1235, U-880 y U-518, antes de que zarparan, con la instrucción de abrirlas una vez alcanzaran una longitud dada. El acceso a los contenidos de estas órdenes, redactadas en Berlín bajo la supervisión de Bormann, estaría reservado a una minoría selecta».[58] Tan secretos eran, de hecho, que al parecer ni Dunstan ni Williams los conocían tampoco. En pocas palabras: lo que afirman no va más allá de la conjetura personal.

Con toda clase de detalles circunstanciales, que se nos ofrecen en cursiva para avisar de que son una pura invención (o se basan en un «razonamiento deductivo»), el libro describe cómo el grupo se dirigió a Argentina a bordo de tres submarinos que se enviaron a pique una vez arribaron al país sudamericano.[59] A continuación los llevaron al rancho que los nazis poseían cerca de Bariloche, en el suroeste de Argentina, a los pies de los Andes. Aquí se les habría unido en septiembre Ursula, la hija de Eva Braun y Hitler, nacida en San Remo en 1938. (En realidad era hija de Gitta Schneider, una amiga de Eva; en la bibliografía de la supervivencia es habitual encontrar fotografías de ella con Hitler y Eva Braun.) El relato continúa con el nacimiento de una segunda hija de la pareja, concebida en Múnich en marzo de 1945 (sin que se explique cómo pudo ser; desde el 16 de enero de 1945, Hitler solo había abandonado Berlín en una ocasión, el 3 de marzo, para visitar por breve tiempo la línea del frente, a la sazón ya próxima a la capital, en Wriezen).[60] Vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que la película del libro, que comparte el mismo título de *Grey Wolf*, tan solo menciona una hija, Ursula o «Uschi».[61] Pese a tener una hija, o quizá dos, Eva terminó por aburrirse de la

vida en el rancho y se marchó a otra ciudad, situada al noreste, a 370 kilómetros de Bariloche, con lo que puso fin de hecho al matrimonio con Hitler.[62]

¿En qué pruebas se basan todas estas historias? Aparte de algunas referencias de segunda mano recogidas en los archivos de inteligencia estadounidenses de los primeros años de la posguerra, los autores incluyen pasajes de una entrevista con cierta Catalina Gomero, que recordaba la visita secreta de una persona a la casa alemana en la que trabajaba, una persona que, según le dijo un chófer, era Hitler. Tuvo que dejar las comidas en una bandeja, frente a la puerta del dormitorio (en cambio, en el documental se la ve entrar en la habitación, no propiamente a ella, claro, sino como en todos los demás casos, a la actriz que la representa; esto a pesar de que en otra entrevista la mujer había dejado claro que nunca llegó a ver al supuesto Hitler).[63] Gomero les contó a los productores que le sirvió «la misma comida que a cualquier otra persona de la casa, la típica comida alemana: salchichas, jamón, verduras». En la película, la actriz que representa su papel también le lleva salchichas. A juicio de Williams, esto suponía la «confirmación, por parte de una persona de carne y hueso, de que Adolf Hitler no murió en el búnker en 1945».[64] Pero el hombre al que Gomero no vio en el hotel no podía haber sido Hitler, para empezar porque el dictador nazi era vegetariano de toda la vida; y como tenía muchos problemas en los dientes, se alimentaba de una dieta pobre, esencialmente de un puré de alubias que en ningún caso se identifica con la tradición culinaria alemana.[65]

Aparte de Catalina Gomero, *Grey Wolf* también cita a un informante del FBI que comunicó que un francés sin identificar había visto en un restaurante a un hombre que «poseía numerosas de las características de Hitler» charlando amablemente con varios otros comensales. De nuevo, empieza por ser muy improbable que se tratara de Hitler, porque este no charlaba con los comensales, ni con amabilidad ni de ninguna otra manera, sino que los sometía a monólogos interminables, como quedó recogido para la posteridad en las famosas *Tischgespräche* («conversaciones de sobremesa») de los años de guerra. Y, en cualquier caso, como en todos los otros casos de personas que afirmaron haber visto al exdictador, nada va más allá del rumor y la referencia de oídas. En *Grey Wolf* se cita a otro testigo no identificado, llamado simplemente «Schmidt», que de niño había vivido en una colonia alemana (el libro la califica de «nazi») de la citada Bariloche, en la Patagonia, dirigida por un exoficial destacado de la SS, Ludolf von Alvensleben. Este Alvensleben era sin duda una persona real: un criminal de guerra nazi que

interpretó un papel relevante en los debates del círculo de exiliados —nazis irredentos— que en la década de 1950 se reunía en Buenos Aires para conversar en secreto con Adolf Eichmann, quien había destacado en la implantación del asesinato masivo de los judíos europeos. Se sabe que solía enojar a sus interlocutores porque no negaba la realidad del Holocausto. Pero «Schmidt» no mencionó haber visto a Hitler; y aunque en Bariloche vivieron varios antiguos nazis, como por ejemplo Erich Priebke —un oficial de la SS que acabó siendo extraditado a Italia, donde se lo juzgó por los crímenes de guerra perpetrados en este país—, en lo que respecta a Alvensleben no fue así; él vivía mucho más al norte, en Córdoba, a 1500 kilómetros de Bariloche.[66]

En *Grey Wolf* también vemos a un gestor bancario, Jorge Batinic, que recuerda que su madre le contaba que había visto a Hitler en Argentina, y que era Hitler porque uno de los compañeros de este lo había identificado como tal. De nuevo, nada va más allá de la referencia de oídas: inventada, idealizada o mal recordada.[67] Aunque Hitler vivía muy resguardado, al parecer viajaba mucho, porque otro entrevistado, un carpintero de nombre Hernán Ancín, rememoraba haberlo visto en varias ocasiones en una obra en construcción en la ciudad costera de Mar del Plata, en los primeros años de la década de 1950; un hombre frágil, de pelo cano, acompañado por la «gorda y bien alimentada» Eva Braun. ¿Era el exlíder nazi? Nadie, ni siquiera el supuesto anfitrión del ex-Führer en Mar del Plata, el antiguo dictador fascista croata Ante Pavelić (que, en efecto, en Argentina trabajó en la construcción), lo ha identificado nunca como a tal. Aun así, en la película de *Grey Wolf* vemos a Pavelić con Hitler (a los personajes, claro, interpretados por actores; por cierto, que Eva Braun no aparece gorda, sino con su talla normal, y si acaso «preocupada»).[68] Como nadie ha corroborado las palabras de Ancín, lógicamente conviene descartarlas.

La abogada Alicia Oliveira, en una entrevista, recordaba haberse reunido en 1985 con una mujer que le dijo que era «Uschi», hija de Hitler; pero Oliveira se negó a proporcionar la identidad real de la mujer, amparándose en la «confidencialidad de cliente y abogado».[69] Nuevamente, no se nos muestra una prueba, sino un «alguien dice que», aquí ya de tercera mano, sin identificación ni corroboración. (En la película, sin embargo, se entrevista a una actriz que interpreta a Uschi.) En otra entrevista, el jefe del servicio de guardaespaldas del presidente Perón, un Jorge Colotto de ochenta y siete años, rememora que la presidencia recibió varias visitas de Bormann en la década de 1950. No hará falta decir que el testimonio no ha sido corroborado por ningún documento ni declaración de ninguna otra persona que hubiera

trabajado para Perón. Hacia estas mismas fechas, Araceli Méndez trabajó como traductora y contadora para una «figura del nazismo» que nunca le reveló su nombre real (a pesar de que cuenta que trabaron amistad); ella lo conocía tan solo como «Ricardo Bauer».[70] Por último, los autores aluden por extenso a un libro de 1987 de Manuel Monasterio, un autor que se presenta a sí mismo como gnosticista y astrólogo. Una vez más, lo oculto logra abrirse camino en la imaginación paranoide. Esta obra, *Hitler murió en la Argentina* —que el propio autor reconoció haberse inventado en parte—, es una mezcolanza de «divagaciones extrañas» y conjeturas ocultistas que no puede considerarse fiable en ningún aspecto, menos aún cuando se nos pide creer que los documentos en los que se basaba se perdieron durante una mudanza.[71] Pues bien, según esta fuente, Hitler murió en Argentina en 1972; a Eva Braun se le perdió la pista; a las supuestas hijas nunca se las ha identificado. Pero en internet corre el rumor de que una de ellas es de hecho Angela Merkel, la que desde 2005 ha sido cancillera federal de Alemania. Así puede leerse en la web The Pizzagate Files, creada para defender la infame noticia inventada, que se dio a conocer durante la campaña electoral de 2016 a la presidencia de Estados Unidos, de que varias figuras del Partido Demócrata tenían un refugio pedófilo en un sótano próximo a una pizzería de Nueva York.[72]

Otros autores, además de Roger Clark, han demolido el mito de la supervivencia de Hitler en Argentina; entre ellos, Mike King. Aunque este no alude concretamente a *Grey Wolf* su rigor socava todos los presupuestos que subyacen al libro y la película. King recuerda que el testamento de Hitler declaraba su intención de elegir la muerte en el momento en que resultara obvio que ya no estaba en condiciones de seguir cumpliendo con su papel como «Líder»; que todos los testigos que sobrevivieron al búnker mantuvieron siempre la historia del suicidio; y que el archivo de su puente dental coincidía con los restos materiales diseccionados en la autopsia soviética. En consecuencia —afirma King—, los partidarios del mito de la supervivencia nos están pidiendo que creamos

> que Hitler (*un héroe de guerra, herido por dos veces y condecorado en tres ocasiones, que daba un paso al frente cuando pedían voluntarios para las tareas peligrosas*) acabó convertido en un cobarde embaucador que falseó su propio testamento, engañó a su círculo íntimo y abandonó el barco antes de que su ciudad cayera;

> que testigos como Rattenhuber, Schenck, Junge y Misch guardaron el secreto de Hitler hasta la tumba (*aunque Hitler los había abandonado en manos de los soviéticos*) o, de alguna manera, los habían engañado con la muerte y posterior incineración de unos dobles inocentes;
>
> que, de algún modo, los rusos lograron crear un archivo dental falso que, *treinta años después*, un análisis forense demostraría que coincidía con los archivos dentales obtenidos de forma independiente por los estadounidenses; o que treinta años después de los hechos, los doctores Sognnaes y Strom se sumarían a la conspiración [cursivas enfáticas de King],

King señala que, cuando se someten a escrutinio las supuestas pruebas documentales aportadas por los «argentinistas», se constata que son declaraciones de segunda mano, de oídas, anónimas, no confirmadas o no corroboradas; algunas figuran en los archivos del FBI (porque el FBI archivaba todos los documentos que le enviaban, por erróneos o extravagantes que fueran), otras son materiales difundidos por soviéticos y rusos con la voluntad deliberada de crear confusión. Una imagen frecuente del supuesto Hitler en el exilio, ya anciano, ha resultado ser una imagen digitalmente retocada de Bruno Ganz, el actor que interpreta al líder nazi en la película *El hundimiento*. No se conoce ninguna fotografía real tomada con posterioridad a finales de abril de 1945. Tampoco existe ninguna prueba directa, corroborada de forma independiente, de que Hitler hubiera sobrevivido: ni en la suma de entrevistas ni en el archivo documental.[73]

La historia de la supervivencia casi siempre retrata a Hitler trampeando tanto a la muerte como a la justicia, venciendo a la historia y burlándose del mundo. Hace que Hitler goce de los placeres domésticos con Eva Braun, por lo general en un refugio argentino, hasta alcanzar la vejez; un Hitler que no hace daño a nadie, que quizá toma el sol en alguna playa sudamericana o disfruta de paseos tropicales en compañía de sus secuaces. De hecho, la película *Grey Wolf se* cierra con una escena en la que Hitler, a los noventa y seis años, pasea en una silla de ruedas impulsada por su nieta (el personaje de Hitler, claro, y el de la nieta, representados ambos por actores).[74] Es un panorama muy distinto al de Adolf Eichmann y otros antiguos nazis que pasaron buena parte de sus años de exilio en un mundo de fantasías políticas, en el que se conjuraban para regresar a Alemania. Si ellos mantuvieron el compromiso político, ¿es de creer que Hitler hubiera renunciado al suyo? En realidad, según la película *Grey Wolf* siguió planeando el regreso, con la

ayuda de Martin Bormann, hasta que Perón fue derrocado por un golpe de Estado en 1954, tras lo cual Bormann abandonó el empeño y se centró en sus intereses mercantiles, ayudado por la inmensa fortuna que se suponía que había logrado sacar de contrabando de Alemania en 1945. Según otra versión, Hitler concluye sus días en 1972 como una figura trágica, un anciano decrépito y enfermo, traicionado por Bormann, que llora incontrolablemente hostigado por visiones demoníacas de las personas a las que ha enviado a las cámaras de gas: un retrato retrospectivo del retorno final de la conciencia, y el triunfo, aunque lejos de la opinión pública, de la venganza de la historia contra la psique del monstruo. ¿Cuál de estas dos imágenes sería la cierta: la del viejo de ochenta y tres años acosado por la culpa o la del anciano sereno de noventa y seis años? La pregunta carece de respuesta porque en uno y otro caso se trata de una fantasía.

V

Tanto el libro como la película se acompañaron de un gran despliegue publicitario.[75] Galloping Films Australia, distribuidora del programa de *Grey Wolf*, afirmaba que la película contaba «una historia que cambiará todo lo que nos han enseñado sobre Adolf Hitler y hará que nos resulte imposible volver a dar crédito a ninguna historia oficial sobre ningún asunto».[76] En su conjunto la película, que se estrenó directamente en DVD, recibió una valoración de cinco estrellas por parte del 41 % de los espectadores de amazon.co.uk, y del 67 %, en amazon.com. En amazon.co.uk varias reseñas la calificaban de «excelente» y «brillante». «Va siendo hora de que los historiadores de la academia dejen de esconder las cabezas [sic] como un avestruz» y admitan que Hitler «huyó a Sudamérica», decía un comentarista. En otro comentario se leía que «la mayoría de lo que nos han contado es una mentira, y el cuento de que Hitler murió en Berlín no es una excepción».[77] Pero también hubo voces más críticas. Al menos una cuarta parte de los espectadores, tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos, valoraron la película con una sola estrella. El periódico *The Sun* envió a su intrépido reportero Oliver Harvey a Argentina, para investigar. En un artículo del 4 de marzo de 2012, Harvey les decía a sus lectores que había visitado las casas en las que se suponía que Hitler había vivido, y había hablado con muchas personas, pero no había encontrado nada: ni noticia de que lo hubieran visto, ni pruebas de ADN de posibles sepulturas, ni parientes vivos de Hitler.[78] En su reseña del 7 de junio de 2012, en la misma web de Amazon, Donald

McKale recuerda que en su mayoría la narración refríe afirmaciones de hace muchas décadas, y

> al igual que los predecesores en esta historia —que he citado arriba—, Dunstan y Williams dominan con maestría la técnica periodística de las afirmaciones «por asociación» o «por implicación». Es decir, argumentan o dan a entender que algo ha sucedido de hecho, pero es algo solo remotamente relacionado […]. Cuando uno carece de pruebas factuales, o fidedignas por otra razón, se recurre a asociar cuanto se afirma con alguna otra cosa, o a utilizar referencias de oídas y otras pruebas dudosas, entre ellas fuentes anónimas o no identificadas. Los dosieres que el FBI dedicó a noticias de que se había visto a Hitler, que también se utilizan en *Grey Wolf* no constataron ni una sola referencia creíble a la supervivencia del dictador.**[79]**

También debemos tomar en cuenta el peso de los silencios: las pruebas que uno esperaría hallar de ser cierto lo afirmado en *Grey Wolf* que sin embargo no están por ninguna parte. Fuerza la credulidad más allá de lo imaginable pretender que Eva Braun —una fotógrafa profesional que todos los años que vivió en los montes del Obersalzberg estuvo tomando instantáneas y grabaciones— no dejó el más mínimo rastro fotográfico de las décadas que se supone pasó en Argentina; ni tampoco fotografió nunca a su propia (supuesta) hija, incluso hijas. (A pesar de que la versión cinematográfica inventa varias escenas en las que Eva Braun graba a Hitler, sus amigos o su hija, nunca se ha encontrado ni una de esas supuestas filmaciones.)**[80]** Se han preservado muchas posesiones de los años de Hitler en Alemania; no hay ninguna en Argentina. La narración del libro, en pasajes ciertamente extensos, carece de notas al pie, pruebas que demuestren lo afirmado o siquiera alguna clase de referencia asociativa. La retórica de los autores convierte las conjeturas en suposiciones, y las suposiciones, en hechos. Así, en la página 185 se nos indica que «la huida de Hitler de Berlín, como se ha podido constatar en los capítulos precedentes, está asombrosamente bien documentada»; pero la lectura cuidadosa de esos capítulos muestra que en ningún caso se ha documentado nada.

La película *Grey Wolf* no supuso ningún éxito, pero el libro ha seguido vendiéndose y promoviendo debate durante bastante tiempo. Sin embargo, antes de que el libro saliera de la imprenta, Dunstan y Williams empezaron a tener problemas. «Hemos herido susceptibilidades de gente muy importante —dijo Williams, hablando de su teoría, en octubre de 2011—. A los

historiadores tradicionales no les gusta, y a determinados gobiernos, no les gusta. ¡Hemos recibido incluso amenazas de muerte!»[81] Pero el problema no radicaba tanto en el instinto homicida de los historiadores como en el respaldo financiero de Williams: Magnus Peterson. El fundador de Weavering Capital había sido «mi benefactor, defensor y amable compañero durante todas las pruebas y penalidades por las que este proyecto ha pasado», según lo define Williams en el apartado de agradecimientos de su libro; también produjo la película, según consta en los créditos. El rodaje del documental, bien trabajado, requirió de unos gastos cuantiosos. «El apartado de créditos —señala Roger Clark— enumera a más de cincuenta actores, quince dobladores para las voces en *off* y sesenta personas en tareas de producción», y aún faltaba dar las gracias al compositor de la banda sonora y los artistas empleados en la acertada carátula y funda del DVD.[82] Pero la crisis financiera que estalló en 2008, sumada al fracaso comercial de la película, no tardaron en provocar dificultades económicas. Varios de los trabajadores, por ejemplo, cámaras, que habían intervenido en la filmación no cobraron nunca. Peterson no pudo devolver la inversión a quienes la habían costeado. Su fondo de cobertura se hundió en 2009, hasta el punto de que la Oficina Antifraude registró su domicilio de Kent. Una serie de empresas que habían participado en la financiación de la película fueron cayendo en cadena: Gerbil Films cerró sus puertas en agosto de 2012, le siguió la compañía llamada Lobo Gris (en español), y por último Grey Wolf Media, a consecuencia de no haber presentado las cuentas debidas durante dos años sucesivos. En enero de 2015 Peterson fue condenado a trece años de cárcel por estafa, falsificación, falsedad en documentos contables y fraude comercial. El dinero perdido por los inversores ascendió a casi 350 millones de libras esterlinas. Según las autoridades británicas, Peterson había aprovechado «la inversión […] para recompensarse generosamente», hasta un montante de 5,8 millones de libras esterlinas. La sentencia también le prohibía trabajar de nuevo en la industria de servicios financieros. Otro periodista de investigación, Laurence de Mello, indicó que más de dos millones de libras de Weavering Capital se habían utilizado para costear *Grey Wolf*.[83] «Por descontado —añade Roger Clark— esto no equivale a decir que Gerrard Williams estuviera al corriente de las actividades fraudulentas del señor Peterson, y debemos partir de la idea de que aceptó de buena fe la financiación de su película.» Sin embargo, quedan muchas preguntas por responder sobre el papel de Peterson en la creación del filme.[84]

Lo peor estaba por llegar. El 15 de octubre de 2017, la productora de Williams, Gerbil Films Ltd., había firmado un contrato con un escritor argentino residente en Bariloche, Abel Basti, por el que podría utilizar su investigación en exclusiva a cambio de una importante suma de dinero. Basti ya había publicado un libro sobre Hitler en Argentina, que se completó con varios otros como *El exilio de Hitler* (2010), *Los secretos de Hitler* (2011) y *Tras los pasos de Hitler* (2014). Pero ni la bibliografía ni las notas de *Grey Wolf* los mencionan. Varias de las obras se habían resumido en 2012 en una edición alemana, *Hitler überlebte in Argentinien* [«Hitler sobrevivió en Argentina»], coescrita por Stefan Erdmann y Jan van Helsing (un pseudónimo derivado del héroe cazavampiros del *Drácula* de Bram Stoker, que en realidad se corresponde con un autor llamado Jan Udo Holey). Este Van Helsing, cuya madre se calificaba a sí misma de «vidente», era conocido por haber publicado tres libros que se prohibieron en Alemania porque difundían el odio racial, además de haber dado a imprenta otras obras basadas en teorías conspirativas y relacionadas con los *illuminati*, los Rothschild, los masones y el nuevo orden mundial. Con cifras de 2005, sus obras sobre sociedades secretas habían vendido ya cien mil ejemplares. Van Helsing también ha publicado sobre el 11 de septiembre de 2001, Rudolf Hess, las vacunas, las pirámides de Egipto y muchos otros temas. En cuanto a Erdmann, la Oficina Federal Alemana de Protección de la Constitución lo considera un propagandista de *Los protocolos de los sabios de Sion* en el medio esotérico. **[85]**

Basti quizá compartiera estos puntos de vista, o quizá no, pero el hecho de permitir que Erdmann y Van Helsing le publicaran suponía un respaldo implícito. En su prefacio a la edición alemana, Basti advertía contra los poderes oscuros que estaban preparando una nueva guerra mundial y ocultaban la verdad sobre la supervivencia de Hitler.[86] Estadounidenses y británicos —sostenía Basti— habían mantenido a Hitler en el poder, le habían ayudado a escapar al concluir la guerra y habían difundido el mito de su muerte para no quedar en entredicho; varios pasajes del libro, de hecho, destacan por una poderosa aversión a Estados Unidos.[87] Las ideas de Basti sobre la huida de Hitler se formaron en la década de 1990, cuando realizó una serie de entrevistas que se iniciaron en Bariloche y no tardaron en hacerse extensivas a otras zonas de Argentina. Ninguna de las personas a las que entrevistó proporcionó pruebas directas o corroboradas de que hubieran conocido a Hitler y hablado con él; y algunas de sus afirmaciones, por decirlo moderadamente, parecen improbables, como la de cierto Alberto Vitale que decía haberle visto a menudo en 1953: «calzado con unas botas enormes,

montaba una bicicleta negra, de mujer, e iba de casa en casa vendiendo hierbas».[88]

Como parte del acuerdo, Gerrard Williams recibió las entrevistas de Basti con Catalina Gomero, Jorge Batinic, Manuel Monasterio, Mar Chiquita, Araceli Méndez, Ingeborg Schaeffer, Jorge Colotto y Hernán Ancín, además de declaraciones, vídeos, fotografías y copias tanto de sus artículos de prensa como de dos de sus libros: *Hitler en Argentina* y *Bariloche Nazi*. Pero cuando el respaldo financiero de Williams se vino abajo, dejó sin pagar una importante deuda con Basti, de 98 929 dólares (que, como el propio Williams reconoció, resultaba imposible de satisfacer); en consecuencia, Basti consideró que el contrato había dejado de ser válido, el 12 de agosto de 2009 notificó a Williams formalmente que retiraba el permiso para utilizar los materiales que había puesto a su disposición, y le solicitó que se los devolviera. Williams hizo caso omiso de esta petición, tras lo cual Basti consultó con su abogado de la Asociación Británica de Periodistas, que el 7 de mayo de 2013 escribió a los editores de Williams reclamando una compensación por plagio, quebrantamiento del derecho de copia y pérdidas por valor de 130 450 dólares. Estas pérdidas derivaban de la cancelación de una serie de televisión, de seis capítulos, en cuya preproducción Basti había invertido ese dinero porque, como sus contenidos se habían dado a conocer en el libro y la película de Dunstan y Williams, ya no podía apelar a su originalidad, lo que había destruido las perspectivas de comercialización. Llama la atención que, en los créditos finales de la película, el nombre de Basti ni siquiera se menciona. El abogado de Basti sacó a colación una frase del prefacio a *Grey Wolf* («Los autores han pasado los últimos cinco años investigando esta cuestión: recorriendo el mundo, entrevistando a testigos, desenterrando documentos») y comentó: «Esta afirmación, a todas luces, induce poderosamente a engaño». Dunstan y Williams estaban «presentando como propios un conocimiento que responde ante todo al esfuerzo del señor Basti».[89]

Tras el hundimiento de la productora Grey Wolf Media, Williams logró recabar 16 millones de dólares de History Channel para una serie de televisión dedicada a explorar la idea de que Hitler había sobrevivido a la guerra en Argentina. En lo relativo a las circunstancias que rodearon la muerte de Hitler, la propaganda de History Channel afirmaba que la investigación era «la más profunda y reveladora que el mundo ha visto».[90] El valor total de la producción, que en su conjunto tenía una apariencia profesional y coherente, era elevado. La serie *Hunting Hitler* («Persiguiendo a

Hitler»), que fue producida por Karga Seven Pictures, se emitió por el History Channel en tres temporadas de ocho capítulos cada una, del 10 de noviembre de 2015 al 20 de febrero de 2018; después se canceló, pese a que promediaba unos tres millones de espectadores por episodio. Presentada por el doctor John Cencich, un exinvestigador de Naciones Unidas en materia de crímenes de guerra, que había trabajado para el Tribunal de Crímenes de Guerra de Yugoslavia; Lenny DePaul, actor, estrella de programas de telerrealidad e investigador privado; Bob Baer, exagente de la CIA; Tim Kennedy, exluchador de artes marciales; el historiador James Holland; y por último, aunque no menos importante, por el propio Gerrard Williams, los programas viajaban por Europa y América Latina exhibiendo «documentos secretos desclasificados» y descubriendo túneles ocultos por los que Hitler «podría» haberse escapado, lugares en los que «podría» haber estado, espacios que «después de la guerra podrían haber albergado instalaciones nucleares asociadas con el nazismo». La revista *Variety* comentó, en su reseña de la serie: «Si los espectadores se tomaran un trago de alcohol cada vez que alguien utiliza expresiones como "podría haber habido" o "cabe la posibilidad de que Hitler hubiera venido" o "si de hecho hubo aquí un búnker", en la segunda o tercera pausa publicitaria ya habrían caído redondos».[91]

«Todo lo que nos han estado contando sobre el búnker de Hitler —afirma Baer ante la cámara—, no hay nada que lo respalde. Es el mayor misterio del siglo XX.» Toda la profesión histórica, más la suma de los gobiernos, los periodistas y las personas que vivieron la guerra en primera persona, todos ellos, según History Channel, han participado en «lo que podría ser la mayor operación de encubrimiento de la historia». El propio Williams se pregunta retóricamente: «¿Por qué no nos dicen la verdad?». «El relato del gobierno es una mentira», añade Baer.[92] Es el lenguaje típico de los teóricos conspiranoicos: solo ellos conocen la verdad; solo ellos han logrado penetrar el velo del conocimiento «oficial». Para pasar el tiempo no están mal, pero en los veinticuatro episodios no se ofrece ni un solo descubrimiento concreto.[93] Cuando Baer afirma: «No hay pruebas de que Hitler muriera en el búnker», lo único que hace es confesar su propia ignorancia. Historiadores y biógrafos de prestigio han revisado las pruebas en incontables ocasiones. *Hunting Hitler* no presenta pruebas reales. Todo lo que la serie muestra y es real, como ha destacado Roger Clark, se reinterpreta sin tregua, se usa para llegar a conclusiones injustificadas, cuando no como base de meras conjeturas. El descubrimiento de que cierto fragmento de cráneo atribuido a Hitler y custodiado en Moscú no era en realidad de Hitler se exhibe ante los

espectadores como si se tratara de una revelación decisiva: el cráneo aparece ante la cámara en el primer episodio de *Hunting Hitler*, y luego la voz de Baer nos dice que «los datos forenses de los que en efecto disponemos dan a entender que Hitler se escapó». En realidad, la conclusión del científico que sometió el cráneo a un análisis de ADN, Nicholas Bellantoni, fue afirmar literalmente que «no cabe duda de que [Hitler] murió en el búnker». En abril de 1945 el líder nazi era un hombre enfermo, que no estaba en condiciones de emprender una huida especialmente atrevida. «Que la placa craneal no fuera suya no significa que Hitler no muriera en el búnker, sino sencillamente que el fragmento recobrado no era suyo.» Pero como era previsible, *Hunting Hitler* nunca da la palabra a Bellantoni.**[94]**

Cuando la serie sí se adentra por territorios inexplorados, no tardamos en constatar que la investigación tiene los pies de barro. En el episodio 7, por ejemplo, se le da especial importancia a una investigación de estilo militar sobre la Estancia de Inalco, en la zona sur de los Andes, una ubicación secreta «en la que Hitler podría haber residido». Se afirma que la estancia se halla en un lugar extraordinariamente aislado y quizá protegida por guardias armados. En realidad, dista tan solo 250 metros de una ruta nacional con buen tránsito de camiones, pero —al parecer— solo se puede acceder a la hacienda atravesando un río cercano; de modo que varios miembros del equipo se visten trajes de neopreno, nadan hasta la orilla y —sin encontrarse con ningún guardia armado— acaban por sostener que «bajo las oficinas [hay] cámaras subterráneas revestidas de acero» donde se albergan «los documentos más importantes y siniestros de aquel siglo» (el siglo XX). Pero *Hunting Hitler* no muestra ni un fotograma del interior de la residencia y las oficinas, ni subterráneas ni superficiales; y de hecho los visitantes pueden acceder a la casa por la puerta delantera, lo que en efecto hacen a menudo. Una vez más, todo se limita a la sugerencia, las insinuaciones y la invención. No solo no existe ninguna prueba de que Hitler hubiera estado nunca allí, sino que tampoco hay pruebas de que la estancia fuera secreta o difícilmente accesible. **[95]**

En uno de los episodios de *Hunting Hitler*, el equipo afirma haber descubierto un informe según el cual en 1947 Hitler asistió a una representación de *ballet* en Cassino, una ciudad brasileña conocida por ser lugar de residencia de varios exnazis. Consultan periódicos locales de aquellas fechas y encuentran que, en efecto, hubo dos sesiones vespertinas de *ballet*. No se hace referencia a Hitler, pero Gerrard Williams concluye que sin duda hubo una tercera representación, no recogida por las noticias. ¿Cómo lo demuestra? Existe un poema escrito en francés que elogia el *ballet* y exhibe

una fecha distinta a las noticias públicas de la prensa. «Me siento abrumado —dice Williams—. [Hitler] estuvo aquí.» Se quedaría mirando alrededor, a las personas más acomodadas de la platea, sin duda pensando: «De entre todas estas personas, ¿quién podría ayudarnos a volver?». Todo esto es «pura fantasía», como bien observa Clark. No existen ni pruebas ni indicios siquiera de que Hitler hubiera estado en verdad allí.[96] La serie se degrada y entrega aún más a la fábula, mezclada con la conjetura sensacionalista, cuando da a entender que Hitler voló a Colombia en 1948 con dos físicos que «llevaban consigo los planes secretos de los misiles V-3 y el historial al completo de las investigaciones nucleares alemanas». Siguen una pista que nos lleva a un pantano donde se supone que se deshicieron del avión. Pero después de varias incursiones de buceo, no encuentran nada. «Es una gran decepción», confiesa Baer, al salir del agua. Pero desde el principio no había por dónde coger la historia. No existe la más mínima prueba que indique que Hitler voló a Colombia desde Argentina (donde tampoco hay pruebas de que estuviera, claro está). El V-3 no era un misil, como el V-2, sino un cañón gigante con el que se pretendía atacar Londres desde la costa francesa del canal de la Mancha; los bombarderos aliados lo destruyeron antes de que llegara a ser operativo. En cuanto al programa nuclear de los nazis, no alcanzó ninguna fase que pudiera tener siquiera una mínima relevancia práctica, ni podría haberla alcanzado nunca porque los alemanes no estaban en condiciones de adquirir la materia prima necesaria. Y en Sudamérica, Hitler habría padecido esta dificultad en un grado casi infinitamente mayor que en Alemania.[97]

VI

Según ha apuntado Roger Clark, «*Grey Wolf* y *Hunting Hitler* forman parte de una próspera industria asociada con la supervivencia de Hitler». *Grey Wolf* —aunque destaca por su ambición y es el único que ha generado una serie de televisión— es uno más de los diversos libros que en los últimos años se han dedicado a la teoría de la supervivencia. Tras un período de relativa inactividad, tales teorías han emergido de nuevo con fuerza; quizá el ejemplo del libro, la película y la serie ha tenido un efecto potenciador. Todas estas teorías afirman ser ciertas, en comparación con invenciones puras y duras de una u otra clase. Ahora bien, como ha señalado Clark: «todas las teorías sobre la supervivencia de Hitler no pueden ser ciertas, porque se contradicen unas a otras. Pero todas las teorías sobre la supervivencia de Hitler sí pueden ser falsas; y lo son. Sus defensores solo pueden aportar rumores y referencias de

oídas. No están de acuerdo en cómo ni cuándo escapó Hitler de Berlín, cómo viajó al extranjero, dónde vivió, qué hizo, cómo lo hizo, cuándo o dónde murió». Por otro lado, nadie ha podido aportar ninguna fotografía de Hitler posterior al 30 de abril de 1945, ni, a tal respecto, tampoco de Eva Braun o su supuesta descendencia. Tampoco se ha detenido e interrogado a nadie, ni en el bando aliado ni en el alemán, que en teoría hubiera facilitado la escapada.[98] Esto no ha sido óbice para que, por los motivos que a cada cual correspondan, los teóricos conspiranoicos sigan ejercitando su imaginación paranoide. Y de forma repetida, algún medio de comunicación muerde el anzuelo e informa de nuevos «descubrimientos» que «demuestran» que Hitler huyó del búnker, por mucho que en realidad no suceda tal cosa.[99]

En los textos sobre la huida de Hitler abundan los errores obvios, a la vista de todo lector. Mientras que muchos teóricos conspiranoicos —por ejemplo, los que escriben sobre Rudolf Hess— se citan entre sí, en cambio los «supervivencialistas» tienden a presentar sus descubrimientos como fruto exclusivo del propio trabajo, de modo que al parecer no tiene importancia que se contradigan mutuamente en tantos aspectos esenciales. Simoni Renee Guerreiro Dias, por ejemplo, escribió un libro que sostiene que Hitler escapó a Argentina al terminar la guerra, pero no a Bariloche; la autora nos dice que atravesó Paraguay en dirección a Brasil y se estableció en una ciudad de Mato Grosso, Nossa Senhora do Livramento, cerca de Cuiabá, donde se dedicó a buscar tesoros ocultos con ayuda de un mapa que los Aliados le habían dado en el Vaticano. Buscó una novia negra, para despistar sobre su historial nazi, y vivió hasta los noventa y cinco años con el apellido falso de Adolf Leipzig. Guerreiro Dias cuenta que eligió el nombre de Leipzig por ser esta la cuna de su compositor favorito, J. S. Bach (pese al hecho de que sus compositores favoritos fueron Wagner y, durante la guerra, Bruckner; no parece que Bach le gustara lo más mínimo y, por acabarlo de rematar, este había nacido en Eisenach, no en Leipzig). «Una monja polaca no identificada reconoció a Hitler en un anciano de ochenta y pocos años al que iban a operar en un hospital de Cuiabá, y pidió permiso para ausentarse; pero un superior la riñó y le contó que estaba allí por orden del Vaticano.» Las «sospechas [de la autora] sobre Adolf Leipzig se acrecentaron después de colocar con Photoshop un bigote sobre la fotografía granulada que había conseguido, y compararla con imágenes del líder nazi».[100]

Por las frecuentes referencias a la supuesta intervención del Vaticano en todo esto, parece que la autora se mueve, al menos en parte, por una poderosa hostilidad a la Iglesia católica. En cierto sentido se trata de una versión del

mito de la supervivencia emanada de un medio anticlerical y anticatólico. De hecho, en la nueva oleada de obras que defienden la supervivencia de Hitler llama la atención cuántas han surgido de organizaciones, grupos y personas que desdeñan las corrientes principales y legítimas de la ciencia y la erudición y promueven una u otra clase de conocimientos alternativos. Algunos conspiranoicos que teorizan sobre la supervivencia del líder nazi provienen, por ejemplo, del ámbito ocultista: son estudiosos de lo sobrenatural y paranormal. Mientras que esta forma de saberes alternativos ya ha hecho aparición, aunque de un modo un tanto marginal, en las otras teorías conspirativas analizadas en el presente libro, en el caso de las teorías sobre la supervivencia de Hitler ha ocupado una posición más central. Así, por ejemplo, el estadounidense Peter Levenda, que ha planteado la hipótesis de que Hitler huyó a Indonesia, había dedicado un estudio a la «historia de la asociación del nazismo con lo oculto» (*Unholy Alliance: A History of Nazi Involvement with the Occult*, 1994) y varios libros a la «brujería política en Estados Unidos». Después de haber dedicado dos décadas a escribir sobre los masones, los cabalistas y temas similares, se acercó al tema de la supuesta supervivencia de Hitler con un libro sobre las rutas de huida de Europa, con la intervención de espías soviéticos y sacerdotes nazis (*Ratline: Soviet Spies, Nazi Priests, and the Disappearance of Adolf Hitler*, 2012), y regresó dos años más tarde con un estudio del «legado de Hitler […] amenaza para la seguridad global en la Era del Terrorismo» (*The Hitler Legacy: The Nazi Cult in Diaspora, How It was Organized, How It was Funded, and Why It Remains a Threat to Global Security in the Age of Terrorism*, 2014). (Entre tanto se había ocupado de un tema recurrente entre los teóricos conspiranoicos: los atentados del 11 de septiembre de 2001 contra el World Trade Center de Nueva York.) En *Ratline*, Levenda identificó a Hitler con un médico alemán, llamado Georg Anton Pöch, que había trabajado en Indonesia después de la guerra. «Independientemente de quién fuera Pöch en realidad —el director de Salud del Gau de Salzburgo o el líder del Tercer Reich—, no cabe duda de que se trata de un nazi que logró huir a Indonesia», escribió Levenda. Al parecer este Hitler (o Pöch) se convirtió al islam y se casó con una joven del país.**[101]** Se trata de un libro vago en prácticamente todos sus detalles, que sin lugar a dudas se ha escrito para atraer a la comunidad ocultista; no se esfuerza por argumentar con coherencia ni tiene problema en ampararse sin más en cosas que le han dicho, cuando no en pruebas evidentemente falsas.

Es más detallado, en cambio, un extenso ensayo de Giordan Smith sobre la «invención de la muerte de Adolf Hitler» («Fabricating the Death of Adolf

Hitler»), publicado en la web ocultista Nexus Illuminati. Este texto —como el libro del exmédico de Spandau, Hugh Thomas— se centra en exponer diferencias casi imperceptibles entre las declaraciones y pruebas relacionadas con la muerte de Hitler y Eva Braun, para llegar a la conclusión de que en realidad sus cadáveres no se han encontrado nunca. Al igual que Thomas, Smith, que es un escritor australiano independiente, no fue más allá; pero resulta obvio que su objeción principal respondía a que el suicidio de Hitler arrojaba una luz muy poco heroica sobre el líder nazi. Smith sostiene que Trevor-Roper hacía hablar a sus interlocutores como un ventrílocuo a sus muñecos; algunos, como la aviadora Hanna Reitsch, rechazaron más adelante lo publicado por el compilador e hicieron hincapié en que Hitler había «muerto con dignidad». La investigación de Trevor-Roper formaba parte de una conspiración británica destinada a «entronizar la propaganda antinazi como un hecho histórico». «La teoría del suicidio era además un arma en la guerra psicológica contra la población alemana», a la que pretendían convencer de que Hitler era un cobarde y, por lo tanto, debían resignarse sumisamente a la ocupación aliada.[102] Los contenidos de la revista *Nexus*, fundada en Australia en 1986, y de la página web Nexus Illuminati han sido descritos por un estudio reciente y autorizado sobre la extrema derecha en Europa como «una mezcla de asuntos esotéricos, conspiranoicos y neonazis».[103] Por descontado, no todas las webs esotéricas u ocultistas se identifican con la extrema derecha y el neonazismo, pero en las zonas marginales se produce un solapamiento claro.

Aquí el ocultismo se funde con el ambiente político alternativo de la extrema derecha. Con el auge del populismo en estos últimos años, este ámbito político ha empezado a influir sobre lo que anteriormente se consideraba un conservadurismo sin esos tonos marginales. A este respecto, quizá la muestra más interesante de la nueva oleada de bibliografía supervivencialista es *Hunting Hitler* (2014), de Jerome Corsi, un político estadounidense de derechas. Es un volumen breve, que no se basa en ninguna investigación original, sino sobre todo en Dunstan y Williams, el libro anterior de Bezymenski, e informes de quien (no con especial precisión) el autor describe como «el respetado periodista e historiador militar Ladislas Faragó».[104] Como otros teóricos de las conspiraciones, Corsi utiliza con especial frecuencia informes de los primeros años de la posguerra, sean de la inteligencia estadounidense u otras fuentes. Plantea, como ya ha pasado a ser habitual, que un doble ocupó el lugar de Hitler en el búnker, el 22 de abril de 1945. El Hitler de carne y hueso voló en helicóptero a Austria, luego en avión

a Barcelona, donde tomó un submarino con rumbo a Argentina (a pesar del hecho de que a esas alturas los británicos bloqueaban el paso naval por el estrecho de Gibraltar y habría resultado casi imposible franquearlo).[105] Corsi se atiene a la versión de Dunstan y Williams y sitúa el refugio de Hitler en una hacienda situada a la orilla de un lago próximo a Bariloche, donde vivió tranquilamente con Eva Braun en una mansión de estilo bávaro que habían levantado para él dos años antes (lo que, por poco plausible que resulte, daría a entender que en 1943 el líder nazi ya preveía que iba a perder la guerra). «Cuando Hitler llegó a Argentina —nos dice— encontró a una comunidad alemana entusiasta, preparada para darle la bienvenida» (resulta extraño, en tal caso, que nunca se hayan encontrado vestigios de la bienvenida de esa comunidad).[106]

¿Qué significan estas hipótesis, a juicio de Corsi? Afirma que Hitler huyó de la justicia porque gozaba de la protección de Allen Dulles, director de la CIA, y de Juan Perón. Ambos tenían lazos estrechos con el capitalismo alemán porque en 1943 Bormann había «puesto en práctica un plan para invertir miles de millones de dólares de la riqueza robada en […] empresas y negocios de Estados Unidos y Argentina».[107] Dulles habría admitido que el nacionalsocialismo marcaba el camino del futuro en la lucha contra el comunismo, habría hecho venir a Estados Unidos a expertos como el diseñador de cohetes Wernher von Braun, y habría incorporado dentro de la CIA al servicio de inteligencia nazi. Pero estos nazis acudieron sin renunciar a su ideología y (aunque no está claro ni cómo ni por qué) fomentaron acuerdos de libre comercio (sui géneris) que privilegiaban a entidades globales como la Organización Mundial del Comercio o Naciones Unidas, que amenazaban con destruir la soberanía de Estados Unidos. De resultas se impuso a los ciudadanos estadounidenses un grado de vigilancia gubernamental que, según Corsi, habría sido «inconcebible incluso para los nazis cuando estaban en la cumbre de su poder»; al mismo tiempo, a los críticos con el gobierno y defensores de las libertades estadounidenses se los ridiculiza en vez de reconocerlos como «los verdaderos patriotas del Tea Party que de hecho son […]. Así como a Hitler se le permitió escapar de Berlín y acceder a Argentina en submarino, el nacionalsocialismo ha florecido en lo que bien cabe afirmar que es el Cuarto Reich en el que, sin darnos cuenta, hemos acabado por convertirnos».[108]

En la confusa visión de Corsi, por lo tanto, la huida de Hitler a Argentina es una especie de símbolo de los vínculos que unen a la clase dirigente de Estados Unidos (incluidos los dos partidos mayoritarios, el Demócrata y el

Republicano) con el nazismo alemán, cuya herencia pervive en el gran gobierno. Corsi, experto en mercadotecnia de los servicios financieros, había saltado a la fama en 2004 con un libro donde reprochaba a John Kerry, candidato demócrata a la presidencia del país, que había participado en la guerra de Vietnam sin el debido honor. A pesar de que su *Unfit for Command: Swift Boat Veterans Speak Out against John Kerry* fue objeto de críticas por parte de veteranos que en efecto habían luchado activamente al lado de Kerry,**[109]** el libro logró vender más de un millón de ejemplares. Siguió una serie de obras en las que se afirmaba, entre otras cosas, que el dinero del petróleo iraní había corrompido al Partido Demócrata. En 2005 Corsi (en coautoría con Craig Smith) dedicó al afán de «dominio del oro negro» *Black Gold Stranglehold: The Myth of Scarcity and the Politics of Oil*, donde, según el texto de la solapa:

> Jerome R. Corsi y Craig R. Smith denuncian la ciencia fraudulenta que se ha vendido al pueblo estadounidense con el fin de esclavizarlo: la creencia de que el petróleo es un combustible fósil y un recurso finito. Este libro, por el contrario, presenta una investigación autorizada, reservada en la actualidad sobre todo a la comunidad científica, según la cual el petróleo no es el fruto de la decadencia de los dinosaurios y los bosques prehistóricos, sino un producto natural de la Tierra. Las pruebas científicas citadas por Corsi y Smith sugieren que la Tierra produce petróleo de forma constante, a una gran profundidad, y este queda a nuestra disposición al impulsarlo hacia la superficie las fuerzas centrífugas de la rotación terrestre.

En otro libro sobre la «defunción del gran Estados Unidos» (*The Late Great USA - the Coming Merger with Canada and Mexico*, 2007), Corsi denunciaba el complot del poder para acabar con la soberanía estadounidense y unificar al país con Canadá y México para crear una versión transatlántica de la Unión Europea.

Otro supervenías de Corsi, *The Obama Nation: Leftist Politics and the Cult of Personality* (2008), sostenía que el candidato demócrata a la presidencia de Estados Unidos, Barack Obama, era un ultraizquierdista relacionado con la ideología de la liberación negra y vinculado con el islam, que pretendía socavar la política exterior y el poderío militar de Estados Unidos. (Nótese por otro lado que el título, en particular si se lee con acento estadounidense, pretende sugerirnos que esa «nación de Obama», *Obama Nation*, es una «abominación», *abomination*.) Desde la campaña del

candidato se replicó con una refutación de cuarenta páginas, titulada «No apto para la publicación», donde se citan numerosos detalles del libro y se concluye que el libro de Corsi

> no es más que una serie de mentiras desacreditadas hace ya mucho tiempo, redactada por un individuo igualmente desacreditado desde que hace cuatro años publicó un libro similar para contribuir a la reelección de George Bush y Dick Cheney […]. La realidad es que esta clase de libros cargados de mentiras abunda entre las obras que se han improvisado con corta y pegas de internet para reunir dinero para la campaña presidencial.**[110]**

En 2008 Corsi dio su apoyo al Movimiento por la Verdad del 11-S, que difunde las teorías conspirativas según las cuales el 11 de septiembre de 2001 las Torres Gemelas fueron destruidas por integrantes del gobierno estadounidense con el fin de tener una excusa para invadir Irak.**[111]** En este punto no extrañará que Corsi sea también un *birther*, como se ha dado en llamar a los partidarios de la idea de que Obama no podía ser presidente porque no cumplía el requisito legal de haber nacido en Estados Unidos. Sin embargo, el impacto de su *Where's the Birth Certificate? The Case that Barack Obama is not Eligible to be President* quedó algo menguado porque el documento que el título reclama saber dónde está —el certificado de nacimiento de Obama— se dio a conocer a la opinión pública con todos sus detalles tres semanas antes de que el libro llegara a las librerías. El movimiento *birther* pretendía esencialmente desacreditar al político negro y demócrata que, aun así, fue reelegido presidente de Estados Unidos en 2012. Corsi no tiene manías en el autobombo: según la biografía que consta en la página web del Tea Party —una facción populista y derechista del Partido Republicano, nombrada en recuerdo de los rebeldes de 1773 que hicieron campaña contra los impuestos del poder colonial británico, en los años inmediatamente anteriores a la guerra de Independencia de Estados Unidos—, «durante los últimos cinco años el doctor Corsi ha participado en un promedio de cien programas radiofónicos al mes». De ser cierto, Corsi aparece de media en por lo menos tres emisiones diarias.**[112]** Varios de esos programas están disponibles en línea. En uno Corsi afirma, no con mucha coherencia expresiva, que «en mis dos libros sobre Kennedy —porque a ver, de verdad, ¿quién mató a Kennedy?— y en *Hunting Hitler* —porque estoy desarrollando temas y vuelvo atrás y analizo la desinformación—, el asesinato de Kennedy y la huida de Hitler, y los acontecimientos están conectados. Aparecen los

mismos nombres: los Dulles, la CIA, la OSS y los Bush».[113] Hitler, desde la perspectiva de Corsi, era un izquierdista radical que promovió la atención sanitaria universal, al igual que hizo años más tarde Obama con su ley de contención de los costes de salud (conocida popularmente como «Obamacare»); son paralelismos ineludibles, para este autor. Salta a la vista, en resumidas cuentas, que el objetivo de Corsi era calificar de nazi a Obama y establecer una continuidad de las manipulaciones conspiradoras del gobierno estadounidense desde 1945. No le interesaba lo más mínimo qué le habría sucedido a Hitler después de llegar a Argentina.

En este contexto tampoco extrañará a nadie que en 2016 Corsi abogara apasionadamente por Donald Trump en la exitosa campaña de este por la presidencia, ni que, según ha escrito Alex Nichols, un crítico hostil a Corsi, «se apresuró a sumarse al "Pizzagate", el ridículo rumor según el cual John Podesta, jefe de campaña de [Hillary] Clinton, dirigía una red pedófila en el sótano de una pizzería de Washington D. C., y aportó cuanto pudo a los intentos de diagnosticarle a Hillary Clinton todas las enfermedades imaginables, desde el párkinson al autismo». Tras la victoria de Trump, Corsi fue nombrado editor de Info Wars y jefe de la delegación de esta organización en Washington, en 2017 (aunque más adelante dejó la entidad). Info Wars es una página web de ultraderecha, especializada en noticias falsas, propiedad del teórico conspiranoico Alex Jones. Varias redes sociales han vetado la difusión de sus páginas por difundir desinformación que, en algunos casos, se dice que ha acarreado incluso acoso grave a las víctimas. El «Pizzagate» es un buen ejemplo, pues el dueño de la pizzería empezó a recibir amenazas de muerte y, el 4 de diciembre de 2016, un joven de veintiocho años, Edgar Welch, entró en el establecimiento con un rifle y empezó a disparar convencido de que estaba liberando a los niños encerrados en el sótano (inexistente). Por fortuna, nadie resultó herido; pero, aunque se ha demostrado que la noticia es absolutamente falsa, el acoso ha continuado de varias maneras, como un intento de prender fuego al restaurante, el 25 de enero de 2019. Las teorías conspirativas pueden pasar de la mera conjetura a las consecuencias reales.[114] En fechas más recientes Corsi ha publicado un libro contra el «Estado profundo», *Killing the Deep State*, donde sostiene que la investigación criminal del fiscal Robert Mueller sobre el presidente Trump forma parte de una conspiración más general tendente a expulsarlo del cargo y, mediante un golpe de Estado, instalar lo que los conspiranoicos de la ultraderecha estadounidense llaman «el nuevo orden mundial», que sería una especie de versión actualizada del comunismo internacional.[115]

Podríamos pensar que nos hallamos muy lejos del mito de la supervivencia de Hitler.[116] Pero la forma en que Corsi usa este mito en contra de la clase dirigente de Estados Unidos también se puede hallar en la que sin duda es la más estrafalaria de todas las teorías supervivencialistas: la que parte de una expedición nazi a la Antártida, la expedición Nueva Suabia, en 1938-1939. Aquí entramos en el mundo imaginario de otra comunidad de conocimiento alternativo, la «ufología» u «ovnilogía», grupos y personas que estudian los «objetos volantes no identificados» [en inglés, UFO]. A partir del hecho conocido de que durante la guerra los nazis habían investigado en materia de propulsión de cohetes, aviones de combate de reacción y otras formas de tecnología militar avanzada (incluida toda una escuadra de reactores), algunos ufólogos estadounidenses los han relacionado con una supuesta aeronave nazi que utilizaba tecnología antigravitatoria, y han conjeturado que quizá se estaba desarrollando en las bases secretas que los nazis habían instalado bajo los hielos antárticos; Hitler habría volado aquí a la conclusión de la guerra, y habría muerto y lo habrían enterrado en la Antártida. Estas aeronaves las producía una organización berlinesa, la Sociedad Vril, según ciertas fuentes. Un grupo de nazis ocultistas habían tomado este nombre de la novela *Vril*, del escritor victoriano Edward Bulwer-Lytton (publicada originalmente en 1871 como *La raza futura*),[117] que algunos teósofos como madame Blavatsky y Rudolf Steiner consideraron que era al menos en parte una descripción de hechos empíricos. Bulwer-Lytton denomina *vril* —evidente abreviación de «viril»— a una misteriosa fuente de poder, tan destructiva como sanadora, que emplean los *vril-ya*, una raza que habita bajo la superficie terrestre y se prepara para apoderarse del planeta. En un libro de 1960, *Morning of the Magicians (La rebelión de los brujos)*, Louis Pauwels (discípulo del mago ruso George Gurdjieff) y Jacques Bergier (también un exiliado ruso, cuyas últimas palabras, pronunciadas ya en el lecho de muerte, se dice que fueron: «No soy una leyenda»), se conecta la alquimia con la física nuclear y a los nazis con los ovnis. El libro fue un objeto de culto en la década de 1960 y generó toda una serie de vástagos fantásticos que relacionaban el nazismo, la ciencia y el ocultismo.[118]

Estas ideas forman parte de una fascinación, en la cultura alternativa, por los lazos de unión del nazismo y lo oculto. En realidad existen muy pocas pruebas de la existencia de tales lazos, ni siquiera en aquellos márgenes de la SS caracterizados por rasgos más llamativamente pseudoreligiosos y pseudocientíficos.[119] Al igual que otras muchas formas del conocimiento alternativo, los mundos de la ufología y el ocultismo logran coincidir y

solaparse, por ejemplo, en los libros de Maximillien de Lafayette, autor de *Chronology of World War Two: Hitler in Berlin and Argentina and Nazis 1945-2013* (2014), *Hitler's Doubles: Photos, Proofs, Testimonies, Facts, Eyewitnesses* (2018) y *Hitler's Visitors in Argentina from 1945 to 1985* (2 vols., 2018-2020). Entre sus otras obras —la lista se extiende más de cien páginas en amazon.co.uk, pues en línea consta como autor de más de dos mil libros— se ha ocupado de la presencia de extraterrestres en la Tierra en publicaciones como: *1921, Germany: Birth of the First Man-Made UFO, Extraterrestrials Messages to Maria Orsic in Ana'kh Aldebaran Script to Build the Vril* (2014), y ha firmado libros sobre ovnis y lo sobrenatural, la brujería y lo oculto. Una breve entrada en *RationalWiki* sostiene que

> Maximillien de Lafayette es un supuesto «experto en ovnis» y «paladín de los astronautas antiguos» que ha aparecido en *UFO Hunters* y *Ancient Aliens* [series de televisión estadounidenses]. Según una mujer que sostiene haber sido su novia, en realidad es un «timador que copia textos y fotos de internet y los vuelve a publicar como libros».[120]

Independientemente de la veracidad, o no, de la afirmación anterior, Lafayette, aunque parece actuar sin asociarse con ningún grupo u organización (lo que no deja de resultar lógico, puesto que debe de pasarse escribiendo cada minuto del día), su figura resulta interesante por la forma en que atrae a lectores que consumen una amplia variedad de tipos de conocimiento no oficial. Es similar a lo que ocurre con las personas que difunden una teoría conspirativa dada: es probable que también le den crédito a otras teorías de la conspiración.

Aquí hemos entrado en un submundo literario extraño, habitado por autores que publican en línea o se autoeditan sus propios libros; se trata de escritores a los que nadie parece tomarse en serio, pero que, al mismo tiempo, al parecer logran vivir de su trabajo. Hay otros personajes comparables con Lafayette, aunque nadie se acerca a su productividad. Quizá el más destacado fue Ernst Zündel (1939-2017), un negacionista del Holocausto que fue condenado a varios períodos de cárcel por incitar al odio racial y fue deportado de Canadá y Estados Unidos por sus actividades. Zündel no solo había dedicado un libro (*UFO's: Nazi Secret Weapons?*, de 1974, con el pseudónimo de Christof Friedrich) a sostener que los «platillos volantes» (*fliegende Untertassen*) eran aviones espía enviados desde las bases subterráneas de los nazis en Nueva Suabia, sino que en 1978 invitó a sus lectores a sufragarse una expedición de búsqueda. Los billetes costaban 9999

dólares, y sus propietarios contarían con un pase oficial de investigación de ovnis y una carta de navegación con instrucciones para hallarlos. Se ha dicho que Zündel confesó, en una entrevista telefónica:

> —Me di cuenta de que los norteamericanos no tenían interés en que les enseñaran nada. Querían que los entretuvieran. El libro nació por diversión. Con una foto del Führer en la portada y platillos volantes que salían de la Antártida, me daba la posibilidad de aparecer en programas de radio y televisión. En un programa de una hora yo me pasaba un cuarto de hora hablando de esas historias esotéricas […] y eso me abría la puerta a hablar de lo que yo quería hablar en realidad.
>
> —En ese caso —le pregunté—, ¿todavía suscribe lo que escribió en su libro sobre los ovnis?
>
> —A ver —contestó—, el propio título acaba con un interrogante.[121]

Para Zündel, por lo tanto, la cuestión de los platillos volantes era una forma de lograr tiempo en los medios de comunicación para exponer su antisemitismo y negar la existencia del Holocausto. Un caso aún más siniestro fue el de Richard Chase, apodado el Vampiro de Sacramento, un esquizofrénico paranoide que en el plazo de un mes de 1977 mató a seis víctimas, se bebió la sangre y canibalizó los cuerpos. Chase afirmaba que le habían ordenado hacerlo unos hombres que le hablaban desde ovnis nazis, y pidió al oficial que le interrogaba que le diera una pistola de radar para poder derribarlos y que los juzgaran a ellos, los verdaderos responsables.[122]

Llegados a este punto basta un pequeño paso para imaginar que Hitler y los nazis —que a fin de cuentas, por medio de Wernher von Braun, habían desarrollado el misil V-2— no habían huido a la Antártida, sino a la Luna, o incluso a Marte. En 1992, para celebrar medio siglo de la base de Alemania en el satélite terrestre, el ufólogo búlgaro Vladimir Terziski, como presidente de la Academia Estadounidense de Ciencias Disidentes (una institución cuya lista de miembros parece reducirse a él mismo), afirmó haber demostrado que la Luna cuenta con una atmósfera respirable; para sobrevivir nos basta con poco más que «unos tejanos, un jersey y unas deportivas». El primer hombre en pisar el satélite fue alemán; los estadounidenses, no hará falta decirlo, no pusieron allí el pie en 1969, sino que falsificaron la toma en un estudio.[123] Tales ideas se retomaron en una película de 2012, *Iron Sky*, que describe, al estilo de la ficción popular, la existencia de toda una comunidad nazi en el lado oscuro de la Luna, descubierta de forma accidental por astronautas

estadounidenses en 2018. Pretende ser una sátira política, que socava los estereotipos raciales nazis, establece paralelismos entre las ideas nazis y las del Tea Party y otras facciones derechistas del Partido Republicano de Estados Unidos, y de manera implícita aboga por la tolerancia, la paz y el amor en un mundo dominado por los valores del nazismo. La película no tuvo éxito. Según el semanario alemán *Die Zeit*, «prácticamente no contiene nada bueno: ni la trama, ni las bromas, ni la selección de actores, ni las pullas, ni desde luego el deseo de romper tabús».[124] Aun así, en 2019 se estrenó una secuela que se hizo posible con un proceso de financiación colectiva.

VII

«Hay un mundo de diferencia —ha señalado Roger Clark— entre las películas de guerra malas, pero entretenidas, que se presentan como obras de ficción, y las películas bélicas que afirman ser históricamente rigurosas, pero desprecian la verdad.»[125] Es obvio que el mito de la supervivencia de Hitler atrae a una gran variedad de escritores movidos por una gran variedad de razones. Pero todos ellos, de un modo u otro, pertenecen a comunidades de conocimiento alternativo. Según ha observado Michael Butter, aquí no lidiamos con la esfera pública —en la que en general se comparte una interpretación común de lo que es cierto y lo que no—, sino con «esferas públicas parciales con conceptos distintos de la verdad».[126] Lo único que casi todas tienen en común es el desprecio por lo que denominan «conocimiento oficial». En todas se cree que los medios de comunicación globales, los historiadores, los periodistas y casi todos los autores que han escrito sobre Hitler han resultado engañados por una trama muy astuta que les ha hecho pensar que Hitler había muerto, cuando en realidad no fue así. Las comunidades del ocultismo, del entusiasmo por los ovnis o los submarinos, de la supuesta ilegitimidad de Obama como candidato presidencial, de los conspiranoicos que dudan de la muerte de Kennedy o los atentados del 11 de septiembre de 2001, de los antisemitas, los neonazis, los negacionistas del Holocausto y otras muchas están integradas por mentalidades parejas que refuerzan la propia identidad y autoestima aportando detalles nuevos que acrecientan su reputación entre los compañeros. Estas comunidades de conocimientos alternativos están bien organizadas, en algunos casos, como por ejemplo la negación del Holocausto, y en otros apenas hay organización; a veces se solapan parcialmente, pues quienes creen en los ovnis suelen estar fascinados por lo oculto, y quienes consideran que Obama fue un presidente

ilegítimo suelen dar crédito a teorías conspirativas sobre el 11 de septiembre; pero en lo esencial se trata de entidades separadas, con sus propios sitios web, publicaciones, charlas y congresos. Algunos probablemente creen con sinceridad en lo que afirman; algunos quizá vean un modo de suspender la incredulidad para favorecer el entretenimiento; en otros casos, por último, quizá estamos ante una utilización cínica de estas cuestiones, para fines de propaganda política o ganancia económica. Para algunos supone una oportunidad de entrar en mundos alternativos o paralelos en los que pueden moldear y controlar la realidad, en lugar de tener que enfrentarse a su intratable complejidad. Un resultado histórico decepcionante se puede corregir; un conjunto de pruebas difícil e intrincado se puede reducir a uno coherente; se pueden crear mundos fantásticos y reinos virtuales de la imaginación tales que compensen las dificultades y frustraciones de la vida cotidiana. Apenas es de extrañar que las realidades virtuales, desde el Bien y el Mal simples de la Tierra Media de Tolkien hasta los modelos deductivos racionales del Londres eduardiano y Victoriano de Sherlock Holmes, hayan cobrado popularidad en el mundo actual, política y culturalmente incierto.[127]

En este mundo de ansiedad moral, Hitler y el nazismo se han convertido en iconos del mal, símbolos de una malignidad y perversidad extremas, irrescatables desde ninguna perspectiva moral (a diferencia, por ejemplo, de todo un Stalin, que aún cuenta con defensores que señalan que industrializó Rusia y derrotó al Tercer Reich). Las comunidades de los conocimientos alternativos se centran en Hitler porque es una figura cultural reconocible al instante, que atraerá la atención general, en particular si se plantea alguna afirmación que aparente someter a revisión lo que todo el mundo sabe (y, por lo tanto, los hechos «oficiales» sobre la vida del líder nazi). La narración que el mito de la supervivencia posibilita es de comprensión simple y fácil, una vez la despojamos de sus múltiples variantes y matices: Hitler no murió en el búnker, sino que huyó en submarino a Argentina. ¿Cabría decir que es una historia idónea para el tipo de propagación que caracteriza internet? El periodista científico estadounidense Nicholas Carr ha puesto hace poco de relieve que internet, al cortar la información en pedazos digeribles, favorece «la lectura en diagonal […], el pensamiento distraído y el aprendizaje superficial». En consecuencia, favorece la propagación de información errónea y no invita a que los usuarios la contemplen con una mirada crítica, porque cada medio minuto, por decir algo, saltan de una web a la siguiente.[128] Sin lugar a dudas, algunas reseñas que los lectores publican en la web de amazon.co.uk son extensas, detalladas y críticamente devastadoras. Pero de

las cerca de cuatrocientas ochenta reseñas de lectores que podemos leer en este sitio, el 83 % otorga una valoración positiva, de cuatro o incluso cinco estrellas (el máximo). (En amazon.com hay más de quinientas reseñas, de las que también el 87 % son positivas.) Es evidente que los lectores críticos y escépticos están en minoría.

Entre las numerosas comunidades distintas de saberes alternativos que han abrazado la teoría de la supervivencia de Hitler, es obvio que algunas pertenecen al espectro político de la derecha, y están inspiradas por la creencia de que Hitler no era un hombre que hubiera optado por morirse en un búnker subterráneo, después de un mezquino pacto de suicidio. Este deseo de rescatar al líder nazi de la ignominia de su muerte real ha proporcionado al grueso de las propuestas supervivencialistas un carácter netamente distinto al de muchas otras teorías conspirativas. Si uno sopesa por un momento en serio la posibilidad de que Hitler hubiera escapado del búnker, no cabe duda de que tendría que haber existido una conspiración de un alcance muy considerable, que implicaría a todo el séquito presente en el búnker (aunque algunos de estos personajes continuaron formando parte de la fuerza aérea, la armada y el ejército alemanes), miembros destacados de la clase dirigente argentina y muy probablemente también la CIA y el FBI. Sin embargo, si en efecto hubiera existido una trama tan compleja para huir del búnker, ¿por qué tantos de los implicados —empezando por Joseph y Magda Goebbels, que no habrían sido ajenos a la conspiración— optaron por quitarse la vida en vez de aprovechar la oportunidad de escapar con Hitler?

Independientemente de quién estuviera implicado, la huida tuvo que haberse preparado de forma meticulosa, con el conocimiento de grandes figuras de las fuerzas armadas; y de haber residido Hitler en Argentina todos esos años, ello también, como la propia huida del búnker, habría requerido del silencio absoluto e ininterrumpido de por vida de todas y cada una de las personas que participaban en el sustento y ocultación del líder nazi. A fin de cuentas, a otras figuras del nazismo que en la posguerra se exiliaron en Sudamérica, como por ejemplo Adolf Eichmann o Franz Stangl, bien se logró seguirles la pista hasta localizarlos y detenerlos. En cambio, ni una sola de las personas que habrían formado parte de la trama ya fuera en Alemania, en España o en Argentina ha dicho nunca una palabra sobre lo que supuestamente hicieron. Pero de hecho la bibliografía sobre la supuesta supervivencia casi nunca menciona a nadie que hubiera participado de forma directa ni, menos aún, da a la imprenta entrevistas con ellos, memorias, conversaciones de terceros que hubieran estado con ellos. La bibliografía

repite una y otra vez que unos dobles ocuparon el lugar de Hitler y Eva Braun en el búnker, pero no se indica el nombre de nadie que hubiera podido organizar o llevar a cabo el engaño, por no hablar de seguirles la pista hasta localizarlos y entrevistarlos. A lo sumo se le atribuye a Martin Bormann —pese al hecho probado de que murió en Berlín, en los últimos días de la guerra—, sobre todo en *Grey Wolf*, donde se afirma que organizó la huida y se marchó con Hitler a gozar de la agradable vida de retiro en Sudamérica. Los cómplices no dejan de ser figuras sospechosas; de unos pocos —como el capitán Baumgart, piloto de avión— se nos dice el nombre, pero no se nos cuenta quién los reclutó ni cómo, sino que aparecen sin más. Sorprende en particular la ausencia de los auxiliares más próximos a Hitler, sus edecanes, asistentes y secretarias, que —si hubiera habido una trama para ayudarle a huir— sin duda habrían resultado instrumentales. Al final se acaba tratando de una conspiración sin conspiradores.**[129]**

La razón salta a la vista: Hitler tiene que mantener su carisma. No se le puede ver como instrumento, ya sea voluntario o involuntario, de una conjura compleja; la huida tiene que haber sido una obra exclusivamente personal. En palabras de Donald McKale:

> Casi en solitario, Hitler había sido el causante de la guerra. Desde el punto de vista occidental, la guerra había sido una lucha a muerte contra la encarnación humana de Satán: el Bien contra el Mal, la Justicia contra la Injusticia. Mientras que sus seguidores nazis le rendían culto con devoción, como un líder divino, también sus enemigos le atribuían poderes demoníacos y superhumanos. ¿Acaso tales cualidades —se razonaba— no serían suficientes para asegurar su supervivencia?**[130]**

Pese a los gestos de desaprobación moral que —con rara frecuencia— dejan caer algunos supervivencialistas, Hitler emerge de la narración como el genio que, por medios desconocidos e indescifrables, supo organizar su propia supervivencia y huida. El Hitler de Abel Basti, por ejemplo, parece haber gozado durante toda su vida de poderes muy superiores a los de cualquier otro mortal. Durante los años que pasó en el poder, afirma Basti, «recibió en su cama tanto a jóvenes desconocidas como a actrices, deportistas y otras mujeres famosas». Unity Mitford le dio un hijo, al igual que Magda Goebbels; también Tilly Fleischer, campeona de lanzamiento olímpico de jabalina, cuya hija Gisela vio cómo se publicaban en París unas supuestas memorias suyas con el título de *Adolf Hitler, mon père* [«Adolf Hitler, mi

padre»], aunque en 1966 tanto Gisela como su madre no solo negaron públicamente que la joven hubiera escrito tal libro, sino que hicieron hincapié en que desde luego ella no era hija de Hitler.[131] La bibliografía ocultista le concede poderes ocultos; los entusiastas de los ovnis lo muestran al mando de una tecnología de un refinamiento impresionante; los neonazis le atribuyen una capacidad asombrosa para evitar que le encuentren y capturen. En toda esta bibliografía Hitler emerge como un hombre que engañó al mundo en 1945, haciéndole creer que había muerto, y siguió haciendo lo mismo muchos años más. Es significativo que Dunstan y Williams sean casi los únicos que no parecen actuar por motivos políticos o admirar de algún modo al líder nazi cuando defienden la idea de que Hitler huyó del búnker; su libro, y el de Cooper, son los únicos que nombran como organizadores de la conspiración a otras personas distintas a Hitler.

Las noticias de «se ha visto a Hitler» también pertenecen a una tradición muy consolidada de sensacionalismo en la prensa popular. Tabloides de quiosco como el *National Enquirer* y la *Police Gazette* prosperaron gracias a «exclusivas» que otros periódicos no acertaron, o renunciaron, a publicar. En este punto carece de importancia si los lectores dan crédito o no a estas historias; se publican como una forma de entretenimiento, en una tradición que se remonta no solo a la época de mayor auge de la *Police Gazette*, la década de 1950, sino más atrás: a la prensa amarilla de la década de 1890, cuando Pulitzer y Hearst libraron una guerra de tiradas dando cabida en sus cabeceras a historias cada vez más sensacionalistas; a las historias de sangre y violencia tan populares en la era victoriana; a los gacetilleros de la Grub Street, en el siglo XVIII; y se remonta incluso hasta el siglo XVI, cuando la reciente invención de la imprenta dio difusión a formatos como los pliegos de cordel, donde se narraban sucesos nunca vistos ni oídos. A lo largo de los siglos, la literatura popular y los cuentos tradicionales se han ocupado de milagros, fantasmas y toda clase de historias sobrenaturales e inexplicables; y el relato de la huida de Hitler del búnker puede considerarse como una versión actualizada de esta tradición, pertrechada ahora con el equipo de notas al pie, referencias a fuentes y declaraciones de testigos que interpretamos como indicios de veracidad. Como internet hoy, en la era del telégrafo y el teléfono la prensa popular de masas superó los límites lingüísticos gracias a la sindicación mundial generada por las agencias de noticias; y Hitler, como figura reconocible en todo el globo, era un personaje ideal para las noticias sensacionalistas en todo el mundo.

En una cultura política democrática, esta historia ha adquirido, para algunos, una importancia política asociada con el neonazismo y el antisemitismo, porque cuadra con una creencia más general en la idea de que desde 1945 el mundo del conocimiento «oficial» ha estado ocultando la verdad sobre la guerra, el Holocausto, el Partido Nazi y su líder. A menudo los defensores del mito de la supervivencia de Hitler son figuras marginales, con dificultades para ganarse las lentejas en lindes desérticas de los ámbitos del periodismo, el coleccionismo de arte, la política o la universidad, y con el deseo de abandonar esa marginalidad. En este sentido también dan continuidad a una tradición de herejía y conocimiento alternativo que posee una historia ciertamente larga. Internet quizá haya permitido que este mundo de pseudoinformación subterránea alcance a difundirse más lejos y más rápido que lo que antaño estaba en su mano; pero en lo que respecta al contenido, la verdad es que no representa ninguna novedad especial. Antes bien, encaja casi a la perfección en un contexto muy antiguo: el del gran líder que se supone ha sido capaz de engañar a la muerte y seguir viviendo en secreto, y sirviendo de inspiración a sus adeptos, como se decía del rey Arturo, antiguo monarca británico; de Federico Barbarroja, emperador alemán del Medievo; o incluso del emperador francés Napoleón, del que se ha publicado que se le ha visto hace poco.[132]

Como ha concluido Roger Clark, el mito de la supervivencia de Hitler ha convencido a miles de personas —peor aún, a millones, porque se ha diseminado gracias a una serie de televisión extensa y bien producida— de que es razonable despreciar a los historiadores de prestigio y la tradición académica y tildarlos de mentirosos y embaucadores; y ello a pesar de que quienes realmente saben de qué hablan no pueden dar el más mínimo crédito a ese mito. Sigue diciendo Clark:

> Los teóricos conspiranoicos contaminan los pozos del conocimiento, se aprovechan de la falta de educación de personas a las que desdeñan, y agravan su ignorancia. Fomentan que la gente desconfíe de las obras académicas y arrastran por el suelo la reputación de los historiadores legítimos […]. Si dañamos la credibilidad de los libros y las películas que nacen de una buena investigación estamos instalando mitos en el lugar de la realidad. Si en efecto los historiadores serios se equivocan al respecto de la muerte de Hitler, si en verdad sobrevivió muchos años después de 1945, ¿no es acaso posible que se equivoquen también en todo lo demás… incluso en el Holocausto? Desazona constatar cuántos defensores de la supervivencia de Hitler son también antisemitas y

> niegan la existencia del Holocausto. La historia falsa hace daño de verdad. Ofende a los veteranos de guerra y a los millones de víctimas de los nazis. Sugerir que Hitler se retiró a algún refugio con la connivencia de los Aliados occidentales es insultante. Trivializa y niega la victoria sobre los nazis, que fue el fruto de un esfuerzo enorme. Retrata a Hitler y sus secuaces como unos superhombres astutos y habilidosos, más ingeniosos que sus enemigos. Nos quieren hacer creer que nadie derrotó nunca al Führer.[133]

En algunas versiones, las teorías conspirativas, incluso aquellas que sostienen que Hitler sobrevivió a 1945, pueden parecer relativamente inocuas. Desde luego no todas responden a propósitos políticos malignos. Pero todas ellas tienen en común un escepticismo radical —aunque en algunos aspectos, ingenuo— que no solo arroja dudas sobre la verdad de las conclusiones obtenidas por medio de una investigación histórica minuciosa y objetiva, sino sobre la idea misma de la verdad. Y una vez desacreditada esta idea, lo que se está poniendo en cuestión es la posibilidad misma de organizar la sociedad de acuerdo con argumentos racionales y a partir de decisiones informadas y argumentadas.

Conclusión

Han existido teorías conspirativas desde tiempo inmemorial, pero solo en los últimos siglos, y sobre todo desde la Ilustración y la Revolución francesa, han adoptado los rasgos que tan familiares se han hecho en los años más recientes, cuando se han difundido sin tregua por los medios de comunicación, y luego internet, más los mundos ficticios de las series de televisión y las películas de Hollywood. En muchos sentidos, son el producto de la erudición y la ciencia modernas, pues comparten —o aparentan compartir— muchos de sus modos de argumentación y sus estructuras más básicos y comunes. A sus consumidores les presentan un mundo en blanco y negro, de héroes individuales —que por lo general están situados en posiciones marginales y luchan contra viento y marea para descubrir la verdad— y «villanos» colectivos, muy a menudo en posiciones de poder, que hacen cuanto pueden para ocultarla. Frente a las ambigüedades morales de la vida real, pintan una imagen de absolutos morales, de buenos y malos; una imagen que resulta más fácil entender y, por ello mismo, también resulta más interesante y emocionante describirla, en comparación con los grises complejos de la realidad documentada. Los lectores y los espectadores de la televisión o el cine pueden gozar de la satisfacción de identificarse con un héroe intrépido —héroe en masculino, porque es menos habitual que nos hallemos ante una heroína— que logra rasgar el velo de secretismo que el mundo oficial había impuesto, y desenmascara a unos conjurados y conspiradores que estaban manipulando los hechos en su propio beneficio.[1]

Para los recopiladores y consumidores de *Los protocolos de los sabios de Sion*, se logra revelar una verdad subyacente sobre la fuerza maligna que está detrás de las tragedias y desastres de la historia mundial: los judíos. Para los partidarios del mito de la puñalada por la espalda, los heroicos soldados alemanes que batallaban con bravura en el Frente Occidental se ven traicionados en su patria por los revolucionarios socialistas, pero por fin se ha desenmascarado su secreta alevosía. Para los teóricos conspiranoicos del incendio del Reichstag, por fin se ha llamado a capítulo a los perpetradores nazis, después de muchas décadas en las que sus adeptos han logrado convencer a los historiadores de que no tuvieron ninguna responsabilidad en el hecho de que el fuego destruyera la asamblea alemana (y todo lo que ocurrió a continuación). Para los defensores de la idea de que Rudolf Hess portaba una oferta de paz para los británicos que podía haber puesto fin a la

guerra más destructiva de la historia, se han dado a conocer al fin las maquinaciones de la clase dirigente, encabezada por Churchill. Y para la mayoría de los exponentes de la teoría de que Hitler huyó del búnker de Berlín y vivió el resto de sus días en paz en Argentina, la reputación del líder nazi como genio —destruida por la afirmación aliada de que se había suicidado miserablemente cuando el Ejército Rojo se acercaba a la capital— queda restaurada triunfalmente.

Muchas teorías conspirativas comparten una sugerencia contrafactual que, por lo menos en una parte de las voces que las postulan, equivale a dejarse llevar por una ilusión: ¡*Ojalá* los judíos no hubieran estado conspirando entre bambalinas! *En tal caso* —según los antisemitas conservadores—, nuestra sociedad no padecería los males modernos del liberalismo, la igualdad, la libertad de pensamiento y la secularización. ¡*Ojalá* no hubieran apuñalado por la espalda al ejército alemán! *En tal caso* —según los nacionalistas alemanes—, el país germano habría vencido en la primera guerra mundial, o como mínimo habría obligado a los Aliados a proponer una paz en condiciones razonables. ¡*Ojalá* los nazis no hubieran incendiado el Reichstag! *En tal caso* —según los comunistas y sus sucesores de izquierdas—, la democracia de Weimar habría sobrevivido y el Holocausto no habría llegado a producirse. ¡*Ojalá* la misión de paz de Hess hubiera tenido éxito! *En tal caso* —según los nacionalistas británicos, los nostálgicos del imperio y quienes habrían preferido continuar con la política de contemporización—, la segunda guerra mundial habría concluido bastante antes, se habrían salvado millones de vidas, se habría preservado el imperio británico y, de nuevo, se habría evitado el Holocausto. ¡*Ojalá* el mundo hubiera comprendido que Hitler supo engañar a sus enemigos y huir del búnker! *En tal caso* —según los admiradores del líder nazi—, hoy todos sabríamos que fue un auténtico genio, gallardo y heroico, o bien, de forma alternativa, para una pequeña minoría, *en tal caso*, se le habría podido juzgar por sus crímenes. A menudo, la afirmación conspiranoica de que se han descubierto verdades ocultas se acompaña de una afirmación paralela de que por el camino se han perdido otras posibilidades.[2]

Las teorías conspirativas, como ha señalado Michael Butter, siempre empiezan con los hechos ya concluidos. Empiezan por preguntarse *Cui bono?* («¿Quién se ha beneficiado?») y dan por sentado que quienquiera que haya salido mejor parado es quien puso en marcha los acontecimientos. La Revolución francesa trajo ventajas para los judíos, los masones y los *illuminati*, así que sin duda ellos la iniciaron; el ascenso del liberalismo en la

Europa del siglo XIX comportó la emancipación de los judíos, así que sin duda estos estaban detrás de tal tendencia. En muchos casos, esta forma de pensar ha abierto de par en par las puertas de la fantasía y la representación falsa, con el afán de proporcionar un aparente respaldo empírico a unos prejuicios políticos, religiosos o raciales no sometidos a escrutinio; en consecuencia, el hecho de que en los movimientos socialista y comunista de finales del siglo XIX y principios del XX hubiera algunas figuras de origen judío se exagera y distorsiona hasta dar a entender que tales movimientos obedecían por completo a la inspiración de los judíos y eran expresión de una conspiración global tendente a socavar el orden tradicional de las cosas. Así, en vez de verse obligados a lidiar con ideas como el socialismo o el comunismo, las teorías conspirativas permiten a los antisemitas desdeñarlas como el fruto de las malvadas maquinaciones de una conjura judía subversiva. Donde las pruebas no alcanzan, se recurre a la invención: los nacionalistas de derechas de Alemania, por ejemplo, antes de 1914, sostenían que las líderes del movimiento feminista —al que acusaban de socavar el modelo de la familia alemana, subvertir el patriarcado y hacer descender la tasa de natalidad— eran todas judías, aunque, en realidad, prácticamente ninguna lo era.[3] Los agricultores alemanes que, ora en la década de 1870, ora en la de 1920, se deslomaban pero quedaron arruinados por crisis económicas que no podían comprender, entendían, sin embargo, con alivio la afirmación de los políticos antisemitas, según los cuales la culpa era de las malignas manipulaciones de los banqueros judíos desde las ciudades. De este modo, las desconcertantes complejidades de la política y la sociedad quedan reducidas a una fórmula simple que todo el mundo puede entender.

De una manera similar, parecía evidente que los verdaderos beneficiarios de la derrota de Alemania en la primera guerra mundial habían sido los liberales, socialistas y demócratas alemanes, que ascendieron al poder con la revolución de 1918 y dirigieron el sistema democrático que surgió de ella: la República de Weimar; por consiguiente, sin duda ellos tenían que haber sido los causantes de la derrota. Tampoco cabía duda de quién se había beneficiado del incendio del Reichstag. Era tan evidente que Hitler y los nazis habían salido ganando —porque la destrucción de la asamblea les había permitido dar unos primeros pasos cruciales para establecer una dictadura amparados en una base cuasilegal— que parecía indudable que ellos habían prendido las llamas. La ideología marxista había enseñado a los comunistas a buscar las verdades ocultas —por ejemplo, el egoísmo de los capitalistas, oculto bajo la política democrática y liberal— y Stalin, como líder del

comunismo mundial, fue un teórico conspiranoico a la mayor escala; no es de extrañar, por lo tanto, que (independientemente de cuán lejos hayan llegado a evolucionar las teorías con respecto a sus orígenes rusos) hallemos a Stalin detrás de las aseveraciones de que los nazis habían iniciado el incendio del Reichstag; de que Rudolf Hess había volado a Inglaterra a petición de Hitler, para concluir una paz bilateral con los británicos; y de que Hitler no perdió la vida en el búnker. Por su parte, así como la propaganda aliada se benefició de haber tildado a Hess de lunático, el orden de posguerra instaurado por los Aliados también se benefició de difamar a Hitler, tildándolo de cobarde y perdedor y retratándolo como un suicida despreciable. En esta clase de casos, los hechos «reales», ocultos durante décadas, fueron desvelados por los teóricos de las conspiraciones con el fin de minar la credibilidad de la «clase dirigente» y dirigirnos hacia una lectura distinta de la historia, tal que rehabilitaría a figuras como Hess o Hitler, desacreditados por la versión «oficial».

Las teorías conspirativas exhiben una fuerte obsesión por los detalles, que a menudo se traduce en destacar un detalle ínfimo e hincharlo fuera de toda proporción, y luego apuntalar las afirmaciones con un despliegue de pseudoerudición, ediciones de apariencia crítica e interminables notas al pie. Cuando examinan las pruebas reales, los teóricos conspiranoicos no aceptan que haya incoherencias menores, el fruto normal de fallos humanos en la transmisión de la información, o errores de poca trascendencia, como por ejemplo la anotación de horas ligeramente distintas: desde la perspectiva de los conspiranoicos, estas incoherencias tienen que ser deliberadas y se deben a la voluntad de engañarnos. La teoría conspirativa resulta preferible a la versión «oficial» porque tiene la virtud de superar esas incoherencias. Por otro lado, si los testigos dan apoyo a la «versión oficial», sin duda están mintiendo, bien porque ellos mismos están implicados en la conjura y quieren evitar que se sepa, o bien —con un recurso común en las teorías conspirativas— porque se los está chantajeando. En muchos casos, los testigos que podrían contarnos la verdad —lo que a juicio de los conspiranoicos es la verdad— han muerto, han sido asesinados o, como Martin Bormann o Heinrich Müller, simplemente han desaparecido. En ausencia de documentos que apoyen la teoría de la conspiración, habrá que inventarlos; como hemos visto, la falsificación es un método recurrente en las teorías conspirativas, empezando por *Los protocolos de los sabios de Sion*. Si no, los documentos habrán desaparecido misteriosamente, o el poder los habrá ocultado o destruido. La teoría en sí nunca cambia, independientemente

de cuántas supuestas pruebas se le incorporen. Cualquier nuevo descubrimiento solo se tomará en cuenta si respalda la explicación conspiranoica de un acontecimiento; pero si hay pruebas reales que desmonten la teoría, por lo general se hace como si no existieran.[4] Si de forma excepcional se toman en consideración estas pruebas, a menudo los conspiranoicos intentan desacreditarlas alegando que quienes las han generado o aportado actúan por motivos egoístas o deshonestos.

La actual proliferación y, en algunos casos, resurgimiento de teorías conspirativas que implican a Hitler forma parte de una tendencia mucho más amplia en la que diversas influencias se están sumando para difuminar cada vez más los límites entre la verdad y la ficción; o quizá ante todo para presentar «verdades» alternativas, que siempre se afirma que se corresponden con la realidad y presentan su propia panoplia de fundamentación pseudoprobatoria en apoyo de sus afirmaciones. Cada comunidad de conocimiento alternativo cuenta con su propia verdad; en ocasiones, como entre quienes defienden las teorías conspirativas sobre la supervivencia de Hitler, el vuelo de Hess, el incendio del Reichstag o la leyenda de la puñalada por la espalda, dentro del paradigma conspiranoico general conviven afirmaciones muy diferentes; pero es raro que sus defensores debatan entre sí, y prefieren concentrar los dardos contra los historiadores que califican de «tradicionalistas» o lo que denominan «el conocimiento oficial». Pero afirmaciones distintas y contrarias sobre una misma cosa no pueden ser verdad al mismo tiempo; solo puede existir una verdad, aun cuando a veces resulte muy difícil determinarla. Entre los rasgos más alarmantes de algunas teorías conspirativas se encuentra la creencia aparente en que el hecho de si al fin y al cabo esas teorías son ciertas o no es algo que en realidad carece de importancia. Pero sí que importa. Averiguar qué ha sucedido de verdad en la historia es una cuestión difícil: precisa de mucho trabajo penoso, requiere examinar directamente las pruebas, presupone que estemos abiertos a cambiar de opinión, implica abandonar los prejuicios y conceptos previos cuando nos encontramos ante pruebas que los desmienten. Sin embargo, resulta factible, incluso en una era como la nuestra, en la que las puertas que controlaban la formación de las opiniones se han visto desbordadas por internet y ahora cualquiera puede colgar en la esfera pública lo que le parezca, por extravagantes que sean sus ideas. Las compañías que poseen las redes sociales han empezado a despertar ante este problema, pero a la postre, la única manera de establecer qué es cierto y qué es falso es una investigación

minuciosa. Los ejemplos que se han presentado en este libro pretenden ser una modesta aportación a tal fin.

Agradecimientos

Este libro debe su existencia en primer lugar a la Fundación Leverhulme, que ha apoyado con generosidad mi investigación con su programa de becas para estudios sobre Conspiración y Democracia, del que fui el investigador principal de 2013 a 2018. Me siento profundamente agradecido al consejo, a su personal administrativo, y al profesor director de la Fundación, Gordon Marshall, por haber depositado su confianza en el proyecto. Estoy en deuda con el personal de administración de las becas de investigación de la Universidad de Cambridge, y con el Centro para el Estudio de las Artes, las Humanidades y las Ciencias Sociales de Cambridge, en particular con quien era entonces su director, el profesor Simon Goldhill, por su inestimable ayuda en la organización y gestión del programa. Mis compañeros de investigación, los profesores David Runciman y John Naughton, los investigadores posdoctorales del programa, doctores Hugo Drochon, Tanya Filer, Rolf Fredheim, Rachel Hoffman, Hugo Leal, Nayanika Mathur, Andrew McKenzie-McHarg y Alfred Moore, han representado una fuente de estimulación constante; he aprendido mucho de sus aportaciones a nuestros talleres multidisciplinares de los miércoles por la mañana, que han supuesto momentos repetidos de una gran emoción intelectual. Les debo mucho a todos ellos y confío en que esta contribución al debate les resulte de interés. Los numerosos conferenciantes y profesores visitantes que han participado en el proyecto han aportado una enorme diversidad de ideas, muchas de las cuales se han podido aprovechar en este libro. He contraído una gran deuda de gratitud con todos ellos, pero en particular con Michael Hagemeister, Michael Butter y Claus Oberhauser. Hugo Drochon y Andrew McKenzie-McHarg leyeron un borrador del libro e hicieron muchas sugerencias de mejora. Roger Cook tuvo la amabilidad de mantenerme informado sobre *Hunting Hitler*. El personal del archivo de *The Times* (News UK) puso a mi disposición los documentos de Philip Graves y me guio en su consulta. La Biblioteca de la Universidad de Cambridge, como siempre, ha supuesto un auténtico tesoro bibliográfico, con referencias difíciles de encontrar sobre muchos de los temas tratados en el libro; la buena disposición de su personal es muy de agradecer. En las primeras fases de este libro, el Colegio Wolfson de Cambridge me concedió un espacio de redacción y facilitó el uso de sus instalaciones. Mi agente literario, Andrew Wylie, y el director de la oficina londinense, James Pullen, han sabido encontrar editores para este libro en

múltiples países. Mi editor en Penguin, Simon Winder, ha sido generoso con sus ánimos y consejos. Sarah Day ha revisado el texto con meticulosidad y Cecilia Mackay ha ayudado con las ilustraciones. Ruth Pietroni ha supervisado el proceso de producción, con la aguda corrección de pruebas de Pat Rush y Kit Shepherd, y Marian Aird se ha encargado del índice. Christine Corton tuvo la amabilidad de leer las pruebas y detectó errores que se me habían pasado por alto, además de apoyarme durante el proceso de escritura y animarme hasta que crucé la línea de meta. Muchas gracias a todos.

La Biblioteca Bodleiana de Oxford me proporcionó un ejemplar de la obra de James Murphy, imposible de conseguir de otra manera. Algunas secciones del capítulo 3 aparecieron originalmente en la *London Review of Books* (vol. 36, n.º 9, 8 de mayo de 2014, pp. 3-9), y quiero agradecer que se me haya permitido reproducirlas aquí.

RICHARD J. EVANS
BARKWAY, HERTFORDSHIRE,
JUNIO DE 2020



RICHARD JOHN EVANS nació el 29 de septiembre de 1947 en Woodford Green, Londres, Reino Unido, y actualmente reside en Cambridge.

Historiador y profesor británico, especialmente conocido por su trilogía sobre la historia del Tercer Reich. Pertenece a la Universidad de Cambridge, en la que es «Regius Professor of Modern History», decano de la Facultad de Historia y Presidente del Wolfson College, también ha trabajado para la Universidad de Hamburgo, la de Stirling y la East Anglia.

Ha sido presidente y/o fundador de distintas asociaciones históricas y ha recibido varios galardones por su labor para la difusión de la historia moderna.

Notas

[1] Michael Butter, *«Nichts ist, wie es scheint»: Über Verschwörungstheorien*, Fráncfort, 2018, pp. 22-29. Véase también Michael Barkun, *A Culture of Conspiracy: Apocalyptic Visions in Contemporary America*, Berkeley, CA, 2003. <<

[2] Joseph E. Uscinski, «Down the Rabbit Hole We Go!», en *idem* (ed.), *Conspiracy Theories and the People Who Believe Them*, Nueva York, 2019, pp. 1-32, cita en p. 1. <<

[3] Citado en Luke Daly-Groves, *Hitler’s Death; The Case against Conspiracy*, Oxford, 2019, p. 25. **<<**

[4] Alec Ryrie, *Unbelievers. An Emotional History of Doubt*, Londres, 2019, p. 203. <<

[5] Barkun, *op. cit*. El autor propone que cuando los dos tipos de teoría conspirativa se funden en uno solo constituyen un tercer tipo al que podríamos llamar «superteoría de la conspiración». Por mi parte entiendo que esto introduce una confusión innecesaria. <<

[6] Linda von Keyserlingk-Rehbein, *Nur eine «ganz kleine Claque»? Die NS-Ermittlungen über das Netzwerk vom 20. Juli 1944*, Berlín, 2018. <<

[7] Sobre este tema véase David Welch, *The Hitler Conspiracies: Secrets and Lies behind the Rise and Fall of the Nazi Party*, Nueva York, 2013. <<

[1] Michael Butter, *«Nichts ist, wie es scheint»: Über Verschwörungstheorien*, Fráncfort, 2018, pp. 164, 166. <<

[2] Norman Cohn, *Warrant for Genocide. The Myth of the Jewish World-Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Londres, 1967, cita en p. 13. La pionera investigación de Cohn, aunque en muchos aspectos se ha visto superada por estudios más recientes, sigue siendo la obra clásica sobre el tema. [Hay trad. cast. de Fernando Santos Fontenla: *El mito de la conspiración judía mundial: «Los protocolos de los sabios de Sion»*, Alianza Editorial, Madrid, 1983, reed. 2010.] <<

[3] Alex Grobman, *License to Murder. The Enduring Threat of the Protocols of the Elders of Zion*, Nueva York, 2011. <<

[4] Eva Horn y Michael Hagemeister, «Ein Stoff für Bestseller», en Eva Horn y Michael Hagemeister (eds.), *Die Fiktion von der jüdischen Weltverschwörung. Zu Text und Kontext der «Protokolle der Weisen von Zion»*, Gotinga, 2012, p. XVIII, para Arendt; Robert Wistrich, *A Lethal Obsession. Anti-Semitism from Antiquity to the Global Jihad*, Nueva York, 2010, p. 158. <<

[5] Alexander Stein, *Adolf Hitler – Schüler der «Weisen von Zion»*, Lynn Ciminski y Martin Schmitt (eds.), Friburgo de Bresgovia, 2011 [1936], pp. 32, 289. <<

[6] Walter Laqueur, *Russia and Germany: A Century of Conflict*, Londres, 1965, p. 103. <<

[7] David Redles, «The Turning Point: The Protocols of the Elders of Zion and the Eschatological War between Aryans and Jews», en Richard Landes y Steven T. Katz (eds.), *The Paranoid Apocalypse: A Hundred-Year Retrospective on «The Protocols of the Elders of Zion»*, Nueva York, 2012, pp. 112-131, cita en p. 118. <<

[8] Klaus Fischer, *Nazi Germany: A New History*, Londres, 1995, p. 168. <<

[9] Jovan Byford, *Conspiracy Theories: A Critical Introduction*, Londres, 2011, p. 55. <<

[10] Umberto Eco, *The Prague Cemetery*, Londres, 2012. [Hay trad. cast. de Helena Lozano Miralles: *El cementerio de Praga*, Lumen, Barcelona, 2010.] Véase también, del mismo Eco, «Eine Fiktion, die zum Albtraum wird. *Die Protokolle der Weisen von Zion* und ihre Entstehung», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 2 de julio de 1994, p. B2. <<

[11] Wolfgang Wippermann, *Agenten des Bösen. Die grossen Verschwörungstheorien und was dahinter steckt*, Berlín, 2007, pp. 67-77. Véase también Wolfram Meyer zu Uptrup, *Kampf gegen die «jüdische Weltverschwörung». Propaganda und Antisemitismus der Nationalsozialisten 1919-1945*, Berlín, 2003; Armin Pfahl-Traughber, *Der antisemitisch-antifreimaurerische Verschwörungsmythos in der Weimarer Republik und im NS-Staat*, Viena, 1993. <<

[12] Svetlana Boym, «Conspiracy Theories and Literary Ethics: Umberto Eco, Danilo Kis and *The Protocols of Zion*», *Comparative Literature* 51 (1999), n.º 2, pp. 97-122, cita en p. 97. Véase también Esther Webman (ed.), *The Global Impact of the «Protocols of the Elders of Zion»: A Century-Old Myth*, Nueva York, 2011. <<

[13] Stephen Bronner, *A Rumor about the Jews. Reflections on Antisemitism and the «Protocols of the Elders of Zion»*, Nueva York, 2000, p. 7. [Hay trad. cast. de José Luis Gil Aristu: *Un rumor sobre los judíos: antisemitismo, conspiración y «Los protocolos de los sabios de Sion»*, Laetoli, Pamplona, 2009.] <<

[14] Nora Levin, *The Holocaust: The Destruction of European Jewry, 1939-1945*, Nueva York, 1968. <<

[15] Walter Laqueur, *A History of Zionism*, Nueva York, 2003; Michael Hagemeister, «Die *Protokolle der Weisen von Zion* und der Basler Zionistenkongress von 1897», en Heiko Haumann (ed.), *Der Traum von Israel. Die Ursprünge des modernen Zionismus*, Weinheim, 1998, pp. 250-273. <<

[16] Jeffrey L. Sammons (ed.), *«Die Protokolle der Weisen von Zion». Die Grundlage des modernen Antisemitismus – eine Fälschung. Text und Kommentar*, Gotinga, 1998, pp. 27-55. <<

[17] Sammons (ed.), *Die Protokolle*, pp. 56-113. **<<**

[18] *Ibid*. Sammons (ed.), *Die Protokolle*, pp. 56-113. TEXTO_ADICIONAL: 9.ª sesión, párrafo 11, p. 58. <<

[19] Michael Hagemeister, «*Die Protokolle der Weisen von Zion* – eine Anti-Utopie oder der Grosse Plan in der Geschichte?», en Helmut Reinalter (ed.), *Verschwörungstheorien. Theorie – Geschichte – Wirkung*, Innsbruck, 2002, pp. 45-57. <<

[20] Esto se le escapa a Bronner (*A Rumor about the Jews*, p. 1) cuando afirma que el documento «incorpora muchos de los mitos más crueles que se han transmitido contra los judíos a lo largo de los siglos». <<

[21] *Ibid*. Esto se le escapa a Bronner (*A Rumor about the Jews*, p. 1) cuando afirma que el documento «incorpora muchos de los mitos más crueles que se han transmitido contra los judíos a lo largo de los siglos». TEXTO_ADICIONAL: p. 102. <<

[22] Horn y Hagemeister, «Ein Staff», pp. VII-xxii, referencia en p. XV. <<

[23] Para una refutación punto por punto (una empresa muy quijotesca, en varios sentidos), véase Steven Leonard Jacobs y Mark Weitzman, *Dismantling the Big Lie: The Protocols of the Elders of Zion*, Los Ángeles, 2003. A la postre, como ya destacó Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo*, lo importante no es demostrar que *Los protocolos* es una falsificación o desmontar sus distintas afirmaciones y pretensiones, sino explicar por qué fascistas y antisemitas lo aceptaron como una gran verdad a pesar de que había sido rotundamente desacreditado. <<

[24] Pierre André Taguieff, *Les Protocoles des Sages de Sion*, 2 vols., París, 1992. <<

[25] Stefan Pennartz, «*Die Protokolle der Weisen von Zion*», en Ute Caumanns *et al*. (eds.), *Wer zog die Drähte? Verschwörungstheorien im Bild*, Düsseldorf, 2012, pp. 23-46, cita en p. 33. <<

[26] *Ibid*. Stefan Pennartz, «*Die Protokolle der Weisen von Zion*», en Ute Caumanns *et al*. (eds.), *Wer zog die Dähte? Verschwörungstheorien im Bild*, Düsseldorf, 2012, pp. 23-46, cita en p. 33. TEXTO_ADICIONAL: Claus Oberhauser, p. 289). <<

[27] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 25-36, también para lo que sigue. Como breve introducción puede verse Wolfgang Benz, *«Die Protokolle der Weisen von Zion». Die Legende von der jüdischen Weltverschwörung*, Munich, 2007, aunque convendría actualizarla a la luz de las investigaciones más recientes. Cohn afirmaba que Barruel y Robison se encontraron en Londres y que aquel plagió a este, pero no se han hallado pruebas de que fuera en efecto así. Véase también Michael Hagemeister, «Der Mythos der *Protokolle der Weisen von Zion*», en Ute Caumanns y Mathias Niendorf (eds.), *Verschwörungstheorien: Anthopologische Konstanten – historische Varianten*, Osnabrück, 2001, pp. 89-101. <<

[28] Oberhauser, *Die verschwörungstheoretische Trias*, pp. 268-277, aporta pruebas de archivo que demuestran que Simonini fue una persona real, y no, como algunos habían sospechado, un invento de Barruel o la policía francesa (para este punto de vista, véase Cohn, *loc. cit.*, y Pierre André Taguieff, *La Judéophobie des Modernes. Dès Lumières au jihad mundial*, París, 2008, p. 329). Véase también Reinhard Markner, «Giovanni Battista Simonini: Shards from the Disputed Life of an Italian Anti-Semite», en Gabriella Catalano, Marina Ciccarini y Nicoletta Marcialis (eds.), *La verità del falso: studi in onore di Cesare G. De Michelis*, Roma, 2015. <<

[29] Volker Neuhaus, *Der zeitgeschichtliche Sensationsroman in Deutschland 1855-1878. «Sir John Retcliffe» und seine Schule*, Berlín, 1980, esp. pp. 110-118, y Volker Klotz, *Abenteuer-Romane: Sue, Dumas, Ferry, Retcliffe, May, Verne*, Munich, 1979. Puede leerse un extracto de la escena del cementerio en Sammons (ed.), *Die Protokolle*, pp. 121-127. Esta escena proporciona asimismo el título para la reconstrucción imaginativa de los orígenes de *Los protocolos* en la citada novela de Umberto Eco, *El cementerio de Praga*. También analiza la escena Ralf-Peter Märtin en *Wunschpotentiale. Geschichte und Gesellschaft in Abenteuerromanen von Retcliffe, Armand, May*, Königstein im Taunus, 1983, esp. pp. 21-47. <<

[30] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 37-45. Cohn reproduce el documento en sus pp. 300-305. <<

[31] *Ibid*. Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 37-45. Cohn reproduce el documento en sus pp. 300-305. TEXTO_ADICIONAL: pp. 46-57. Véase también Jeffrey Mehlman, «*Protocols of the Elders of Zion*: Thoughts on the French Connection», en Landes y Katz (eds.), *The Paranoid Apocalypse*, pp. 92-99, y Carlo Ginzburg, «Vergegenwärtigung des Feindes. Zur Mehrdeutigkeit historischer Evidenz», *Trajekte* 16 (2008), pp. 7-17. <<

[32] La afirmación, adelantada entre otros por Cohn, de que Krusheván distribuyó ejemplares de *Los protocolos* en Kishiniov para provocar el pogromo parece haberse originado en el primer biógrafo de Hitler: Konrad Heiden, *Der Führer: Hitler's Rise to Power*, Boston, 1944, p. 11. Sin embargo, no se sostiene: el pogromo tuvo lugar en abril de 1903, varios meses antes de que *Los protocolos* se publicara [véase Richard S. Levy, «Die *Protokolle der Weisen von Zion* und ihre Entlarvung: Ein vergebliches Unterfangen», en Horn y Hagemeister (eds.), *Die Fiktion*, pp. 208-230, referencia en pp. 216-217]. A la inversa, quizá Krusheván diera a imprenta *Los protocolos* para ofrecer una justificación retrospectiva del pogromo que él había contribuido tanto a causar: véase Steven J. Zipperstein, *Pogrom: Kishinev and the Tilt of History*, Nueva York, 2018, pp. 97-99. En todo caso, además, el documento habría ayudado en poco a provocar a las masas rusas a perpetrar actos violentos contra los judíos, porque se trataba de masas sin alfabetizar. Tampoco hay pruebas que respalden la afirmación de que «durante el reinado de Hitler, *Los protocolos* mantuvo el poder de provocar a las masas» (Bronner, *A Rumor about the Jews*, p. 123). <<

[33] Cesare G. De Michelis, «Die inexistente Manuskript: Die Geschichte und die Archive», en Horn y Hagemeister (eds.), *Die Fiktion*, pp. 123-139. Véase también Michael Hagemeister, «Sergej Nilus und die *Protokolle der Weisen von Zion*. Überlegungen zur Forschungslage», *Jahrbuch für Antisemitismusforschung* 5 (1996), pp. 127-147; *idem*, «Zur Frühgeschichte», en Horn y Hagemeister (eds.), *Die Fiktion*, pp. 143-150; *idem*, «Trilogie der Apocalypse – Vladimir Solov'ev, Serafim von Sarov und Sergej Nilus über das Kommen des Antichrist und das Ende der Weltgeschichte», en Wolfram Brandes y Felicitas Schmieder (eds.), *Antichrist. Konstruktion von Feindbildern*, Berlín, 2010, pp. 255-275; *idem*, «Wer war Sergej Nilus? Versuch einer bio-bibliographischen Skizze», *Ostkirchliche Studien* 40 (1991), pp. 49-63; e *idem*, «Die "Weisen von Zion" als Agenten des Antichrist», en Bodo Zelinsky (ed.), *Das Böse in der russischen Kultur*, Colonia, 2008, pp. 76-90. <<

[34] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 73-83. Umberto Eco ha sugerido que Joly tomó el «plan judío» para la conquista del mundo de un «plan jesuita» delineado por el folletinista Eugène Sue en *Le Juif errant*, París, 1844-1845, y *Les mystères du Paris*, París, 1849-1857: véase la introducción de Umberto Eco a Will Eisner, *The Plot. The Secret Story of the «Protocols of the Elders of Zion»*, Nueva York, 2005, pp. V-VII (que es por sí misma una notable versión de la historia, en formato de novela gráfica). Véanse las pp. 73-89 de Eisner, *The Plot*, para una yuxtaposición reveladora del texto de Joly y *Los protocolos*. [Hay trad. cast.: *La conspiración: la historia secreta de «Los protocolos de los sabios de Sion»*, con la introd. de U. Eco, Norma, Barcelona, 2005.] <<

[35] Cesare G. De Michelis, *The Non-Existent Manuscript: A Study of the «Protocols of the Sages of Zion»*, Londres, 2004. Aunque es habitual sostener que, en palabras de Umberto Eco, el documento fue «obra de los servicios secretos y la policía de por lo menos tres países distintos», tal afirmación carece de pruebas; véase Umberto Eco, *Six Walks in the Fictional World*, Cambridge, MA, 1994, capítulo 6. [Hay trad. cast. de Helena Lozano Miralles: *Seis paseos por los bosques narrativos*, Lumen, Barcelona, 1996.] <<

[36] Véase también Michael Hagemeister, «“The Antichrist as an Imminent Political Possibility”: Sergei Nilus and the Apocalyptical Reading of *The Protocols of the Elders of Zion*», en Landes y Katz (eds.), *The Paranoid Apocalypse*, pp. 79-91. Parece ser que la policía secreta rusa no participó oficialmente, y su intervención en la oleada de pogromos que se extendió por Rusia en los primeros años del siglo XX también se ha puesto en duda de forma convincente: véase por ejemplo Hans Rogger, *Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia*, Londres, 1986. <<

[37] Zipperstein, *Pogrom*, pp. 146-150, 167-171. La historia según la cual el zar Nicolás II abrazó con entusiasmo *Los protocolos*, pero rechazó que se utilizara en la batalla contra la subversión judía (alegando que era un «método sucio») después de que el primer ministro Stolypin le advirtiera de que se trataba de una falsificación (Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 118-126) se ha desacreditado por tratarse de una invención posterior (Hagemeister, «Zur Frühgeschichte», pp. 153-156). <<

[38] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 138-147. Sobre los pogromos y las acciones antisemitas ejecutadas durante la revolución rusa y la guerra civil, y en particular la oposición de los bolcheviques a tales actos, véase Brendan McGeever, *Antisemitism and the Russian Revolution*, Cambridge, 2019. Más en general véase Michael Kellogg, *The Russian Roots of Nazism: White Émigrés and the Making of National Socialism, 1917-1945*, Cambridge, 2005. <<

[39] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 148-155. <<

[40] Volker Ullrich, *Hitler: Ascent 1889-1939*, Londres, 2013, p. 103. Sobre el feroz antisemitismo del antiguo káiser, en el cual *Los protocolos* tuvo cierto peso pero sin llegar a ser esencial, véase John C. G. Röhl, *Wilhelm II. Der Weg in den Abgrund, 1900-1941*, Munich, 2008, pp. 1, 291-297. <<

[41] Gottfried zur Beck, *Die Geheimnisse der Weisen von Zion*, Berlín-Charlottenburg, 1923, p. 17. Para otro ejemplo véase también el anónimo *Der jüdische Kriegsplan zur Aufrichtung der Judenweltherrschaft im Jahre des Heils 1925. Nach den Richtlinien der Weisen von Zion*, Lorch, Württemberg, 1925, que describe un supuesto «plan de guerra» de los judíos para hacerse con «el dominio mundial» y consiste en buena medida en citas de *Los protocolos* vinculadas con acontecimientos recientes y coetáneos. **<<**

[42] Erich Ludendorff, *Politik und Kriegführung*, Berlín, 1922, p. 322. <<

[43] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 157-163, donde cita a Karl Brammer, *Das politische Ergebnis des Rathenau-Prozesses*, Berlín, 1922, que incluye la transcripción taquigráfica del proceso judicial; véase también Heinrich Hannover y Elisabeth Hannover-Druck, *Politische Justiz 1918-1933*, Fráncfort, 1966, pp. 212-224. <<

[44] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 187-199. Véase también Richard J. Evans, *The Coming of the Third Reich*, Londres, 2003, capítulo 1. [Hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *La llegada del Tercer Reich: el ascenso de los nazis al poder*, Península, Barcelona, 2012.] <<

[45] George L. Mosse, *The Crisis of German Ideology. Intellectual Origins of the Third Reich*, Londres, 1966, pp. 126-145. <<

[46] Peter Longerich, *Hitler: Biographie*, Munich, 2015, pp. 62-72. <<

[47] *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Eberhard Jäckel (ed.), Stuttgart, 1980, pp. 458-459. <<

[48] Hubo asimismo una traducción española con el título *El judío internacional: un problema del mundo*, Barcelona, 1930, con al menos ocho reediciones hasta 1944, principalmente en la editorial Orbis. (*N. del t*.) <<

[49] Timothy W. Ryback, *Hitler's Private Library. The Books that Shaped his Life*, Londres, 2009, pp. 70-71 [hay trad. cast. de Marc Jiménez Buzzi: *Los libros del Gran Dictador: las lecturas que moldearon la vida y la ideología de Adolf Hitler*, Destino, Barcelona, 2010]; Christian Hartmann *et al*. (eds.), *Hitler, Mein Kampf. Eine kritische Edition*, 2 vols., Munich, 2016, vol. I, p. 226, n. 219. Ford retiró las afirmaciones antisemitas cuando un periodista judío, Herman Bernstein, amenazó con denunciarlo por difamación; véase Eisner, *The Plot*, pp. 104-105; Herman Bernstein, *The History of a Lie. «The Protocols of the Wise Men of Zion»*, Nueva York, 1921; y Victoria Saker Woeste, *Henry Ford's War on Jews and the Legal Battle against Hate Speech*, Stanford, CA, 2012, pp. 114-118. Bernstein retomó la crítica en *The Truth about «The Protocols of Zion»: A Complete Exposure*, Nueva York, 1935 (reimpreso con una introducción de Norman Cohn, Nueva York, 1971). <<

[50] Joseph Goebbels, *Die Tagebücher von Joseph Goebbels*, Elke Fröhlich (ed.), Munich, 2004, parte I, vol. 1/I, p. 120 (8 de abril de 1924). <<

[51] Ernst Boepple (ed.), *Adolf Hitlers Reden*, Munich, 1934, p. 71. <<

[52] Michael Hagemeister, «The Protocols of the Elders of Zion: A Forgery?», en Catalano *et al*. (eds.), *La verità del falso*, pp. 163-172, defiende que no se trata de una falsificación; pero basa la idea en una definición propia que dista de ser la más aceptada («denominamos *falsificación*; aquel objeto cuyo origen es, en realidad, distinto al que nos da a entender») y en el argumento un tanto especioso de que como desconocemos el origen real, entonces no puede tratarse de una falsificación. En todo caso, fuera cual fuese su origen, no cabe duda de que no es lo que afirma ser: no es la declaración de un grupo de judíos reunidos en secreto en el Congreso Sionista de Basilea en 1897; además, la definición de Hagemeister omite por completo la clara intención de engañar que el documento implicaba (independientemente de su autoría). Si partimos de la interpretación habitual de *falsificación*; como referida a un documento que pretende ser genuino y no lo es, sin lugar a dudas *Los protocolos* es una falsificación. <<

[53] Archivo de Times Newspapers Limited [en adelante, Archivo TNL], News UK(News Corp UK and Ireland Limited), cajas del tema *Protocols of the Elders of Zion*, correspondencia 12/7/1921-2/2/1922: Graves a Wickham Steed, 13 de julio de 1921. <<

[54] Archivo TNL: cajas del tema: *Protocols of the Elders of Zion*, correspondencia 12/7/1921-2/2/1922: Raslovlev a Graves, 12 y 13 de julio de 1921; Graves a Steed, 13 de julio de 1921; memorando de acuerdo del día 2 de agosto de 1921; Archivo TNL: cajas del tema: *Protocols of the Elders of Zion*, correspondencia 24/1/1924-13/9/1945: V. Barker a Lintz Smith, 24 de enero de 1924; Raslovlev a *The Times*, París, 4 de febrero de 1927; Archivo TNL, Documentos de Basil Long, TT/FE/BKL/1: correspondencia entre Basil Long y Philip Graves: Graves a Long, 15 de agosto de 1921. La historia del descubrimiento de Graves la contó por primera vez, a partir de estos documentos de archivo, Colin Holmes, «New Light on the *Protocols of Zion*», *Patterns of Prejudice*, 11/6 (1977), pp. 13-21; *idem*, «The Protocols of the Britons», *Patterns of Prejudice*, 12/6 (1978), pp. 13-18; véase también Gisela Lebeltzer, «The *Protocols* in England», *Wiener Library Bulletin*, 47-48 (1978), pp. 111-117. <<

[55] Eisner, *The Plot*, pp. 67-91, que reproduce extractos de los artículos; véase también Keith M. Wilson, «*The Protocols of Zion* and the *Morning Post*, 1919-1920», *Patterns of Prejudice* 19/2 (1985), pp. 5-15; e *idem*, «Hail and Farewell? The Reception in the British Press of the First Publication in English of *The Protocols of Zion*, 1920-1922», *Immigrants and Minorities* 11/2 (1992), pp. 171-186. Una de las traducciones inglesas más utilizadas fue la de Victor Marsden, corresponsal del *Morning Post* londinense en Rusia; la reproduce al completo Lucien Wolf, *The Myth of the Jewish Menace in World Affairs, or The Truth about the Forged Protocols of the Elders of Zion*, Londres, 1920, pp. 71-140. [Hubo una traducción española del libro de Wolf: *El fantasma judío y los falsos protocolos de los ancianos sabios de Sion*, Madrid, CIAP, 1933, pero quizá parcial, a tenor de que según los datos bibliográficos solo constaba de un total de 74 páginas. (*Trad*.)] La primera en publicarse fue la traducción de George Shanks, otro empleado del *Morning Post*. Shanks había crecido en Rusia; su padre era un hombre de negocios que había tenido que abandonar el país por la revolución bolchevique. Tituló esta versión *The Jewish Peril. Protocols of the Learned Elders of Zion*, Londres, 1920 [«El peligro judío. Protocolos de los ancianos sabios de Sion»]. La segunda edición salió de la imprenta de una organización de extrema derecha, The Britons, que también publicó la primera edición del trabajo de Marsden: véase Sharman Kadish, *Bolsheviks and British Jews: The Anglo-Jewish Community, Britain, and the Russian Revolution*, Londres, 1922, y Robert Singerman, «The American Career of the *Protocols of the Elders of Zion*», *American Jewish History* 71 (1981), pp. 48-78. <<

[56] Philipp Theisohn, «*Die Protokolle der Weisen von Zion oder das Plagiat im Denkraum des Faschismus*», en Horn y Hagemeister, *Die Fiktion*, pp. 190-207, cita en p. 192. <<

[57] Wolf, *The Myth*. <<

[58] Bernstein, *The History of a Lie*. <<

[59] Archivo TNL: cajas del tema: *Protocols of the Elders of Zion*, correspondencia 12/7/1921-2/2/1922: Graves al editor de Exteriores, *The Times*, 25 de julio de 1921, 1 de agosto de 1921; nota de la sección de Exteriores, 9 de agosto de 1921; telegrama de *The Times* a Graves, 18 de agosto de 1921; orden de reimpresión del 22 de agosto de 1921; sección de Exteriores a Graves, 31 de agosto de 1921; B. Barker al editor de Exteriores, 1 de octubre de 1921; Philip Graves, *The Truth about the Protocols: A Literary Forgery. From The Times of August 16, 17, and 18 of 1921*, Londres, 1921. <<

[60] Binjamin Segel, *«Die Protokolle der Weisen von Zion» kritisch beleuchtet: Eine Erledigung*, Berlín, 1924; *idem, A Lie and a Libel. The History of the «Protocols of the Elders of Zion»* (1926) (ed. y trad. ingl. Richard S. Levy, Lincoln, Nebraska, 1995). <<

[61] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 200-201, donde cita a Hitler, *Mein Kampf*, vol. I, p. 325. Véase también Randall L. Bytwerk, «Believing in "Inner Truth": *The Protocols of the Elders of Zion* in Nazi Propaganda, 1933-1945», *Holocaust and Genocide Studies* 29, n.º 2 (otoño de 2015), pp. 212-229, referencia en p. 213. Para el original, con comentario, véase Hartmann *et al*. (eds.), Hitler, *Mein Kampf*, vol. I, pp. 799-803. Cohn cita a continuación otras supuestas afirmaciones de Hitler, recogidas en el libro de Hermann Rauschning *Hitler Speaks*, Londres, 1939; pero esta no era una fuente fiable, porque el autor arguye que ha hablado con Hitler en incontables ocasiones, y se ha demostrado que no fue así: Wolfgang Hänel, *Hermann Rauschnings «Gespräche mit Hitler»: Eine Geschichtsfälschung*, Ingolstadt, 1984. [El libro de Rauschning se tradujo al castellano: *Hitler me dijo… Confidencias del Führer sobre su plan de conquista del mundo*, Librería Hachette, Buenos Aires, 1940, y Atlas, Madrid, 1946.] **<<**

[62] *Diarios* de Goebbels, 10 de abril de 1924, citados y traducidos en Bytwerk, «Believing», p. 213. <<

[63] En la lengua del nazismo era habitual hablar de «el judío» en singular, pero en referencia al colectivo, por la teoría de que todo judío compartía los mismos rasgos definitorios de su «raza». (*N. del t.*) <<

[64] Alfred Rosenberg, *«Die Protokolle der Weisen von Zion» und die jüdische Weltpolitik*, Munich, 1923, p. 147, y nueva edición, 1933, citado en Cohn, pp. 215-218. Véase también Ernst Piper, *Alfred Rosenberg: Hitlers Chefideologe*, Munich, 2005, pp. 69-75. <<

[65] Cohn, *Warrant for Genocide*, pp. 218-224, que cita el *Völkischer Beobachter*, 31 de marzo de 1933; Bytwerk, «Believing», para más detalles. <<

[66] Jewish Telegraphic Agency [Agencia Telegráfica Judía], 16 de julio de 1934 (consultado en línea). <<

[67] Urs Lüthi, *Der Mythos von der Weltverschwörung: die Hetze der Schweizer Frontisten gegen Juden und Freuimaurer, am Beispiel des Berner Prozesses um die «Protokolle der Weisen von Zion»*, Basilea, 1992, pp. 65-67. <<

[68] *Ibid*. Urs Lüthi, *Der Mythos von der Weltverschwörung: die Hetze der Schweizer Frontisten gegen Juden und Freuimaurer, am Beispiel des Berner Prozesses um die «Protokolle der Weisen von Zion»*, Basilea, 1992, pp. 65-67. TEXTO_ADICIONAL: pp. 81-85; y Catherine Nicault, «Le Procès des *Protocoles des Sages de Sion*, une tentative de riposte juive à l'antisémitisme dans les années 1930», *Vingtième siècle. Revue historique* 55 (1979), pp. 68-84. Sobre los juicios de Berna véase Michael Hagemeister, «*The Protocols of the Elders of Zion* in Court. The Bern Trials, 1933-1937», en Webman (ed.), *The Global Impact*, pp. 241-243. El mismo Hagemeister ha publicado una colección exhaustiva de documentos relativos al juicio, *Die «Protokolle der Weisen von Zion» vor Gericht: Der Berner Prozess 1933-1937 und die «Antisemitische Internationale»* (Veröffentlichungen des Archivs für Zeitgeschichte des Instituts für Geschichte der ETH Zürich, vol. 10, Zúrich, 2017). Para los aspectos legales véase Sibylle Hofer, *Richter zwischen den Fronten. Die Urteile des Berner Prozesses um die «Protokolle der Weisen von Zion», 1933-1937*, Basilea, 2011. En fecha más reciente, ha relatado la historia del juicio el juez israelí Hadassa Ben-Itto, *The Lie that Wouldn't Die: «The Protocols of the Elders of Zion»*, Edgware, 2005 [hay trad. cast. de Emilio Saldaña, *La mentira que no ha querido morir: cien años de los «Protocolos de los sabios de Sion»*, Riopiedras, Barcelona, 2004], que en parte se basa en documentos relevantes, incluidos los del Archivo TNL, pero incluye tantos elementos ficticios (como los pensamientos de los participantes según el autor los imagina), que una reseña defendía que el libro se habría sostenido mucho mejor de haberse presentado como una novela histórica: véase Hagemeister, *Die «Protokolle der Weisen von Zion» vor Gericht*, p. 19, y Michael Brenner, «Verleumdungen vom Fliessband», *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 17 de febrero de 1999, p. 52. Entre otras muchas distorsiones, por ejemplo, Ben-Itto (p. 97) introduce las cartas de Raslovlev a Graves, del 12 y 13 de julio de 1921, como si se hubiera tratado de una conversación de los dos hombres en un club estambulí, e inventa muchas circunstancias («"Las paredes tienen oídos", susurró. Durante toda la comida estuvo lanzando miradas nerviosas en todas direcciones», etcétera). <<

[69] Archivo TNL, cajas del tema: *Protocols of the Elders of Zion*, correspondencia 24/1/1924-13/9/1945: Graves a Dawson, 18 de febrero de 1939. <<

[70] *Ibid*. Archivo TNL, cajas del tema: *Protocols of the Elders of Zion*, correspondencia 24/1/1924-13/9/1945: Graves a Dawson, 18 de febrero de 1939. TEXTO_ADICIONAL: memorando del asistente de dirección, 14 de septiembre de 1939. Véase también Gordon Marsden (ed.), *The Times and Appeasement: The Journals of A. L. Kennedy, 1932-1939*, Camden Fifth Series, vol. 16, Royal Historical Society, Cambridge, 2000. <<

[71] Bytwerk, «Believing», también para estas citas. <<

[72] *Der Parteitag der Arbeit vom 6. bis 13. September 1937: offizieller Bericht über den Verlauf des Reichsparteitages mit sämtlichen Kongressreden*, Munich, 1938, p. 15. <<

[73] Jeremy Noakes y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, Exeter, 2001, vol. 3, p. 441, que citan a Domarus, pp. 1057-1058. <<

[74] Max Weinreich, *Hitler's Professors: The Part of Scholarship in Germany's Crimes against the Jewish People*, Nueva York, 1946, pp. 144-145. <<

[75] Citado en Peter Longerich, *Goebbels: A Biography*, Londres, 2015, p. 585. [Hay trad. cast. de José Aníbal Campos: *Goebbels*, RBA, Barcelona, 2012.] <<

[76] Cohn, *Warrant for Genocide*, p. 230, que cita *Politischer Dienst (Arbeitsmaterial für Presse und Publizistik)*, p. 370. De un modo similar, el fascista británico Victor Marsden identificó a los sabios de Sion como «los trescientos» en su introducción a una edición de 1931 de *Los protocolos* (Victor E. Marsden, *Protocols of the Meetings of the Learned Elders of Zion*, Londres, 1931, p. 7). [Hay trad. cast.: *Protocolos de las reuniones de los Sabios de Sion*, Imp. Mayli, Bilbao, 1932.] <<

[77] Meyer zu Uptrup, *Kampf gegen die «jüdische Weltverschwörung»*, lo da por sentado en toda su obra (pp. 91-131, 150-162); también Pfahl-Traughber, *Der antisemitisch-antifreimaurerische Verschwörungsmythos*, p. 110 y *passim*. Véase más en general «Believing». <<

[78] Pfahl-Traughber, *passim*. La fantasía de que la conspiración internacional secreta de los judíos podía hacerse con el poder político y económico se puede hallar, por ejemplo, en *Las hermandades judías universales y locales*, de Jacob Brafman (1825-1879, un judío convertido a la religión ortodoxa), publicado en 1868 [lo analiza Webman (ed.), *The Global Impact*], y *La conquista del mundo por los judíos*, Basilea, 1878, de Osmán Bey (James Milligan, un cristiano convertido al islam que fue oficial del ejército otomano). Entre los blancos habituales de estas fábulas conspiratorias destacaba la Alliance Israélite Universelle, fundada en París en 1860 con el objetivo de proteger a los judíos de todo el mundo de la persecución. Para representaciones visuales véase Pemmartz, «Die Protokolle», y Olga Hartmann *et al.*, «Jüdisher Bolschewismus», ambos en Caumanns *et al.* (eds.), *Wer zog die Drähte?*, pp. 47-76. <<

[79] Citado en Raul Hilberg, *The Destruction of the European Jews*, Londres, 1985, p. 294. [Hay trad. cast. de Cristina Piña Aldao: *La destrucción de los judíos europeos*, Akal, Tres Cantos (Madrid), 2005.] <<

[80] Cohn, *Warrant for Genocide*, p. 284. **<<**

[81] Daniel Pipes, *Conspiracy: How the Paranoid Style Flourishes and Where it Comes From*, Nueva York, 1997, p. 85. <<

[82] Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», p. 165; Hagemeister, «The Protocols of the Elders of Zion: A Forgery?», p. 164. <<

[83] Oberhauser, *Die verschwörungstheoretische Trias*, pp. 279-280. <<

[84] John Gwyer, *Portraits of Mean Men. A Short History of the «Protocols of the Elders of Zion»*, Londres, 1938, pp. 9-10. <<

[85] *Ibid*. John Gwyer, *Portraits of Mean Men. A Short History of the «Protocols of the Elders of Zion»*, Londres, 1938, pp. 9-10. TEXTO_ADICIONAL: pp. 11-12. <<

[86] *Ibid*. John Gwyer, *Portraits of Mean Men. A Short History of the «Protocols of the Elders of Zion»*, Londres, 1938, pp. 9-10. TEXTO_ADICIONAL: pp. 13-15. <<

[87] *Ibid*. John Gwyer, *Portraits of Mean Men. A Short History of the «Protocols of the Elders of Zion»*, Londres, 1938, pp. 9-10. TEXTO_ADICIONAL: p. 129. <<

[88] Citado en Weinreich, *Hitler’s Professors*, p. 24 (a partir de Alfred Bäumler, *Alfred Rosenberg und der Mythus des 20. Jahrhunderts*, Munich, 1943, p. 19). Cuando se reveló que otro documento similar, «El manifiesto de Adolphe Crémieux» (una figura destacada de la Alliance Israélite Universelle) también era falso, su editor replicó: «Se ha declarado que este documento es falso, y que lo “real” [es decir, el documento genuino] es un texto mucho menos comprometido, escrito especialmente para el uso de los gentiles. ¡Lo desgraciado de este asunto es que la “falsificación” se corresponde con los hechos de la historia, con una exactitud infinitamente mayor que la del documento que se dice que es genuino!»; *4 Protocols of Zion (not the Protocols of Nilus)*, Londres, 1921, p. 4. <<

[89] Horn y Hagemeister, «Ein Staff», en *idem* (eds.), *Die Fiktion*, p. xi. **<<**

[90] Byford, *Conspiracy Theories*, p. 55. <<

[91] Nesta Webster, *Secret Societies and Subversive Movements*, Londres, 1924, pp. 408-409. <<

[92] Boym, «Conspiracy Theories», p. 99. <<

[93] Brian Bennett, «Hermetic Histories: Divine Providence and Conspiracy Theories», *Numen* 54 (2007), pp. 174-209. <<

[94] Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», pp. 160-169, aunque en contra de lo que Butter asevera cabe dudar de que los redactores de *Los protocolos* tuvieran este efecto en mente, porque de ser así ellos mismos habrían incorporado referencias contemporáneas explícitas. <<

[95] Sammons (ed.), *Die Protokolle, passim*. <<

[96] Eva Horn, «Das Gespenst der Arkana: Verschwörungsfiktion und Textstruktur der “Protokolle der Weisen von Zion”», en Horn y Hagemeister (eds.), *Die Fiktion*, pp. 1-25; Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», pp. 164-165. <<

[97] Citado en Johann Chapoutot, *The Law of Blood: Thinking and Acting as a Nazi*, Cambridge, MA, 2018, p. 179. <<

[98] *Ibid*. Citado en Johann Chapoutot, *The Law of Blood: Thinking and Acting as a Nazi*, Cambridge, MA, 2018, p. 179. TEXTO_ADICIONAL: Joseph Goebbels, p. 180, 3 de noviembre de 1939, y p. 181, 4 de noviembre de 1939). A las pocas semanas también hizo una breve referencia a *Los protocolos* en un discurso [Helmut Heiber (ed.), *Goebbels-Reden 1932-1945*, Düsseldorf, 1971, vol. II, pp. 234-235]. Es habitual que los estudiosos de *Los protocolos* alteren este pasaje en sus citas (por ejemplo, Eisner, *The Plot*, p. 110). Walter Laqueur pensaba que «Hitler era lo bastante astuto como para comprender el enorme potencial propagandístico de las ideas básicas de *Los protocolos*», pero no proporcionó pruebas al respecto (Laqueur, *Russia and Germany*, p. 103). Véase también Bytwerk, «Believing», p. 213. <<

[99] *Ibid*. Citado en Johann Chapoutot, *The Law of Blood: Thinking and Acting as a Nazi*, Cambridge, MA, 2018, p. 179. TEXTO_ADICIONAL: Goebbels, Otros autores han citado partes de este pasaje a la hora de abordar cómo interpretaban los nazis *Los protocolos*; pero sin las frases finales (por ejemplo, Pfahl-Traughber, *Der antisemitisch-antifreimaurerische Verschwörungsmythos*, p. 109). <<

[100] Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», p. 165, aunque no está claro que, en contra de lo que el autor afirma, la vaguedad del documento fuera una artimaña deliberada de los compiladores con el fin de lograr una recepción lo más amplia posible, si tenemos en cuenta que la redacción final fue un producto apresurado y mal estructurado. <<

[101] Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», p. 166. <<

[102] Alexander Stein sigue este procedimiento en su libro *Adolf Hitler – Schüler der «Weisen von Zion»*, pp. 56-134. <<

[1] Ulrich Heinemann, *Die verdrängte Niederlage: Politische Öffentlichkeit und Kriegsschuldfrage in der Weimarer Republik*, Gotinga, 1983; Boris Barth, *Dolchstosslegenden und politische Desintegration. Das Trauma der deutschen Niederlage im Ersten Weltkrieg 1914-1933*, Düsseldorf, 2003, p. 3. <<

[2] Richard Bessel, *Germany after the First World War*, Oxford, 1993, en especial capítulo 9. <<

[3] La bibliografía sobre estos hechos es demasiado vasta para citarla aquí. Para un análisis sobrio y prudente véase David Stevenson, *With Our Backs to the Wall: Victory and Defeat in 1918*, Londres, 2011; para Alemania véase Alexander Watson, *Ring of Steel: Germany and Austria-Hungary in World War I: The People's War*, Londres, 2014. Sobre las negociaciones y los tratados de paz véase Margaret MacMillan, *Peacemakers: The Paris Peace Conference of 1919 and Its Attempt to End War*, Londres, 2001 [hay trad. cast. de Jordi Beltrán Ferrer: *París, 1919: seis meses que cambiaron el mundo*, Tusquets, Barcelona, 2005], y Jörn Leonhard, *Der überforderte Frieden: Versailles und die Welt, 1918-1923*, Munich, 2018. <<

[4] David Welch, *Germany: Propaganda and Total War 1914-1918*, Londres, 2000; Dirk Stegmann, «Die deutsche Inlandspropaganda 1917/18. Zum innenpolitischen Machtkampf zwischen OHL und ziviler Reichsleitung in der Endphase des Kaiserreiches», *Militärgeschichtliche Mitteilungen*, vol. 2 (1972), pp. 785-816; Christian Lüdtke, *Hans Delbrück und Weimar. Für eine konservative Republik – gegen Kriegsschuldlüge und Dolchstosslegende*, Gotinga, 2018, pp. 317-318; Rainer Sammet, *Dolchstoss: Deutschland und die Auseinandersetzung mit der Niederlage im Ersten Weltkrieg (1918-1933)*, Berlín, 2001, pp. 21-49, con numerosos ejemplos de periódicos, políticos del mundo civil y figuras del ámbito militar que bien entrado 1918 seguían creyendo que la victoria alemana era inevitable. <<

[5] Wilhelm Deist, «The Military Collapse of the German Empire: The Reality behind the Stab-in-the-Back Myth», *War in History* 5, n.º 2 (abril de 1996), pp. 186-223, referencia en pp. 188-190, donde (en traducción de Edgar Feuchtwanger) se cita a Wilhelm Deist, «Der militärische Zusammenbruch des Kaiserreichs: Zur Realität der "Dolchstosslegende"», en Ursula Büttner (ed.), *Das Unrechtsregime. Internationale Forschung über den Nationalsozialismus: Festschrift für Werner Jochmann zum 65. Geburtstag*, 2 vols., Hamburgo, 1986, vol. 1: *Ideologie – Herrschaftssystem – Wirkung in Europa*, pp. 101-129. <<

[6] Para el desarrollo de los acontecimientos véase en especial Stevenson, *With Our Backs to the Wall*. <<

[7] *Ibid*. Para el desarrollo de los acontecimientos véase en especial Stevenson, *With Our Backs to the Wall*. TEXTO_ADICIONAL: y Sammet, *Dolchstoss*, pp. 31-41. <<

[8] Deist, «The Military Collapse», pp. 191-200. <<

[9] Hartmann *et al*., Hitler, *Mein Kampf*, p. 545; Deist, «The Military Collapse», pp. 201-204. <<

[10] Joachim Petzold, *Die Dolchstosslegende; eine Geschichtsfälschung im Dienst des deutschen Imperialismus und Militarismus*, Berlín Oriental, 1963, p. 33, con un análisis de la fuente de esta declaración, los diarios del oficial del Estado Mayor Albrecht von Thaer, en la nota 19. Petzold llegó a la conclusión de que aunque Thaer revisó los diarios antes de que se publicaran, es probable que su versión de las palabras de Ludendorff sea precisa porque, *a posteriori*, Thaer no habría introducido esta clase de material dañino. **<<**

[11] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, p. 33. <<

[12] Sammet, «Dolchstoss», pp. 25-31, 50-66. <<

[13] Alan Kramer, «The Poisonous Myth: Democratic Germany's "Stab in the Back" Legend», *Irish Times*, 1 de enero de 2019. <<

[14] Richard J. Crampton, *Bulgaria*, Oxford, 2007, pp. 210-219. **<<**

[15] *Amtliche Urkunden zur Vorgeschichte des Waffenstillstandes 1918. Auf Grund der Akten der Reichskanzlei, des Auswärtigen Amtes und des Reichsarchiv herausgegeben vom Auswärtigen Amt und vom Reichsministerium des Innern*, 2.ª ed., Berlín, 1924, documento n.º 9a, p. 31 (traducción mía). <<

[16] *Papers Relating to the Foreign Relations of the United States, 1918: Supplement I: The World War*, Publicaciones del Departamento de Estado de Estados Unidos, Washington D. C., 1933, vol. I, p. 338. <<

[17] *Amtliche Urkunden*, documento n.º 83, p. 205 (traducción mía). **<<**

[18] Kramer, «The Poisonous Myth»; véase también Alexander Watson, «Stabbed at the Front», en *History Today* 58, n.º 11 (2008). <<

[19] Wilhelm Deist (ed.), *Militär und Innenpolitik im Weltkrieg 1914-1918 (Quellen zur Geschichte des Parlamentarismus und der politischen Parteien, Zweite Reihe: Militär und Politik),* vol. 1, Düsseldorf, 1970. <<

[20] La obra clásica sobre el tema es Fritz Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Londres, 1967. <<

[21] Friedrich *Freiherr* Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion” und “Dolchstosslegende” im Wandel von vier Jahrzenhten», en *idem* y Waldemar Besson (eds.), *Geschichte und Gegenwartsbewusstsein. Historische Betrachtungen und Untersuchungen, Festschrift für Hans Rothfels zum 70. Geburtstag dargebracht von Kollegen, Freunden und Schülern*, Gotinga, 1963, pp. 122-160, referencia en pp. 124-125. <<

[22] Barth, *Dolchstosslegenden*, pp. 11-380, *passim*. <<

[23] Erich Ludendorff, *Kriegführung und Politik*, Berlín, 1922, p. 298. <<

[24] Barth, *Dolchstosslegenden*, pp. 324-341. <<

[25] Hizo referencia expresa a ella el político de extrema derecha Albrecht von Graefe, en un debate de la Asamblea Nacional, el 29 de octubre de 1919: véase Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion”», pp. 137-138, y Barth, *Dolchstosslegenden*, p. 325. <<

[26] Citado en Deist, «Der militärische Zusammenbruch», p. 121. <<

[27] Barth, *Dolchstosslegenden*, pp. 324-341. <<

[28] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 35-41; Ernst Müller-Meiningen, *Aus Bayerns schwersten Tagen. Erinnerungen und Betrachtungen aus der Revolutionszeit*, Berlín, 1923, pp. 27-28; Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion”», p. 131. <<

[29] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, p. 43. <<

[30] *Ibid*. Petzold, *Die Dolchstosslegende,* p. 43. TEXTO_ADICIONAL: pp. 125-130, 134-136, con otros ejemplos. Luego Beck se unió al movimiento de la resistencia, cuyo intento fracasado de derribar a Hitler, el 20 de julio de 1944, hizo que Beck intentara quitarse la vida, sin éxito, antes de que lo ejecutaran. <<

[31] *Ibid*. Petzold, *Die Dolchstosslegende*, p. 43. TEXTO_ADICIONAL: p. 129. <<

[32] *The Times*, 17 de noviembre de 1919, p. 12, citado en George S. Vascik y Mark R. Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth and the Fall of the Weimar Republic: A History in Documents and Visual Sources*, Londres, 2016, p. 120, doc. 8.9; Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 413-446. <<

[33] John W. Wheeler-Bennett, *Hindenburg. The Wooden Titan*, Londres, 1939, p. 244; Anna von der Goltz, *Hindenburg: Power, Myth, and the Rise of the Nazis*, Oxford, 2009, pp. 67-69. <<

[34] Citado en Jesko von Hoegen, *Der Held von Tannenberg. Genese und Funktion des Hindenburg-Mythos*, Colonia, 2007, p. 250. <<

[35] Hiller von Gaertringen, «Dolchstoss-Legende», pp. 137-138. <<

[36] Recogido en *Deutsche Tageszeitung*, 18 de diciembre de 1918, p. 1, traducido e impreso en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 96-97. <<

[37] Frederick Maurice, *The Last Four Months: The End of the War in the West*, Londres, 1919, pp. 216-232, antologado en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 100-102. Véase también Sammet, «Dolchstoss», pp. 86-93, y Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 25-28, que señala que las afirmaciones sobre Maurice o Malcolm se repitieron en antiguas obras de referencia como Walter Görlitz, *Der deutsche Generalstab*, Fráncfort, 1953 [hubo trad. cast.: *El Estado Mayor alemán*, AHR, Barcelona, 1954] y Karl Dietrich Erdmann, *Die Zeit der Weltkriege* ;(*Handbuch der deutschen Geschichte*, vol. 4), Stuttgart, 1959, p. 115. <<

[38] Erich Kuttner, *Der Sieg war zum greifen Nahe!*, Berlín, 1921, pp. 5-6, antologado y traducido en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, p. 103, doc. 7.5. Véase también Barth, *Dolchstosslegenden*, pp. 324-341. <<

[39] D. J. Goodspeed, *Ludendorff: Genius of World War I*, Boston, 1966, pp. 279-280, antologado en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 105-106 (doc. 7.8). <<

[40] El testimonio de Ludendorff es objeto de una demolición exhaustiva en Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion”», pp. 127-128, n. 20. <<

[41] *Die Ursachen des deutschen Zusammenbruchs im Jahre 1918*, Berlín, 1928, vol. 4, pp. 3, 33-35, 78-80, antologadas y traducidas en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 104-105 (docs. 7.6, 7.8). <<

[42] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 53-55. <<

[43] Gerd Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage: Das Trauma des Ersten Weltkriegs und die Weimarer Republik*, Friburgo, 2018, pp. 189-191. <<

[44] Mariscal de campo [Paul] von Hindenburg, *Aus meinem Leben*, 3.ª ed., Leipzig, 1920, p. 403. [Hay trad. cast.: *Memorias de mi vida*, Madrid, 1920; Base, Barcelona, 2007.] Estas memorias fueron redactadas por un equipo; véase Andreas Dorpalen, *Hindenburg and the Weimar Republic*, Princeton, 1964, pp. 44-45; Hoegen, *Der Held von Tannenberg*, pp. 251-259; Wolfram Pyta, *Hindenburg: Herrschaft zwischen Hohenzollern und Hitler*, Berlín, 2007, pp. 405-409; Anna von der Goltz, *Hindenburg. Power, Myth, and the Rise of the Nazis*, Oxford, 2009, pp. 67-69. <<

[45] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, p. 59. <<

[46] Max Bauer, *Konnten wir den Krieg vermeiden, gewinnen, abbrechen? Drei Fragen*, Berlín, 1919, p. 62, citado en Tim Grady, *A Deadly Legacy. German Jews and the Great War*, Londres, 2017, p. 209. Véase también Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 51-53. Sobre el ataque de Bauer al feminismo, véase Richard J. Evans, *The Feminist Movement in Germany 1894-1933*, Londres, 1976, pp. 183-184. <<

[47] *Die Ursachen*, vol. 3, pp. 213-215; traducido en Ralph H. Lutz (ed.), *The Causes of the German Collapse in 1918. Sections of the Officially Authorized Report of the Commission of the German Constituent Assembly and of the German Reichstag, 1919-1928*, Palo Alto, 1934, pp. 86-88; reimpreso en George S. Vascik y Mark R. Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 63-76. <<

[48] Ludendorff, *Kriegführung und Politik*, pp. 300-303, 314. <<

[49] Barth, *Dolchstosslegenden*, pp. 340-431. <<

[50] Citado en Petzold, *Die Dolchstosslegende*, p. 43. <<

[51] *Die Ursachen*, pp. 6-16, y Lutz, *Causes*, pp. 113-131; Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, doc. 6.4, pp. 4-5. <<

[52] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 28-29. <<

[53] *Stenographische Berichte über die Verhandlungen des deutschen Reichstags*, 134 (26 de febrero de 1918), pp. 4, 162-164, 171, en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, doc. 4.10, pp. 60-61. <<

[54] Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 9-62; Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 42-43. <<

[55] Friedrich Ebert, *Schriften, Aufzeichnungen, Reden*, Dresde, 1926, vol. 4, pp. 126-127, traducido y recogido en Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 89-90, como doc. 6.7. <<

[56] Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, p. 86. <<

[57] Citado en Petzold, *Die Dolchstosslegende*, p. 42. <<

[58] Citado en Hoegen, *Der Held von Tannenberg*, p. 242. **<<**

[59] *Ibid*. Citado en Hoegen, *Der Held von Tannenberg*, p. 242. TEXTO_ADICIONAL: Citado pp. 244-245, n. 92. <<

[60] Sammet, *Dolchstoss*, pp. 67-72. <<

[61] Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion”», pp. 136-137; Sammet, «Dolchstoss», pp. 71-75. <<

[62] Bessel, *Germany after the First World War*, pp. 78, 263-264; Deist, «The Military Collapse», p. 205; más en general véase Alexander Watson, *Enduring the Great War. Combat, Morale and Collapse in the German and British Armies, 1914-1918*, Cambridge, 2008. <<

[63] Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion”», pp. 139-141. <<

[64] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 63-65. <<

[65] Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 129-158; Bernhard Fulda, *Press and Politics in the Weimar Republic*, Oxford, 2009, pp. 80-89 (para las distorsiones con las que la prensa nacionalista se hizo eco del juicio); Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage*, pp. 204-208. <<

[66] Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage*, pp. 202-204; Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 159-176. <<

[67] *Ibid*. Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage*, pp. 202-204; Vascik y Sadler, *The Stab-in-the-Back Myth*, pp. 159-176. TEXTO_ADICIONAL: pp. 179-207; véase también Sammet, *Dolchstoss*, pp. 84-86 y 211-231; Petzold, *Die Dolchstosslegende,* pp. 101-110 (desde la perspectiva comunista de la Alemania del Este); y Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage,* pp. 189-202. <<

[68] Lüdtke, *Hans Delbrück und Weimar*, pp. 307-391, también para lo que sigue; véase asimismo Sammet, *Dolchstoss*, pp. 76-84. <<

[69] Roger Chickering, *We Men Who Feel Most German: A Cultural Study of the Pan-German League, 1886-1914*, Londres, 1984; Peter Pulzer, *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, Nueva York, 1964. <<

[70] Evans, *The Feminist Movement in Germany*, pp. 175-205. <<

[71] Para el contexto más general véase Egmont Zechlin, *Die deutsche Politik und die Juden im Ersten Weltkrieg*, Gotinga, 1969. <<

[72] Jacob Rosenthal, *«Die Ehre des jüdischen Soldaten»: Die Judenzählung im Ersten Weltkrieg und ihre Folgen*, Fráncfort, 2007; Tim Grady, *A Deadly Legacy: German Jews and the Great War*, Londres, 2017, pp. 137-147. <<

[73] Citado en Alfred Niemann, *Revolution von oben – Umsturz von unten. Entwicklung und Verlauf der Staatsumwälzung in Deutschland 1914-1918. Mit einem Dokumentenanhang*, 4.ª ed., Berlín, 1928, p. 321. <<

[74] Citado en Sammet, *Dolchstoss*, p. 121. <<

[75] Albrecht von Thaer, *Generalstabsdienst an der Front und in der OHL. Aus Briefen und Tagebuchaufzeichnungen 1915-1919*, Siegfried Kähler (ed.), Gotinga, 1958, p. 256. <<

[76] Grady, *A Deadly Legacy*, pp. 208-211; Sammet, *Dolchstoss*, p. 119. <<

[77] Alfred von Wrisberg, «Über die Angriffe gegen den Offiziersstande», *Militär-Wochenschrift für die deutsche Wehrmacht*, 25 de marzo de 1919, p. 262, citado en Rosenthal, *Die Ehre*, p. 131. <<

[78] *Idem*, *Heer und Heimat*, Leipzig, 1921, p. 95, citado en Rosenthal, *Die Ehre*, p. 132. <<

[79] Max Bauer, *Der grosse Krieg in Feld und Heimat*, Tubinga, 1921, p. 261, citado en Rosenthal, *Die Ehre*, p. 133. Véase también Adolf Vogt, *Oberst Max Bauer. Generalstabsoffizier im Zwielicht*, Osnabrück, 1974, pp. 171-198. <<

[80] Hans Blüher, *Secessio judaica, philosophische Grundlegung der historischen Situation des Judentums und der antisemitische Bewegung*, Berlín, 1922, p. 48, citado en Rosenthal, *Die Ehre*, p. 134. Para el antifeminismo de Blüher, véase Evans, *The Feminist Movement in Germany*, pp. 182-184. Weininger era judío y —quizá en el caso más extremo del odio de los judíos a sí mismos— se atuvo a las consecuencias lógicas de su propio antisemitismo y se quitó la vida a los veintitrés años; véase Chandak Sengoopta, *Otto Weininger: Sex, Science and Self in Imperial Vienna*, Chicago, 2000. <<

[81] M. Voss, *Enthüllungen über den Zusammenbruch. Eine Betrachtung über die Ursachen, dass es so gekommen ist*, Halle, 1919, p. 43, citado en Sammet, *Dolchstoss*, p. 116. <<

[82] Arthur Hoffmann-Kutsche, *Der Dolchstoss durch das Judentum. Materialien zur deutschen Geschichte und zur jüdischen Politik,* Halle, 1922, citado en Sammet, *Dolchstoss*, pp. 115-116. <<

[83] Ludendorff, *Kriegführung und Politik*, p. 133; Sammet, *Dolchstoss*, p. 118. <<

[84] Ernst Rademacher, que más adelante fue miembro del Partido Nazi y oficial de la SS, citado en Sammet, *Dolchstoss*, p. 117. <<

[85] Sammet, *Dolchstoss*, p. 118, en cita de Wilhelm Meister, *Judas Schuldbuch. Eine deutsche Abrechnung*, 3.ª ed., Munich, 1919, p. 154. <<

[86] Sammet, *Dolchstoss*, p. 116. <<

[87] Según el índice de Eberhard Jäckel (ed.), *Hitler: Sämtliche Aufzeichnungen 1905-1924*, Stuttgart, 1980, el término solo aparece en 16 páginas de un total de 1231; hay resultados similares en Max Domarus (ed.), *Hitler: Reden und Proklamationen 1932-1945*, 4 vols., Wiesbaden, 1973; y Bärbel Dusik *et al*. (eds.), *Hitler. Reden, Schriften, Anordnungen Februar 1925 bis Januar 1933*, 6 vols., Munich, 1992-1998. <<

[88] Citado en Sammet, *Dolchstoss*, p. 251 (*Mein Kampf*, vol. 1, capítulo 10).
<<

[89] Hiller von Gaertringen, «“Dolchstoss-Diskussion”», pp. 142-143. <<

[90] Wolfgang Schivelbusch, *Die Kultur der Niederlage. Der amerikanische Süden 1865, Frankreich 1871, Deutschland 1918*, Berlín, 2001, pp. 254-255. <<

[91] *Ibid*. Wolfgang Schivelbusch, *Die Kultur der Niederlage. Der amerikanische Süden 1865, Frankreich 1871, Deutschland 1918*, Berlín, 2001, pp. 254-255. TEXTO_ADICIONAL: Gerhard Hirschfeld, «Der Führer spricht vom Krieg: Der Erste Weltkrieg in den Reden Adolf Hitlers», en Gerd Krumeich (ed.), pp. 53-75. <<

[92] Barth, *Dolchstosslegenden*, pp. 540-545. <<

[93] Citados todos en Sammet, *Dolchstoss*, pp. 116-118. <<

[94] *Ibid*. Citados todos en Sammet, *Dolchstoss*, pp. 116-118. TEXTO_ADICIONAL: Para las menciones (relativamente escasas y dispersas) de la década de 1920 y primeros años de la década de 1930, pp. 250-255. <<

[95] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 74-77, no convence cuando identifica a los «criminales de noviembre» con los supuestos ejecutores de la puñalada por la espalda. Para el punto de vista nazi, véase también Gerd Krumeich, «Die Dolchstoss-Legende», en Étienne François y Hagen Schulze (eds.), *Deutsche Erinnerungsorte*, Munich, 2001, vol. I, pp. 575-599, referencia en p. 598. <<

[96] Sammet, *Dolchstoss*, pp. 119-124, que cita a Gustav Andersen, *Unsere Stellung zur Sozialdemokratie nach Weltkrieg und Umsturz*, vol. II: *Ihr Versagen nach dem Zusammenbruch. Aus den Tatsachen ermittelt*, Hamburgo, 1924, p. 138. <<

[97] Richard Bessel, *Nazism and War*, Londres, 2004. <<

[98] Ian Kershaw, «Vorwort», en Krumeich (ed.), *Nationalsozialismus und Erster Weltkrieg*, pp. 7-10. <<

[99] Ulrich Herbert, «Was haben die Nationalsozialisten aus dem Ersten Weltkrieg gelernt?», en Krumeich (ed.), *Nationalsozialismus und Erster Weltkrieg*, pp. 21-32. <<

[100] Citado en Joachim Schröder, «Der Erste Weltkrieg und der “jüdische Bolschewismus”», en Krumeich (ed.), *Nationalsozialismus und Erster Weltkrieg*, pp. 77-96, referencia en p. 79. <<

[101] Hiller von Gaertringen, «Dolchstoss-Diskussion», pp. 145-146. <<

[102] Petzold, *Die Dolchstosslegende*, pp. 69-73. <<

[103] Krumeich, *Die unbewältigte Niederlage*, capítulo III/2: «Dolchstoss: Lüge, Legende oder doch ein wenig wahr?», pp. 183, 199, 209. <<

[104] Richard M. Hunt, «Myths, Guilt, and Shame in Pre-Nazi Germany», *Virginia Quarterly Review* 34 (1958), pp. 355-371, exagera la difusión e influencia del mito. <<

[1] Para la secuencia de los hechos, véase Alfred Berndt, «Zur Entstehung des Reichstagsbrandes: Eine Untersuchung über den Zeitablauf», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 23 (1975), pp. 77-90, y Hersch Fischler, «Zum Zeitablauf der Reichstagsbrandstiftung: Korrekturen der Untersuchung Alfred Berndts», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 55 (2005), pp. 617-632. Las diferencias entre estas dos narraciones ya apuntan a las divergencias de opinión sobre los orígenes del incendio. <<

[2] Sefton Delmer, *Trail Sinister*, Londres, 1981, pp. 185-200. [Hay trad. cast.: *Los alemanes y yo*, Luis de Caralt, Barcelona, 1967.] El «palacio presidencial» era la residencia oficial del «presidente» o portavoz del Reichstag, un cargo que Göring ocupó como líder formal de la mayor delegación parlamentaria de aquella asamblea. <<

[3] Ian Kershaw, *Hitler, 1889-1936: Hubris*, Londres, 1999, p. 457. [Hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1889-1936*, Península, Barcelona, 1999, 2007.] <<

[4] Hans Mommsen, «Der Reichstagsbrand und seine politischen Folgen», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 12 (1964), pp. 351-413. <<

[5] Tomado de http://spartacus-educational.com/GERreichstagF.htm <<

[6] Alfons Sack (ed.), *Der Reichstagsbrand-Prozess*, Berlín, 1934. Sack, el abogado asignado a la defensa de Torgler, era un conservador que declaró que solo le interesaba si su cliente era inocente o culpable, y no los imperativos políticos que hubiera detrás del juicio. Los nazis le detuvieron en 1934, pero le dejaron en libertad, y falleció diez años más tarde, durante un ataque aéreo. <<

[7] El veredicto se anuló retrospectivamente en 2007, de acuerdo con una ley de 1998 sobre las injusticias del nazismo; véase Marcus Giebeler, *Die Kontroverse um den Reichstagsbrand: Quellenprobleme und historiographische Paradigmen*, Munich, 2010, pp. 44-45. <<

[8] Véase http://baseportal.de/cgi-bin/baseportal.pl?htx=/jarmerdhm/main&localparams=1&db=main&cmd=list&range=130,10&cmd=all&Id=53 <<

[9] *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag, prepared by the World Committee for the Victims of German Fascism, with an Introduction by Lord Marley* (World Committee… = Comité Mundial para las Víctimas del Fascismo Alemán, Londres, 1933). **<<**

[10] *Ibid*. *The Brown Book of the Hitler Terror and the Burning of the Reichstag, prepared by the World Committee for the Victims of German Fascism, with an Introduction by Lord Marley* (World Committee… = Comité Mundial para las Víctimas del Fascismo Alemán, Londres, 1933). TEXTO_ADICIONAL: p. 138. <<

[11] Richard Wolff, «Der Reichstagsbrand 1933. Ein Forschungsbericht», *Aus Politik und Zeitgeschichte* 3/56, 18 de enero de 1956, pp. 25-56. <<

[12] Fritz Tobias, *Der Reichstagsbrand. Legende und Wirklichkeit*, Rastatt, 1962. Aunque el libro se tradujo al inglés (*The Reichstag Fire*, Nueva York, 1964), se trató de una edición muy abreviada. <<

[13] Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 171-205 (Oberfohren), 446. <<

[14] *Ibid*. Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 171-205 (Oberfohren), 446. TEXTO_ADICIONAL: pp. 420-456. <<

[15] *Ibid*. Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 171-205 (Oberfohren), 446. TEXTO_ADICIONAL: pp. 101-104. <<

[16] Mommsen, «Der Reichstagsbrand». Giebeler, *Die Kontroverse*, esp. pp. 74-80, reduce la controversia a un efecto secundario de este debate más general. <<

[17] Sean McMeekin, *The Red Millionaire: A Political Biography of Willi Münzenberg, Moscow's Secret Propaganda Tsar in the West, 1917-1940*, New Haven, CT, 2004. <<

[18] Edouard Calic, *Le Reichstag brûle!* (París, 1969); *idem*, *Reinhard Heydrich,* Nueva York, 1982, pp. 85-96. <<

[19] Edouard Calic (ed.), *Unmasked. Two Confidential Interviews with Hitler in 1931*, Londres, 1971; edición original alemana, *Ohne Maske. Hitler-Breiting Geheimgespräche*, Fráncfort, 1968. [Hay trad. cast. de Manuel Vázquez: *Hitler sin máscara*, Plaza & Janés, Barcelona, 1970.] <<

[20] *Ibid*. Edouard Calic (ed.), *Unmasked. Two Confidential Interviews with Hitler in 1931*, Londres, 1971; edición original alemana, *Ohne Maske. Hitler-Breiting Geheimgespräche*, Fráncfort, 1968. [Hay trad. cast. de Manuel Vázquez: *Hitler sin máscara*, Plaza & Janés, Barcelona, 1970.] TEXTO_ADICIONAL: p. 56. <<

[21] Durante las clases sobre el Tercer Reich que di en la Universidad de East Anglia en la década de 1980 solía plantear a mis estudiantes la tarea de evaluar si las entrevistas eran genuinas o no; no tenían problemas en concluir que no. <<

[22] Walther Hofer, Friedrich Zipfel y Christoph Graf (eds.), *Der Reichstagsbrand: Eine wissenschaftliche Dokumentation*, 2 vols., Berlín, 1972 y 1978. Véase en especial vol. I, pp. 257-278. <<

[23] Véase la aportación de Henning Köhler en *idem et al.*, *Reichstagsbrand: Aufklärung einer historischen Legende*, p. 167. <<

[24] Kellerhoff, p. 117. <<

[25] *Ibid*. Kellerhoff, p. 117. TEXTO_ADICIONAL: p. 112. <<

[26] Fritz Thyssen, *I Paid Hitler*, Londres, 1941. [Hay trad. cast. de L. Rivaud: *Yo financié la ascensión de Hitler*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1942; revisada en *Yo pagué a Hitler, seguido de Thyssen-Hitler: documentos inéditos relativos a este proceso*, Emery Reves (ed.), Juan Bonilla (pról.), L. Rivaud (trad.), Renacimiento, Sevilla, 2017.] <<

[27] Hans-Joachim Bernhard y David Elazar (eds.), *Der Reichstagsbrandprozess und Georgi Dimitroff: Dokumente*, Berlín, 1982 y 1989. <<

[28] Klaus Drobisch, *Reichstag in Flammen* (Illustrierte historische Hefte 29, Berlín, 1983), p. 30 («Cui bono? Wem nützt es?»). <<

[29] Alexander Bahar y Wilfried Kugel (eds.), *Der Reichstagsbrand: wie Geschichte gemacht wird*, Berlín, 2001. <<

[30] *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 22 de febrero de 2001, p. 8; *Neue Zürcher Zeitung*, 25 de abril de 2001. <<

[31] http://blog.globale-gleichheit.de/?author=1 <<

[32] http://www.parapsych.org/users/wkugel/profile.aspx. Según la página web de la Asociación Parapsicológica, esta sociedad se dedica a estudiar fenómenos tales como la «telepatía, clarividencia, psicoquinesia, sanación psíquica y precognición». <<

[33] Véanse también las revelaciones sobre Kugel en «Wir erhalten Informationen aus der Zukunft», en http://www.welt.de/print-welt/article627231/Wir-erhalten-Informationen-aus-der-Zukunft.html <<

[34] Dieter Deiseroth (ed.), *Der Reichstagsbrand und der Prozess vor dem Reichsgericht*, Berlín, 2006. <<

[35] Sven Felix Kellerhoff, *Der Reichstagsbrand: Die Karriere eines Kriminalfalls*, Berlín, 2008, p. 125. <<

[36] *Ibid*. Sven Felix Kellerhoff, *Der Reichstagsbrand: Die Karriere eines Kriminalfalls*, Berlín, 2008, p. 125. TEXTO_ADICIONAL: pp. 128-129; Hans Schneider (ed.), *Neues vom Reichstagsbrand? Eine Dokumentation: Bei Versäumnis der deutschen Geschichtsschreibung, mit einem Geleitwort von Iring Fetscher und Beiträgen von Dieter Deiseroth, Hersch Fischler, Wolf-Dieter Narr*, Berlín, 2004. Las demás colaboraciones estaban firmadas por politólogos bien conocidos de la izquierda alemana. <<

[37] En este momento apareció una tesis que intentaba compendiar la controversia (Giebeler, *Die Kontroverse*), pero aunque contiene resúmenes útiles de las numerosas aportaciones al debate, no acierta a abordar directamente las cuestiones principales ni toma en consideración los factores del contexto político. Cuando el autor llega a la conclusión de que la polémica no se ha cerrado, en lo esencial está confesando su impotencia intelectual ante la montaña de argumentos, pruebas, afirmaciones y contestaciones de los participantes. <<

[38] Benjamin Carter Hett, *Burning the Reichstag. An Investigation into the Third Reich’s Most Enduring Mystery*, Nueva York, 2014. [No hay trad. cast. de este libro de Hett, pero sí de su elogiada biografía de Litten: *El hombre que humilló a Hitler*, Ediciones B, Barcelona, 2008.] <<

[39] *Ibid*. Benjamin Carter Hett, *Burning the Reichstag. An Investigation into the Third Reich's Most Enduring Mystery*, Nueva York, 2014. [No hay trad. cast. de este libro de Hett, pero sí de su elogiada biografía de Litten: *El hombre que humilló a Hitler*, Ediciones B, Barcelona, 2008.] TEXTO_ADICIONAL: p. 17. <<

[40] Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 527-549. <<

[41] *Ibid*. Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 527-549. TEXTO_ADICIONAL: p. 272. <<

[42] *Ibid*. Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 527-549. TEXTO_ADICIONAL: p. 73. Para un ejemplo de cómo la editorial ultraderechista Druffel Verlag publicó un libro (sobre el Tercer Reich y la Cuestión de Palestina) sin consentimiento del autor, véase Francis Nicosia, «Scholars and Publishers: A New Twist to an Old Story?», *German History* 8, n.º 1 (junio de 1990), pp. 217-222. <<

[43] Tobias, *Reichstagsbrand*, p. 3. <<

[44] *Ibid*. Tobias, *Reichstagsbrand*, p. 3. TEXTO_ADICIONAL: p. 4. <<

[45] Hett, *Burning the Reichstag*, pp. 262-263; Benjamin Carter Hett, «Who Burned the Reichstag?» (carta a la *London Review of Books*, 19 de mayo de 2014). <<

[46] Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm: *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD1938-1942*, Stuttgart, 1981; Helmut Krausnick *et al.*, *Anatomy of the SS State*, Londres, 1968; Horst Möller y Udo Wengst (eds.), *50 Jahre Institut für Zeitgeschichte. Eine Bilanz*, Munich, 1999. <<

[47] Hett, *Burning the Reichstag*, p. 317. **<<**

[48] *Ibid*. Hett, *Burning the Reichstag*, p. 317. TEXTO_ADICIONAL: p. 289. <<

[49] *Ibid*. Hett, *Burning the Reichstag*, p. 317. TEXTO_ADICIONAL: «Who Burned the Reichstag?». <<

[50] Hett, *Burning the Reichstag*, p. 92. <<

[51] *Ibid*. Hett, *Burning the Reichstag*, p. 92. TEXTO_ADICIONAL: p. 323. <<

[52] Tobias, *Reichstagsbrand*, pp. 257-269. <<

[53] Kershaw, *Hitler: Hubris*, p. 457; Delmer, *Trail Sinister*, pp. 185-200. <<

[54] Hett, *Burning the Reichstag*, pp. 320-321. <<

[55] Horst Karasek, *Der Brandstifter*, Verlag Klaus Wagenbach, Berlín, 1984; véase también el debate en Tobias, pp. 23-75 y 470-501. <<

[56] Hett, *Burning the Reichstag*, p. 269. <<

[57] *Ibid*. Hett, *Burning the Reichstag*, p. 269. TEXTO_ADICIONAL: p. 20. <<

[58] Kellerhoff, pp. 135-136. <<

[59] Tobias, *Reichstagsbrand*, p. 592. <<

[60] Hett, *Burning the Reichstag*, p. 251. <<

[61] Conrad Meding, «Wer war der wahre Brandstifter?», *Hannoversche Allgemeine Zeitung*, 26 de julio de 2019, pp. 2-3, donde se reproduce una fotocopia de la declaración jurada. <<

[62] «Dokument aufgetaucht. SA-Mann Hans-Martin Lennings will am Reichstagsbrand beteiligt gewesen sein», *Frankfurter Rundschau*, 26 de julio de 2019; «Archivfund in Hannover. Erklärung von SA-Mann erschüttert Einzeltäterthese zum Reichstagsbrand», *Süddeutsche Zeitung*, 26 de julio de 2019; «Reichstagsbrand Erklärung von SA-Mann legt NS-Beteiligung nahe», *Berliner Zeitung*, 26 de julio de 2019; «Newly Uncovered Testimony Casts Doubt on Reichstag Fire Claims», *Times of Israel*, 27 de julio de 2019; Alex Winston, «Newly Discovered Account of 1933 Reichstag Fire Casts Doubt on Nazi Narrative», *Jerusalem Post*, 28 de julio de 2019. <<

[63] Sven Felix Kellerhoff, «Was die neue eidesstattliche Erklärung eines SA-Mannes bedeutet», *Die Welt*, 26 de julio de 2019; *idem*, «Der Kronzeuge gegen die Nazis war ein "lügnerischer Mensch"», *Die Welt*, 29 de noviembre de 2019. <<

[64] Tony Paterson, «Historians Find “proof” that Nazis Burned Reichstag», *Daily Telegraph*, 15 de abril de 200 <<

[1] Para una reconstrucción expresiva (pero no plenamente fiable) véase James Leasor, *Rudolf Hess: The Uninvited Envoy*, Londres, 1962, pp. 11-22; la obra de referencia es una narración cuidadosa y detallada, basada en una extensa serie de pruebas: Roy Conyers Nesbit y Georges Van Acker, *The Flight of Rudolf Hess: Myths and Reality*, Stroud, 1999, pp. 49-74. <<

[2] *Ibid*. Para una reconstrucción expresiva (pero no plenamente fiable) véase James Leasor, *Rudolf Hess: The Uninvited Envoy*, Londres, 1962, pp. 11-22; la obra de referencia es una narración cuidadosa y detallada, basada en una extensa serie de pruebas: Roy Conyers Nesbit y Georges Van Acker, *The Flight of Rudolf Hess: Myths and Reality*, Stroud, 1999, pp. 49-74. TEXTO_ADICIONAL: Nesbit y Van Acker, p. 58). <<

[3] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 74-77, donde citan otros documentos de los Archivos Nacionales. También sir John Colville, *The Fringes of Power*, Londres, 1985, p. 386. [Hay trad. cast. de Joan Josep Vallbé: *A la sombra de Churchill: diarios de Downing Street, 1939-1955*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2007.] **<<**

[4] Leasor, *Rudolf Hess*, p. 11, que cita documentos presentados en los Juicios de Núremberg; Ivone Kirkpatrick, *The Inner Circle: Memoirs*, Londres, 1959, pp. 173-85; James Douglas-Hamilton, *Motive for a Mission: The Story behind Hess's Flight to Britain*, Londres, 1971, se ajusta al relato estándar [hay trad. cast. de M.ª Rosa Sanagustín: *Rudolf Hess: Misión sin retorno*, Grijalbo, Barcelona, 1974]. Para el texto completo de la supuesta «oferta de paz» y otros documentos, Peter Raina, *A Daring Venture: Rudolf Hess and the Ill-Fated Peace Mission of 1941*, Fráncfort, 2014. **<<**

[5] Gabriel Gorodetsky (ed.), *The Maisky Diaries: Red Ambassador to the Court of St James's 1932-1943*, Londres, 2015, p. 359 (10 de junio de 1941). [Hay trad. cast. de Jorge Rizzo, *El cuaderno secreto. Iván Maiski, embajador soviético en Londres 1932-1943*, RBA, Barcelona, 2017.] <<

[6] Véase Richard J. Evans, *Altered Pasts: Counterfactuals in History*, Londres, 2014, pp. 73-78. [Hay trad. cast. de Guillem Usandizaga: *Contrafactuales: ¿y si todo hubiera sido diferente?*, Turner, Madrid, 2018.] <<

[7] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 1-13; Ilse Hess, *Ein Schicksal in Briefen*, Leoni am Starnberger See, 1984, una recopilación de cartas de Hess [hay trad. cast. de Jesús Ruiz: *Cartas desde la celda 7*, Luis de Caralt, Barcelona, 1970]. <<

[8] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 13-21. <<

[9] *Ibid*. Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 13-21. TEXTO_ADICIONAL: pp. 21-31. <<

[10] Peter Longerich, «Hitler’s Deputy: The Role of Rudolf Hess in the Nazi Regime», en David Stafford (ed.), *Flight from Reality: Rudolf Hess and His Mission to Scotland, 1941*, Londres, 2002, pp. 104-120. <<

[11] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 32-34. **<<**

[12] Longerich, «Hitler's Deputy», defiende que siguió siendo importante. Sin embargo, en la biografía *Hitler: A Life*, Oxford, 2019, p. 730, Longerich admite que en los años anteriores a la huida Hess estaba quedando «cada vez más aislado dentro de los líderes del Reich». **<<**

[13] Kurt Pätzold y Manfred Weissbecker, *Rudolf Hess. Der Mann an Hitlers Seite*, Leipzig, 1999, pp. 235-260. <<

[14] Joachim C. Fest, *The Face of the Third Reich*, Londres, 1970, pp. 290-291; Rainer F. Schmidt, *Rudolf Hess: «Botengang eines Toren». Der Flug nach Grossbritannien vom 10. Mai 1941*, Düsseldorf, 1997, pp. 273-274. <<

[15] Citado en Jürgen Matthäus y Frank Bajohr (eds.), *Alfred Rosenberg: Die Tagebücher von 1934 bis 1944*, Fráncfort, 2015, 24 de marzo de 1939, p. 288, y 14 de mayo de 1941, pp. 284-287. [Hay trad. cast. de Lara Cortés *et al.*: *Alfred Rosenberg, diarios 1934-1944*, Crítica, Barcelona, 2015.] <<

[16] Peter Longerich, *Hitlers Stellvertreter. Führung der Partei und Kontrolle des Staatsapparates durch den Stab Hess und die Partei-Kanzlei Bormann*, Munich, 1992, pp. 109-118; Armin Nolzen, «Der Hess-Flug und die öffentliche Meinung im NS-Staat», en Martin Sabrow (ed.), *Skandal und Diktatur. Formen öffentlicher Empörung im NS-Staat und in der DDR*, Gotinga, 2004, pp. 130-156, referencia en p. 131. <<

[17] Wulf Schwarzwäller, *Rudolf Hess. Der Stellvertreter*, Munich, 1987, p. 160. <<

[18] Eugene K. Bird, *The Loneliest Man in the World. The Inside Story of the 30-Year Imprisonment of Rudolf Hess*, Londres, 1974, pp. 260-261. [Hay trad. cast. de José Manuel Álvarez: *Rudolf Hess, el prisionero de Spandau. La historia íntima de los treinta años de prisión del más solitario hombre del mundo*, Dopesa, Barcelona, 1974.] <<

[19] El cargo equivalía aproximadamente al de un ministro de Justicia, pero comportaba también otras funciones, como la presidencia de la Cámara de los Lores. (*N. del t.*) <<

[20] Ian Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, Londres, 2000, pp. 369-370, p. 940, n. 220 [hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2000]; Rainer F. Schmidt, «Der Hess-Flug und das Kabinett Churchill», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte* 42 (1994), pp. 1-28, referencia en p. 28. <<

[21] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 34-35. <<

[22] Hans-Adolf Jacobsen, *Karl Haushofer: Leben und Werk*, Boppard am Rhein, 1979, vol. 2, pp. 452-425; James Douglas-Hamilton, *The Truth about Rudolf Hess*, Edimburgo, 1993, pp. 125-133; la correspondencia de Haushofer se imprime en el Apéndice I de Leasor, Rudolf Hess, pp. 219-226. <<

[23] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, p. 151, para un facsímil. **<<**

[24] Longerich, *Hitlers Stellvertreter*, p. 146; Wulf Schwarzwäller, *Rudolf Hess. Der Stellvertreter*, Munich, 1987, p. 177. <<

[25] Schwarzwäller, *Rudolf Hess*, pp. 173-175. <<

[26] Wolf-Rüdiger Hess, *Rudolf Hess: «Ich bereue nichts»*, Graz, 1994, pp. 65-72. <<

[27] *Ibid*. Wolf-Rüdiger Hess, *Rudolf Hess: «Ich bereue nichts»*, Graz, 1994, pp. 65-72. TEXTO_ADICIONAL: John Costello, pp. 15-20), salvo el sumario de un documento repleto de desinformación del KGB. <<

[28] J. Bernard Hutton, *Hess: The Man and His Mission*, Londres, 1970, pp. 21, 70-73. [Hay trad. cast. de Adolfo Martín: *Hess, el hombre y su misión*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972; y de Esteban Mayoral: *Hess: el hombre y su misión*, Torres de Papel, Madrid, 2015.] <<

[29] *Ibid*. J. Bernard Hutton, *Hess: The Man and His Mission*, Londres, 1970, pp. 21, 70-73. [Hay trad. cast. de Adolfo Martín: *Hess, el hombre y su misión*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972; y de Esteban Mayoral: *Hess: el hombre y su misión*, Torres de Papel, Madrid, 2015.] TEXTO_ADICIONAL: pp. 30-33. <<

[30] *Ibid*. J. Bernard Hutton, *Hess: The Man and His Mission*, Londres, 1970, pp. 21, 70-73. [Hay trad. cast. de Adolfo Martín: *Hess, el hombre y su misión*, Plaza & Janés, Barcelona, 1972; y de Esteban Mayoral: *Hess: el hombre y su misión*, Torres de Papel, Madrid, 2015.] TEXTO_ADICIONAL: p. 23. <<

[31] Peter Padfield, *Hess: Flight for the Führer*, Londres, 1991, pp. 138-141. <<

[32] Véase, por ejemplo, Bird, *The Loneliest Man in the World*, p. 252 (declaración jurada de Hess «a la atención de la prensa mundial»). <<

[33] Ilse Hess, *Prisoner of Peace*, Londres, 1954. <<

[34] Transcripción en Pätzold y Weissbecker, *Rudolf Hess*, pp. 451-454. <<

[35] Schmidt, *Botengang*, pp. 280-281. <<

[36] Volker Ullrich, *Adolf Hitler: Biografie. Die Jahre des Untergangs*, Fráncfort, 2018, pp. 192-202, con cita de Bodenschatz en p. 195. <<

[37] Schwarzwäller, *Rudolf Hess*, p. 185, afirma que Hess se adhirió durante el resto de sus días a un «pacto» de silencio con Hitler, pero no aporta ninguna prueba de que tal pacto existiera. <<

[38] Hutton, *Hess*, pp. 57-59; Schwarzwäller, *Rudolf Hess*, p. 200. <<

[39] Albert Speer, *Inside the Third Reich*, Londres, 1975 (ed.), p. 250 [hay trad. cast. de Ángel Sabrido: *Memorias*, Plaza & Janés, Barcelona, 1969; El Acantilado, Barcelona, 2001, 2008]; también para lo que sigue. Speer se equivocaba al afirmar que Pintsch estuvo acompañado por otros auxiliares de Hess; véase Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 937, n. 178. Véase también el documento preparado para Stalin en 1949, a partir del testimonio presencial de Heinz Linge, ayuda de cámara de Hitler, y Otto Günsche, su edecán, que al terminar la guerra habían caído presos de los soviéticos: *The Hitler Book: The Secret Dossier Prepared for Stalin*, Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), Londres, 2005, pp. 70-72. [Hay trad. cast. de Víctor Farías Zurita y Víctor Farías Soto: *El informe Hitler: informe secreto del NKVD para Stalin, extraído de los interrogatorios a Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y Heinz Linge, su ayuda de cámara, Moscú, 1948-1949: acta n. º 462.ª, sección 5.ª, catálogo 30 del Archivo Estatal de Historia Contemporánea de Rusia*, Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), Tusquets, Barcelona, 2008.] <<

[40] Paul Schmidt, *Hitler's Interpreter*, Londres, 1951, p. 233. <<

[41] Matthäus y Bajohr (eds.), Alfred Rosenberg: *Die Tagebücher*, p. 387 (14 de mayo de 1941). <<

[42] Elke Fröhlich (ed.), *Die Tagebücher von Joseph Goebbels. Sämtliche Fragmente*, parte I (*Aufzeichnungen*), vol. 9, Munich, 1998, pp. 309, 312. <<

[43] Nolzen, «Der Hess-Flug», pp. 130-156. <<

[44] Kershaw, *Hitler: Nemesis*, p. 375. <<

[45] Según la afirmación de Edouard Calic, *Reinhard Heydrich*, Nueva York, 1982, p. 233. <<

[46] Leasor, *Rudolf Hess*, pp. 172-174. A. J. P. Taylor, *Beaverbrook*, Londres, 1972, p. 624, n. 1, refiere una entrevista poco concluyente del Hess encarcelado con el magnate de la prensa y ministro de Producción Aérea, y comenta que «es concebible que Hitler estuviera al cabo de las intenciones de Hess»; pero lo deja aquí. <<

[47] Robert Gellately, *The Gestapo and German Society: Enforcing Racial Policy, 1933-1945*, Oxford, 1990 [hay trad. cast. de Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar: *La Gestapo y la sociedad alemana: la política radical nazi (1933-1945)*, ed. revisada y ampliada, Paidós Ibérica, Barcelona, 2003], Eric A. Johnson, *Nazi Terror: The Gestapo and Ordinary Germans*, Nueva York, 1999 [hay trad. cast. de María Pino Moreno: *El terror nazi: la Gestapo, los judíos y el pueblo alemán*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2002], y Klaus-Michael Mallmann y Gerhard Paul, «Omniscient, Omnipotent, Omnipresent? Gestapo, Society and Resistance», en David F. Crew (ed.), *Nazism and German Society 1933-1945*, Londres, 1994, pp. 166-196, que han dejado atrás Edward Crankshaw, *Gestapo: Instrument of Tyranny*, Londres, 1956. <<

[48] Eberle y Uhl (eds.), *The Hitler Book*, pp. 70-72. <<

[49] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, p. 125. <<

[50] Lothar Kettenacker, «Mishandling a Spectacular Event: The Rudolf Hess Affair», en David Stafford (ed.), *Flight from Reality: Rudolf Hess and his Mission to Scotland 1941*, Londres, 2002, pp. 19-37, referencia en pp. 19-20. <<

[51] Kershaw, *Hitler: Nemesis*, pp. 369-381, destaca entre las fuentes breves. <<

[52] John Harris y M. J. Trow, *Rudolf Hess: The British Conspiracy*, Londres, 2011, pp. 8-10. <<

[53] Peter Padfield, *Hess, Hitler and Churchill: The Real Turning Point of the Second World War: A Secret History*, Londres, 2013, p. 20. <<

[54] *Ibid*. Peter Padfield, *Hess, Hitler and Churchill: The Real Turning Point of the Second World War: A Secret History*, Londres, 2013, p. 20. TEXTO_ADICIONAL: p. 21. <<

[55] Padfield, *Hess*, pp. 346-351; una perspectiva similar en Kilzer, *Churchill's Deception*, pp. 271-274. <<

[56] Ulrich von Hassell, *The von Hassell Diaries, 1938-1944. The Story of the Forces against Hitler inside Germany as recorded by Ambassador Ulrich von Hassell, a Leader of the Movement*, Londres, 1948, pp. 179-180. <<

[57] *Ibid*. Ulrich von Hassell, *The von Hassell Diaries, 1938-1944. The Story of the Forces against Hitler inside Germany as recorded by Ambassador Ulrich von Hassell, a Leader of the Movement*, Londres, 1948, pp. 179-180. TEXTO_ADICIONAL: p. 194. <<

[58] Harris y Trow, *Rudolf Hess*, p. 170. La afirmación de que se han suprimido pruebas documentales ha sido aceptada por historiadores por lo demás razonables, véase por ejemplo Neal Ascherson, «Secrets are Like Sex», *London Review of Books*, 2 de abril de 2020, p. 20. <<

[59] Pätzold y Weissbecker, *Rudolf Hess*, pp. 281-283. <<

[60] *Ibid*. Pätzold y Weissbecker, *Rudolf Hess*, pp. 281-283. TEXTO_ADICIONAL: pp. 5 y 254 (n. 7). <<

[61] Padfield, *Hess, Hitler and Churchill*, p. 363. <<

[62] Leasor, *Rudolf Hess*, pp. 73-81. <<

[63] Calic, *Reinhard Heydrich*, p. 233. <<

[64] Nesbit y Van Acker, *The Flight of Rudolf Hess*, pp. 126-127 y Apéndices técnicos. <<

[65] *Ibid*. Nesbit y Van Acker, *The Flight of Rudolf Hess*, pp. 126-127 y Apéndices técnicos. TEXTO_ADICIONAL: pp. 126-131. <<

[66] David Stafford (ed.), *Flight from Reality: Rudolf Hess and His Mission to Scotland 1941*, Londres, 2002, p. 2. Es útil la breve guía y la valoración de John Kirkpatrick, *10 May 1941. Rudolf Hess's Flight to Scotland. A Bibliographical Study*, Glasgow 2008. Las teorías conspirativas relativas a la huida también han servido de inspiración a numerosas obras de ficción, incluidas Brian Moffat, *Fallen Angels, Lost Highways. The Long Fall of Rudolf Hess*, Hawick, 2012; Philip S. Jacobs, *Hess: The Camouflaged Emissary*, Oxford, 1993; o una muy reciente de Graham Hurley, *Raid 42*, Londres, 2019. <<

[67] James J. Barnes y Patience P. Barnes, *Hitler's «Mein Kampf» in Britain and America: A Publishing History 1930-1939*, Cambridge, 1980, para detalles sobre la vida y la carrera de Murphy; véase también Barnes y Barnes, *James Vincent Murphy: Translator and Interpreter of Fascist Europe 1880-1946*, Langham, MD, 1987. <<

[68] James Murphy, *Adolf Hitler: The Drama of His Career*, Londres, 1934, p. VIII. <<

[69] *Ibid*. James Murphy, *Adolf Hitler: The Drama of His Career*, Londres, 1934, p. VIII. TEXTO_ADICIONAL: p. x. <<

[70] *Ibid*. James Murphy, *Adolf Hitler: The Drama of His Career*, Londres, 1934, p. VIII. TEXTO_ADICIONAL: pp. 15-16. <<

[71] *Ibid*. James Murphy, *Adolf Hitler: The Drama of His Career*, Londres, 1934, p. VIII. TEXTO_ADICIONAL: pp. 124-127, 138-139; Werner E. Mosse, *Jews in the German Economy: The German-Jewish Elite 1820-1935*, Oxford, 1987; *idem*, *The German-Jewish Elite 1820-1935: A Socio-Cultural Profile*, Oxford, 1989. <<

[72] Barnes y Barnes, *James Vincent Murphy*, pp. 164-166. <<

[73] Richard Griffiths, *Fellow Travellers of the Right. British Enthusiasts for Nazi Germany 1933-1939*, Oxford, 1983, p. 128; Barnes y Barnes, *Hitler's Mein Kampf*, pp. 56-57; Shareen Blair Brysac, *Resisting Hitler: Mildred Harnack and the Red Orchestra: The Life and Death of an American Woman in Nazi Germany*, Nueva York, 2000, pp. 57-58. Muchos años después, un nieto, John Murphy, intentó disociar a su abuelo del apoyo al nazismo: https://www.mhpbooks.com/the-remarkable-story-of-mein-kampfs-translation-into-english/ y https://www.bbc.co.uk/news/magazine-30697262 <<

[74] Greta Kuckhoff, *Vom Rosenkranz zur Roten Kapelle*, Berlín Oriental, 1973, pp. 180-181, 197-198. <<

[75] Barnes y Barnes, *Hitler's Mein Kampf*, pp. 51-72, 235. <<

[76] *Ibid*. Barnes y Barnes, *Hitler’s Mein Kampf*, pp. 51-72, 235. TEXTO_ADICIONAL: Citas y resumen pp. 26-28. <<

[77] James Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, Londres, 1941, pp. 1, 4. Doy las gracias a la Biblioteca Bodleiana de Oxford por haberme facilitado un ejemplar de este panfleto. <<

[78] Vidkun Quisling era un fascista noruego ascendido a primer ministro después de que Alemania conquistara Noruega, en 1940. El concepto de «quinta columna» procedía de la guerra civil española (1936-1939), en la que a las cuatro columnas de los ejércitos «nacionales» se sumaba una quinta que supuestamente ejecutaba actos de subversión por detrás de las líneas republicanas. <<

[79] Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 8-9. <<

[80] *Ibid*. Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 8-9. TEXTO_ADICIONAL: pp. 10-14. <<

[81] *Ibid*. Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 8-9. TEXTO_ADICIONAL: pp. 15-23. <<

[82] *Ibid*. Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 8-9. TEXTO_ADICIONAL: pp. 24-34. Svengali era un judío manipulador que, en *Trilby* —una novela antisemita de George du Maurier, publicada en 1894—, utiliza la hipnosis para convertir a una joven inocente en una cantante de talento; la idea de que Hitler era sonámbulo se remite a unas palabras suyas del 15 de marzo de 1936, cuando afirmó que «recorro el camino que la Providencia dicta con la seguridad de un sonámbulo». <<

[83] *Ibid*. Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 8-9. TEXTO_ADICIONAL: pp. 34-35, 42-43. Murphy invocó otra teoría de la conspiración al declarar que Fritsch, que fue despedido en febrero de 1938, supuestamente porque lo chantajeaba un joven chapero —en realidad, porque veía con demasiado escepticismo que Alemania estuviera preparada para una guerra europea a corto plazo—, fue asesinado por los nazis poco después de que la contienda estallara. En la práctica, los testigos comunicaron que Fritsch, que se había ofrecido voluntario para luchar en el Frente Oriental con la intención de restaurar su reputación, murió por una bala perdida que las fuerzas enemigas habían disparado durante la invasión de Polonia (véase el reportaje del noticiario *Der Spiegel*, núm. 34 de 1948, 21 de agosto de 1948, p. 18). <<

[84] Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 44-45. <<

[85] *Ibid*. Murphy, *Who Sent Rudolf Hess?*, pp. 44-45. TEXTO_ADICIONAL: preámbulo. <<

[86] Andrew Thorpe, *The British Communist Party and Moscow 1920-1943*, Mánchester, 2000, pp. 265-267. <<

[87] Gorodetsky (ed.), *The Maisky Diaries*, p. 356 (3 de junio de 1941). <<

[88] *Ibid*. Gorodetsky (ed.), *The Maisky Diaries*, p. 356 (3 de junio de 1941). TEXTO_ADICIONAL: pp. 119-120, donde se cita la información publicada por *The Times* el 19 de febrero de 1942. <<

[89] *Ibid*. Gorodetsky (ed.), *The Maisky Diaries*, p. 356 (3 de junio de 1941). TEXTO_ADICIONAL: p. 121. <<

[90] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, p. 122. <<

[91] *Ibid*. Nesbit y Van Acker, *The Flight*, p. 122. TEXTO_ADICIONAL: pp. 122-123; Stafford, *Flight from Reality*, pp. 4-6. Véase también Padfield, *Hess, Hitler and Churchill*, p. 299. <<

[92] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, p. 122. **<<**

[93] Costello, *Ten Days*, pp. 5-6. <<

[94] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 131-137. <<

[95] Nesbit y Van Acker, pp. 60-69. El informe oficial de la RAF sobre el avance del Messerschmidt de Hess se incluye en las pp. 157-159. <<

[96] Alfred Smith, *Rudolf Hess and Germany's Reluctant War 1939-41*, Lewes, Sussex, 2001, p. XIX. <<

[97] Padfield, *Hess*, p. 348. La desclasificación de los archivos tampoco ha proporcionado ningún respaldo a la teoría conspirativa conforme la cual se había invitado a Hess a Gran Bretaña. <<

[98] Smith (*Rudolf Hess and Germany’s Reluctant War*), p. XIX, sugiere que los servicios secretos intervinieron porque ellos mismos formaban parte del sector partidario de la paz; pero no hay pruebas que apoyen esta hipótesis. <<

[99] Harris y Trow, *Rudolf Hess*, pp. 125, 131. Sin embargo, admiten que «en la actualidad no se considera que [McCormick] fuera especialmente fiel a los hechos». McCormick escribió *The Master Book of Spies*, Londres, 1973, y *The Life of Ian Fleming*, Londres, 1993. <<

[100] Harris y Trow, *Rudolf Hess*, pp. 248-252. <<

[101] Smith, *Rudolf Hess and Germany’s Reluctant War*, p. 387. <<

[102] Louis C. Kilzer, *Churchill's Deception: The Dark Secret that Destroyed Nazi Germany*, Nueva York, 1994, p. 276. <<

[103] *Ibid*. Louis C. Kilzer, *Churchill's Deception: The Dark Secret that Destroyed Nazi Germany*, Nueva York, 1994, p. 276. <<

[104] Schmidt, *Rudolf Hess*, pp. 278-280 (se basa en las cartas de Haushofer, bien conocidas, más algunos testimonios de posguerra); también Hess y Trow, *Rudolf Hess*, pp. 243-245. La teoría de que Ernest Bevin, ministro de Trabajo en el gobierno de coalición de Churchill, tuvo noticia previa del vuelo de Hess por medio de un mensaje codificado resultó basarse en un artículo de prensa publicado en 1969 por un hombre cuya memoria muestra lagunas tan numerosas en otras secciones del artículo, que el testimonio pierde toda la fiabilidad (Schmidt, *Botengang*, p. 32, n. 69). **<<**

[105] Ted Harrison, «“[…] wir wurden schon viel zu oft hereingelegt”. Mai 1941: Rudolf Hess in englischer Sicht», en Pätzold y Weissbecker, *Rudolf Hess*, pp. 368-392. <<

[106] Stafford, *Flight from Reality*, p. 11. <<

[107] Martin Allen, *The Hitler/Hess Deception: British Intelligence's Best-Kept Secret of the Second World War*, Londres, 2003, esp. p. 283. [Hay trad. cast. de Claudia Casanova: *El enigma Hess: el último secreto de la Segunda Guerra Mundial al descubierto*, Planeta, Barcelona, 2004.] <<

[108] Según lo cuenta Edmund A. Walsh, «The Mystery of Haushofer», *Life*, 16 de septiembre de 1946, pp. 106-120; véase también Jacobsen, *Karl Haushofer*, y Daniel Wosnitzka, «Karl Haushofer, 1869-1946» (en la página web del Deutsches Historisches Museum [Museo de Historia de Alemania]). <<

[109] Martin Allen, *Himmler's Secret War: The Covert Peace Negotiations of Heinrich Himmler*, Nueva York, 2005. <<

[110] Paul Lewis, «The 29 Fakes behind a Rewriting of History», *The Guardian*, 5 de mayo de 2008. <<

[111] Martin Allen, *«Lieber Herr Hitler […]» 1939/40: So wollte der Herzog von Windsor den Frieden retten*, Inning, 2001 [hay trad. cast. de M.ª Luz García de la Hoz: *El rey traidor: de cómo el duque de Windsor traicionó a los aliados*, Tusquets, Barcelona, 2001]; *idem*, *Churchills Friedensfalle. Das Geheimnis des Hess-Fluges 1941*, Stegen, 2003; *idem*, *Das Himmler-Komplott 1943-1945*, Stegen, 2005. <<

[112] Harris y Trow, *Hess: The British Conspiracy*, p. 264, n. 2. <<

[113] *Ibid*. Harris y Trow, *Hess: The British Conspiracy*, p. 264, n. 2. TEXTO_ADICIONAL: p. 6 y p. 255, n. 10. <<

[114] *Ibid*. Harris y Trow, *Hess: The British Conspiracy*, p. 264, n. 2. TEXTO_ADICIONAL: p. 8. <<

[115] Peter Allen, *The Crown and the Swastika: Hitler, Hess and the Duke of Windsor*, Londres, 1983, p. 188. <<

[116] *Ibid*. Peter Allen, *The Crown and the Swastika: Hitler, Hess and the Duke of Windsor*, Londres, 1983, p. 188. TEXTO_ADICIONAL: p. 239. <<

[117] Ernst Haiger, «Fiction, Facts, and Forgeries: The “Revelations” of Peter and Martin Allen about the History of the Second World War», *Journal of Intelligence History*, 6:1 (2006), pp. 105-118. <<

[118] Stafford, *Flight from Reality*, p. 5. <<

[119] Padfield, *Hess, Hitler and Churchill*, p. 355. <<

[120] Smith, *Rudolf Hess and Germany’s Reluctant War*, esp. pp. 398-401. Vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que la bibliografía de Smith no contiene referencias en alemán. <<

[121] Hess, *Prisoner of Peace*; Victor E. Marsden (trad.), *Protocols of the Learned Elders of Zion*, Londres, 1922 [hubo traducción española de esta edición en concreto: *Protocolos de las reuniones de los Sabios de Sion* («traducción de la obra en ruso de Nilus por Victor E. Marsden; traducido del inglés al español por F. J. Y.»), Imp. Mayli, Bilbao, 1932]; véase también Gisela Lebeltzer, «Henry Hamilton Beamish and the Britons: Champions of Anti-Semitism», en Kenneth Lunn y Richard Thurlow (eds.), *British Fascism. Essays on the Radical Right in Interwar Britain*, Londres, 1980. <<

[122] Lynn Picknett, Clive Prince y Stephen Prior, *Double Standards: The Rudolf Hess Cover-Up*, Londres, 2001, pp. 493-494. En la bibliografía de este libro no se incluye ni una sola referencia en alemán. <<

[123] Pätzold y Weissbecker, *Rudolf Hess*, pp. 275-281. <<

[124] Véase Daniel Pick, *The Pursuit of the Nazi Mind: Hitler, Hess, and the Analysts*, Oxford University Press, 2012. <<

[125] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 100-114. **<<**

[126] Edmund Mezger, *Kriminalpolitik auf kriminologischer Grundlage*, Stuttgart, 1934, pp. 18-25. <<

[127] Gert Heidenreich, «Freiheit im Freistaat: Polizeiaktion gegen Münchner Verlage – die Vergangenheit des bayerischen Innenministers Alfred Seidl», *Die Zeit*, 20 de octubre de 1978. <<

[128] Anton Maegerle, «“Club der Revisionisten”. Seit nunmehr 25 Jahren ist die “Zeitgeschichtliche Forschungsstelle Ingolstadt” damit beschäftigt, historische Fakten zu verdrehen», *Blick nach Rechts*, n.º 25, 11 de diciembre de 2006. <<

[129] Alfred Seidl, *Der verweigerte Friede. Deutschlands Parlamentär Rudolf Hess muss schweigen*, Munich, 1985. Véase también *idem*, *Der Fall Rudolf Hess 1941-1987. Dokumentation des Verteidigers*, Munich, 1997. <<

[130] *Ibid*. Alfred Seidl, *Der verweigerte Friede. Deutschlands Parlamentär Rudolf Hess muss schweigen*, Munich, 1985. Véase también *idem, Der Fall Rudolf Hess 1941-1987. Dokumentation des Verteidigers*, Munich, 1997. TEXTO_ADICIONAL: p. 39. <<

[131] David Irving, *Hess: The Missing Years 1941-1945*, Londres, 1987, pp. 4, 41. <<

[132] Albert Speer, *Spandau: The Secret Diaries*, Glasgow, 1976, p. 466. [Hay trad. cast. de Manuel Vázquez y Angel Sabrido: *Diario de Spandau*, Plaza & Janés, Barcelona, 1976.] <<

[133] Tony Le Tissier, *Farewell to Spandau*, Leatherhead, 1994, p. 71. Le Tissier fue el último alcaide de Spandau. Para un estudio detallado del confinamiento de Hess entre 1941 y 1946, véase Stephen McGinty, *Camp Z. How British Intelligence Broke Hitler’s Deputy*, Londres, 2013. <<

[134] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 111-118; la carta se reproduce, con traducción inglesa, en Le Tissier, *Farewell to Spandau*, p. 77. La referencia a «Freiberg» alude al apellido de una de sus secretarias; a diferencia de lo que han sugerido algunos teóricos de la conspiración (por ejemplo, Padfield, *Hess, Hitler and Churchill*, p. 17), no es una advertencia codificada de que el documento fuera un engaño. <<

[135] Wolf-Rüdiger Hess, *Mord an Rudolf Hess? Der geheimnisvolle Tod meines Vaters in Spandau*, Leoni am Starnberger See, 1990, pp. 51, 151-153, 156, 163. Véase también Smith, *Rudolf Hess and Germany's Reluctant War*, p. 386 («una muerte sumamente conveniente»). **<<**

[136] Cahal Milmo, «Adolf Hitler's Nazi Deputy Rudolf Hess "murdered by British agents to stop him spilling wartime secrets"», *Independent*, 6 de septiembre de 2013. Véase también Harris y Trow, *Hess: The British Conspiracy*, pp. 171-199. <<

[137] John Greenwald y Clive Freeman, «Germany: The Inmate of Spandau's Last Wish», *Time*, 6 de diciembre de 2009. <<

[138] Padfield, *Hess, Hitler and Churchill*, p. 17. **<<**

[139] *Ibid*. Padfield, *Hess, Hitler and Churchill*, p. 17. TEXTO_ADICIONAL: p. 323; Abdullah Melaouhi, *Rudolf Hess: His Betrayal and Murder*, Washington, D. C., 2013; Le Tissier, *Farewell to Spandau*, pp. 102-104. Le Tissier apuntó que el ordenanza andaba corto de dinero tras el cierre de Spandau y que le habían pagado, para que proporcionara este testimonio, personas que le habían metido deliberadamente tales ideas en la cabeza. El libro de Melaouhi lo publicó Barnes Review, una organización bautizada en homenaje del historiador «revisionista» Harry Elmer Barnes que se ha especializado en la negación del Holocausto, el antisemitismo y los estudios ocultistas: https://barnesreview.org/ <<

[140] Hugh Thomas, *Hess: A Tale of Two Murders*, Londres, 1988 (ed. revisada), pp. 150, 158-159, 163, 292. La primera edición de este libro llevaba por título *The Murder of Rudolf Hess*, Londres, 1979 [y así se tradujo al cast.: *El asesinato de Rudolf Hess*, Joaquín Vidal (trad.), Bruguera, Barcelona, 1982]. <<

[141] Wolf-Rüdiger Hess, *Rudolf Hess: «Ich bereue nichts»*, p. 171. **<<**

[142] La tesis de Kilzer —que Churchill organizó un complot para atraer a Hess con engaños—, como se ha visto arriba, quedaba comprometida por el hecho de que hubiera aceptado la teoría de Hugh Thomas según la cual se había matado a Hess justo antes del vuelo para situar a un doble en su lugar. <<

[143] Le Tissier, *Farewell to Spandau*, pp. 107-108, donde cita una investigación de Christopher Andrew para «Timewatch», un programa de televisión emitido por la BBC el 17 de enero de 1990. <<

[144] Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 137-139. <<

[145] *Ibid*. Nesbit y Van Acker, *The Flight*, pp. 137-139. TEXTO_ADICIONAL: pp. 139-161. <<

[146] Le Tissier, *Farewell to Spandau*, pp. 99-100. <<

[147] «Exclusive: DNA Solves Rudolf Hess Doppelgänger Conspiracy Theory», *New Scientist*, 22 de enero de 2019 (en línea en https://www.newscientist.com/article/2191462-exclusive-dna-solves-rudolf-hess-doppelganger-conspiracy-theory/). <<

[148] Por ejemplo, la teoría de que Hess fue atraído a Escocia por el servicio secreto británico la comparte Gabriel Gorodetsky, *The Maisky Diaries*, p. 355, aunque en su caso le despista el hecho de que Maiski, que por lo general es un comentarista razonable, daba crédito a la teoría (quizá para cubrirse las espaldas con Stalin). <<

[149] Joseph P. Farrell, *Hess and the Penguins; The Holocaust, Antarctica, and the Strange Case of Rudolf Hess*, Kempton, Illinois, 2017, p. 6. <<

[150] *Ibid*. Joseph P. Farrell, *Hess and the Penguins; The Holocaust, Antarctica, and the Strange Case of Rudolf Hess*, Kempton, Illinois, 2017, p. 6. TEXTO_ADICIONAL: pp. 229-232, 253. La supuesta «complicidad de nazis y sionistas» se refiere a un controvertido acuerdo suscrito entre una facción del movimiento sionista y el gobierno nazi en 1933, con el fin de ayudar a los judíos a emigrar de Alemania a Palestina; en esta época, el principal objetivo de Hitler con respecto a los judíos alemanes era echarlos del país. Véase Yehuda Bauer, *Jews for Sale? Nazi–Jewish Negotiations, 1933-1945*, New Haven, CT, 1996. <<

[151] https://crashrecovery.org/OMEGA-FILE/omega20.htm <<

[152] Farrell, *Hess*, pp. 247-248. <<

[1] Donald M. McKale, *Hitler: The Survival Myth*, Nueva York, 1981, p. 45; véase también Christian Goeschel, *Suicide in Nazi Germany*, Oxford, 2009. <<

[2] Adam Sisman, *Hugh Trevor-Roper: The Biography*, Londres, 2010, pp. 131-142. <<

[3] McKale, *Hitler*, pp. 49-64. No hay pruebas que respalden a Luke Daly-Groves cuando afirma (en *Hitler’s Death: The Case against Conspiracy*, Londres, 2019, p. 93) que si Stalin anunció que Hitler seguía con vida no fue por factores políticos, sino porque la investigación soviética había sido de tan mala calidad que se sentía avergonzado. <<

[4] Sisman, *Hugh Trevor-Roper*, pp. 132-133. <<

[5] Para la campaña desinformativa de Stalin, véase Jean-Christophe Brisard y Lana Parshina, *The Death of Hitler. The Final Word on the Ultimate Cold Case: The Search for Hitler's B ody*, Londres, 2018, pp. 149-199. <<

[6] McKale, *Hitler*, pp. 133-134. <<

[7] Daly-Groves, *Hitler’s Death*, pp. 33, 88. <<

[8] *Ibid*. Daly-Groves, *Hitler's Death*, pp. 33, 88. TEXTO_ADICIONAL: pp. 133-142; véase también Richard Davenport-Hines (ed.), *Hugh Trevor-Roper: The Wartime Journals*, Londres, 2012, p. 263. <<

[9] Sisman, *Hugh Trevor-Roper*, pp. 155-163; Richard Overy, «“The Chap with the Closest Tabs”: Hugh Trevor-Roper and the Hunt for Hitler» (artículo inédito, 2014; agradezco al profesor Overy que me haya permitido consultarlo); Sara Douglas, «The Search for Hitler: Hugh Trevor-Roper, Humphrey Searle, and the Last Days of Adolf Hitler», *Journal of Military History*, 78 (2014), pp. 165-192; Edward Harrison, «Hugh Trevor-Roper und “Hitlers letzte Tage”», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, 57 (2009), pp. 33-60. <<

[10] Hugh Trevor-Roper, *The Last Days of Hitler*, Londres, 1952 (1947). [Hay trad. cast. de Eduardo de Guzmán y Susana Pellicer: *Los últimos días de Hitler*, Alba, Barcelona, 2000.] Entre muchas otras historias detalladas, la más reciente es la de Brisard y Parshina, *The Death of Hitler*, pp. 51-117. <<

[11] Véase la lista, con declaraciones, en Anton Joachimsthaler, *Hitlers Ende: Legenden und Dokumente*, Munich, 1995, pp. 410-414; existe una edición inglesa abreviada, con el título *The Last Days of Hitler: The Legends, the Evidence, the Truth*, Londres, 1998. Véase también Wolfdieter Bihl, *Der Tod Adolf Hitlers: Fakten und Überlebenslegenden*, Viena, 2000, pp. 11-16. Un exoficial de la inteligencia estadounidense en Berlín, W. F. Heimlich, que estaba molesto porque hubieran relegado su propia investigación en beneficio de la del británico, criticó el informe de Trevor-Roper, pero a partir de una información deficiente; los historiadores nunca han tomado en serio su afirmación de que se asesinó a Hitler por orden de Himmler: véase Herbert Moore y James W. Barrett (eds.), *Who Killed Hitler?*, Nueva York, 1947, 2011 (reed), y, para una crítica convincente, Daly-Groves, *Hitler’s Death*, pp. 14-137. <<

[12] Catherine Sharples, «“Proof of Death”. West German Investigations into the Fate of Adolf Hitler, 1952-1956», Institute of Historical Research [Instituto de Investigación Histórica, Universidad de Londres], 11 de diciembre de 2019. <<

[13] Hugh Trevor-Roper, «Hitler's Last Minutes», *New York Review of Books*, 26 de septiembre de 1968; Brisard y Parshina, *The Death of Hitler*, pp. 160-162. <<

[14] Ulrich Völklein (ed.), *Hitlers Tod. Die letzten Tage im Führerbunker*, Gotinga, 1998. <<

[15] Joachim C. Fest, *Inside Hitler’s Bunker: The Last Days of the Third Reich*, Londres, 2004 (2002); *Der Untergang* (*El hundimiento*), 2004, dirigida por Oliver Hirschbiegel. <<

[16] Eberle y Uhl (eds.), *The Hitler Book*. [*El informe Hitler: informe secreto del NKVD para Stalin, extraído de los interrogatorios a Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y Heinz Linge, su ayuda de cámara, Moscú, 1948-1949: acta n.º 462.ª, sección 5.ª, catálogo 30 del Archivo Estatal de Historia Contemporánea de Rusia*, Henrik Eberle y Matthias Uhl (eds.), Tusquets, Barcelona, 2008.] También se han publicado documentos relevantes en inglés: véase V. K. Vinogradov *et al*. (eds.), *Hitler's Death: Russia's Last Great Secret from the Files of the KGB*, Londres, 2005; Ada Petrova y Peter Watson (eds.), *The Death of Hitler: The Final Words from Russia's Secret Archives*, Londres, 1995. <<

[17] Véase también Heinz Linge, *With Hitler to the End: The Memoir of Hitler's Valet*, Londres, 2009 (1980); Erich Kempka, *I was Hitler's Chauffeur*, Londres, 2012; *idem*, *Ich habe Adolf Hitler verbrannt*, Munich, 1950 [hay trad. cast. de Adolfo Fojo Colmeiro: *Yo quemé a Hitler*, A. Rubiños, Madrid, 1954]; Christa Schroeder, *He was My Chief: The Memoirs of Adolf Hitler's Secretary*, Londres, 2012 (1998) [hay trad. cast. de la edición francesa, por Ramón Sala: *Doce años junto a Hitler: el testimonio inédito de la secretaria privada del Führer (1933-1945)*, Milenio, Lleida, 2005]; y Traudl Junge, *Until the Final Hour: Hitler's Last Secretary*, Londres, 2004 (2003) [hay trad. cast. de Jorge Navarro: *Hasta el último momento: la secretaria de Hitler cuenta su vida*, Península, Barcelona, 2003]. Para las pruebas de Linge, véase Brisard y Parshina, *The Death of Hitler*, esp. pp. 55-72, 248-262, 290-300. <<

[18] Kershaw, *Hitler 1936-1945: Nemesis*, pp. 799-783. <<

[19] Imre Karacs, «DNA Test Closes Book on Mystery of Martin Bormann», *Independent*, 4 de mayo de 1998. Ladislas Faragó se ocupa de la supuesta supervivencia de Bormann en *Aftermath: Martin Bormann and the Fourth Reich*, Londres, 1975, y también la analiza Hugh Thomas, *Doppelgängers: The Truth about the Bodies in the Berlin Bunker*, Londres, 1995, pp. 208-256. Véase Daly-Groves, *Hitler's Death*, pp. 97-120, para Bormann, donde se cita a K. Anslinger *et al.*, «Identification of the Skeletal Remains of Martin Bormann by mtDNA Análisis», *International Journal of Legal Medicine*, 114/3 (2001), pp. 194-196. Tony Halpin y Roger Boyes, «Battle of Hitler's Skull Prompts Russia to Reveal All», *The Times*, 9 de diciembre de 2009; véase también Bihl, *Der Tod*, pp. 103-135, y Joachimsthaler, *Hitlers Ende*, pp. 358-383. El cráneo es la pieza central de quienes discuten que los cadáveres del exterior del búnker fueran los de Hitler y Eva Braun. Incluso algunos periódicos destacados se hicieron eco de esta conclusión; véase Uki Goñi, «Tests on Skull Fragment Cast Doubt on Adolf Hitler Suicide Store», *The Guardian*, 27 de septiembre de 2009. <<

[20] Thomas, *Doppelgängers*, plantea la afirmación nada plausible de que todos los presentes mentían; pero como también sostiene (p. 166) que Hitler fue estrangulado por Linge cuando no acertó a decidirse al respecto de qué hacer cuando los dobles hubieran ocupado su lugar, no puede decirse que su libro sea muy relevante en ningún debate sobre el mito de la supervivencia de Hitler. <<

[21] Heinz Schaeffer, *U-977 – 66 Tage unter Wasser* (Wiesbaden, s. f.). <<

[22] Ladislas Szabó, *Je sais que Hitler est vivant*, París, 1947. [Hay trad. cast.: *Hitler no murió en el búnker: el secreto mejor guardado de la historia*, Círculo Latino, San Andrés de la Barca, 2006.] <<

[23] McKale, *Hitler*, p. 129. <<

[24] *Ibid*. McKale, *Hitler*, p. 129. TEXTO_ADICIONAL: *passim*. <<

[25] *Ibid*. McKale, *Hitler*, p. 129. TEXTO_ADICIONAL: p. 198. <<

[26] Daly-Groves, *Hitler's Death*, pp. 9, 35, 48-52. <<

[27] Gerald Steinacher, *Nazis on the Run. How Hitler's Henchmen Fled Justice*, Nueva York, 2011; Uki Goñi, *The Real Odessa: How Perón Brought the Nazi War Criminals to Argentina*, Londres, 2001 [hay trad. cast. de Víctor Pozanco y Francisco J. Ramos: *La auténtica Odessa: la fuga nazi a la Argentina de Perón*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2002]. <<

[28] Bettina Stangneth, *Eichmann before Jerusalem. The Unexamined Life of a Mass Murderer*, Londres, 2014. <<

[29] McKale, *Hitler*, pp. 199-200. <<

[30] Ben Knight, «Pegida Head Lutz Bachmann Reinstated after Furore over Hitler Moustache Photo», *The Guardian*, 3 de febrero de 2015. <<

[31] Daly-Groves, *Hitler’s Death*, p. 23. <<

[32] Hans D. Baumann y Ron T. Hansig, *Hitler’s Escape* (edición revisada y ampliada, Portsmouth, NH, 2014), p. III. <<

[33] *Ibid*. Hans D. Baumann y Ron T. Hansig, *Hitler’s Escape* (edición revisada y ampliada, Portsmouth, NH, 2014), p. III. TEXTO_ADICIONAL: p. 30. <<

[34] *Ibid*. Hans D. Baumann y Ron T. Hansig, *Hitler’s Escape* (edición revisada y ampliada, Portsmouth, NH, 2014), p. III. TEXTO_ADICIONAL: p. v. <<

[35] *Ibid*. Hans D. Baumann y Ron T. Hansig, *Hitler’s Escape* (edición revisada y ampliada, Portsmouth, NH, 2014), p. III. TEXTO_ADICIONAL: pp. VII, 215. <<

[36] *Ibid*. Hans D. Baumann y Ron T. Hansig, *Hitler’s Escape* (edición revisada y ampliada, Portsmouth, NH, 2014), p. III. TEXTO_ADICIONAL: pp. 7, 11. El libro refiere la historia alemana de las décadas de 1930 y 1940 con muchas inexactitudes. <<

[37] *Ibid*. Hans D. Baumann y Ron T. Hansig, *Hitler's Escape* (edición revisada y ampliada, Portsmouth, NH, 2014), p. III. TEXTO_ADICIONAL: p. VII. <<

[38] Véase http://cryptome.org/douglas.htm (consultado el 21 de febrero de 2015); y *The Spotlight*, 5 de enero de 1997, pp. 12-14. Véase también Peter Hoffmann, el principal experto mundial sobre Stauffenberg y el atentado fallido de julio de 1944, sobre el intento de Stahl de ofrecerle documentos, en la página web h-net, en http://h-net.msu.edu/cgi-bin/logbrowse.pl?trx=vx&list=hgerman&month=9609&week=b&msg=hMUenrd3JoS57/meddq8MA&user=&pw(consultada el 21 de febrero de 2015); y Gitta Sereny, *The German Trauma. Experiences and Reflections 1938-2000*, Londres, 2000, pp. 194-215, donde refiere sus tratos con Stahl. Los negacionistas del Holocausto de la organización bautizada como Instituto de Revisión Histórica (Institute for Historical Review) se mostraron especialmente hostiles con Stahl porque este gozaba del respaldo de Willis Carto, un acaudalado negacionista al que acusaban de haberles defraudado una suma cuantiosa. Véase http://www.ihr.org/jhr/v20/v20n2p40_Douglas.html (consultado el 21 de febrero de 2015). Sobre Willis Carto, véase Richard J. Evans, *Telling Lies about Hitler, The Holocaust, History and the David Irving Trial*, Londres, 2002, pp. 150-151. Para una defensa de Stahl, por parte de otro de los supuestos «revisionistas» del Holocausto, Germar Rudolf, que ha sido condenado por incitar al odio racial y difamar a los muertos, véase http://www.vho.org/GB/c/GR/StahlDouglas.html (consultado el 21 de febrero de 2015). Entre tanto, Douglas seguía afirmando que no era la misma persona que Stahl. <<

[39] https://www.reuters.com/article/us-germany-gestapo-idUSBRE99U0XY20131031 (consultado el 21 de febrero de 2015); véase también Daly-Groves, *Hitler’s Death*, pp. 121-124. <<

[40] Harry Cooper, *Hitler in Argentina: The Documented Truth of Hitler's Escape from Berlin*, Hernando, FL, 2014 (2006), p. 121. <<

[41] Kurt Hutton, *Speaking Likeness*, Londres, 1947, foto «Forty Winks». Para la afirmación de Cooper véase *Hitler in Argentina*, p. 115 y contracubierta, así como https://youtube.com/watch?v=Tu_mXmS-3ns. Véase Roger Clark: http://thepipeline.info/blog/2016/12/22/the-big-read-a-neo-nazi-actually-im-a-republican-hitler-harry-cooper-and-the-pseudohistory-industry-part-two/ (publicado el 22 de diciembre de 2016 y consultado el 3 de febrero de 2020); y la primera parte del artículo (publicada el 21 de diciembre de 2016 y consultada el 3 de febrero de 2020) en http://thepipeline.info/blog/2016/12/21/the-big-read-a-neo-nazi-actually-im-a-republican-hitler-harry-cooper-and-the-pseudohistory-industry-part-one/ <<

[42] http://www.tomatobubble.com/hitler_argentina.html (consultado el 21 de febrero de 2015). <<

[43] http://www.splcenter.org/get-informed/intelligence-report/browse-all-issues/2013/fall/Touring-the-Third-Reich (consultado el 1 de marzo de 2015). Se trata de una nota de la sección histórica del Southern Poverty Law Center, una organización estadounidense que monitorea el extremismo. Para la respuesta de Cooper a estas críticas véase http://www.hitlerinargentina.com/Clark.htm y http://www.hitlerinargent <<

[44] «Rense Web Site Promotes Anti-Semitic View», http://www.adl.org/combating-hate/domestic-extremism-terrorism/c/rense-web-site-promotes.html <<

[45] McKale, *Hitler*, pp. 202-204; Werner Brockdorff, *Flucht vor Nürnberg: Pläne und Organization der Fluchtwege der NS-Prominenz im «Römischen Weg»*, Wels, 1969. [Hay trad. cast. de Manuel Picos: *La evasión de los dirigentes nazis*, Luis de Caralt, Barcelona, 1973.] **<<**

[46] Simon Dunstan y Gerrard Williams, *Grey Wolf: The Escape of Adolf Hitler: The Case Presented*, Nueva York, 2011, p. 156. Para una demolición convincente de las afirmaciones de Williams y Dunstan, véase la extensa reseña de Roger Clark, «Buyer Beware – Fantasy History», https://www.amazon.com/review/R3FNO7NT5G2VA3 (publicada el 16 de octubre de 2011 y consultada el 3 de febrero de 2020). <<

[47] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. XXIII. <<

[48] *Ibid*. Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. XXIII. TEXTO_ADICIONAL: p. XXI. <<

[49] *Ibid*. Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. XXIII. TEXTO_ADICIONAL: pp. XX, 308. <<

[50] Roger Clark, «The Big Read: Carry on Hunting Hitler», *The Pipeline*, publicado el 30 de abril de 2016, http://thepipeline.info/blog/2016/04/30/the-big-read-carry-on-hunting-hitler/ (consultado el 3 de febrero de 2020), sección «The Mystery of the Vanishing Profesor». <<

[51] *Ibid*. Roger Clark, «The Big Read: Carry on Hunting Hitler», *The Pipeline*, publicado el 30 de abril de 2016, http://thepipeline.info/blog/2016/04/30/the-big-read-carry-on-hunting-hitler/ (consultado el 3 de febrero de 2020), sección «The Mystery of the Vanishing Profesor». TEXTO_ADICIONAL: p. 155. Apareció por primera vez en Kenneth D. Alford y Theodore P. Savas, *Nazi Millionaires: The Allied Search for Hidden SS Gold*, Havertown, PA, 2002. <<

[52] «Final Luftwaffe flights into and out of Berlin during late April 1945 - *Grey Wolf: The escape of Adolf Hitler*», http://falkeeins.blogspot.co.uk/2011/11/grey-wolf-escape-of-adolf-hitler-distan.html (consultado el 21 de febrero de 2015). <<

[53] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, pp. 164-165, 309; Günther Gellermann, *Moskau ruft Heeresgruppe Mitte […] Was nicht im Wehrmachtbericht stand – Die Einsätze des geheimen Kampfgeschwaders 200 im Zweiten Weltkrieg* (Bonn, 1988); «Did Hitler flee bunker with Eva to Argentina, have two daughters and live to 73? The bizarre theory that's landed two British authors in a bitter war», https://www.dailymail.co.uk/news/article-2478100/Theory-Adolf-Hitler-fled-Argentina-lived-age-73.html <<

[54] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 166. <<

[55] *Ibid*. Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 166. TEXTO_ADICIONAL: pp. 166-169; Werner Baumbach, *Broken Swastika: The Defeat of the Luftwaffe*, Londres, 1960. <<

[56] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, pp. 168-170, 186-187. <<

[57] Para detalles sobre las especificaciones y misiones véase http://uboat.net/boats/u1235.htm; http://www.uboat.net/boats/u518.htm; http://uboat.net/boats/u880.htm (consultado el 1 de marzo de 2015). <<

[58] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 182. <<

[59] *Ibid*. Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 182. TEXTO_ADICIONAL: pp. 188-192. <<

[60] Milan Hauner, *Hitler: A Chronology of his Life and Times*, 2.ª ed., Londres, 2008, pp. 200-204. Todas las pruebas fiables sobre Eva Braun se reúnen y analizan en Heike Görtemaker, *Eva Braun: Life with Hitler*, Londres, 2011. [Hay trad. cast. de Guillem Sans Mora: *Eva Braun: una vida con Hitler*, Random House Mondadori, Barcelona, 2012.] Braun estuvo en efecto en Italia en 1938, como integrante del séquito de Hitler; pero en sus filmaciones personales sobre la visita no hay indicios de que estuviera embarazada o hubiera dado a luz; véase el resumen http://www.criticalpast.com/video/65675077851_Eva-Brauns-family_Evas-mother_Fanny-Braun_milling-about-on-street (consultado el 1 de marzo de 2015). <<

[61] Película *Grey Wolf*, minuto 12 al 14; en la versión con carátula se hace referencia a dos. <<

[62] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 278. <<

[63] Película *Grey Wolf*, a los 27 minutos 30 segundos. <<

[64] Citado en Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 270. Véase también Clark, «The Long Read», «Did This Woman See Hitler – Yes or No?». <<

[65] Sobre la alimentación de Hitler véase Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle, *Was Hitler Ill? A Final Diagnosis*, Cambridge, 2013, pp. 121-126. <<

[66] *Ibid*. Sobre la alimentación de Hitler véase Hans-Joachim Neumann y Henrik Eberle, *Was Hitler Ill? A Final Diagnosis*, Cambridge, 2013, pp. 121-126. TEXTO_ADICIONAL: Dunstan y Williams, p. 252, y Esteban Buch, *El pintor de la Suiza Argentina*, Buenos Aires, 1991. <<

[67] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, pp. 271-273. La película menciona repetidamente basarse en un «miembro de la SS», anónimo, que se afirma que era guardaespaldas de Hitler. **<<**

[68] Película *Grey Wolf*, minuto 42. <<

[69] Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 323. <<

[70] *Ibid*. Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 323. TEXTO_ADICIONAL: p. 290. <<

[71] *Ibid*. Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 323. TEXTO_ADICIONAL: pp. XXIII, 286-288; http://manuelmonasterio.blogspot.co.uk/(consultado el 1 de marzo de 2015). <<

[72] «Shocking FBI Evidence That Angela Merkel is Hitler’s Daughter», en https://pizzagatesite.wordpress.com/2016/12/08/shocking-evidence-that-angela-merkel-is-hitlers-daughter/; «Angela Merkel Is The Daughter of Hitler And Hitler Was a Rothschild??», en https://blogfactory.co.uk/2017/11/26/angela-merkel-is-the-daughter-of-hitler-and-hitler-was-a-rothschild/ (consultados ambos el 30 de marzo de 2020). <<

[73] *Ibid*. «Shocking FBI Evidence That Angela Merkel is Hitler's Daughter», en https://pizzagatesite.wordpress.com/2016/12/08/shocking-evidence-that-angela-merkel-is-hitlers-daughter/; «Angela Merkel Is The Daughter of Hitler And Hitler Was a Rothschild??», en https://blogfactory.co.uk/2017/11/26/angela-merkel-is-the-daughter-of-hitler-and-hitler-was-a-rothschild/ (consultados ambos el 30 de marzo de 2020). TEXTO_ADICIONAL: Raedar Sognnaes y Ferdinand Ström fueron dentistas que, por separado, indentificaron los dientes de Hitler y Bormann a partir de sus restos. Véase http://www.nl-aid.org/wp-content/uploads/2012/09/Sognnaes-2.pdf(consultado el 10 de marzo de 2015). Johann Rattenhuber fue un guardaespaldas de Hitler, del Servicio de Seguridad de la SS; cuando los soviéticos lo interrogaron, describió la incineración del cadáver de Hitler. Ernst-Günther Schenck, médico de la SS, también dejó constancia de su experiencia en el búnker. Traudl Junge fue secretaria de Hitler. Rochus Misch, a quien también interrogaron los soviéticos, murió en 2013; fue el último superviviente del búnker. <<

[74] Película *Grey Wolf*, 1 h 27 minutos. <<

[75] Véase la extensa crítica de Roger Clark, sumada a numerosos comentarios positivos, en amazon.co.uk: http://www.amazon.com/Grey-Wolf-Escape-Adolf-Hitler/product-reviews/145490304X/ref=cm_cr_pr_btm_link_8?ie=UTF8&pageNumber=8&showViewpoints=0&sortBy=byRankDescending (consultado el 5 de marzo de 2015). <<

[76] http://gallopingfilms.com/gf/2DocSoc2.html (consultado el 5 de marzo de 2015). <<

[77] https://www.amazon.co.uk/Grey-Wolf-Escape-Adolf-Hitler/dp/B00CLDQC8I (consultado el 3 de febrero de 2020); también https://en.wikipedia.org/wiki/Grey_Wolf:_The_Escape_of_Adolf_Hitler(consultado el 23 de febrero de 2015). <<

[78] «Did Hitler live to old age here in Argentina?», http://www.thesun.co.uk/sol/homepage/features/4170977/Did-Nazi-Adolf-Hitler-live-to-old-age-in-Bariloche-Argentina.html [véase ahora: https://www.thesun.co.uk/archives/news/423353/did-hitler-live-to-old-age-here-in-argentina/ (trad.)] y «Did Hitler flee bunker with Eva…?», http://www.dailymail.co.uk/news/article-2478100/Theory-Adolf-Hitler-fled-Argentina-lived-age-73.html (consultados ambos el 23 de febrero de 2015). <<

[79] Véase la reseña de McKale en amazon.co.uk, 12 de junio de 2012. También la reseña, tan convincente como demoledora, de Guy Walters, «Did Hitler Flee Bunker with Eva to Argentina and Live to 73? The Bizarre Theory that Landed Two British Authors in a Bitter War», *Daily Mail*, 28 de octubre de 2013. <<

[80] Película *Grey Wolf*, minutos 15 y 22. <<

[81] «Death threats for Hitler book author Gerrard Williams», http://www.walesonline.co.uk/news/local-news/death-threats-hitler-book-author-1806731 (consultado el 4 de marzo de 2015). <<

[82] Clark, «The Big Read», también para lo siguiente (sección «Enter a Millionaire Fraudster»). **<<**

[83] «Weavering hedge fund founder Magnus Peterson jailed for 13 years over fraud», http://www.telegraph.co.uk/finance/financial-crime/11365885/Weavering-hedge-fund-founder-Magnus-Peterson-jailed-for-13-years-over-fraud.html (consultado el 3 de marzo de 2015); Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, p. 293. <<

[84] Clark, «The Big Read», sección «Enter a Millionaire Fraudster»; véase también la información del artículo de Wikipedia sobre *Grey Wolf*. **<<**

[85] http://www.amazon.co.uk/Jan-van-Helsing/e/B0043BV6MS (consultado el 1 de marzo de 2015). Véase Bundesamt für Verfassungsschutz, *Argumentationsmuster im rechtsextremistischen Antisemitismus*, Colonia, 2005, p. 10. <<

[86] Abel Basti y Jan van Helsing, *Hitler überlebte in Argentinien*, Fichtenau, 2012, p. 29. [De Basti puede leerse en España el citado *El exilio de Hitler (destino Patagonia)*, Absalón, Cádiz, 2010.] **<<**

[87] *Ibid*. Abel Basti y Jan van Helsing, *Hitler überlebte in Argentinien*, Fichtenau, 2012, p. 29. [De Basti puede leerse en España el citado *El exilio de Hitler (destino Patagonia)*, Absalón, Cádiz, 2010.] TEXTO_ADICIONAL: p. 33. <<

[88] *Ibid*. Abel Basti y Jan van Helsing, *Hitler überlebte in Argentinien*, Fichtenau, 2012, p. 29. [De Basti puede leerse en España el citado *El exilio de Hitler (destino Patagonia)*, Absalón, Cádiz, 2010.] TEXTO_ADICIONAL: p. 407. <<

[89] Vanessa Thorpe, «Hitler Lived until 1962? That's My Story, Claims Argentinian Writer», *The Guardian*, 27 de octubre de 2013. Véase también la carta de Annette Reiz, abogada de la Asociación Británica, a Bradley A. Feuer *et al.*, de 7 de mayo de 2013, en http://www.barilochenazi.com.ar/documentos/nuevos/24junio2013.pdf(consultado el 1 de marzo de 2015). Para materiales prácticamente idénticos a la entrevista con Ancín, véase Dunstan y Williams, *Grey Wolf*, pp. 274-276, y Basti y Van Helsing, *Hitler überlebte*, pp. 337-341; o con Batinic, *Grey Wolf*, pp. 271-273 y *Hitler überlebte*, pp. 285-291. En la película las entrevistas se adaptaron y editaron; para Gomero, por ejemplo, véase la película *Grey Wolf*, 27 minutos y 30 segundos; para Monasterio, 1 hora 23 minutos. <<

[90] Clark, «The Big Read», sección «Why It Matters». <<

[91] Brian Lowry, «TV Review: Hunting Hitler», *Variety*, 5 de noviembre de 2015. Aunque él lo niega, Baer también es un teórico conspiranoico: Alex Jones le ha entrevistado en vídeo en referencia a los atentados del 11 de septiembre de 2001, que al parecer Baer cree que fueron organizados por agentes israelíes. Además, cuenta con un programa de televisión en el que difunde teorías conspirativas sobre el asesinato del presidente estadounidense John F. Kennedy; véase James K. Lambert, «Hunting Hitler», 2 de febrero de 2017 (consultado el 3 de febrero de 2020, en: https://jamesklambertblog.wordpress.com/2017/02/02/hunting-hitler/). <<

[92] Clark, «The Big Read», sección «The Biggest Cover-Up in history?». <<

[93] https://en.wikipedia.org/wiki/Hunting_Hitler; «*Hunting Hitler* Cancelled By History – No Season 4», https://www.renewcanceltv.com/hunting-hitler-cancelled-history-no-season-4/ <<

[94] Clark, «The Big Read», secciones «Unreliable Evidence» y «“This is Better Evidence than we Have from the Bunker” [Not]». <<

[95] Clark, «The Big Read»: «Hitler's Secret Hideout?». **<<**

[96] Clark, «The Big Read»: «They Seek Him Here, They Seek Him There». <<

[97] Fritz Hahn, *Waffen und Geheimwaffen des deutschen Heeres, 1933-1945*, 2 vols., Coblenza, 1986-1987, vol. I, pp. 191-194; Mark Walker, *German National Socialism and the Quest for Nuclear Power, 1939-1945*, Cambridge, 1989. Pueden leerse más críticas de *Hunting Hitler* en la página web de la universidad de Kingston, donde Steven Woodbridge comenta que «en cuanto alguien no coopera con las investigaciones del equipo, se nos sugiere oscuramente que tales personas forman parte del “encubrimiento” de la verdad histórica»; véase su artículo «History as Hoax: Why the TV Series “Hunting Hitler” is Fiction not Fact», History@Kingston, publicado el 8 de febrero de 2018, https://historyatkingston.wordpress.com/2018/02/08/history-as-hoax-why-the-tv-series-hunting-hitler-is-fiction-not-fact/ (consultada el 3 de febrero de 2020). Para una crítica ulterior a la idea central, véase «Scumbag Studies: What’s wrong with “Hunting Hitler”», en https://jkkelley.org/2018/02/06/scumbag-studies-whats-wrong-with-hunting-hitler/. <<

[98] Clark, «The Big Read», sección «Questions Hitler Conspiracy Theorists Must Answer». <<

[99] Jon Austin, «Is This Hitler’s Secret Argentine Bolt-Hole? Führer’s Loot Found behind Hidden Doorway», *Express on Sunday*, 9 de julio de 2017. En realidad no hay la menor prueba de que esta colección de recuerdos del nazismo hubiera pertenecido a Hitler en persona. El descubrimiento se describe con más exactitud en Deborah Rey, «Behind a Secret Door in Argentina: A Huge Nazi Treasure Trove with Connections to Hitler», *USA Today*, 20 de junio de 2017, donde se afirma que es probable que el «tesoro» perteneciera a «nazis destacados». <<

[100] Gerald Conzens, «Hitler “lived and died in Brazil” – author makes SENSATIONAL claims», *Daily Star*, 24 de enero de 2014. <<

[101] Peter Levenda, *Ratline: Soviet Spies, Nazi Priests, and the Disappearance of Adolf Hitler*, Lake Worth, FL, 2012, p. 196. Nicolas Hays, el editor, se especializa en astrología, ocultismo y temas similares. <<

[102] «Fabricating Hitler’s Death», http://nexusilluminati.blogspot.co.uk/2013/11/fabricating-hitlers-death.html (consultado el 7 de marzo de 2015). <<

[103] Uwe Backes y Patrick Moreau (eds.), *The Extreme Right in Europe: Current Trends and Perspectives*, Gotinga, 2011, pp. 403-404. <<

[104] Jerome R. Corsi, *Hunting Hitler: New Scientific Evidence that Hitler Escaped Nazi Germany*, Nueva York, 2014, p. 95. Stephen Dorril, historiador de los servicios de inteligencia, ha caracterizado a Faragó como «el embaucador o desinformador de mayor éxito» en lo que respecta a los rumores sobre los nazis en la Latinoamérica de la posguerra (Stephen Dorril, *MI6: Inside the Cover World of Her Majesty's Secret Intelligence Service*, Londres, 2002, p. 95). <<

[105] Corsi, *Hunting Hitler*, p. 110. Durante la guerra, en efecto, los nazis utilizaron unos pocos helicópteros. El primer modelo de producción lo desarrolló Ígor Sikorski en 1942. <<

[106] *Ibid*. Corsi, *Hunting Hitler*, p. 110. Durante la guerra, en efecto, los nazis utilizaron unos pocos helicópteros. El primer modelo de producción lo desarrolló Ígor Sikorski en 1942. TEXTO_ADICIONAL: p. 124. <<

[107] *Ibid*. Corsi, *Hunting Hitler*, p. 110. Durante la guerra, en efecto, los nazis utilizaron unos pocos helicópteros. El primer modelo de producción lo desarrolló Ígor Sikorski en 1942. TEXTO_ADICIONAL: p. 129. <<

[108] *Ibid*. Corsi, *Hunting Hitler*, p. 110. Durante la guerra, en efecto, los nazis utilizaron unos pocos helicópteros. El primer modelo de producción lo desarrolló Ígor Sikorski en 1942. TEXTO_ADICIONAL: pp. 131-133. <<

[109] «Participant in Mission, Documents, Support Kerry’s War Claim», *Seattle Times*, 22 de agosto de 2004. <<

[110] «Book on Obama Hopes to Repeat Anti-Kerry Feat», *The New York Times*, 12 de agosto de 2008. <<

[111] «Anti-Obama Author on 9/11 Conspiracy», *The New York Times*, 14 de agosto de 2008. <<

[112] http://www.teaparty.org/corsibio/ (consultado el 20 de febrero de 2015). <<

[113] https://www.youtube.com/watch?v=UyrncbZtZzM (consultado el 20 de febrero de 2015). La OSS (Oficina de Servicios Estratégicos) fue el precedente de la CIA (Agencia Central de Inteligencia) durante la guerra; «los Bush» son los dos presidentes republicanos de Estados Unidos George H. W. Bush y George W. Bush, que el Tea Party considera «liberales». <<

[114] https://en.wikipedia.org/wiki/Pizzagate_conspiracy_theory <<

[115] «The dark overlord of the deranged far-right», https://theoutline.com/post/3831/jerome-corsi-killing-the-deep-state-infowars?zd=1&zi=lzkb7zem <<

[116] Véase también la extensa divagación firmada por «Firestarter» y publicada en 2016 en el foro de Lawful Path, una web asociada con el teórico conspiranoico David Icke: https://www.lawfulpath.com/forum/viewtopic.php?f=30&t=1082 (consultada el 3 de febrero de 2020). Entre otras cosas, las notas del blog describen a la agencia Reuters como una fuente de noticias falsas «propagandísticas». Icke también ha respaldado personalmente la idea de que Hitler escapó a Colombia; véase por ejemplo https://www.davidicke.com/article/435069/cia-found-hitler-alive-colombia-1954-agency-told-man-familiar-face-lived-ex-ss-community-called-fuhrer-given-nazi-salutes-declass, que reimprime un artículo de Andrew Cheetham, 1 de noviembre de 2017, y otro artículo de este mismo autor, reproducido también en la web de David Icke: https://www.davidicke.com/article/532930/fbi-searched-hitler-supposed-death-declassified-documents-reveal <<

[117] En castellano se ha traducido diversamente como *La raza que nos aniquilará, Vril, el poder de la raza venidera* o *La raza futura*. (*N. del t.*) **<<**

[118] Nicholas Goodrick-Clarke, *Black Sun: Aryan Cults, Esoteric Nazism and the Politics of Identity*, Nueva York, 2002; véase también una publicación relativamente reciente en la que Ernst Zündel se reafirma en sus teorías sobre los ovnis: http://www.csicop.org/si/show/hitlers_south_pole_hideaway (consultado el 23 de febrero de 2015). Zündel murió en agosto de 2017. <<

[119] Eric Kurlander ha defendido lo contrario, pero con argumentos poco convincentes; véase Richard J. Evans, «Nuts about the Occult», reseña de Eric Kurlander: *Hitler's Monsters: A Supernatural History of the Third Reich*, Yale, 2017, en *London Review of Books*, 40, n.º 5 (2 de agosto de 2018), pp. 37-38. <<

[120] Véase https://rationalwiki.org/wiki/Maximillien_de_Lafayette (consultado el 3 de febrero de 2020), así como http://maximilliendelafayette bibliography.org/biblio/ (consultado igualmente el 3 de febrero de 2020). <<

[121] Véase http://www.nizkor.com/hweb/people/z/zundel-ernst/flying-saucers/ (consultado el 23 de febrero de 2015). <<

[122] Robert Ressler, con Thomas Schachtmann, *Whoever Fights Monsters: My Twenty Years Tracking Serial Killers for the FBI*, Nueva York, 1992. [Hay trad. cast. de R. M. Bassols: *El que lucha con monstruos*, Planeta-Seix Barral, Barcelona, 1995.] Para una conexión distinta entre el antisemitismo y la subcultura de los ovnis, véase Michael Barkun, «Anti-Semitism from Outer Space: *The Protocols* in the UFO Subculture», en Richard Landes y Steven T. Katz (eds.), *The Paranoid Apocalypse. A Hundred-Year Retrospective on «The Protocols of the Elders of Zion»*, Nueva York, 2012, pp. 163-171. <<

[123] http://www.bibliotecapleyades.net/luna/esp_luna_46.htm (consultado el 24 de febrero de 2015). <<

[124] Gavriel D. Rosenfeld, *Hi Hitler! How the Nazi Past is being Normalized in Contemporary Culture*, Cambridge, 2014, pp. 198-203. <<

[125] Clark, «The Big Read», sección «Rubbishing the Truth». **<<**

[126] Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», p. 17. <<

[127] Michael Saler, *As If: Modern Enchantment and the Literary Prehistory of Virtual Reality*, Nueva York, 2012. <<

[128] Nicholas Carr, *The Shallows: What the Internet is Doing to Our Brains*, Nueva York, 2011, p. 16 [hay trad. cast. de Pedro Cifuentes: *Superficiales: ¿qué está haciendo Internet con nuestras mentes?*, Taurus, Madrid, 2011], citado en Rosenfeld, *Hi Hitler!*, p. 295. <<

[129] Sobre Baumgart, véase Daly-Groves, *Hitler's Death*, pp. 39-41 y 56, donde se comenta que Baumgart era un mentiroso notorio. <<

[130] McKale, *Hitler*, p. 128. <<

[131] «Gisela, kein Hitlerkind», http://www.zeit.de/1966/33/gisela-kein-hitlerkind (consultado el 1 de marzo de 2015). <<

[132] Véase por ejemplo «The Emperor of the French, Napoleon still alive?», https://en.mediamass.net/people/napoleon/alive.html [traducido al español en https://es.mediamass.net/famosos/napoleon/vivo.html] (consultado el 30 de enero de 2020); «What if Fredrick Barbarossa survives», https://forums.spacebattles.com/threads/what-if-fredrick-barbarossa-survives.652812/ (consultado el 30 de enero de 2020). <<

[133] Clark, «The Big Read», sección «Why It Matters». <<

[1] Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», p. 57; Mark Fenster, *Conspiracy Theories. Secrecy and Power in American Culture*, Minneapolis, MN, 2008, p. 119. <<

[2] Evans, *Altered Pasts*. <<

[3] Evans, *The Feminist Movement*, pp. 180-181. <<

[4] Estos rasgos de las técnicas conspiranoicas se estudian en Butter, «*Nichts ist, wie es scheint*», pp. 57-79. <<


HITLER
Y LAS TEORÍAS DE
LA CONSPIRACIÓN
El Tercer Reich y la
imaginación paranoide
RICHARD J. EVANS
Lectulandia